

DRAMAS DEL TERROR

DON JUAN MANUEL DE ROSAS

ESCRITO PARA "LA PATRIA ARGENTINA"

POR

EDUARDO GUTIERREZ

(SIN CORRECCION DEL AUTOR)

LIBRO I.

BUENOS AIRES

IMPRESA DE «LA PATRIA ARGENTINA», CALLE BOLIVAR, N° 92 1/2

1882

D. JUAN MANUEL DE ROSAS

UN CAPITULO DEL SIGLO PASADO

1790 á 1810

Empezamos hoy la série de folletines que abrazan la época luctuosa porque atravesó nuestro país, desde 1829 hasta 1852.

Mucho se ha escrito sobre la vida política del funesto tirano, pero aun permanecen oscuros los dramas mas sombríos de aquella época de sangre y crimen, de aquella noche de veinte años, bajo cuyas tinieblas fué en vuelto el pueblo argentino.

De la vida de Rosas no se conoce mas que los veinte años de su gobierno.

Su vida hasta los 36 años, en que subió al gobierno de Buenos Aires, la manera hábil con que preparó aquel golpe, el modo como se hizo un caudillo prestigioso, el mas prestigioso que hayamos jamás tenido, muy pocos lo conocen.

Y sin embargo, esta primer época de su vida es tan interesante como la segunda.

La manera como este hombre astuto é inteligente preparó su exaltacion al gobierno, merece conocerse hasta en sus menores detalles.

Rosas se hizo de un inmenso prestigio en la campaña de Buenos Aires, se rodeó de los gauchos inspirándoles una idolatría ciega y convirtiéndolos en sus mas dóciles instrumentos, han dicho muchos.

Pero cómo hizo todo esto y de qué medios se valió?

Esto es lo que nadie ha dicho todavia.

Y nosotros, con abundancia de datos preciosos que hemos recopilado trabajando sin descanso, podemos ofrecer hoy á los lectores de la *Patria Argentina* una historia completa é intima, tomando al personaje de triste recuerdo, desde su niñez y siguiéndolo paso á paso hasta el fatal 3 de Febrero, en que tuvo que abandonar para siempre la tierra natal que tanto había azotado.

Concluida esta primera época de su vida,

curiosísima por mas de un episodio en que ya dejaba ver su silueta fatídica, seguiremos con la segunda, que llamaremos *El drama de veinte años*.

En esta segunda série de folletines nos ocuparemos esclusivamente de la mazorca, con todas sus exenas de horror y sus matanzas.

Santos Lugares y Palermo, leyendas terribles é inagotables, tendrán tambien su parte preferente.

Entre sus páginas cruzan como fantasmas, lentamente y exhibiéndose en toda su monstruosa y repugnante desnudez, las figuras maldecidas y cobardes de Troncoso, Parra, Cuitiño y tantos otros.

Quién no tiene una idea, aunque remota, de los famosos asesinos que hemos nombrado?

Quién no conoce algo de la historia de sangre que les rodea?

Pero hay detalles, hay exenas, hay episodios, que es preciso, para no creer que son invenciones de una imaginacion exaltada, detenerse un momento á pensar en la depravacion y cobardía de estos miserables elevados á la categoria de asesinos oficiales.

Toda accion humana, por insignificante que sea, tiene su explicacion mas ó menos clara, que revela hasta donde puede descender el ser humano en el camino del crimen, donde se muestra el animal mas feroz de toda la creacion.

Raro es el crimen que no tenga su móvil, ya en la venganza, ya en el lucro, ya en el despojo de lo que solo con la vida se puede arrancar.

Pero el crimen inútil, cobarde y frio, el crimen que no dá otro resultado que *despuntar el vicio* de matar, como ellos mismos decian;

El asesinato que no tiene mas objeto que

el ver los gestos que hace la víctima, no tiene explicacion ni en la misma enagenacion mental.

En los libros de los mas notables alienistas no hemos encontrado aún esta clasificacion: monomania de la sangre, ó delirio de las matanzas.

La misma fiera que mata y despedaza por instinto de destruccion, llega un momento en que se causa, y reposa fatigada, como si quisiera distraerse.

Pero el criminal de la clase que nos ocupa, jamás se hartará de matar y ver morir.

Cuando su brazo caiga fatigado de manejar el puñal, contra víctimas privadas de toda defensa, se le verá entónces entregarse al placer de ver matar, deleitándose en ver como *trabajan los otros*.

A este órden de criminales inesplicables é incalificables, pertenecen los hombres que hemos nombrado, y que ocuparán un lugar preferente en esta série de folletines.

No es bandido todo el que quiere.

El bandido se perfecciona, pero no se improvisa.

El bandido nace, nace cobarde, brutal y destituido de sentimientos.

Los sentimientos se perfeccionan, se cultivan y se hacen mas ó menos delicados.

Pero es preciso poseerlos, ante todo.

Se nace cobarde como se nace valiente—es cuestion de organizaciones, así como se viene al mundo con sentimientos ó sin ellos.

Así se nace bandido, porque se nace sin ninguna de las prendas de corazon que distingue a los mismos criminales uno de otro.

Hay su órden de asesinos, como hay su órden de ladrones, puesto que ambas cosas se perfeccionan.

Y el último tramo de aquellos son los Troncoso y los Parra, como el último tramo de estos fueron los *Jorobado* y los *Larrea*.

Pero no nos vayamos a lo que será la segunda parte de nuestra obra.

Vengamos á don Juan Manuel de Rosas, á cuyo lado se formaron, crecieron y se perfeccionaron.

Vengamos á él, que nacido tal vez para pisar otras sendas de la vida, con elementos propios, con inteligencia y la ilustracion que se podia adquirir en aquella época, prefirió perderse en la nebulosa de sus obras, atrayéndose la maldicion de un pueblo noble y viril y arrojándose á la espantosa vorágin de la tiranía mas bárbara de que guarde memoria la América.

Y no se diga que Rosas no tuvo donde elegir!

Mil ofertas risueñas de honor y de gloria le salieron al encuentro, mil caminos que conducen á la gloria y al honor se abrieron á su paso.

Pero todos los despreció.

Sus instintos lo llevaban á otra parte.

Cambió los guantes por las bolas, la varita por el facon y el frac por el poncho.

Con una inteligencia de primer órden y una constancia asombrosa, llegó á donde se proponia, sin mirar para atrás y escarneciéndolo todo.

Jóven aun, afrentaba la sociedad á que pertenecia, viniendo á la ciudad de chiripá y bota de potro.

A la misma sociedad que mas tarde habia de azotar y cubrir de luto, y á cuyos oídos habia de sonar su nombre como un golpe de cuchilla.

Es que desde pequeño mostró sus terribles instintos de tirano, rebelándose primero contra sus maestros, mas tarde contra su propio padre y últimamente contra toda la sociedad entera á la que tuvo bajo la espuela de su bota y bajo el azote de su palabra que se dibujaba en sus delgados lábios, siempre como una sentencia de muerte.

Rosas empezó así sus proezas en la campaña, reduciendo primero al paisano inocente y crédulo, para imponérsele mas tarde.

Es que Rosas era un verdadero caudillo, á quien muchos otros han tratado de imitar mas tarde, pero sin obtener sus famosos resultados.

Porque en servicio de sus ideas de dominio y de grandeza habia puesto su fuerte organizacion moral é intelectual.

El comprendió que el hombre que llegara á dominar á estas masas inocentes y medio salvajes, seria lo que quisiera ser.

Y dedicó á ello los primeros treinta y seis años de su vida, hasta que llegó á la cumbre que se habia propuesto.

Fueron esas masas las que lo llevaron al poder y las que lo sostuvieron en él por espacio de veinte años imborrables de la larga historia de nuestras desventuras.

Masas inocentes primero, y pervertidas por él mas tarde, cuando las lanzó cuchillo en mano frente á la gente de levita, que no podia ver *ni pintada*.

Tomémoslo entonces desde sus primeros años, abandonando esta digresion que solo puede tomarse como plantel de la obra que emprendemos, un poco difícil, pero no imposible.

Una tragedia en la pampa

Don Clemente Lopez de Osornio, abuelo materno de Rosas, era un hombre de un carácter firme y de una actividad asombrosa.

Militar de profesion y de sangre, fué nombrado Comandante General de Campaña, allí por el año 1766.

Es tal vez el mas notable y mas digno de todos los antepasados del tirano.

El señor Osornio, en aquella época, era una interesante y varonil persona.

Una idea de su tipo se puede tener, mirando detenidamente al actual Coronel del mismo apellido y de la misma sangre.

Comprendiendo que la gran riqueza de estos paises estaba en la ganaderia, aunque, las armas le ofrecian un porvenir brillantes aspiraciones de otro órden lo llevaron á distintos rumbos.

—Es cierto, les decia á varios de sus amigos, con la alegría que le era característica, que la espada está llamada á desempeñar el mas brillante rol en estos paises: —la paz, el órden y el progreso, no es otra cosa que el resultado del mucho batallar.

Muchos años pues habrá que esgrimir la lanza sin descanso ni tregua.

Sin embargo, amigos míos, de ser esta una verdad como una montaña, no es menos cierto que el engrandecimiento de este pais vendrá por la ganaderia.

Otros serán llamados por Dios á llevar triunfantes sus armas en los campos de batalla.

Yo amo el trabajo y siento que el destino me arrastra hácia las labores del campo.

Quiero poblar dilatados establecimientos y verlos cubiertos de ganado, que como una bendicion del cielo, esmalten los inmensos espacios que matiza el suavísimo verde de los campos.

Consecuente con estas ideas, entre la azarosa carrera de las armas y la vida tranquila del estanciero, el señor Lopez de Osornio eligió la segunda.

Raras coincidencias del destino!

Este hombre noble y valiente, al alejarse de la vida militar, mas se acercaba á una muerte trájica é inesperada.

Pero no apresuremos los sucesos.

El abuelo materno de Rosas se retiró á la campaña, donde pobló magníficos establecimientos para sí y para su yerno don Leon, á quien apreciaba y queria en extremo.

Entre ellos figuraba la estancia denominada el *Rincon de Lopez*, magnífico establecimiento que eligió como su residencia habitual.

En el año 1783, diez antes de nacer su célebre nieto, don Clemente se encontraba en este establecimiento, acompañado de su hijo mayor, don Andrés joven de 20 años, á quien amaba con idolatría.

Fué en aquel mismo año que tuvo lugar la invasion de indios mas sangrienta de que hasta entonces hubiera memoria.

Militar y hombre prudente, el señor Lopez de Osornio tenia en el Rincon de Lopez unos veinte fusiles de chispa y unos cuarenta sables.

Comprendiendo el peligro en que se vivia, en parajes tan avanzados sobre la pampa, habia llevado consigo unos veinte hombres de toda su confianza, militares retirados en su mayor parte.

Para estar mas seguro y tener un refugio contra cualquier avance de los salvajes, habia hecho construir un buen foso, al rededor del cómodo rancho de paredes de adobe que constituia sus habitaciones y las de su amado hijo.

De esta manera se creia inespugnable contra cualquier tentativa de asalto por parte de los indios, enemigo terrible en aquellos tiempos.

La noticia de la invasion fué pues recibida por el noble Osornio con su sonrisa mas despreciativa.

Sin embargo la invasion era traída por mas de trescientas lanzas, de las mas audaces y feroces.

De todas partes empezaron á llegar peones y pobladores, que venian á refugiarse en su estancia, trayendo las noticias mas desconsoladoras.

Los indios venian matando y cautivando con toda la ferocidad de sus instintos salvajes.

—Nos dejan sin una oveja, decian, pues han arreado con cuanta cabeza se halla sobre los campos.

—Ya las rescataremos, contestaba don Clemente, sonriendo siempre.

No hay que afijirse, pues ahora la cuestion se reduce para nosotros á prepararnos á la defensa y á la victoria.

Y con su inteligencia clara y su práctica de soldado, trazó el plan que debia darle, segun sus cálculos, los mejores resultados.

Con los hombres que habia llevado de la ciudad y sus veinte fusiles, improvisó una compañía de infantes que colocó del lado de adentro del foso, con órden de recibir á los

indios haciéndoles el fuego mas rápido y certero que les fuera posible.

La peonada y el resto de la gente que allí se habia refugiado, con don Clemente á la cabeza y organizada en un escuadron de caballería, quedó fuera del foso, armada con sables para los que alcanzaron, y con cuchillos y chuzas el resto.

El señor Osornio calculaba que los indios, si venian y se atrevian á cargar, se pondrian en fuga ante el fuego de fusilería.

Entonces él podria cargarlos con su improvisado escuadron y obtener sobre ellos una victoria fácil y provechosa.

Pero no todo lo que se piensa puede realizarse.

Apenas habia concluido de tomar sus últimas disposiciones y dar á su hijo el mando de la infantería, cuando se presentaron las avanzadas de los indios, lanzando su terrible alarido de muerte y esterminio.

Los campos de Osornio eran los mas poblados de hacienda, y sobre ellos se dirijia la invasion con preferencia.

El que combate por primera vez, en una invasion de indios, no puede dominar, por bravo que sea, una impresion de temor y de desagrado.

Aquellos rostros ávidos de sangre y de saqueo;

Aquellas inmensas bocas, abiertas de una manera espantosa y dejando ver sus dientes caninos y blanquísimos;

Aquellas largas chuzas blandidas por hombres atléticos, y aquellos ojos pequeños y pinchantes, contribuyen á aumentar esa primera impresion, que la borra en seguida el ardor de la lucha.

Al ver tanta gente reunida, las avanzadas de los salvajes se detuvieron á una distancia respetable, esperando la incorporacion de las reservas.

Una vez reunidos todos, y á la caida de la tarde, trajeron sobre la poblacion una carga moderada y bien calculada.

La infantería los recibió con un fuego tan vivo como podia hacerse con aquellas armas, causándoles dos ó tres bajas.

Como don Clemente lo habia calculado, los indios dieron la espalda, y se retiraron segun su táctica, desparramándose para presentar menos blanco.

—Animo y á la carga! gritó entonces el señor de Osornio á su improvisada tropa, y se lanzó como un torbellino sobre los fugitivos, que empezaron á ser acuchillados por la espalda.

Pero como el enemigo se desparramaba en diversas direcciones, los soldados de Osornio se desparramaron tambien, entusiasmados en la persecucion.

Y este fué su error fatal.

Viendo los indios que no eran molestados por las armas de fuego, y la inferioridad del enemigo que los perseguia, empezaron á rehacerse con la rapidez que les es característica, y á agredir á aquella tropa bizoña, que habia perdido su formacion.

Entonces se cambiaron los papeles.

Los perseguidos se convirtieron en perseguidores y empezó entonces una verdadera carnicería.

Lopez de Osornio comprendió en el acto su error, y organizó una retirada en cuadro, que le ofrecia probabilidades de salvacion.

Protejido casi inmediatamente por los infantes, que guiados por su hijo lo habian seguido, pudo reunir detrás del foso y salvarla, una tercera parte de su tropa.

Las dos restantes habian sido lanceadas por los indios, con toda saña y ferocidad.

Envalentonados con está victoria, los indios avanzaron en semicírculo hácia el foso, que rodearon á una distancia donde las balas no pudieran ofenderlos.

Entre tanto la chusma y las medias lanzas, que vienen con ese objeto, empezaron á arrear las numerosas haciendas del Rincon de Lopez.

El resto de aquella noche fué terrible para el señor de Osornio, cuya accion agresiva se encontraba coartada por la presencia de su amado hijo, cuya vida preciosa veia en un peligro inminente.

Como la inaccion era tambien la muerte, resolvió hacer una nueva salida á la madrugada siguiente, apoyado en su infantería, que conservaba casi intacta.

Mandó á su hijo que no se moviera del foso, y en cuanto apuntó la luz del dia, salió con su tropa, tratando de aprovechar bien los pocos tiros que le quedaban.

La leccion del dia anterior, bien aprovechada, debia servirle de mucho.

Pero su accion vino á ser turbada por la presencia de su hijo, que salió del foso, no pudiendo sufrir la impresion de terrible angustia que le hacia experimentar el peligro en que se encontraba su noble padre.

Los indios, como el dia anterior, empezaron á retroceder ante el fuego de fusilería, disminándose á manera de presentar blancos imposibles, por su eterna movilidad.

Pero viendo que el fuego acababa por falta de municiones, comenzaron á animarse, y media hora despues cargaban sobre aquel peloton, de una manera irresistible.

La derrota se pronunció entonces de una manera espantosa.

Los que iban mejor montados huyeron.

El resto, rodeando al señor de Osornio y su

hijo, vencidos por el espanto y la idea de una muerte segura, se retiraron al foso.

De los primeros pudieron salvar algunos que huyeron hacia Chascomús.

Los segundos salvaron el foso, hallando en él por el momento, un sitio seguro.

Aun les quedaba munición suficiente para defender la entrada de los salvajes.

Pero qué esperanza de salvación podía abrigar aquel pequeño grupo de quince hombres á lo mas!

Solo la esperanza de que los indios cansados y viendo que nadie los molestaba, se retiraran con la hacienda.

El resto de aquel dia y la noche que lo siguió, fué de una expectativa desesperante.

Los indios habian rodeado el rancho, y parecian no estar dispuestos á retirarse sin haber rendido y esterminado á sus defensores.

De cuando en cuando hacian una tentativa de asalto, pero bien pronto retrocedian ante el fuego de los fusiles, que algunas bajas les hacian.

Lopez de Osornio estaba vencido por la mas amarga desesperacion.

Hombre de un temple de alma á toda prueba y habituado á desafiar el peligro, no tenia por si el menor temor.

La muerte para él era un problema que tenia su resolucion marcada y le era indiferente verla cumplida mas ó menos tarde.

Pero la presencia allí de aquel hijo querido, cuya sangre tal vez viera correr de un momento á otro;

Aquella existencia de tan hermoso porvenir á la que todo sonreia, tronchada por la lanza de un salvaje, eran cosas que helaban la sangre en el corazon de aquel hombre tan bravo.

Don Clemente miraba á su hijo, secaba alguna lágrima que rodaba de sus altivos ojos, y al verlo tan sonriente y severo en el peligro, sentia escapar su razon á impulsos de aquel martirio moral intolerable.

Tantas fueron las tentativas de los indios, que las municiones comenzaron á escasear de una manera alarmante.

Y el fin de aquel drama horrible empezó á dibujarse con siluetas aterradoras.

Los indios viendo que los sitiados no tenian intencion de rendirse y si de combatir hasta la muerte, recurrieron á su golpe de gracia en estos casos.

Empezaron á atar á las boleadoras mazos de paja seca que incendiaban, y arrojar estos á los techos del rancho y galpones, que no tardaron en tomar fuego.

Este fué el momento mas terrible para el señor Osornio.

Vencido por la desesperacion mas desgarradora, blandió su espada inútil ya, con una

espresion terriblemente amenazadora y se desprendió de su hijo sobre cuyo rostro volcó, en una mirada imposible de describir, todo el amor que por él sentia, y toda la desventura de aquel momento tremendo.

—Que le hemos de hacer, padre mio, replicó á aquella mirada el jóven que la habia inspirado.

Creo que no habrá salvacion posible.

El fuego avanzaba con una violencia terrible y permanecer allí era morir carbonizado.

Algunos de los hombres que los acompañaban empezaron á salir del foso, corridos por las llamas, para perecer á manos de los indios, que con salvajes carcajadas contemplaban aquel cuadro desgarrador.

No habia tiempo que perder.

Era preciso elegir entre el fuego ó vender la vida lo mas cara que fuera posible, y este último medio fué elegido por ambos.

Este fué el momento mas terrible para el espíritu del caballero Lopez de Osornio.

Tomó entre sus manos aristocráticas la hermosa cabeza del hijo querido y la besó en la frente y en la boca con una ansiedad casi maternal.

Era el último beso que le daría sobre la tierra!

En seguida lo puso á su espalda, amarrándolo á su cuerpo con el brazo izquierdo, mientras en su mano derecha blandía su espada de una manera terrible.

Y así, cubriéndolo con su cuerpo, fué á pasar el foso.

Pero entonces el hijo querido se desprendió de su espalda y avanzó junto con él tomándole y besando su mano izquierda como última despedida.

—Al lado los dos, padre mio, le dijo sonriéndole como un angel bueno.

Ya que hemos de morir muramos juntos. Cuál de los dos podría resistir la vista de la muerte del otro!

Al lado padre mio, yo te amo.

Y avanzó resuelto y tranquilo.

Los indios seguian todas aquellas vacilaciones y amarguras, complacidos hasta el punto de elvidar al resto de los sitiados, á lo que muchos de estos debieron su salvacion.

Reian de una manera infernal, lanzaban sus mas agudos gritos de placer y blandian las chuzas con que habian de arrancar aquellas dos vidas.

El señor Lopez de Osornio volvió á mirar á su hijo, como si su razon empezara á estraviarse y avanzó tratando de cubrirlo siempre con su cuerpo.

No habian concluido de salvar el foso, corridos por el insoportable calor del incendio, cuando se encontraron rodeados de indios que, chuzas en mano, habian ya echado pié á

tierra preparándose á lancear mientras hubiera carne sana.

El señor Lopez de Osornio paseó sobre ellos una mirada como un rayo y trató de nuevo de ocultar á su hijo cubriéndolo con su cuerpo.

Los indios, comprendiendo lo que pasaba por aquel hombre, estrecharon el círculo y para mortificarlo mas, uno de ellos clavó su chuza en el pecho del noble jóven, que siempre sonriente esperaba su fin, deseando únicamente caer antes que su padre.

Al ver este correr la sangre del hijo, que recibió el lanzaso sin hacer un gesto, lanzó un grito terrible, se precipitó sobre el indio que lo habia herido y antes que este pudiera evitarlo, le pasó su espada por el cuerpo.

Los indios se lanzaron entonces sobre sus víctimas y empezó aquella agonía formidable.

Cada cual se disputaba el derecho de herir primero y todos herian á la vez, haciendo penetrar las lanzas lo menos posible, para hacer mas larga la agonía.

Esta es la manera invariable como el indio mata sus prisioneros.

El señor de Osornio, abandonando su inútil espada, se habia prendido del cuello de otro

indio, al que sacudia de una manera frónica.

Su hijo se habia cubierto el rostro con las manos para no verlo morir.

La pérdida de sangre estenuando sus fuerzas, les hizo comprender por fin que el momento supremo habia llegado.

Heridos por el mismo pensamiento, se buscaron con la mirada ya opaca por el soplo de la muerte, y se arrastraron hasta encontrarse.

Entonces se abrazaron, y uniendo sus labios por el último beso, quedaron asi esperando la muerte.

Y esta no tardó en llegar.

Pocos momentos despues los dos rodaban por el suelo, sin vida y hechos pedazos á lanzadas.

Y asi permanecieron los dos cadáveres, ligados por aquel último abrazo y aquel sublime beso, hasta que los indios los separaron para practicar la última operacion.

Degollarlos.

De esta manera trájica, terriblemente trájica, murió en compañía de su hijo mas querido, el caballero don Clemente Lopez de Osornio, abuelo materno de don Juan Manuel.

De rabo de ojo

Don Juan Manuel Rosas, nació el 30 de Marzo de 1793.

Eran sus padres don Leon Ortiz de Rosas, caballero muy distinguido, y la noble dama doña Agustina Lopez de Osornio, cuyo padre, don Clemente, como lo hemos contado en el anterior capítulo, fué muerto, en compañía de su hijo por una invasion de indios, en su magnífica estancia del *Rincon de Lopez*.

Los padres de don Juan Manuel, personas pudientes, cuya fortuna era entonces tal vez lo mas fuerte, habitaban entonces en la casa situada en la calle de Cuyo entre Empedrado y Mendozinos, hoy Florida y Maipú, donde nació don Juan Manuel, y la que aun conserva la familia de Ezcurra como propiedad que nunca ha querido enagenar y que conserva toda la fisonomía que tenia en aquella época.

La ciudad de la Trinidad, como mas comunmente se le llamaba entonces, presentaba un aspecto bien diferente del que ofrece hoy.

Sus pantanos históricos impedian el tránsito por las principales calles y las ventanas salientes de sus casuchas eran una trampa constante puesta á la vida de los que transi-

taban de noche y aun de dia, sus calles súcias y llenas de tropiezos.

Si pudiera levantarse de su tumba uno de aquellos Godazos que por tantos años la gobernaron, no creeria por cierto encontrarse en la misma ciudad que habitaron.

Las velas de sebo, que constituian su iluminacion mas lujosa, capoteadas por el gas;

Lo techos de paja de espadaña correteados por las lujosas azoteas donde pasa hoy la última palabra de la civilizacion, el Panteléfono;

Su brasa de fuego prestada de vecino en vecino desterrada por Della Chá;

Y finalmente sus *bandólas* aplastadas por las casas de Burgos, Ciudad de Lóndres y Progreso.

Todos estos serian cuentos fantásticos que no tendrían cabida en sus añejos caletres.

Seguirían á Trenquelauquen y Carhué, buscando la ciudad perdida.

Todo era primitivo entonces, y lo fué por muchos años mas.

Don Juan Manuel Rosas se crió en la casa paterna hasta la edad de once años, en que fué puesto á pupilo en el Colegio que regen-

teaba entonces el señor don Francisco Javier Argerish, colegio que era entonces el principal de la ciudad, y estaba situado en la calle de la Merced, hoy Cangallo, donde está actualmente el edificio del Banco Mauá.

En aquellos once años la ciudad había sufrido y empezaba á sufrir una transformación lenta, pero sensible.

Había algunas cuadras empedradas y alumbradas con velas de sebo, lo que era ya un lujo desmedido.

El aspecto de la ciudad entonces, aspecto que conservó muchísimos años mas tarde, merece una descripción mas detenida.

Por aquellos tiempos, la que son hoy Plaza de la Victoria y 25 de Mayo, eran entonces plazuelas ó mejor dicho, huecos destituidos de todo adorno, á donde llegaban los carreteros que traían los víveres á la ciudad, y se estacionaban allí á hacer el *despacho*.

En la que es hoy plaza 25 de Mayo, se estacionaban los carreteros que traían verduras, y algunos con pescado.

En la de la Victoria formaban en fila las carretillas de carne y las carretas de fruta y otras provisiones de boca.

Bajo la Recoba, que está tal cual era entonces, los tenderos que la habitaban sacaban allí sus *bandólas*, donde exhibían sus mas lujosos objetos, tales como *dedales*, *cabetes*, collares de cuentas de vidrio como los que hoy se mandan á los indios amigos y otras cosas por el estilo.

Concurrían á hacerles competencia, simples dueños de *bandóla*, que permanecían allí todo el día, levantando campamento así que llegaba la noche.

También se estacionaban las negras vendedoras de mazamorra, arroz con leche y buñuelos con miel.

Entre estas y los carreteros que formaban el *mercado*, se solían armar unas *grasas* de las que ya no se ven, y que no tenían conclusion mas trágica que un cogotazo, ó un par de *chocolatas* afuera.

A la noche quedaba la Recoba desierta, pero convertida en un hueco de basura por los haraganes allí estacionados durante el día.

Este era el trabajo mas serio de aquel *dolce far niente* bautizado de trabajo, pues los pobres mozos de aquellos tendejones, tenían que salir por la mañana, escoba en ristre, á limpiar y barrer la Recoba, para que la volvieran á ensuciar dos horas despues.

La soldadesca del *Fuerte* solía abandonar su posición de panza arriba en la orilla del foso que lo circundaba, para venir á hacer gasto á las tías de los *muñuelos* y del arroz con leche, no siendo cosa del otro mundo presenciar de cuando en cuando una de *á pié* entre carreteros y soldados.

La Catedral, con su famosa reja de hierro que rodeaba su frente y parte del costado de la calle de San Martín era el *poyo* que ocupaban los desocupados *troperos*, jugando a los naipes y al *ta te ti*.

Los *poyos* del centro de la plaza eran ocupados por alguno que otro *sibarita* que se tendía allí á dormir una morruda siesta, teniendo por compañero inseparable al *pucho* que lo dormía detrás de la oreja.

A esa hora la ciudad estaba desierta.

Todos dormían la siesta y por nada de este mundo una persona de las que constituían la gente de *copete* y aún de *medio copete*, habría salido á la calle.

La siesta era cosa sagrada entonces.

Ni por un queso, como se dice hoy, la hubieran dejado de dormir, ni aún el mismo esclavo, de quien nos ocuparemos a su tiempo.

La ventanas de las casas, de las que aún existen algunas muestras todavía, era uno de los inconvenientes mas serios que ofrecía la pequeña ciudad, y decimos pequeña por que lo que entonces la constituía eran unas diez cuadras en todas direcciones.

Aquellas enormes ventanas de *semicírculos* que se estendían muchas de ellas hasta el *cordón* de la vereda, alumbradas por la *yapa* de luz que derramaba el *pucho* de la vela de baño, eran un precipicio donde mas de un incauto se rompió las narices ó un brazo.

El objeto de estas ventanas mas apropiadas para cárceles que para casas, no lo conocemos ni nos hemos metido á averiguarlo.

Poco importa tampoco á lo que vamos narrando.

Es inútil decir que aun en las mismas casas de los personajes y magnates de aquel entonces, no se tenía idea de lo que eran empapelados, ó una pintura al fresco, en aquellas habitaciones, cuyos techos parecían enormes burros, de esos que se usan en las *caballerizas* para colocar las monturas.

Por la tarde las muchachas mas divinas salían á la puerta á tomar su *mate*, y era lo mas natural de este mundo ver llegar algun inocente que hoy se llamaría *campesador* de fruta pintona, acercarse y entablar el diálogo mas inofensivo.

Mas tarde no era cosa de asombrarse ver á un buen criollo, alegre y jugueton, de la juventud mas distinguida, acercar su flete á la vereda, y recibir en las *ancas* á la niña, con quien se iba á dar vuelta la manzana.

Oh! tiempos felices ó inocentes!

Siquiera volvieran otra vez.

Entonces la vecina no *cuereaba* á la vecina y el amigo no vendía al amigo para quitarle el empleo ó reemplazarlo en el corazón de una bella.

Los coches y demas novedades de lujo eran desconocidos.

La familia de Rosas fué la primera que ató caballos á su carruaje, tirados antes por mulas.

Todo el mundo andaba a caballo, desde el elegante que salia a pasear mañana y tarde, hasta el mendigo, que segun hemos oido decir a personas de ese tiempo, pedian limosna a caballo.

No hace mucho que por consignar esto mismo, fué condenado a la mas aguda rechiffa, por uno de nuestros diarios que no es de los peor escritos, un bellissimo artículo ó fragmento de un libro publicado en Francia y cuyo título sentimos no recordar.

Qué diferencia de hoy dia, en que por un caballo los señores Baltar y Quesada han obtenido precios que han subido á 75,000 pesos!

Que vida patriarcal se hacia en esos tiempos!

Uno de los espectáculos mas curiosos de la época, era tambien la cárcel, cuyos habitantes estaban en contacto con el público á quien pedian un cigarro ó un ochavito para comprar chicha.

Es verdad que entonces el público era todo llano y sin infulas.

No habia *High life*, ni siquiera quien se diera un corte zafau disfrazándose de persona importante.

La calle Florida era la humilde calle del Empedrado y todos se trataban con la mayor confianza y usando de esa franqueza hidalga y sin doblez que tanto caracteriza á la caballeresca raza española.

Cada uno valia lo que valia y no se ocupaba del prójimo sino para prestarle algun servicio ó proporcionarle algun momento agradable.

Todas las muchachas tocaban la guitarra, a cuyos dulces y lánguidos acordes cantaban tiernísimas canciones, cuya sencillez nos haria sonrojar hoy, pensando que hacíamos el *papel del pabo*.

Que muchacha se atrevería a cantar hoy delante de uno ó mas mozos la cancion del *Pastorcito*—ó aquella de

Soldadito que vés á la guerra
con mochila, fusil y tabaco
sientate fumarás un cigarro
mientras duerme y descansa tu amor.

Hoy las muchachas mas divinas cantan el aria del *Fausto* ó la plegaria del *Baile de Máscaras* ó el delirio de *Lucia*, aunque tengan una voz de vizcacha jubilada ó de raton acorralado, ó de enamorado gato. Y levanten mil maldiciones en cada habitante de la vecindad.

Pero entonces eran tiempos mas inocentes y mas sencillos.

Las niñas no usaban mas peinado que dos trenzas á la espalda, que remataban en un moñito de cinta de color y vestian con un gusto y elegancia primaveral.

Y juro á Dios que las mujeres debian ser mas hermosas con aquel traje sencillo y elegante!

Pero *no toquemos á la reina* y sigamos en nuestra descripcion de rabo de ojo.

Tres ó cuatro fondines de donde se hacian llevar las viandas los tenderos y alguno que otro «hombre solo» era todo lo que habia en materia de hoteles.

Entre estos llamó la atencion la fonda de la Catalana, cuyo sublime mondongo, segun cuenta Wilde, con su tufo, feroz tufo á fondin, atraia á los gastrónomos de aquella época.

El que no habia comido mondongo del que allí se preparaba, no era un hombre de trueno.

El tradicional y sempiterno «carnero con patatas» era el plato sin el cual no habia comida completa.

Algunos funderos se permitieron mas tarde servir, además de este plato inmortal, una variante que llamaban «guiso de patatas con carnero» que no era otra cosa que el mismo fraile con las mismas alforjas.

Los que han sido practicantes del Hospital General de Hombres y han comido en los bodegones de sus alrededores, son los únicos que pueden tener una idea de lo que era un fondin de aquellos tiempos.

Los platos se lavaban muchas veces con saliva, perdónesenos la groseria en honor de la verdad, y se repasaban con «la rodilla de Mariquita, que pone mas mugre que quita» segun el proverbio español, que llaman *rodilla de Mariquita* á los trapos de repasar.

Lo que es en barberias, no estábamos mucho mas adelantados que digamos.

Las navajas se asentaban sobre los callos de la mano del barbero, que era sangrador y muchas veces comadron tambien.

El maestro afeitaba colgándose de la punta de la nariz del cliente que iba á quitarse el bigote, y le metia los dedos en la boca para bajar la patilla.

Nadie se preocupaba de si se habia ó no lavado las manos.

La única diversion que se conocia en aquellos tiempos era la plaza de toros, construida en la que es hoy plaza General San Martin y de capacidad para unos ocho mil espectadores.

Las noches se pasaban alegremente en reuniones familiares, ya jugando á las prendas ó al chaquete, que conserva aun sus amantes incorruptibles.

En los *Miércoles* entretenidísimos del señor

Almeyra, nunca falta una partida de chaquete cuyo héroe invencible es casi siempre el General Mayer.

En aquellas reuniones francas y cordiales, se servía mate á discreción, siempre por la mulatilla protegida de la señora.

Las muchachas hablaban á su sabor con sus novios y á las doce en punto de la noche cada tertuliano se retiraba á su casa, poniendo sus cinco sentidos para no romperse el bautismo en las famosas ventanas que ya hemos descrito.

Solo en las grandes ocasiones, como ser el santo de la dueña de casa ó algo análogo, se bailaba hasta la una y se servía chocolate.

Los sacerdotes, que entonces era gente de mas respeto y de mejor conducta, asistían á estas reuniones íntimas, ya como amigos ó como parientes de la familia.

No se conocía el tipo del clérigo estrangero que mas tarde se apoderó de nuestra campaña, poniendo en sério peligro el respeto de la religión *apostólica Romana*.

Entonces los sacerdotes se llamaban don Valentin Gomez y solo se ocupaban de honrar el hábito que vestían.

El clero está muy diferente hoy día!

Es verdad que aun existen modelos como los venerables señores O'Gorman y Mota, pero estos son simples *rara avis* en los actuales tiempos.

Entonces no se hubiera leído en los libros de policia, el nombre de un sacerdote.

Los gobiernos, generalmente, solo se ocupaban en gobernar de la mejor manera que podían.

No habia impuestos, no habia patentes y cada ciudadano era libre de hacer de su capa un sayo y vender á su prójimo lo que era de su propiedad, sin andar pidiéndole licencia á nadie ni pagando una sisa al gobierno.

Pero dejemos esto á un lado, que la política no tiene nada que hacer con nosotros.

Los propagadores de *la riga manana* y de *las pavia é iigue madorita* no habian venido todavía.

No existían mas negociantes callejeros que los criollos que vendían su mazamorra la cocida, al compás de su silbido característico y los «duraznos blancos y amarillos como la cabeza de mi potrillo», que alcanzaron todavía á unes veinte años atrás.

Esas cosas eminentemente criollas, como los aceituneros y las morenas que se estacionaban con su tipa en las esquinas, se han perdido para siempre, desgraciadamente.

La riga manana y *tarranca dulce* los han corrido y aplastado.

Solo quedan como monumentos históricos el popular *la tapau* y el único mazamorrero, que tiene su guarida en la chacra del patriota don Matias Ramos Mejía.

Son reliquias de una época que no volverá mas.

Los candombes, típicos é inalterables en su forma, que últimamente habian sentado sus reales por la capilla de Bola de Oro y barrios del Sur, han desaparecido tambien, ahogados por los peringundines y academias de que fué fundador el célebre Salas, en épocas mas modernas.

Las casas aunque edificadas en barro y con ladrillo crudo, eran espaciosas y ventiladas.

Qué casa no tenia un fondo completo y su magnífica huerta de treinta ó cuarenta varas?

Ya no se encuentra en el centro, ni para remedio, una de estas casas.

Todas han sido reemplazadas por conventillos de cien ó mas piezas, que dejan á sus dueños una renta pingüe.

Dada esta idea de lo que era entonces nuestra ciudad, aunque solo de rabo de ojo, volvamos á tomar el hilo de nuestra historia.

La familia paterna

Antes de seguir adelante, conviene que demos ciertos antecedentes y detalles sobre la familia paterna de Rosas, cuya nobleza era tal vez mas antigua que la de los Lopez de Osorio, de quien ya nos ocupamos.

Don Leon, era el hijo primojénito del noble español D. Domingo Ortiz de Rozas, mariscal de campo de los ejércitos españoles, recibiendo mas tarde de su rey, como premio

á sus importantes servicios, el título de Conde de Poblaciones.

Igual título al de sus antepasados, los nobles condes de Normandia.

El bisabuelo de Rosas vino á Buenos Aires como su Gobernador.

Como era costumbre con la nobleza de entonces, apenas nació don Leon, el señor Ortiz de Rozas dió parte á su Rey de tan

feliz suceso, anunciándole que tenía una espada mas para la defensa de su trono.

Y el monarca envió entonces, para el recién nacido y como una distincion especial, los cordones de cadete.

Don Leon Ortiz de Rozas fué educado con arreglo al rango que debia ocupar y en toda la rigidez de aquella nobleza intransigente con todo lo que no eran las mas severas nociones del honor, de aquel viejo honor y fiera española que fueron el asombro de cinco siglos enteros.

Por conveniencias de familia y porque don Domingo tenia la preocupacion de que habia de vivir muy poco, don Leon Ortiz de Rozas se casó muy joven.

Puede decirse que cuando apenas salia de la infancia.

Y como ya lo saben nuestros lectores, fué su fiel compañera la aristocrática doña Agustina Lopez de Osornio, de cuyo padre hablamos ya detenidamente.

Cuando nació Juan Manuel, don Leon Ortiz de Rozas era ya teniente de la 5ª compañía del 2º Batallon del Regimiento de Infanteria de Plaza.

Por eso á don Juan Manuel se lo bautizó primero militarmente, por el capellan del mismo Regimiento, siendo sus padrinos don José Echeverría y su esposa doña Maria Francisca Ramos.

Don Leon Ortiz de Rozas siguió en la carrera militar hasta 1808, despues de haber tomado una parte activa, en el carácter de capitán de aquel mismo Regimiento, durante los combates de la invasion inglesa en los años 1806 y 1807.

Don Leon pidió su retiro para ponerse al frente de las estancias que habia heredado su esposa, por la trájica muerte del señor Lopez de Osornio y su hijo Andrés.

La vida militar de don Leon, tuvo tambien sus páginas amargamente dramáticas.

La guerra que se llevaba entonces á los indios era tenaz y sangrienta.

Muchos de aquellos nobles oficiales, como Lopez de Osornio, murieron bajo la chuzada de los salvajes.

Veamos el episodio mas curioso de la vida militar de don Leon.

Oficial bravo y ambicioso de grados conquistados con el filo de su espada, á penas tendria quince años cuando don Juan de la Piedra partió con su célebre expedicion á Puerto Descado, por órden del marqués de Loreto.

En aquel punto existia entonces una colonia que era preciso proteger á toda costa, porque varias veces los indios la habian convertido en el teatro de las mas horribles carnicerías.

La expedicion que mandaba Loreto, llevaba órden de arrojar de allí á los salvajes, y hacerlos internar lo mas lejos posible.

Don Leon Ortiz de Rozas pidió un puesto en aquella expedicion peligrosa, puesto que le fué concedido en el acto, en atencion á sus nobles condiciones.

La expedicion partió de Buenos Aires perfectamente equipada y con los viveres indispensables para aquella penosa y larga travesía.

Si hoy mismo cuesta lo que cuesta en sacrificios y dinero cada simulacro de expedicion que se hace, nuestros lectores podrán calcular lo que costaba entonces.

Entonces que los Regimientos marchaban con todo denuedo hasta encontrar los indios y batirlos—entonces en que no se conocian las partes de haberse cansado las caballadas, ni se improvisaban todavia héroes del desierto!

Aquella expedicion machaba hacia su objeto, sin que la arredraran ni la detuvieran las penurias y miserias del camino.

Compuesta de soldados bravos y aguerridos y guiados por oficiales habituados á cumplir las órdenes recibidas, debia llegar al punto indicado, costara lo que costara.

La guerra de los indios necesita oficiales especiales, prácticos en ella y formados en esa escuela.

De otro modo es imposible escapar á los mil peligros á ella inherentes.

Y era esto precisamente lo que faltaba á la expedicion de don Juan de la Piedra, que iba á maniobrar sobre un enemigo completamente desconocido para ellos en su especialísima manera de combatir.

Asi es que á pesar de todos sus cuidados y de las mas severas medidas de seguridad, aquella desgraciada expedicion no pudo llegar á Puerto Deseado, deseado verdaderamente para los que la componian.

El cuerpo expedicionario, para reposar una penosa marcha, hecha bajo un sol abrasador, habia acampado entre unos médanos, al caer la noche, que creian pasar en completa seguridad.

Se distribuyó de la manera mas hábil el servicio de imaginarias y avanzadas, y la tropa se entregó al descanso que tanto necesitaba.

Pero de la Piedra habia sido sentido por los indios, que lo bombeaban con su astucia asombrosa, esperando la oportunidad de sorprenderlo y darle un golpe atrevido.

Tres ó cuatro bomberos de los mas hábiles, seguian la columna expedicionaria, sin que estos pudieran siquiera sospecharlo.

Detrás de los bomberos, y como unas tres leguas á retaguardia, venia una indiada

compuesta de mas de cuatrocientas lanzas de las mas bravas.

El indio es muy hábil para bombar sin ser sentido al enemigo que quiere destruir.

Se vala para ello de las inmensas matas de cortadera que cubren la pampa, tendiéndose entre la paja, ó escondiéndose bajo la barriga de los caballos, tan diestramente, que el gefe mas práctico cree ver cruzar una manada de yeguas, cuando en realidad lo que cruza es una punta de indios.

Los homberos que seguian la expedicion de la Piedra, estaban en inmediato contacto con la indiada que venia á retaguardia, de modo que en el momento preciso, no perderian ni un minuto para dar el golpe.

La noche aquella á que nos referimos, los homberos comprendieron que la oportunidad tan esperada habia llegado ya.

Viendo que la columna se entregaba al mas completo reposo, y estudiados los puntos donde quedaban establecidas las avanzadas, vinieron en busca de la indiada, y prepararon la sorpresa.

La noche era oscura y los médanos que constituian el campamento eran muchos, lo que venia á favorecer á los indios, al revés de lo que la Piedra habia pensado.

La indiada llegó sigilosamente á tres ó cuatro cuadras del campamento, donde formó en semi circulo una larga ala de batalla, como cuando forman cerco para bolear.

Recien entonces lanzaron su terrible alarido de guerra y enristrando á dos manos sus largas lanzas, se lanzaron como un torbellino sobre la expedicion entregada al mas tranquilo sueño.

El grito de los indios tiene en estos casos su táctica especial.

Ellos saben que al sentirlo, el bruto no habituado á él, se pone en fuga presa del terror mas invencible, hasta el extremo de que ni el fuego lo contiene.

El indio cree firmemente que su alarido asusta é impone al cristiano hasta el punto de privarlo en el primer momento de toda accion.

Así su alarido repetido sin descanso, tiene en las sorpresas el doble objeto de hacer desaparecer las caballadas y aterrar al cristiano dejándolo á pié.

Así, golpeándose la boca y arrojando una gritaría infernal, se lanzaron sobre el campamento, arrollando y cautivando las primeras avanzadas.

Una sorpresa á un campamento, durante las horas de reposo y en medio de la noche, es una cosa tremenda.

Una sorpresa traída por los indios es algo de imponentemente fantástico é indescriptible.

El que duerme despierta bajo el horrible fragor de la gritaría y la disparada de los caballos que atropellan, espantados, por todo lo que pueda ser un obstáculo á su carrera.

El enemigo que se siente y no se vé, el espanto colectivo, la desesperacion de no saber si se dá la muerte al compañero ó al enemigo.

Todo esto agregado á la confusion y turbacion de semejante despertar, contribuye á aumentar el espanto invencible del primer momento, espanto que pasa sí, pero tarde, demasiado tarde para reaccionar y recuperar lo perdido.

Cuando esta clase de sorpresas es hecha sobre un enemigo que no conoce la guerra de los indios, es inevitablemente fatal.

No hay tropa, por brava que sea, que reaccione y la carnicería mas horrible tiene forzosamente que seguir á la sorpresa, pues el indio no pierde en estos casos las ventajas obtenidas en el primer momento.

La desgraciada expedicion de la Piedra tocaba esta horrible desventura.

Los soldados despertaron vencidos por la primer impresion de espanto y cuando pudieron darse cuenta de lo que pasaba, era ya tarde para reaccionar, pues la matanza habia empezado y no habia formacion posible en medio del estruendo de los salvajes y la oscuridad de la noche.

Sin embargo, soldados de primer orden y educados en el peligro, resolvieron defender la vida, cada cual por su parte, esperando que la luz del dia cambiara tal vez la suerte de aquel combate tremendo.

Pero la luz del dia vino á mostrarles solo aquel cuadro de muerte y horror, en toda su espantosa desnudez.

La columna expedicionaria habia sido destruida en su mayor parte.

El campamento estaba cubierto de cadáveres horriblemente mutilados.

Los soldados que quedaban, con sus oficiales á la cabeza, formaron pequeños grupos, con la intencion de emprender una retirada ventajosa.

Pero las municiones eran escasas, las armas de chispa muy lentas en su manejo y los indios muy numerosos.

No habia mas esperanza que morir matando, consuelo bien triste por cierto.

El peloton mas numeroso era el que habia formado don Leon Ortiz de Rozas, á cuyo frente combatia con una bravura digna de su raza.

Segun su hábito, vestia con sumo esmero y riqueza, así es que su uniforme despertó desde el primer momento la codicia de los salvajes.

Los indios entonces, tan pérfidos y desleales

como hoy, sabian tratar la paz con el gobierno, para volverse á aizar cuando habian recibido los regalos que este les daba y volver á reanudar la misma paz, que poco volveria á durar.

Estos frecuentes tratos habian tenido por base el cambio de cautivos, los que á veces les habian valido pingües rescates.

Así es que los indios no mataban tanto como hoy.

Cuando veian á algun oficial que por su trajeles parecia persona de fortuna, hacian lo posible portomarlo vivo, para exigir por él un buen rescate en los primeros tratados de paz.

Así es que conforme vió á don Leon, el cacique que mandaba la indiada, gritó:

Aquel cristiano buen rescate—no matando! no matando!

Estos son datos que tienen por oríjen la relacion que hacia mas tarde al mismo don Leon.

Entonces tanto el cacique como algunos indios que deseaban complacerlo, empezaron á tratar de tomar sin inferirle herida alguna, al lujoso oficial.

El grupo que mandaba don Leon fué atacado con preferencia por los indios, á pesar del fuego de fusilería que les mantenía á una distancia respetable.

Pero las municiones se agotaron como tenia que suceder fatalmente y los indios cargaron entonces con la mayor impunidad.

Los soldados tomaron entonces sus fusiles por los cañones, para servirse de ellos como mazas, y el combate continuó á fusilazos.

Pero ya llegado este caso, poca resistencia habia que oponer

Los indios empezaron á arrojarles sus certeras boleadoras y atarles con ellas los brazos al rededor del cuerpo, lanceándolos en seguida con la mayor impunidad y cobardía.

Ya bajo uno de estos seguros tiros de bolas, don Leon sintió tambien ligados sus brazos y se vió, con una desesperacion conmovedora, á la completa disposicion de los salvajes.

En el acto fué desarmado y amarrado de manera que no pudiera hacer el menor movimiento.

Don Leon se lamentó entonces el no haberse hecho volar los sesos con el último tiro.

Comprendió que los indios iban á llevarlo cautivo, y el cautiverio entre los salvajes era mil veces peor que la muerte.

Asegurado don Leon y algunos otros oficiales y soldados, los indios se entregaron al despojo de los muertos, y á despenar, degollándolos, á los que aún conservaban un resto de vida,

Aquella operacion fué terrible para don Leon y sus compañeros, que se vieron obligados á presenciaria.

Concluida la carnicería y el saqueo, los indios que sabian no existia otro enemigo que viniera á incomodarlos, se entregaron á celebrar aquella victoria sangrienta, y á reposar durante aquella noche las fatigas de la matanza, curioseando los mil objetos y alhajas del botin que habian hecho.

Algunos que se habian apoderado de botas llenas de vino y otras bebidas, se entretenian en vaciarlas con el placer y ansiedad que se entrega el salvaje á esta operacion en la que ponen toda la potencia de sus sentidos.

Bien amarga fué aquella noche para los pobres paisanos, que vencidos por la fatiga y los sufrimientos morales, cayeron bajo la accion de un sueño agitado y angustioso.

Al dia siguiente los indios emprendieron su marcha á los toldos en medio de la mayor alegria.

Llevaban sus cautivos en los caballos de tiro, con las manos ligadas á la espalda, pues temian que aún sin armas, la desesperacion de verse cautivos les hiciera provocar la muerte.

Y despues de una marcha penosa y continuada, llegaron por fin á los toldos, término de aquella verdadera *via crucis*.

Es preciso conocer de cerca una toldería de indios, para comprender todo el horror que ella guarda al hombre civilizado.

Los toldos, en su mayor parte con cueros frescos, que pudre el calor del sol cuando no están bien tirantes, despiden unas emanaciones que se sienten muchas veces á cuatro y cinco leguas, segun la fuerza del viento.

Por eso es que el hombre práctico sabe donde se halla una toldería antes de haberla visto.

El olor la delata primero.

En el toldo están, en una confusion salvaje, la familia y los haberes del indio.

Entre aquellas cuatro pestíferas paredes de cuero, viven el padre, la madre, el hijo casado, la chusma, los perros y las aves.

Todo esto mezclado con las armas, los arreos, las guascas, pedazos de carne, que han sobrado del dia y los huesos de la que han comido.

A la entrada del toldo están las osamentas de los animales que se han carneado durante los meses ó el año que han vivido allí.

Cuando la basura les quita materialmente la entrada, cambian el toldo de sitio y esto es todo.

Esta y no otra es la razon por que las tolderías cambian frecuentemente de campo.

El indio es sùcio por naturaleza y por ins-
tinto.

No se lava nunca y conserva sin quitárselo jamás, el traje que se ha puesto una vez, hasta que se cae el último pedazo, podrido por la mugre.

Después de comer, operación que hace siempre con las manos, se limpia estas en su enorme y gruesa cabellera, llena á su vez de otro género de habitantes.

Su cama la componen los cuatro cueros de su recado, y el par de ponchos pampas que constituyen su riqueza.

Haragan por costumbre y vicio, pasa su vida echado en el suelo hasta que llega la hora del trabajo, que no es otra que la del malon que dan dos ó tres veces al año.

La mujer es la que trabaja.

Ella es la que teje, la que esquila y prepara y tiñe la lana, la que carnea y la que voltea y planta los toldos.

Ella es la que dá vuelta las tropillas y cuida las majadas.

Ella es la que monta á caballo para todas las faenas del cambio, mientras el indio está eternamente echado en el suelo, sin mas ocupación que la de comer, dormir y rascarse la cabeza.

Con esta lijera idea de lo que son los toldos, el lector podrá calcular lo que importaría semejante cautiverio para el aristocrático don Leon Ortiz de Rozas.

Un año pasó allí, muriendo de desesperación y de miseria.

Año de agonía que solo el que lo sufre es capaz de comprender.

En un miserable estado de desnudez, pues habia sido despojado de todas sus prendas de ropa, el cacique cuya propiedad era, se servía de él como del mas miserable peon.

La mujer de este, cruel y feroz como todas las indias y á cuyo servicio habia pasado, según costumbre, lo trataba de una manera terrible.

Cuando no entendia lo que se le mandaba hacer, se lo hacia comprender aquella á pa- los ó á bolazos.

Cuántas veces intentó suicidarse!

Pero los indios tienen tan famosa vigilancia sobre sus cautivos, que no los pierden de vista un solo momento.

Son vijilados hasta en la hora de dormir, pues siempre hay alguno que les repara el sueño.

Así vivió por espacio de un año aquel jó- ven desventurado!

Durante este tiempo no le fué posible ni siquiera una sola vez, hablar con sus compañeros de cautiverio, que estaban como él, cada uno en el toldo de su respectivo dueño.

Sus manos encallecidas por el trabajo y su fisonomía completamente transformada por el sufrimiento y la intemperie, lo habian desfigurado completamente.

Nadie hubiera conocido en él al gallardo y aristocrático Teniente del 2º Regimiento de infantería.

En los primeros tratados que celebró el gobierno con un cacique cuyo nombre no hemos podido obtener, le fué propuesto el rescate de don Leon Ortiz de Rozas y los compañeros de cautiverio que habian sobrevivido, pues muchos de ellos no pudieron sufrir aquella vida imposible,

Con cuanto júbilo recibió esta noticia el noble don Domingo y su familia!

Ellos que habian llorado tanto tiempo la muerte de aquel sér querido, creian soñar, al ver que vivia y podian traerlo á su lado mediante una miserable cantidad de hacienda.

El último de los caciques,—*amo*,—como ellos llaman al dueño del *cautivo*, fué el célebre "Cuentrel," conocido entre las tribus con el nombre de—"El Cacique Negro," que lo compró por algunas prendas.

Este, alivió las penas de don Leon en su última época de cautiverio.

Lo trató bien y sintió su rescate, después de 19 meses y 21 dias de cautiverio.

En Agosto de 1840 cuando Posas acumuló sus fuerzas en Santos Lugares, vinieron también los *indios amigos*, al mando de los caciques Nicasio, Catriel, Wichal y *Colinaw*.

Este último, era hijo de Cuentrel.

En un *parlamento* recordó á Rosas, el cautiverio de su padre jurándole á nombre del suyo, constancia y fidelidad.

Aquellos cinco caciques son bien conocidos hasta nuestros dias.

Todos sabemos como fué muerto Catriel.

El célebre Nicasio tenia orgullo en decir que era hijo de cristiana.

Era la verdad y se hacia llamar don Nicasio Macedo.

Vestia como cristiano.

Hombre de orden, tenia idolatría por su hermano Juan Manuel,—así llamaba á Rosas.

En la batalla de Caseros, pronunciada la derrota, el cacique Nicasio, blandiendo una lujosa lanza, regalo de Rosas, proclamó á sus indios, y á su frente *bandeó* un regimiento de caballería brasilera que interrumpió las dianas que tocaba, desorganizado.

Nicasio cayó muerto con su lanza en ristas gritando:—Viva Rosas!! Mueran los brasile- ros!!

Cerrados los tratado que poco duraron, los indios recibieron las cabezas de ganado y prendas de plata en que estimaban el rescate yá

aquellos desgraciados volvieron al seno de sus familias que habian vestido luto por ellos.

Se puede decir que don Leon conservó en su fisonomía las huellas de su cautiverio, hasta 1808, en que hemos dicho que abandonó el servicio y el empleo de administrador de las haciendas de la Corona, que como premio de su cautiverio le dió el Gobierno, para ponerse al frente de los establecimientos de campo que de su señor padre heredó doña Agustina.

Pero don Leon no habia nacido para estanciero y tuvo que entregar los establecimientos á capataces de toda su confianza, volviendo á la ciudad al lado de su naciente familia, y de su esposa á quien profesaba un cariño que rayaba en veneracion.

Doña Agustina Lopez de Osornio era tal vez la mas bella dama de su época, belleza que heredó don Juan Manuel, como otras condiciones del carácter de su señora madre.

Era tan notable su belleza, que, cuando fué presentada con su esposa al virey don Pedro Melo de Portugal, que tenia fama de ser uno de los hombres mas distinguidos de su época, exclamó sorprendido al verla:

—Tan linda! tan linda....y vestida de frayle!

La picante alusion al traje tenia esta esplicacion tristisima.

Tan impresionada habia quedado la jóven con la trágica muerte de su padre y su hermano, que por muchos años usó el hábito de Mercedes.

Así es que el virey no habia podido retener una exclamacion de lástima, al ver aquella belleza notable sacrificada bajo lo que élla llamó un traje de fraile.

El carácter de doña Agustina era fuerte y dominante, lo que, como su belleza, heredó don Juan Manuel.

Don Leon que la queria de una manera idólatra y que era suave y delicado hasta la exageracion, concluyó por ser completamente dominado por su consorte.

Algo codiciosa hasta ser un poco misera, en lo que su hijo no se le parecia absolutamente, era la que gobernaba directamente las estancias.

Se puede decir que era á ella á quien los capataces rendian sus mas minuciosas cuentas sin por esto pasar sobre don Leon, á quien,

era la primera en hacer respetar como jefe de hacienda y familia.

Sin embargo de estas condiciones, doña Agustina era sumamente humana y caritativa, hasta el extremo de merecer el nombre de "madre de los pobres."

Era tan firme de carácter, que jamás se doblegó ante las exigencias de su hijo Juan Manuel.

Muchas veces desafió sus genialidades y hasta enojos, rehusando romper con sus antiguas relaciones aristocráticas, unitarias des-pues.

En la época á que nos referimos, la casa de don Leon de Rozas, era el centro de reunion de la mejor sociedad nacional y extranjera.

En ciertos dias del año tonian lugar en su casa, bailes y tertulias sumamente concurridas.

Fué la primer familia, como lo hemos dicho en el capítulo anterior, que ató caballos á su carruaje, tirados hasta entonces por mulas.

Ya brillaban en sus salones como otros tantos soles sus hijas mayores, Gregoria y Andrea, y un poco mas tarde Mercedes y Agustina.

Creemos que de ellas, las únicas que viven hoy, son la señora Gregoria, que cuenta actualmente 84 años, viuda del patriota don Felipe de Ezcurra y Arguibel, hermano de la célebre doña Encarnacion, y doña Agustina Rozas.

Doña Gregoria Rozas fué la mejor de todas ellas, mereciendo del virtuoso don Valentin Alsina el calificativo de *anciana venerable*.

De los hijos de doña Agustina y don Leon, solo diez vivieron, que fueron don Juan Manuel, doña Gregoria, doña Andrea que se casó con don Francisco Seguí, don Prudencio, don Gervasio, doña Maria, casada con Nuño Valdez, doña Manuela con don Enrique Bond, doña Mercedes con don Miguel Rivera, doña Agustina con don Lucio Mansilla y doña Juana, que creemos se conservó soltera.

Dados estos antecedentes, que prueban la noble ascendencia paterna y materna de don Juan Manuel, continuaremos con nuestra historia, tomando á Rosas desde el colegio, donde empezó á figurar en los combates con los ingleses.

Una de las fiestas que mas bulla metió en aquella época, fué la que se celebró con motivo del bautismo del que mas tarde fué Restaurador de las leyes y héroe del desierto.

Los padres de Rosas eran personas de lo mas noble y distinguido que habia entonces en Buenos Aires.

Sus abuelos, tanto el paterno como el materno, eran personas de gran importancia, como lo hemos demostrado.

Este último sobre todo don Clemente Lopez de Osornio, que murió como ya lo hemos consignado bajo la lanza de los indios, fué un militar pundonoroso y bravo y uno de los hacendados mas ricos de Buenos Aires, si es que no era el mas rico y mas inteligente de todos.

El mismo don Leon Ortiz de Rozas se habia dedicado á los negocios de campo, comprendiendo que era el verdadero porvenir de estos paises, y en ellos habia quintuplicado su ya enorme capital.

El bautismo de Juan Manuel, se hizo pues con todo el lujo de aquella época.

Los grandes salones fueron profusamente iluminados por mas de doscientas velas de baño, iluminacion lujosísima y fueron invitadas todas las familias de la ciudad.

Hubo arroz con leche, pastel de libra y se sirvió chocolate con una perfusion espléndida.

Hasta los esclavos de la familia comieron aquel dia *hasta tocarse con el dedo*.

Doña Agustina hacia los honores de la casa conservando á su lado á la venerable negra esclava, en cuyo regazo dormia aquel niño que fué tan terrible despues.

Y se mostraba orgullosa recibiendo como la cosa mas merecida, los elogios que se le hacian del recién bautizado.

Y es fama que Rosas, desde sus primeros dias, fué una criatura para quien la naturaleza fué tan pródiga en belleza fisica como escasa en sentimientos nobles para aquel espíritu sombrío.

La fiesta de este bautismo quedó grabada en la memoria de la gente de aquella época, como un acontecimiento, de tal manera, que mas de una viejita lo recordará todavía.

El chiquilin Juan Manuel fué desde entonces el ídolo de aquella casa.

Sus nobles padres cifraron en él todas sus esperanzas, prometiéndose dotar á la sociedad de un ciudadano eminente que perpetuara su apellido ileso hasta entonces, por el camino de la virtud y el honor.

Y el chiquillo fué mimado de una manera que indudablemente vino á desarrollar sus naturales instintos de ferocidad y dominacion.

Qué esclavo se hubiera atrevido á contrariar ni con la intencion el mas velado pensamiento del amito?

Hubiera sido esto un crimen imperdonable.

Así se crió desde su edad mas tierna habituado á imponer su voluntad á cuanta persona lo rodeaba.

El noble y altivo don Leon, solia contrariar esta voluntad que desde tan temprano se mostraba, temiendo sin duda las fatales consecuencias de tolerarla.

Pero la señora doña Agustina miraba en aquel hijo la luz de sus ojos, y este se aprovechó de este cariño idólatra para ver satisfechos todos sus deseos y caprichos contrariados por el padre.

A la edad de once años, Juan Manuel era un precioso muchacho á quien era preciso pensar en educar y corregir de una manera severa.

Para corregir un mal rasgo de insubordinacion filial, y á consecuencia de una travesura que hizo a un vecino, doña Agustina tuvo que ahogar por un momento sus sentimientos de madre, y como castigo lo encerró en su propio cuarto.

Exasperado el niño con aquel castigo, primero que recibia de su madre, empezó por hacer pedazos cuanto mueble habia en el cuarto.

Impuesto don Leon de lo que pasaba, se armó de toda su energía, y declaró que aunque reventára, no le abriria la puerta hasta el siguiente dia.

Cuando Juan Manuel supo esto, dejó escapar toda la ira de su carácter voluntarioso y valiéndose de los pedazos que habia arrancado de los muebles, desenladrilló todo el piso del cuarto.

Acomodados los ladrillos en dos grandes pilones, se sentó en uno de ellos, y con el otro empezó á hacer tal fuego graneado contra la puerta del cuarto, que no solo los habitantes de su casa sino los de la vecindad se pusieron en seria alarma.

Don Leon se mostró inflexible, y declaró que no abria la puerta por nada de este mundo.

Pero empezaron á llegar los vecinos y á empeñarse por la libertad del jóven, en tales términos que fué preciso ceder y abrirle la puerta, cuando esta empezaba á saltar en pedazos, cediendo á su vez ante aquella terrible descarga de adobazos.

El aspecto de Juan Manuel era realmente tan terrible, que el buen don Leon se alarmó seriamente.

Sus hermosos ojos azules habian tomado esa expresion acerada, peculiar á la raza felina, hallándose el resto de sus facciones bellísimas, alterado por la ira y el despecho.

Sobre sus párpados y rodando hácia los pó-

mulos se veían brillar dos lágrimas que arrojó la desesperación de la impotencia, y la amenaza más sombría bañaba su rostro de ángel malo.

Don Leon quedó aterrado.

Comprendió que si aquel carácter no era doblegado rápidamente, aquel hijo iba á ser la causa de sus días más amargos y decidió acudir al mal con un remedio enérgico.

En la pieza donde Juan Manuel había sido encerrado, no quedaba el mueble más insignificante, que no estuviera hecho pedazos.

Su misma ropa se hallaba hecha girones pequeños.

Y ya lo hemos dicho, no teniendo más que romper, había desenladrillado el piso del cuarto.

Los esclavos lloraban en grupos, pues tenían idolatría por el amito, y creían que todo lo hecho le iría á valer un castigo formidable.

Pero Juan Manuel parecía desafiar todo peligro, con su mirada varonil, y preocuparse muy poco de lo que pudiera sucederle.

Aquella misma noche tuvo lugar entre D. Leon y doña Agustina una seria conferencia.

Don Leon había encontrado un buen medio de corregir aquel carácter que se revelaba de una manera tan alarmante.

Y este medio era el de ponerlo á pupilo en el colegio de don Francisco Javier Argerich, no solo por las garantías que ofrecía este establecimiento, como comodidad y respeto, cuanto por estar reputado entonces el mejor que existía.

Y en efecto, fué allí donde se educaron todos los jóvenes que más tarde figuraron en la política y en los escasos ramos del comercio que empezaba á formarse.

Pero la dificultad estaba en arrancar el consentimiento maternal.

Doña Agustina estaba contenta en que Juan Manuel fuera al colegio hasta medio pupilo.

Pero separarse de él tan bruscamente y por largo tiempo, era cosa en que no podía consentir, á pesar de las juiciosas y prudentes observaciones de don Leon.

Agotado todo recurso de convencimiento, y viendo que no había una razón espaz de arrancar á su esposa el sí deseado, don Leon tuvo que recurrir á toda su autoridad de jefe de familia.

—Siento mucho contrariar tu cariño, siento mucho contrariar por primer vez de mi vida un deseo tuyo, pero es preciso que Juan Manuel vaya á pupilo al colegio, é irá. Dijo don Leon revistiéndose de toda su gravedad.

Es necesario para su porvenir y tal vez para su presente.

Resígnate pues á esta separación momentánea en provecho del hijo que tanto amamos, y no se hable más del asunto.

Entonces la autoridad del jefe de una familia era acatada con resignación, por que era inapelable.

El respeto al marido y al padre era un hecho positivo.

La esposa como el hijo no discutían la voluntad del jefe la familia.

La obediencia no permitía la menor réplica.

Así doña Agustina, á pesar del imperio que tenía sobre su esposo, se resignó mansamente á lo determinado por don Leon y quedó decidido que Juan Manuel iría á pupilo al colegio de Argerich.

Cuando este conoció por boca de doña Agustina la determinación de su padre ni se inmutó siquiera.

—Bueno, dijo, poco me importa vivir en una parte que en otra.

Iré al colegio de Argerich ó á cualquier otro, me es indiferente.

—Pero hijo mío, decía la buena señora, que vá á ser de tí, privado de mis cuidados y mis atenciones!

Fíjate que no vés á verme sinó una ó dos veces al mes.

—No se aflija por eso mamita, replicaba cariñosamente, que ya estoy yo en edad de mirar por mí.

No por eso ha de dejar usted de quererme ni mi amor por usted ha de sufrir la menor variante.

En el colegio no he de pasar una eternidad.

Los estudios han de concluir pronto, por que yo me apuraré á concluirlos y algún día saldré de allí y podré ser dueño de mi voluntad.

Entonces no nos separaremos más.

Muchas lágrimas costó á la pobre señora la separación de su hijo.

Y el mismo don Leon tuvo sus días de amargura, pues amando entrañablemente á su consorte, como la amaba, no podía contemplar impasible las silenciosas lágrimas que esta derramaba.

—Ten paciencia, hermosa mía, decíale para consolarla, que yo también al obrar así he contrariado mucho mi voluntad.

Pero nuestro hijo tiene un carácter muy fuerte y es preciso dominárselo á toda costa.

Además ya es necesario que empiece á educarse con arreglo al rango que ha de ocupar, y tarde ó temprano se ha de producir esta separación momentánea, tan provechosa para él.

La señora Agustina, por no afligir más á su esposo, finjó una conformidad que estaba muy lejos de abrigar.

Bajaba su mirada cargada por el pesar, y replicaba siempre

—Qué le hemos de hacer!

Es preciso y no habrá mas remedio que conformarse.

Ocho dias despues de aquel encierro y de aquella conferencia, Juan Manuel acompañado de don Leon, entró al colegio del Sr. Argerich, situado como hemos dicho, donde ha sido el Banco Mauá.

Juan Manuel fué el discípulo mas lujoso que iba allí.

Doña Agustina lo habia provisto con profusion, de todo lo necesario y aún de lo supérfluo.

Don Leon, por su parte, para suavizar la amargura que en su hijo creia causaria la separacion de la familia, lo habia llenado de obsequios y hasta de dinero.

En el colegio de Argerich se educaban entonces (1805) los hijos de las familias mas conocidas y mejor acomodadas de Buenos Aires.

Entre esternos y pupilos que eran los mas, habia unos cuarenta discípulos, que variaban entre los doce y los quince años.

Hoy un jóven de quince años es un *hombrecito*, que tiene su cierta ó completa independencia.

Es ya estudiante de derecho ó de medicina, anda en amores y las noches de trueno no son para él cosa de llamar la atencion.

Está empleado cuando la familia no tiene gran fortuna y gana lo suficiente para costear su independencia, que no es otra cosa que el derecho de fumar, andar con amigos y usar llave de la puerta de calle.

Este es el mayor peligro y el mas funesto de todos.

No teniendo á quien dar cuenta del empleo de sus noches, las emplea en entretenimientos perjudiciales y adquiriendo vicios que destruyen mas tarde su físico y su moral.

Este es el motivo por el que se suelen ver en nuestra sociedad, jovencitos de quince y diez y seis años, con todo el aspecto de un anciano viejo y corrompido.

En aquel tiempo no sucedia lo mismo.

Un *hombrecito* de quince y aún de veinte años, era un niño, en toda la acepcion de la palabra, con toda la candidez y la inocencia infantil que se pierde hoy á los siete y los ocho años.

A los treinta años, todavia un mozo no se quedaba á comer fuera de su casa sin solicitar de su señor padre el permiso competente, operacion que hacia, sobre todo é infaliblemente, para salir de noche, no durando la licencia y por consiguiente, el paseo, sinó hasta las once, ó cuando mucho hasta las doce de la noche.

No habia ejemplo que un hombre de treinta años se llevara un cigarro á la boca en pre-

sencia de su padre y que no lo hablara siempre con el respeto mas humilde y cariñoso al mismo tiempo.

Hoy un mocito de quince años se consideraria humillado si tuviera que pedir permiso á su padre para ir á correr la tuna en compañía de amigos.

El señor, al dirigirse á su padre se ha convertido en el tú, y el papá, ó tatita, como se decia entonces, ha sido reemplazado por el nombre propio de este.

No criticamos esta costumbre que establece una confianza mas amistosa entre el padre y el hijo, pero observamos que ella borra poco á poco ese respeto severo que un padre debe inspirar.

Confrontamos las épocas, sin querer criticar la presente, que aunque tiene muchas cosas buenas, tiene otras que han envenenado la sociedad y la familia.

Faltar el respeto á su padre!

Quién se habria atrevido en esa época á semejante enormidad!

Y en nuestros dias este es un hecho que, mas ó menos gravemente, se repite con una frecuencia que entristece y oprime.

El respeto por el padre y por la madre, era entonces un hecho ineludible.

Hoy se practica tambien, pero en muchos casos no es mas que una mera fórmula.

En este caso, la educacion antigua era superior á la moderna.

Pero sigamos en nuestra historia, que se aproxima ya á sus épocas mas interesantes.

Juan Manuel fué entregado al señor Argerich, con todas las formalidades del acto en aquella época.

Su aparicion en el colegio fué sumamente agradable para los que mas tarde iban á ser sus compañeros como para su maestro.

Ya hemos dicho que Rosas era un niño de una belleza notable, belleza que conservó íntegra hasta que su espresion fué endureciéndose hasta hacerse desagradable.

Hay dos facciones que conservaron siempre su acentuacion típica, sus ojos y su boca.

Sus ojos azules de espresion bondadosísima y su boca delgada y original, pequeña y dura, como si fuera de acero.

La sonrisa de aquella boca típica, fué siempre como una herida.

Parecia que al sonreir supiese que hacia daño y quisiera hacerlo.

Instalado en un cuarto y presentado á sus condiscípulos, don Leon se retiró despues de haberle dado sus consejos mas saludables.

Don Francisco estaba prendado del pupilo, pues á mas de la belleza y la inteligencia que respiraba toda la cabeza de aquel jóven, era para él una honra tener en su colegio á

un hijo del respetable don Leon Ortiz de Rozas.

Fué, pues, en el colegio donde empezó á sacar las uñas y mostrar todas las tendencias de un terrible carácter.

Pero no apresuremos los sucesos, pues tal vez desde aquí arranca la historia de este hombre escepcional.

Un carácter

Pocos dias despues de haber entrado al colegio de Argerich, Rosas se habia captado por completo el cariño de maestros y condiscípulos, empezando á descollar entre ellos como el mas aventajado.

Su caracter alegre y travieso se manifestaba á cada instante, en mil ocurrencias estudiantiles.

Aquella fisonomía bellísima empezaba á acentuarse con todo el vigor que conservó hasta sus últimos años.

A sus ojos afluia el brillo de un espíritu noble y bondadoso, espíritu que se dibujaba tambien suavemente en su boca típica, y aristocrática.

—Es necesario aprender pronto, para salir pronto del colegio, se habia dicho una vez que allí quedó solo.

Además es necesario saber, para llegar á donde yo quiero, añadió.

Y se dedicó al estudio con tal constancia y tal firmeza de carácter, que sus progresos llegaron á asombrar al señor Argerich, que así lo comunicó á su padre.

Al año de entrar al colegio, no solo era el estudiante mas aventajado, sino que habia llegado á hacerse notable por su bellísima letra que llamaba la atencion de cuantos la veian.

A la superioridad de antecedentes de familia, que tenia sobre sus compañeros, se unió la superioridad del talento y de los conocimientos que iba adquiriendo dia á dia, superioridad que hacia pesar sobre ellos cada vez que hallaba una oportunidad para ello, llegando á dominarlos por completo.

¿Qué travesura se hacia en el colegio sin que se le consultara préviamente?

Desde las partidas de rayuela hasta las herrejías que se hacian con los ratones, como soparlos en aguardiente y prenderles fuego, todo pasaba por su sancion suprema.

Don Leon, en vista de sus adelantos y su aplicacion constante, le daba siempre gruesas sumas de dinero que él partia con sus compañeros mas pobres y necesitados.

Su mayor placer era cuando un compañero entraba á su cuarto y tomaba sin decirle nada lo que necesitaba, ya fuera alguna prenda,

de vestir, como algun juguete, ó parte del dinero que tenia sobre la mesa.

—Lo que es mio es de todos, deciales con frecuencia y el que necesite algo y no lo tome como si fuera suyo, no es mi amigo ni me estima.

Y en los dias de salida, que tenian lugar dos veces al mes, se le veia lleno de placer facilitar á sus compañeros sus mejores ropas.

Cuando entre dos jóvenes habia uno de esos disgustos frecuentes en los colegios, no descansaba un solo momento hasta no haber arreglado la cuestion y haberlos obligado a echar pelillos.

Jamás una de estas cuestiones llegó hasta hacerse saltar la chocolata.

Mientras no podia arreglar el disgusto no perdía de vista á los antagonistas y llegado este caso supremo, se interponia entre ambos diciendo:

—El que levante primero la mano, me habrá pegado á mi y perderá mi aprecio.

No hay palabra en este mundo que autorize á levantar la mano sobre el amigo.

Sobre todo golpe está la palabra noble y honrada.

Ván ustedes á sentar algun principio ó á buscar alguna razon con algunos golpes de puño en el semblante?

Ante estas razones y otras análogas los espíritus se calmaban, la razon recobraba su imperio y los que habian ido á la huerta a hacer se saltar la chocolata, se estrechaban la mano cariñosamente y agradecian á Rosas el haberles ahorrado la vergüenza de levantarse la mano.

Los condiscípulos concluyeron así por profesarle una admiracion ciega y un cariño idólatra.

Dos de estos jóvenes llegaron un dia á tener una discusion que degeneró en los insultos mas terribles.

—Tu hermana es muy bonita, dijo uno al otro y yo me voy á casar con ella.

A cierta edad esto es un insulto intolerable, así es que aquel á quien aquellas palabras iban dirigidas, se puso lívido y replicó con ademán lleno de desprecio:

—Eres demasiado estúpido y miserable para casarte con mi hija.

A esta injuria inusitada y terrible, tenia que sucederse una respuesta mas agresiva todavia.

Así, el que la habia vertido levantó su mano y azotó el rostro de su compañero.

Los que presenciaron esta escena median prontamente y pudieron contener á los dos jóvenes en momentos que se lanzaban uno sobre el otro.

Pero aquello no podia concluir así.

Los dos nombraron sus padrinos y se convinieron en un duelo que debia tener lugar aquella misma noche, cuando el resto de los compañeros estuvieran entregados al reposo.

El sitio elegido era la misma huerta del colegio y el arma un par de cortaplumas, únicas de que se disponia.

Los padrinos alarmados con el resultado funesto que podia tener aquel duelo, no se atrevieron á asumir la responsabilidad sin consultar antes con Rosas, que estaba ignorante de lo que sucedia.

—Obren como si no me hubieran dicho nada y como si el duelo fuera á efectuarse, respondió Juan Manuel tranquilamente.

Yo les respondo que nada ha de suceder, pues he de arreglarlo todo de una manera satisfactoria.

Los padrinos, descansando en aquella promesa, se retiraron alegremente, llevando las cosas adelante, como si el duelo fuera á efectuarse.

Los adversarios estaban poseidos de tal pasion, que deseaban ardientemente ver llegar el momento de despedazarse á cortaplumazos.

Serian las doce de la noche mas ó menos, cuando el colegio estaba en el mayor silencio.

Hacia dos horas que la luz se habia apagado en todas las habitaciones y todos, menos los duelistas, se hallaban entregados al reposo.

De pronto se abrieron dos habitaciones, y dos grupos, compuesto cada uno de tres jóvenes, se dirijieron á la huerta silenciosamente.

Allí los padrinos entregaron á cada cual su cortaplumas y se dispusieron á presenciar la lucha, agitados, pues por ninguna parte veian llegar á Juan Manuel.

Se habria dormido acaso olvidando lo que sucedia?

Los rivales, cortaplumas en mano, se miraron un momento, haciendo afluir á los ojos todo el rencor que sentian.

—Me has llamado cobarde y miserable, dijo el uno, y yo voy á demostrarte que no soy ni lo uno ni lo otro.

—Me has azotado el rostro, replicó el otro, y yo voy á lavar la afrenta con tu sangre.

—Menos palabras y al hecho.

—Al hecho, vamos!

Y fueron á lanzarse uno sobre el otro.

Pero en aquel momento salió un bulto de atrás del peral á cuyo lado estaban los combatientes, que se puso entre ellos con los brazos abiertos.

Los jóvenes, creyendo fuera el señor Argerich, que se habia apercebido de lo que pasaba, retrocedieron confundidos.

—Quién habla aquí de sangre, exclamó Juan Manuel, que él era, mirando á los dos rivales.

Y su hermosa cabeza bañada por la luz de la luna, habia adquirido una espresion de magestuosa nobleza.

—Quién habla aquí de sangre? volvió á preguntar.

Quién quiere hacerse acreedor al terrible calificativo de Cain?

—Me ha llamado cobarde! dijo el uno, huyendo el rostro de la mirada de Rosas.

—Me ha dado una bofetada, replicó el otro y es preciso pelear para borrarla.

—Mentira! exclamó Juan Manuel.

Aún matándolo no destruirás el hecho, como matándote no destruirá él tu cargo.

Cuál ha sido el origen de esta pendencia?

Como los adversarios callaran ante esta pregunta, los padrinos se vieron obligados á satisfacerla.

—Poder de Dios! exclamó Juan Manuel, entre severo y risueño.

Y vale esto la pena de tanto aparato?

Si tu hermana es hermosa, en nada te ha ofendido, si no lo es, todo no pasa de una broma de mal gusto.

—Pero me ha dado un bofetón!

—Eso es mas grave, pero te vá por ello á pedir perdon, valiendo esto mas que un cortaplumazo.

—Yo no pido perdon por que me ha llamado cobarde.

—Y cobarde serás si no lo pides, dijo entonces Juan Manuel severamente.

Pídelo por que has hecho una ofensa gratuita, ó sinó te bates conmigo.

Dura era la cosa, pues lo pedia Juan Manuel bajo una amenaza mas dura todavia. por que ninguno de ellos tendria el coraje de levantar su mano armada sobre el compañero querido.

Ante su mirada firme y su palabra elocuente el amigo cedió y acercándose á su rival le dijo:

—Reconozco que he hecho mal y te pido perdon.

Llama la mano y olvidemos esta locura. Desmayado el otro joven estrechó la mano

no que noblemente se le tendia profundamente afectado.

Por que en el fondo habia un gran cariño y estimacion entre aquellos compañeros, cariño que Rosas supo tocar hábilmente.

—Ahora, dijo este, el que con tanta nobleza reconoce una falta cometida y pide por ella perdon, no es ni un cobarde ni un miserable.

Retira, pues, tú esos dos calificativos que has dado tan sin razon.

Un abrazo fué la respuesta.

Terminado así aquel incidente que pudo tener un desenlace dramático, cada cual se retiró á su cuarto despues de haber estrechado la mano á Juan Manuel.

Al otro dia el lance era público en el colegio y llegaba á oidos del señor Argerich que se aterró pensando las consecuencias de ruina que pudo haber tenido para su colegio sin la mediacion de Juan Manuel.

Este hecho le dió tal preponderancia, que se hizo un verdadero caudillo en el colegio.

Hubiera hecho de sus compañeros lo que hubiera querido.

Rosas mostró un lado flaco que no todos comprendian, debilidad que habia hecho nacer la misma admiracion de que era objeto.

Le gustaba que le tributaran elogios, por frívolos que fueran, llegando á envanecerse hasta de ser el mejor jugador de cocos, juego que recién empezaba á entrar en moda.

Aquellos muchachos que no podian corresponder á sus generosidades de otra manera, porque nada tenían, lo hacian tributándole mil elogios y apresurándose á hacerle los servicios mas familiares.

Y cuando se sentia tratar del mas hermoso, mas inteligente y mas rico, se le veia sonreir lleno de satisfaccion y pagar aquellas infantiles adulonerias con algun regalo de prendas ó de dinero.

Era este el único defecto que se le conocia.

Adulándolo asi, se obtenia de él lo que se queria.

Y asi empezó á habituarse á no admitir en nadie, la mas insignificante superioridad.

Y esto lo hizo adquirir una altanería que mas tarde fué intolerable.

Su carácter descollaba sobre todo, y además de su firmeza, en una integridad incorruptible y en una hidalguía exajerada.

Las leyes del honor mas severo, eran para él cosa ineludible.

Leal y generoso se podia contar sobre su mas insignificante promesa, en la seguridad de que no habia razon capaz de hacerle faltar á ella.

A los dos años de estar en el colegio, Rosas habia aprendido cuanto el señor Argerich podia enseñar.

Es cierto que las materias de estudio eran entonces mas sencillas de lo que son ahora.

Si hubieran sido mas completas y aquella inteligencia poderosa se hubiera nutrido con arreglo á sus facultades, Rosas habria marchado por otras sendas, dejándonos tal vez mas grata memoria.

Mas tarde se le notó una inmensa aspiracion de saber, hasta el extremo de vérselo con frecuencia, aún en las primeras épocas de su encumbramiento, agoviado sobre los libros que él creia podrian enseñarle algo.

El señor Argerich le previno un dia, que iba a hablar con su padre, pues ya no tenia nada que enseñarle y se le hacia un cargo de conciencia estar recibiendo el precio de una educacion que habia terminado.

—No importa, le dijo Juan Manuel.

Espere un poco mas, hasta fin de año (1807) pues yo quiero perfeccionarme todavia y comprendo que necesito aún de sus consejos.

Durante el tiempo que estuvo en el colegio, iba á su casa todos los domingos, donde permanecia hasta el lunes.

Allí se mostraba sério, y retirado de todos aquellos juguetes y diversiones consiguientes á su corta edad.

—Juan Manuel es ya un hombre completo, decia don Leon á su esposa al observar á su hijo.

—Gracias á Dios que tendremos un hijo de provecho á quien poner al frente de nuestros establecimientos.

A la noche, en vez de entregarse al reposo ó atender las entretenidas partidas de prendas que se armaban entre las niñas que iban de visita, se le veia al lado de su padre atendiendo con rara atencion las discusiones sobre política que tenían lugar entre su padre y sus amigos.

El seguia con un interés creciente aquellas largas conversaciones, como si arrastraran su espíritu con un encanto misterioso.

Y alguna que otra vez solia hacer preguntas que dejaban pasmados al buen don Leon y sus amigos.

Y cuando su padre le preguntaba sobre la carrera que desearia tomar, respondia que su bello ideal era ser estanciero para ver crecer los capitales bajo la influencia de su dedicacion y constancia.

Y don Leon se llenaba de satisfaccion, por que el deseo del jóven estaba de perfecto acuerdo con su pensamiento.

Cuando de las estancias venian los capataces ó algunos peones, el jóven Juan Manuel no se apartaba de ellos haciéndose dar ideas sobre trabajos de campo, é imponiéndose del género de vida que en este se llevaba.

Y los capataces como los peones tenían locura por el hermoso jóven, estremeciéndose

de alegría á la idea de que algun día pudiera ir á hacer cabeza en las estancias.

Porque el jóven los trataba con una cordialidad fraternal, tratándolos como á amigos mas que como peones, pues los obligaba á sentarse á su lado, hablándoles con un lenguaje familiar y cariñoso, á que no estaban habituados.

Conocida es la rijidez con que los señores de aquella época trataban á sus sirvientes y peones, esclavos en su mayor parte.

Todos los veranos, los mas viejos capataces por halagar al padre y como prueba del cariño que tenian al patroncito, le traian algun petizo domado para él espresamente y lleno de buenas condiciones.

Cuando entró al colegio, ya no eran petizos sinó caballos, tan bien domados y elegidos, que los caballos del jóven Juan Manuel eran siempre los mas espléndidos que paseaban las calles de Buenos Aires.

Cuando venia alguno de estos presentes, don Leon daba permiso al jóven para pasear, siempre acompañado del capataz que lo habia traído.

Y Juan Manuel, que era ya mas ginete de lo que su padre pensaba, se lanzaba en su briosa cabalgadura, con tal impetuosidad, que su acompañante tenia que hacer grandes esfuerzos para no perderlo de vista.

El patroncito recompensaba siempre el obsequio, regalándoles á su vez ya un puñal de lujosa empuñadura, ya un poncho bordado ó alguna otra prenda análoga.

Y don Leon jamás se oponia á que el peon ó capataz recibiera estos regalos, pues le gustaba que su hijo fuera rumboso, y queria que los empleados de sus estancias le fueran tomando cariño.

Llegó un momento en que al honrado señor Argerich se le hizo un cargo de conciencia retener al jóven Rosas en el colegio, pues nada tenia ya que enseñarle, y con este motivo fué á ver á don Leon.

Maravillado quedó este al oír de boca del señor Argerich que á Juan Manuel no habia ya nada que enseñarle.

—Es una inteligencia privilegiada, le dijo. Dándole otra clase de estudios, superiores á lo que enseñe yo mismo, será un hombre que se hará eminente, en cualquier senda de la vida.

Complacidísimo don Leon, fué á visitar á su hijo á quien contó la conversacion que habia tenido con Argerich.

—Para que puedas reposar el tiempo que has consagrado al estudio, continuó, voy á llevarte una temporada á alguna de mis estancias.

Allí te distraerás y descansarás un mes, ó mas si quieres.

En seguida volveremos y tu dirás la carrera á que has de dedicarte.

—El señor Argerich es muy escrupuloso, replicó el jóven, y tiene miedo de no merecer el dinero que cobra por mi educacion.

Es por esto que se apresura demasiado.

Yo conozco que no me vendria mal concluir el año á su lado.

Necesito concluir de perfeccionarme en contabilidad, y si usted me lo permite puedo quedarme lo que resta del año.

Don Leon accedió á un pedido tan digno de aplauso, conviniendo en que al fin del año (1807) lo retiraria del colegio.

Qué objeto tenia el jóven en postergar así su salida del colegio?

Era aquello realmente un exceso de amor al estudio, ó el pretexto que tomaba para aislarse de su familia unos meses mas?

Nos inclinamos á creer lo primero, pues nadie ha sabido jamás que hasta entonces Rosas tuviera el mas remoto plan político.

El hecho es que no pudo ser cumplido su deseo, por que los sucesos de aquella época gloriosa, lo obligaron á abandonar el colegio cuando menos lo pensaba.

Pero qué fué lo que no se conmovió en aquel memorable 1807?

Véamos en el capítulo siguiente la figura que hizo nuestro héroe en aquellos dias de gloria y de duda angustiosa, que son la epopeya de nuestra historia.

Los dos gigantes

Estudiaba reposadamente en su cuarto, con su condiscipulo mas querido, cuando se puso de pie como si hubiera sido lanzado violentamente de su silla y miró á su compañero indicándole prestara atencion á algo extraño que pasaba en la ciudad,

El jóven Juan Manuel se hallaba completamente transfigurado.

Sus ojos brillaban como la hoja de una espada y su altiva y pálida frente se hallaba cruzada é iluminada por un pensamiento grandioso.

Así permanecieron un par de minutos, hasta que tomándose ambos de la mano, salieron precipitadamente á la puerta de la calle, para inquirir con certeza lo que pasaba.

He aquí lo que habia lanzado de su sillón al jóven Rosas, haciéndole arrojar el libro de estudio que leia en alta voz.

El gran cañon del fuerte acababa de dejar sentir sus tres poderosos disparos de alarma, mientras que en la ciudad no se oia otro sonido que la campana del Cabildo tocando a rebato, y la voz metálica de las cornetas que atronaban los aires con el entusiasta toque de generala.

La gente corría en todas direcciones, con el arma al brazo la mayor parte, mientras las puertas y ventanas sonaban con un estrépito infernal.

Detener á un transeunte para preguntarle lo que sucedía era imposible, y mucho mas imposible aún permanecer en aquel estado de incertidumbre.

—Creo para mí que la patria está en un peligro de muerte.

Yo me voy á averiguar lo que sucede.

Hasta la vista, si nos volvemos á ver!

Y sin esperar la respuesta del amigo, se lanzó á la calle en cabeza, con aquel andar de los catorce años.

Rosas tomó la direccion de la plaza de la Victoria, entonces Plaza Mayor, como punto donde debia encontrar la version mas positiva de lo que sucedía.

En aquel momento el general Liniers pasaba revista á las tropas que se reunian apresuradamente.

Los momentos no podian ser mas solemnes.

Era el inolvidable 28 de junio, y el Gobierno concluía de recibir la noticia de que un poderoso ejército inglés acababa desembarcar en la Ensenada.

Las tropas inglesas eran de primer orden y venian mandadas por los mas caracterizados gefes de la Gran Bretaña.

Aquel ejército compuesto de la flor de los soldados ingleses, armado y municionado de una manera imponente, venia convencido de que nadie ni nada podria resistirlo.

Su mision única era apoderarse de Buenos Aires, presa que habian tenido que abandonar el año anterior.

Y aquellos soldados, héroes de cien jornadas, creian que con solo formar en batalla harian huir á los defensores.

Al saber esto Rosas, buscó con sus ojos azules, brillantes por el entusiasmo en que ardía su espíritu, al general Liniers y á él se dirigió.

—General, le dijo, general, de poco puedo servirle pero tendré á alto honor el morir á sus órdenes bajo la bandera de la patria.

Aloir estas palabras, pronunciadas en aquellos momentos por un jóven tan hermoso y atrayente, Liniers se mostró visiblemente conmovido.

—A mi lado entonces jóven, respondió, partiremos el peligro y la gloria.

Acto continuo se puso en marcha al frente del ejército, en direccion á Barracas, para salir al encuentro de los ingleses, que debian venir á marchas forzadas.

Algunos historiadores han criticado al bravo Liniers su salida al encuentro del ejército invasor, pero creemos que esto es injusto y poco noble.

Liniers, aunque convencido de la inferioridad de sus tropas, creía poder presentar batalla á un enemigo que, aunque mas poderoso y dueño de tropas mas hábiles, pisaba un terreno desconocido, dejando á sus espaldas un rio que haría dos veces desastrosa su derrota si llegaba á ser vencido.

Pero como nuestra mision no es la de criticar sino la de narrar los sucesos, nos limitaremos á esto último.

El ejército inglés se componía de unos doce mil hombres mas ó menos, mientras que el de la defensa solo contaba con unos ocho mil hombres mal armados, de los cuales solo unos ochocientos ó mil se podian llamar veteranos.

A los tres dias de la marcha, Liniers, que se habia situado del otro lado del Riachuelo, avistó la vanguardia del ejército invasor, compuesta de unos dos mil hombres, magníficos en apostura y aspecto, á las órdenes del general Gower.

Liniers no vaciló un segundo y tendió su línea ofreciéndole la batalla.

Pero Gower, cuyos planes eran diversos, se corrió sobre su izquierda, despues de amagar un ataque, y buscó la incorporacion de la division que mandaba Grawfurd, con la que siguió hasta los mataderos de Miserere, donde se situaron ambos, creyéndolo sin duda el punto mas estratégico.

Allí fué á buscarlos el temerario Liniers, tendiendo nuevamente su línea y desprendiendo guerrillas en todo su frente.

Los soldados ingleses, modelos de bravura y disciplina, como siempre, estáticos é impasibles, parecian máquinas de guerra movidas de una manera matemática por la palabra enérgica y lacónica de sus gefes.

El combate se empeñó con sin igual bizzarria y entusiasmo.

Al fuego de fusilería siguió el cañon y á esta las soberbias cargas de nuestra escasa pero espléndida caballería.

Pero aquel combate sostenido con un enemigo superior bajo todos conceptos, no podia durar mucho.

Las tropas de Buenos Aires, si es que tropas podia llamarse aquel ejército de ciudadanos, empezaron á fatigarse despues de una hora de combate en que no habian podido obtener la menor ventaja.

Una carga á la bayoneta irresistible y brillante que hizo la infanteria inglesa, con esa intrepidez fria y obediente, que nada la detiene, puso fin á la jornada.

Liniers, deshecho, destrozado, por aquel enemigo terrible, tuvo que abandonar el campo de batalla dejando muertos heridos, y algunos soldados y piezas de artilleria prisioneras.

Fué su ayudante Rosas el que trajo á la ciudad la noticia de esta desventura, y el parte oficial en que Liniers daba cuenta de ella.

Rosas, montado en un caballo de primer órden, se encontró en un momento envuelto entre las tropas inglesas.

Fué un momento amargo, pero corto.

Dió riendas á su caballo, entre las filas enemigas, y pasó como un relámpago.

Detrás de este empezaron á llegar las tropas derrotadas, que venian á tomar su puesto de honor y de sacrificio en las trincheras de la ciudad.

Esta, entre tanto, bajo la direccion de su Cabildo, se preparaba á la defensa con un entusiasmo indescriptible.

Se improvisaban trincheras con tercios de yerba, y hasta las señoras y niñas hacian provision de piedras, muebles y agua caliente, en las azoteas, para recibir al ejército inglés que no debia tardar en llegar.

Organizada así la defensa y dispuestos los defensores á morir cien veces bajo las ruinas de la ciudad antes que rendirla, el Cabildo mandó decir á Liniers, por su mismo ayudante Rosas, que viniese cuanto antes á tomar la direccion de la defensa.

Pocas horas despues entraba el bravo Liniers seguido de unos mil hombres y se ponía al frente de las operaciones.

La ciudad, ó mejor dicho el pequeño rádio atrincherado, ofrecia un aspecto soberbio.

En todos los semblantes se veia brillar el entusiasmo mas comunicativo y la decision mas arrojada.

En todos los balcones y azoteas las damas entusiasman á las leiones, enseñándoles las piedras y los tachos de agua hirviendo con que los ayudarian, y el grito de ¡viva la patria! salia de todas las bocas.

El dia 4 el ejército inglés se reconcentró al Oeste de la ciudad, en número de ocho á nueve mil hombres, y su general mandó intimar á Liniers su inmediata rendicion.

De lo contrario la tomariá por asalto.

La contestacion fué un reto lleno de altivez y de bravura.

—La ciudad no se rendirá jamás antes de desaparecer en escombros.

En vista de ello, el general inglés dividió sus fuerzas en tres poderosas columnas de ataque, que se subdividirian despues para penetrar en la ciudad por todas las calles á la vez, y las lanzó al asalto el dia 5 por la mañana.

Con cuánta bravura y denuedo marchaban aquellos soldados atléticos, recibiendo la muerte de todas partes.

Sin cuidarse del que caía, seguian calle adelante, impasibles y soberbios, bajo una lluvia de piedras y agua caliente que arrojaban las señoras, de azoteas y balcones, y á través de la granizada de balas con que los saludaban las trincheras.

Con tropas así, no hay nada imposible.

Bajo aquella lluvia de muerte, ningun soldado dió vuelta el rostro, ni borró de sus labios la sonrisa de indiferencia que iluminaba el semblante.

Así siguieron á paso de ataque y con el arma á discrecion, á través de la muerte, puede decirse y buscando el punto que como reunion se les habia dado: la plaza de la Victoria!

Los primeros efectos de aquel choque formidable, entre tropas igualmente bravas, fué fatal para la defensa, aunque costó á los ingleses pérdidas terribles.

La columna que habia avanzado por el Norte, se habia apoderado de la plaza de Toros, hoy del Retiro, despues de un combate sangriento, en el que tuvo enormes pérdidas.

La guarnicion de aquella fortaleza improvisada, puede decirse, sucumbió hasta el último soldado despues de media hora de combate al arma blanca.

En seguida ocupó el parque vecino con la artilleria que contenia y mas tarde se apoderó del convento de las Monjas Catalinas.

La columna del Sur habia llegado hasta Santo Domingo, donde se habia atrincherado en número de quinientos hombres, despues de sembrar las calles de cadáveres, hasta el punto de que el bizarro y espléndido regimiento 88, fué exterminado totalmente, no escapando un solo hombre.

Pero en el Oeste de la ciudad, no habian sido tan felices.

La columna que avanzaba hácia San Miguel, recibida por un fuego terrible que hacian los batallones de andaluces y gallegos, tuvo que rendirse á discrecion despues de haber perdido la mitad de sus fuerzas.

La otra que habia avanzado hasta la Merced, dejando muerta en la calle mas de la mitad de sus fuerzas, corrió igual suerte.

Los arribeños la rindieron despues de un rudo y sangriento combate al arma blanca.

Alentados los defensores por estos triunfos que eran conocidos por Liniers con suma ra-

pidex, por sus ayudantes que andaban en lo mas récio del fuego, entre ellos Rosas, tomaron la ofensiva.

Los patricios y arribeños salieron por el Norte y batieron á los ingleses que avanzaban por ese lado, obligándolos á replegarse á las Catalinas despues de numerosas bajas, tanto en muertos como en prisioneros.

Faltaba desalojar al enemigo de Santo Domingo, desde cuyas torres, donde flameaba el heróico pabellon inglés, barria con sus fuegos de fusileria las azoteas circunvecinas.

Se organizó entonces una poderosa columna de ataque para tomar el convento, cuyas fuerzas dominaban ya las azoteas de la vecindad.

Los patricios y montañeses recibieron órden de cargar á la bayoneta sobre la puerta traviesa, defendida por un destacamento de artilleris.

Tan violenta ó impetuosa fué esta carga, que, muerto el jefe del destacamento, este se replegó al interior del convento.

Los cañones de la fortaleza y el fuego de mosqueteria hicieron el resto.

Pocas horas despues, aquella columna compuesta de 1.400 hombres, habiendo muerto el resto, se rendia como las otras, á discrecion y con el general Crawford á la cabeza.

«White Locke que al ver flamear las banderas inglesas en las alturas se habia halagado con el triunfo, trató de concurrir al ataque por medio de una diversion, haciendo avanzar por el centro una columna de dragones y carabineros, compuesta de mil hombres, con dos cañones ligeros; pero fué rigorosamente rechazada con gran pérdida.

«Mandabala el coronel Kingston que salió gravemente herido, y al tiempo de morir dispuso que su cadáver fuera sepultado en el cuartel de patricios, para dormir el sueño eterno bajo la salvaguardia de los valientes que lo habian vencido.» (1)

(1) Mitre—Historia de Belgrano.

Aún se mantenía la fuerza inglesa que ocupaba las posiciones del Retiro y Residencia, compuesta de unos cinco mil hombres, á órdenes de Whitelocke.

A este se dirigió Liniers, dándole un cuarto de hora para evacuar la plaza, permitiéndole el libro reembarco del resto de su ejército, siempre que evacuara tambien la de Montevideo, que estaba bajo el dominio de fuerzas inglesas.

Estas proposiciones fueron aceptadas, firmadas y mas tarde cumplidas.

Inútil nos parece pretender pintar el júbilo á que se entregó Buenos Aires, despues de esta jornada estupenda, que inmortalizaba el nombre de los que en ella tomaron parte.

No hay pluma bastante elocuente para encarnar en el papel el sentimiento de íntimo regocijo á que estaba entregada la poblacion, á cuya gloria impercedera habian contribuido sus niñas, sus damas y sus ancianos.

Cada episodio, cada hecho heróico corria de boca en boca recibiendo el elogio de todos.

Es que los soldados, tanto de una parte como de otra, habian combatido con una bravura y un denuedo incalculables.

Por esto mismo que el ejército inglés habia combatido como ejército de héroes, es que el triunfo era mas latente y glorioso y mayor el entusiasmo del vencedor.

Triunfar de un enemigo inferior cuesta poco trabajo.

Pero vencer á un enemigo aguerrido, superior en todo y dotado de un valor soberbio, era una hazaña verdadera.

Cuántos episodios heróicos no han quedado olvidados!

Siendo nuestro propósito narrar la historia de Rosas y no la del coloniaje, tenemos que ser breves con lo que no se relaciona directamente á ella.

Volvamos, pues, á Juan Manuel Rosas, que se habia hallado, durante los rudos combates, en los sitios de mayor peligro.

El oficial de Migueletes

Concluidos los tratados y vuelta la calma á todos los espíritus, la juventud que habia tomado parte en aquellos combates legendarios, empezó á regresar á sus hogares, buscando el reposo de la batalla.

El general Liniers, terminados los negocios que mas llamaban su atencion, pudo dedicar algunos momentos en felicitar á los ayudantes que habian hecho mejor figura.

Despues de cumplimentar ardentemente á Juan Manuel Rosas, pasó con él á casa de don Leon, con quien lo ligaba una amistad estrecha y antigua.

—Aquí vengo à devolverles este gallardo oficial, les dijo, tan bravo como hermoso.

Las armas le ofrecen un porvenir brillante.

Bien encaminado puede llegar à ser un gefe notable, pues se encuentran en él reunidos un valor à toda prueba, y una inteligencia nada vulgar.

Doña Agustina no escuchó estas palabras con el placer de don Leon.

Tenía horror à la carrera de las armas, en que tan desgraciados habian sido su padre y su esposo, y à la sola idea de que aquel hijo tan querido fuera à abrazarla, sintió desfallecer su espíritu.

—Es la carrera mas noble que un hombre puede adoptar, dijo don Leon.

Si à él le gusta, yo no me opongo.

—Me ofrezco gustoso como padrino de su alta, como lo he sido en su bautismo de fuego, dijo Liniers.

Veo en él una esperanza de nuestro nacimiento ejército, que tanto necesita de oficiales de su rango.

Cambiados los cumplimientos de orden, Liniers se retiró, volviendo à reiterar sus consejos al jóven Rosas.

Una vez que el general se hubo retirado, don Leon, con lágrimas de júbilo en sus mejillas, abrazó estrechamente à Juan Manuel.

—Al saber que estabas en el sitio de mayor peligro, le dijo, he experimentado la mayor amargura de mi vida.

Pero esta está compensada con el placer de oprimir sobre mi pecho à un hijo que se ha conducido como un valiente, hasta el punto de merecer una felicitacion de su general, mas, cuando este general es un Liniers.

Juan Manuel estaba orgulloso al escuchar estas palabras.

Tenia veneracion por su padre y se sentia profundamente halagado con sus elogios.

Doña Agustina abrazó à su hijo, profundamente conmovida.

—No quiero que seas militar, le dijo.

Nuestra fortuna es bastante grande para que pueda proporcionarte otro porvenir mejor.

Déjate de esas locuras y basta con las lágrimas que ya he derramado.

Juan Manuel guardó silencio un momento, sin duda por no aumentar la amargura de doña Agustina.

Su amor propio, como el de todos los jóvenes, se encontraba halagado vistiendo el uniforme militar de aquella época, sumamente vistoso y sentia algo que lo arrastraba à la carrera de las armas.

Persuadió à la señora que haria lo que ella dispusiera y se alejó con don Leon à contemplar el aspecto que ofrecia la ciudad despues de aquella lucha titánica.

Hacian ya dos dias que los combates habian pasado, y todavia se podian contemplar en la ciudad las fiestas que hacia el pueblo para manifestar su alegria frenética.

Por todas las calles, en muchas de las cuales se veia uno que otro cadáver insepulto, cruzaban grupos de gente del pueblo, cantando y tocando la guitarra.

Las casas estaban acribilladas à balazos, faltando en muchas de ellas enormes pedazos de puertas, de rejas de ventana, que habian sido arrancadas, por alguna bala de cañon.

Los sitios donde la lucha habia sido mas seria, ofrecian todavia un aspecto fúnebre é imponente.

La plaza de Toros, era un monton de escombros, en su parte Norte, entre los que no era extraño encontrar uno que otro miembro humano, y mas de un cadáver mutilado horriblemente.

Allí se habia luchado al arma blanca, durante mucho tiempo, y ya hemos dicho que la guarnicion habia peleado hasta que el último soldado rindió la vida.

Como muestra de la manera con que habian luchado tanto los defensores de la plaza como los asaltantes, se veia hacia à la izquierda un grupo inerte, que conmovia profundamente el espíritu del espectador.

Sobre tres ó cuatro cadáveres de ingleses, se hallaban sentados dos, entrelazados de una manera sangrienta.

Estos dos cadáveres presentaban un aspecto elocuente y sombrío.

El uno, perteneciente à un soldado de la plaza, tenia sumano izquierda sumerjida en la rubia cabellera del otro, que era el cadáver de un infante inglés.

En su mano derecha se veia la empuñadura de un cuchillo, cuya hoja se hallaba enterrada en aquel pecho atónico.

El inglés por su parte, oprimía aún el cuello de su enemigo, con una mano que conservaba un aspecto formidable.

Al lado de su mano derecha, estaba un pedazo de bayoneta, que indudablemente le habia pertenecido.

El otro pedazo se podia ver en el costado izquierdo del rival.

Se conocia que aquellos dos hombres habian luchado de una manera desesperada, rivalizando en valer y bravura.

Ninguno de ellos habia querido ceder un ápice del terreno, y habian caido como dos colosos, uno el lado del otro, como si despues de muertos no quisieran concederse la menor supremacia.

Las monjas Catalinas dejaban ver sus elevados muros, donde las balas de mosquete habian hecho un gran estago.

Pero allí no se habia luchado tanto.

Era Santo Domingo, en su átrio, sus naves y sus torres, el que presentaba un aspecto mas conmovedor.

Parecia un coloso cubierto de heridas.

En sus torres se veian enterradas hasta la mitad, las balas de cañon que aun se conservan como gloriosas cicatrices de aquella batalla soberbia.

En su átrio como en sus naves, se veian manchas de sangre y pedazos de carne humana arrancados por el plomo ó el puñal.

Por que fué en el asalto, cuando callaron las armas de fuego, que se rindieron los bravos que allí se habian refugiado.

La puerta traviesa de la calle de la Defensa (desde entonces) era donde quedaban los rastros mas sangrientos de aquella lucha desesperada.

Allí se habia peleado no solo á arma blanca, sino á mazas, pues los mosquetes, inútiles ya para hacer fuego, habian sido convertidos en mazas, por los soldados de la defensa.

La prueba de ello eran las partículas de sesos y pedazos de cráneo que se veian sembrados en todas direcciones.

San Miguel y sus adyacencias, ofrecian tambien un cuadro de muerte, como que era en este punto, donde los asaltantes habian recibido el primer descalabro de aquella jornada que habia empezado de una manera tan victoriosa para las armas inglesas.

El resto de la ciudad tenia todo el aspecto de lo que habia sido—un campo de batalla.

Los grupos que pasaban cruzando las calles al son de alegres cantos y serenatas de guitarra, se detenian ante las casas de las damas que mas destrozos habian hecho entre aquellas columnas que cruzaban las calles á paso de trote y con el arma al brazo.

Y ellas se asomaban á las mismas azoteas de donde dos dias antes habian lanzado la muerte, á sentir aquella música inspirada por el mas noble entusiasmo.

Es que aquellas damas habian combatido á la par del mas bizarro, pues durante toda la batalla se las habia visto firmes en sus puestos, arrojando pedrás y agua caliente, sin que las intimidase el nutrido fuego de mosqueteria que se cruzaba sobre ellas como una granizada, ni las balas de cañon que de cuando en cuando iban á hacer pedazos las puertas, ó á abrir una gran brecha en las añejas paredes de barro y adobe.

Y todos se mostraban este ó aquel sitio, donde habian combatido, refiriéndose alguna de aquellas escenas heróicas pasadas bajo su vista.

Y en todos los rostros se podia ver estereotipado el entusiasmo mas tocante y el orgullo mas legítimo.

De cuando en cuando se veia cruzar un grupo mas numeroso y mas conmovedor.

Era un número de milicianos que conducian el cuerpo de algun compañero caido como bueno.

Estos marchaban con la cabeza descubierta y agobiada bajo el peso del dolor.

A este grupo se iban plegando la mayor parte de los que encontraban en la calle, que acompañaban el cuerpo hasta el seno de la madre tierra.

Las damas que se hallaban en las puertas ó ventanas, se arrojaban y murmuraban una plegaria por el descanso de aquel que habia dado su sangre á la patria, y que iba á descansar sobre la tierra querida, que supo defender hasta la muerte.

Así se mezclaba frecuentemente el bullicio de la alegre serenata, con el paso lento y triste de aquellos cortejos sencillos pero tan solemnes!

Cuál era el que no ostentaba una prenda del enemigo, aunque no fuera mas que un giron de su uniforme?

Por que era realmente un honor inmenso el haber vencido semejantes tropas! tropas que habian paseado la Europa, victoriosas, y que habian puesto su pié conquistador sobre las playas vírgenes de América.

Don Leon y su hijo recorrieron toda la ciudad y se fueron en seguida hasta el *Miserere*, donde nuestra caballeria, á pesar de haber hecho prodigios, tuvo que ceder el campo á aquella infanteria incomparable, cuyas cargas á la bayoneta, eran irresistibles.

Allí los vestigios de la batalla eran mas lamentables.

No habian tenido tiempo de recoger los muertos que empezaban á corromperse, escuchándose de cuando en cuando, el lamento tristísimo y quejumbroso, último lamento, que como un suspiro lanzaba el herido que habia quedado confundido con los muertos.

Espíritus nobles y valerosos, don Leon y su hijo regresaron al hogar impresionados profundamente con el cuadro de tanta miseria y tanto dolor.

Doña Agustina, como todas las principales damas, habia salido á repartir sus socorros entre los muchos hospitales de sangre que se habian improvisado, y donde se atendia con igual solicitud á los heridos de ambas partes.

Es que el enemigo, por otra parte, merecia todas aquellas consideraciones, pues habia combatido con toda la bravura fria de su raza y habia caido sin pedir cuartel.

No se conocia ningun acto de crueldad por parte de los ingleses, ni en la victoria ni en la derrota.

Y se les habia correspondido de igual manera!

Las fiestas con que el pueblo y el Cabildo conmemoraron aquella victoria titánica, duraran casi todo aquel mes.

La ciudad conservó durante mucho tiempo su aspecto de campo de batalla, hasta que poco á poco fueron retocándose sus frentes y reparando el destrozo causado por las armas de fuego.

El general Liniers volvió a visitar á la familia de Rosas, volviendo á hacer los mayores elogios de la bravura y condiciones militares del joven Juan Manuel.

—Este muchacho ha nacido para las armas, les decia, y si ustedes le contrarian esas disposiciones, habrán muerto en la cuna un génio militar como he visto pocos.

Liniers influyó en seguida con don Leon y doña Agustina, para que lo mandaran á España, donde podría hacer los estudios necesarios, pero encontró una gran resistencia en doña Agustina, y mas tarde en el mismo Juan Manuel.

Un dia que don Leon le pintaba el porvenir mas brillante, incitándolo á que fuera á Europa como decia Liniers, Juan Manuel respondió:

—Tal vez sea yo militar, por que la carrera de las armas me arrastra á pesar mio, pero nunca saldré de aquí.

Aquí es donde hay vasto campo para figurar de una manera notable, conociendo el teatro de accion.

No saldria yo de aquí, ni por una corona!

Pensaria entónces don Juan Manuel que habia de llegar al pináculo del poder en estos paises?

Tendria ya el presentimiento de lo que le esperaba?

Quien sabe! pero parece que aquella resolucion era casual, segun lo que se puede deducir de sus acciones posteriores á aquellos sucesos y del cambio radical que dió á su sistema de vida.

Por complacer al general Liniers, á quien habia cobrado gran cariño por las pruebas de amistad que recibia de aquel constantemente, se decidió á entrar en la carrera de las armas.

Y al año siguiente fué dado de alta en el Regimiento de caballeria de Migueletes, de donde fué capitán don Leon.

Allí entró como alférez, aplicándose á la comprension del mecanismo del servicio con tal firmeza de voluntad, que pocos meses despues era en su cuerpo el oficial instructor que mas se distinguia.

Y Liniers, cada vez que lo veia, que era con mucha frecuencia, tan marcial y aplicado, repetia su frase invariable.

—Este muchacho será la mejor figura militar de su época.

Lástima que no quiera ir a Europa.

Hijo de familia tan opulenta, siempre su uniforme flamante era de los mas ricos, como sus armas, entre las que figuraba una espléndida espada, que fué en otro tiempo el lujo de su noble abuelo el señor Lopez de Osornio.

Nuestros lectores pueden figurarse la bulla que haria entre las niñas de entonces aquel vistoso y elegante oficial, cuya belleza física fué siempre notable.

Contaba Juan Manuel sus 16 años, (1809) cuando sus padres trataron de hacerle varios enlaces ventajosísimos para él, pero todos los rechazó con diferentes pretextos.

—No quiero casarme tan joven, les decia.

Mas tarde no digo que no, pero todavia no quiero enajenar mi libertad.

Y es que Juan Manuel se divertia como ninguno.

Rico, hermoso y gozando de la libertad de un oficial del ejército, la vida pasaba para él de placer en placer.

El dominio que habia ejercido entre sus discípulos, se habia renovado en el cuartel.

Sus compañeros de armas le tenian un cariño fraternal, no habiendo para ellos fiesta completa si no estaba presente el alférez Rosas.

Los soldados por su parte le profesaban un cariño intenso, atraidos por su bondad y bravura natural, su belleza excepcional y su figura seductora.

Las tres condiciones con las que un oficial conquista por completo el cariño de nuestros soldados.

El alférez Rosas mediaba siempre en los castigos, obteniendo que estos fueran mas suaves y cuando su bolsa se hallaba en buenas condiciones, se le veia enviar al cuartel, previa vènia de sus superiores, una ó dos pipas de caña para racionar al Regimiento.

Lo que es á su compañía la socorria á cada momento.

El soldado que andaba escaso de tabaco, ó de algun otro vicio de entretenimiento, ya sabia que la mejor proveeduria eran los bolsillos de su alférez.

No necesitándolo, jamás tomaba su sueldo, que repartia cariñosamente entre los soldados que no habian sufrido ningun arresto en el mes.

Por que á pesar de, su exajerada bondad con la tropa, era tan ríjido en el servicio que no hubiera perdonado la mas leve falta.

Si los gefes de cuerpo se hubieran nombrado por votacion, él hubiera sido el gefe de Regimiento, por que sus soldados, además del cariño idólatra, tenian por el un gran respeto

sor que en todos los terrenos lo habían visto siempre superando al mejor.

Una tarde entraba al cuartel un cabo de su compañía, que era uno de aquellos bebedores incorregibles, hombre de malos antecedentes en el cuerpo, á quien varias veces habia sido preciso castigar por faltas de insubordinación.

Aquella tarde el alférez Rosas estaba de servicio en el cuartel, y se hallaba sentado en el cuerpo de guardia.

El cabo Obanzas venia en un estado de embriaguez peligroso, por que conservaba el aplomo natural de su cuerpo atlético, aunque habia perdido la serenidad de la cabeza.

Así es que, como siempre que se hallaba en ese estado, regresaba al cuartel insolente y de mal humor.

Al pasar por delante del soldado que estaba de guardia, le dijo una insolencia que fué escuchada por el alférez Rosas, quien salió á la puerta.

—Es posible cabo Obanzas, le dijo, que cada vez que sales con licencia has de volver en ese estado?

Retírate á la cuadra á dormir.

—Yo soy dueño de hacer lo que quiera, respondió el cabo, y no es usted quien me vá á corregir.

Ante esta insolencia dicha en presencia del piquete de guardia que comandaba, el alférez Rosas se puso lívido, y un relámpago cruzó por sus ojos azules, aquellos terribles ojos azules mas tarde.

—Ahora, le dijo, en vez de ir á dormir á la cuadra, preséntate preso al cuerpo de guardia, para que aprendas á ser mas respetuoso, aún estando borracho.

—A mí? preguntó el cabo de una manera agresiva.

No, es un muñeco quien me vá a mandar preso.

E hizo atrás la pierna derecha, blandiendo en su mano musculosa una enorme navaja sevillana.

Rosas se puso lívido.

El sargento de guardia y algunos soldados se lanzaron sobre Obanzas, viendo ya muerto á su alférez que era una dama, por aquel gigante catalán.

Pero Rosas los contuvo con un ademan que no admitia réplica.

—Entrega la navaja al sargento, dijo al cabo, conteniéndose y preséntate preso.

Pero esta vez el cabo Obanzas avanzó sobre el oficial, tirándole una navajada.

El alférez Rosas, que habia sacado su espada al verlo venir, lo recibió con tal cinturazo de la muñeca, que la navaja saltó á tres varas de distancia.

En seguida y con una rapidez asombrosa,

acometió al cabo y le dió con la empuñadura de la espada tal golpe en la cabeza, que lo aturdió completamente.

Nadie se hubiera sospechado semejante fuerza en aquellas manos tan aristocráticas y femeniles, si se quiere.

Así es que los soldados quedaron dominados por el asombro que en ellos causó el valor y la fuerza de su oficial.

Rosas tomó en seguida de un brazo al cabo Obanzas, sin que este le opusiera la menor resistencia, ya dominado ó aturdiido por el golpe, y lo condujo hasta el cuerpo de guardia donde lo entregó preso, pasando en seguida el parte de ordenanza.

El cabo Obanzas fué sometido á un consejo de guerra.

Se habia sublevado con armas en la mano contra un oficial y la ordenanza española á este respecto, era y es de las mas severas.

Obanzas arrepentido y dominado por el valor de su oficial lo nombró su defensor.

Y Rosas hizo una brillante defensa, fundada en que un ébrio, en ningun caso podia ser responsable de las acciones cometidas bajo la influencia del alcohol.

Pero á pesar de aquella defensa que hizo época en la guarnicion, el cabo Obanzas fué condenado á muerte.

Rosas puso entónces en juego toda su influencia para salvar la vida de aquel hombre.

Fué a ver al general Liniers despues de haber hablado con todos los gefes de la guarnicion y le pidió el perdon de aquel soldado, con toda la elocuente vehemencia de que era capaz.

La foja de servicios de Obanzas era de las mas brillantes del regimiento y élla presentaba como el mejor apoyo a su pedido.

Los padres por otro lado, y a su pedido, pusieron en juege toda su influencia, de manera que, aunque con mucho trabajo, lograron el perdon del reo.

Pero este no fué completo, pues el cabo perdió la escuadra, pasando a ser simple soldado, hasta que una accion meritoria se la hiciera recobrar.

Desde aquel dia el cabo Obanzas fué para su oficial un modelo de fidelidad y de cariño, hasta el punto de que el agradecimiento pudo en él mas que los mas crueles castigos—hacerle perder el vicio de la embriaguez.

—Si quieres que te estime y pagarme el servicio que te he prestado, le dijo Rosas, no bebas mas.

Y Obanzas no volvió a beber desde aquel dia.

Quando estaba franco, no se le veia sino detrás del oficial.

Y fué tan ejemplar su conducta, que un

año despues, a pedido del mismo Rosas, recuperaba su escuadra.

Con este hecho y otros análogos, Rosas llegó a dominar su regimiento completamente.

Si hubiera querido, se hubiera sublevado con todos los oficiales, y tal vez con su gefe a la cabeza.

El dominio sobre todas aquellas personas que lo han rodeado, fué siempre una condicion especial de aquel hombre extraordinario.

Las horas desocupadas en el servicio, fuera de las que dedicaba a sus paseos y diversiones, las empleaba Rosas en nutrir su inteligencia, leyendo con pasion muchas obras que le facilitaba Liniers, y otras que le hacia traer espresamente de Europa—obras militares en su mayor parte.

La milicia no estaba entonces a la altura de lo que es en la actualidad.

Sin embargo, Rosas fué un oficial distinguidísimo, que se elevó a gran altura respecto a sus compañeros de armas.

A pesar de su corta edad, razonaba notablemente, y en los asuntos mas graves se le consultaba como al criterio mas sólido.

Cuando empezaron los trabajos para la memorable revolucion de 1810, Juan Manuel Rosas fué tocado por sus amigos patriotas, como otros muchos gefes.

Pero desde un principio se mostró adversario de aquel movimiento regenerador.

—El pais no está aún preparado para un movimiento tan hondo, decia.

Vendrá el caos con la independencia, todos van a querer ser gobierno y nos vamos a devorar unos á otros despues de haber agotado todas nuestras fuerzas en la guerra civil.

—No es que no me guste este movimiento, agregaba; dentro de diez años mas los acompañaré con toda mi alma.

Pero ahora es un disparate.

Van ustedes a precipitar al pais á un abismo espantoso.

La guerra civil lo despedazará, para hacerlo caer estenuado y moribundo, á las plantas del primer conquistador que venga.

Tal vez salgamos del dominio español para caer en el portugués.

Los patriotas creian que estos no eran mas que pretextos y que Rosas hablaba así por que era realista.

Pero lo que el jóven les decia era lo que sentia, como se lo demostró mas tarde.

No por esto desmayaron los patriotas.

Por el contrario, trabajaron con mas ardor y mas fé que nunca en el resultado de aquella empresa gigantesca.

Por aquellos tiempos (1809) tuvieron lugar

en el gobierno colonial, cambios que venian á aplazar los planes de revolucion concebidos por Belgrano, cuya silueta empezaba a diseñarse y el comandante D. Cornejo Saavedra.

Acababa de llegar a Montevideo don Baltazar Hidalgo de Cisneros, uno de los héroes de Trafalgar, quien venia a reemplazar a Liniers, en calidad de nuevo virey.

Todos los hombres notables de aquella época influenciaron al general Liniers para que se resistiese a entregar el mando, desconociendo el poder español.

Los mismos gefes militares encabezados por Saavedra le ofrecieron su apoyo militar, pero Liniers, fuera por debilidad de carácter ú otras razones, acató las órdenes de que era portador Cisneros, y le contestó que estaba dispuesto a entregarle el mando.

Tal vez si Liniers hubiera seguido el consejo de los patriotas, no hubiera muerto tan trágicamente, fusilado en la cabeza del Tigre, por sus mismos compañeros de causa de 1807.

Conocida la resolucion de Liniers, de entregar el mando al nuevo virey Cisneros, Rosas pidió y obtuvo su baja y separacion, no solo de su Regimiento, sino del servicio de las armas.

El entrevió una época de sangre, y no quiso tomar parte en las luchas que habian de seguiria.

El partido de la revolucion, aunque sordamente, se levantaba de una manera amenazadora, y el gobierno de Cisneros venia á iniciarse bajo un ódio cuyo origen era desconocido, ó basado tal vez en la separacion de Liniers, querido por orzellos y españoles.

Tal vez no participaba de los ódios políticos de sus amigos y no queria afiliarse á los realistas.

Obtenida su baja, tanto don Leon como doña Agustina, trataron por todos los medios a su alcance de que se fuera á Europa á perfeccionar sus estudios, pero todo fué inútil.

—Para qué me he de ir á Europa si aquí está todo lo que yo amo, y ambiciono? les decia.

Si ustedes me arrojan de su lado, yo iré a cumplir su voluntad, pero por la mia, yo no me muevo de aquí.

El campo ofrece un porvenir brillante, como decia mi señor abuelo, me dedicaré a los negocios de campo si ustedes lo consienten, y así evitaré el mezclarme en los acontecimientos políticos que van a sobrevenir.

Tanto don Leon como doña Agustina, vieron en esta idea de Juan Manuel una idea salvadora, y decidieron mandarlo a alguna

de sus estancias para que fuera comprendiendo los trabajos de campo y ponerlo mas tarde al frente de sus establecimientos.

Don Leon tenia por su parte terror a la política y lo que él deseaba era sustraer de esta a su hijo.

El noble paisano

A fines de 1809, el señor don Leon Ortiz de Rosas, de acuerdo con su esposa, partió acompañado de su hijo Juan Manuel, para su estancia de la Atalaya, sinó la mas importante la mas hermosa de todas.

Allí pensaba dejarlo algun tiempo bajo las órdenes y vijilancia de sus mas leales capataces, a quienes encargó le pusieran al corriente del manejo de aquel establecimiento.

Juan Manuel era ya un muchacho de diez y seis años.

Su hermosura habia aumentado con el sedoso bigote rúbio que empezaba a sombrear su lábio y su físico se habia desarrollado de una manera notable.

Era un jóven vigoroso y esbelto que representaba unos cuatro años mas de los que tenia.

Don Leon y doña Agustina, tenian que compartir los cuidados y desvelos que antes dedicaron esclusivamente a Juan Manuel, con sus otros hijos Prudencio y Gervasio y sus mismas niñas que se desarrollaban rápidamente.

Así es que don Leon no permaneció en la Atalaya, sinó el tiempo necesario para dejar a su hijo convenientemente colocado.

Ya Juan Manuel era conocido por los capataces y peones que con mas frecuencia venian al pueblo, y que le tenian un cariño entrañable.

Así es que a la llegada del patron y patroncito, la estancia se convirtió en una verdadera feria.

Se domó, se marcó, se bailó y se tocó la guitarra por alto.

Rosas estaba estasiado ante aquel espectáculo del que no tenia idea, pues jamás habia abrigado la intencion de salir al campo.

Los domadores cautivaron su espíritu, desde el primer momento y la guitarra lo entusiasmó de una manera frenética.

—Bueno, señor, le dijo a don Leon, aquí me quedo y trataré de instruirme lo bastante y prontamente para ponerme a la cabeza de todo.

El campo me gusta de una manera que yo no me lo sospechaba y estoy persuadido que es aquí donde está la fuente de toda riqueza y de todo poder.

Don Leon después de quince dias de permanencia en la Atalaya, regresó a la ciudad de-

tándolo al cargo de sus capataces, a quienes jendria que respetar como a él mismo, segun se lo hizo presente.

Rosas se hizo construir un ranchito separado de las demas dependencias de la estancia y allí se alojó con toda la comodidad y el lujo que se podia tener en aquellas épocas, a tal distancia de la ciudad.

Rosas empezó a observar sériamente el mécauismo de la estancia, sin otra idea que conocerlo todo a la perfeccion, y dedicar toda su inteligencia al mas rápido y eficaz mejoramiento.

Con frecuencia daba a los capataces consejos que, seguidos al pié de la letra dieron el mejor resultado.

A los tres meses de estar en la Atalaya uno de los capataces vino a la ciudad a rendir sus cuentas semestrales, y con la exajeración típica de los paisanos, impuso a don Leon de los progresos de su hijo y de sus pasmosas vistas en los negocios de campo.

Don Leon estaba plenamente satisfecho.

Tenia por fin un hijo a quien podia colocar con ventaja al frente de todos sus negocios, y esto lo entusiasmaba hasta el delirio.

Con este motivo le escribió una larga carta de cariñosas felicitaciones, incitándolo a seguir en su camino, y adjuntándole gran cantidad de valiosos regalos.

Juan Manuel por su parte, habia ocultado a la gente que lo rodeaba las miras que podia tener para el porvenir, limitándose a captarse el cariño de todos.

Con un aspecto de sin igual mansedumbre, habia ocultado su carácter dominante, amoldándose a todo.

Jamás contrariaba la disposicion de un capataz, por ridícula que le pareciera, ni se mezclaba para nada en aquellos manejos íntimos de una estancia.

Franco y jovial, expansivo y sumamente travieso, se habia apoderado por completo del espíritu de la peonada, que no se le separaba un momento acompañándolo a todas partes.

A la noche los reunia al rededor del fogón

y les referia mil historietas que hacian la delicia de aquella gente inocente y buena.

En otros momentos pedia á los guitarreros que le enseñaran este ó aquel *estilo*, llegando en poco tiempo á hacerse el mejor cantor y guitarrero de la estancia.

Rosas empezó á estudiar friamente el carácter del paisano y la hermosura de prendas que adornaba á aquellos corazones llenos de nobleza y de lealtad.

En esa época nadie se cuidaba de la campaña.

Los hombres se habian entregado por completo á la política y todos los establecimientos de campo se hallaban como los de Rosas, en manos de capataces mas ó menos hábiles.

El comprendió que la poblacion de la campaña era una poblacion inocente, de hombres bravos y generosos, que tenian que adorar al que por ellos se interesara y supiera inspirarles amor.

Entonces la asombrosa actividad de su pensamiento abarcó otros horizontes, y se fijó en otros puntos que no eran del negocio de campo.

Estudiando sus costumbres y modo de ser, comprendió que para dominar al gaucho, era preciso mostrarse superior á él en todo, desde la inteligencia hasta la fuerza física, y á esto dedicó su preferente atencion.

Asistia á todos los trabajos de campo, tomandose en ellos una parte activa á la par de cualquier peon, lo que desarrolló de una manera notable su fuerza muscular.

Dotado de una naturaleza de bronce, en las horas del trabajo no descansaba un solo momento, y en las de descanso se le veia al rededor del fogon, en conversacion íntima con las peonadas, mientras le echaba un boton á una rienda ó sobaba un par de botas, pues se habia hecho un trenzador primoroso.

Vestia como los peones.

Camiseta ancha y de amplios pliegues, tirador bordado pero con pocos botones y sencilla rastra, calzoncillo cribado y chiripá de vivos colores, bota de potro con espuela nazarena, facon y boleadoras.

Su apero era pobre, aunque lujoso en trenzados que él mismo hacia, y su lazo era el mejor de toda la estancia.

Fué él quien introdujo la moda de llevarlo á la paleta del caballo, por ser mas cómodo y estar mas á mano.

Los paisanos reian con una complacencia íntima al verla desenvoltura con que el aristocrático patronecito llevaba el chiripá y demás prendas del traje criollo, festejándolo con todo género de cariñosas demostraciones.

Y Rosas era en realidad el mas hermoso gaucho que habia pisado la campaña.

Con la firme voluntad de hacerse superior á todos, y en todo, se habia convertido en un ginete hábil y aún artistico, diremos, pues para domar ciertos potros se valia de medios que dejaban asombrados á los paisanos.

Quando se presentaba algun potro de esos *emperrados* hasta el extremo de que los domadores los abandonaban calificándolos de reservados, era su lujo hacerlo enlazar y ensillarlos.

Y no habia ejemplo de que uno de estos animales hubiera salido de sus manos sin ser un caballo excelente.

El que no cedia al rigor, cedia á las caricias y á la constancia asombrosa del joven, con lo que llegó á hacerse el domador mas completo y el ginete mas consumado.

Cómo reian los paisanos al verle doblar el cogote al potro mas duro de boca, con aquellas manos artísticas que parecian no poder hacer otra cosa que una caricia!

Y cuando desmayaba á algun potro con un macanazo entre las orejas y salia disparando por el campo, la alegria del paisanaje rayaba en el frenesí.

Rosas tenia cuidado de observar las proezas que daban fama á los domadores, y en el acto trataba de superarlas.

Si alguno de ellos llegaba á dejarse caer desde la maroma del corral sobre el padrillo de alguna manada, él no se contentaba con hacer lo mismo.

Lo enlazaba á campo y con una agilidad de acróbata, se le trepaba encima cruzándole los flancos con sus agudas nazarenas.

El noble animal disparaba haciendo toda clase de esfuerzos por librarse de su tenaz ginete, pero este permanecia como adherido á su lomo.

Quando se cansaba de jugar de esta manera y creia que habia hecho el efecto deseado, se bajaba, ya dejándose deslizar por el anca, ya desmayándolo de un rebencazo.

Muchas veces permanecia, sobre el caballo, hasta que este caia postrado por la fatiga y el ejercicio á que no estaba habituado.

Entonces recién se bajaba, y lo palmeaba á su placer.

Su fama de ginete fué tal, que bien pronto salió de los límites de la estancia para correr por todo el partido, al extremo de que de lejanos puntos se costeaban los gauchos á ver domar al mas gaucho de los patrones.

Su tropilla, domada por él mismo, fué la mejor que se conoció por aquellos parajes, no solo por las condiciones que habia sabido dar á los animales, sino por la hermosura de estos.

Los capataces habian solido reprenderlo

con el respeto habitual, por estas gauchadas.

—Mire patroncito que si algun animal lo quiebra ó lo lastima el patron viejo vá á hacer con nosotros alguna herejía.

—No hagan caso, deciales Juan Manuel con toda la alegría que le era característica.

Para que á mí me voltée un potro es preciso que el mundo se acabe.

Y la peonada aplaudia bulliciosamente y los capataces concluian por reirse junto con el patroncito, que ejercia ya sobre ellos un dominio que no se lo sospechaban.

Bien pronto Rosas no se contentó con ser el primer domador del pago, sinó que quiso ser el mejor enlazador y el mejor boleador, logrando pronto superar á los mas notables.

Quién echaba mejor que él un pial de volcado y de vuelta de codo?

Quién enlazaba con mas rapidez al animal mas chúcaro, haciéndolo arar el suelo con el hocico?

Era en vano disputarle la supremacia en estos ejercicios, por que á una destreza asombrosa, unia una fuerza muscular notable, poco comun á su edad é incalculable en su exterior delicado y esbelto.

En los trabajos de marcacion era el héroe de todas las hazañas.

Entre quinientos toros afeñuscados en el corral, ponía ellazo en las astas del que se le indicaba, soltandolo *puerta afuera*.

Le daba lazo hasta el último rollo y reccion entonces le daba el tiron dejándolo clavado.

En cuanto á las bolas, su habilidad estaba arriba de toda ponderacion.

Salía á las boleadas con diez ó doce pares, y no habia ejemplo que se le hubiera ido un solo avestruz.

Esto le dió un prestigio incalculable entre el paisanaje, no solo de la Atalaya, sinó de todas las estancias á donde habia llegado su fama.

De todas partes caian peones á conchavarse con él, que aunque no tenia poder para colocarlos, sabia influir con los capataces hasta que estos cedian y los tomaban.

De esta manera llegó época que en la estancia habia el doble de los peones que se necesitaban, por cuya razon el trabajo no alcanzaba para todos.

—Es preciso despedirlos, le decian los capataces, por que se gasta mucho dinero en jornales inútiles.

—Es preciso darles trabajo, contestaba Rosas.

La verdadera riqueza de las estancias son los brazos,

Es preciso aprovecharlos dándoles trabajo á todos.

—Pero si no lo hay.

—Pues sembremos y doblaremos un capital muerto.

Y Rosas hizo arar y sembrar grandes extensiones de campo cuyos productos fueron pingües.

Al hacer cuadrillas de agricultores y sembrar sus campos, Rosas no habia tenido al principio otra idea que la de dar trabajo á todos los que se lo pedian, sacando al mismo tiempo alguna utilidad.

Y fué el primer hacendado agricultor que hubo en la República Argentina, y tal vez en la América.

Por que como los primeros resultados fueron superiores en demasia á lo que él mismo se habia figurado, continuó la agricultura como una especulacion brillante, dando trabajo á grandes peonadas, que hicieron de su estancia un verdadero señorío.

Ante las primeras utilidades pasmosas que recibió don Leon y las noticias de las mejoras que su hijo habia introducido, quedó deslumbrado,

La señora Agustina, que como ya hemos dicho era interesada hasta el extremo de ser tacaña, quedó maravillada, conviniendo con don Leon, que Juan Manuel era un génio para las especulaciones de campo.

Despues de una larga conferencia resolvieron entregar á Juan Manuel el manejo de todos los establecimientos.

Y le escribieron una larga carta, participándole esta resolusion y pidiéndole viniera en primera oportunidad.

Rosas entre tanto habia seguido estudiando á los paisanos y ganando terreno en su corazon y deslumbrándolos con sus gauchadas.

Concluido que hubo de perfeccionarse como ginete y enlazador, se dedicó á jugar á la taba y á tocar la guitarra haciéndose en esto tan gaucho, que nadie jugaba con él á la taba por que perdía con seguridad, y los mejores tocadores sentian ya vergüenza de guitarrear delante de él.

Si los paisanos tenian por él tanto cariño y respeto, qué diremos de las paisanas, seducidas además de todo eso, por la hermosura sorprendente de Rosas, cuyos dorados rulos caian ya sobre sus hombros?

En todos los ranchos tenia vara alta y en cuanto el patroncito armaba jarana en cualquiera de ellos, las muchachas caian hasta de diez leguas de distancia.

El amor de las paisanas hácia el patroncito, era mirado por ellos con la mayor naturalidad.

Si ellos mismos se sentian fascinados, cómo no habian de estarlo las mujeres?

Además no había entonces un solo gaucho capaz de cometer una perfidia, por cuya razón no la suponían en otro, mucho menos en el patroncito que era para ellos una especie de sér celeste.

Y sin que nadie lo sospechara, como es natural, tuve un mundo de aventuras amorosas.

En el cuchillo llegó á hacerse lo que en todo lo demás.

No hubiera habido un gaucho capaz de pararse por delante del cuchillo en mano, por que el respeto y cariño que por él sentían rayaba ya en adoración.

Pero como él quería hacer conocer también esta superioridad, buscaba á los mas mentados como cuchilleros y visteadores, y los obligaba á vistear con él, armados de palitos del largo de un facon.

Y era curioso ver el estallido de los paisanos al verlo barajar una puñalada maestra, ó hacer una cuerpeada imposible de imitar.

Sin haber, pues, peleado con nadie, por que no lo necesitaba, Rosas demostró que era el mejor cuchillero conocido y que en esto, como en lo demás, no tenía competencia.

Así, sin que su espíritu perdiera hasta entonces un átomo de su cultura ni descendiera un ápice, llegó á hacerse el mas gaucho de todos los gauchos, hasta en el lenguaje, que se les había tomado por completo.

Cuando recibió la carta en que don Leon lo llamaba, la estancia y los puestos, con sus numerosas peonadas se pusieron en conmoción.

Desde que Juan Manuel había ido á la Atalaya no había hecho ningun viaje al pueblo, así es que al principio todo fué impresion y lamentos.

Creían que el patroncito se ausentaba para no volver mas.

Pero cuando les leyó la carta y supieron que volvía nada menos que de patron de todos los establecimientos, la alegría no tuvo límites.

En dos ó tres dias llegaron á la estancia mas de quinientos paisanos, que venían á despedirse y á acompañarlo unas leguas.

Y tan numerosa fué la reunion y el séquito, que cuando Juan Manuel se puso en camino, parecía un general al frente de una columna de caballería.

Los únicos que no iban muy conformes eran los capataces, á quienes como era natural, se les retiraría todo el poder que hasta entonces habían tenido.

Pero aquel desconsuelo duró poco, pues Rosas los llamó y les explicó la cosa del modo siguiente:

—Ustedes no estén tristes, por que no tienen razon.

Mi administración en nada afecta sus cargos, pues no pudiendo yo atender todas las estancias á la vez, los capataces tienen que quedar donde están.

Para ustedes esto no significa mas que un solo cambio de patron, es decir, que en vez de entenderse con mis padres se entenderán conmigo.

Y siempre serán ustedes los que ganen, por que como yo los veo trabajar y sé lo que ustedes valen, les he de recompensar mejor.

Con esta explicación los capataces quedaron plenamente satisfechos, tomando parte en la alegría general.

Entre la comitiva que se aumentaba continuamente, venían como doscientas mujeres de todas edades y pelajes, que no habían querido dejar partir al niño sin acompañarlo.

Y Rosas tenía entre ellas, además del prestijio de su persona, un gran prestijio como patron.

Este prestijio lo había adquirido dando en las esquilas preferencia al trabajo de las mujeres, por que los peones demasiado trabajo tenían en la ganadería y los sembrados.

Ya se sabía que en la Atalaya las mujeres esquilaban, y como ellas eran pocas en relación á las numerosas majadas, ganaban así una buena cantidad de dinero.

Ni por broma se hubiera presentado un peon en la estancia de Rosas, pidiendo trabajo en las tresquilas.

Los capataces se le hubieran reído en las narices y los peones lo hubieran mirado como un marica.

Así, fué preciso que Rosas mandara regresar aquella verdadera expedición, pues de otro modo lo hubieran acompañado hasta su misma casa.

Solo quedaron con él los principales capataces á quienes don Leon mandaba también llamar.

Los paisanos se retiraron dando furiosas riendas y jugando al pato, juego ya abolido en nuestra campaña, como festejo á esta última promesa del patroncito.

—Vayan tranquilos, muchachos y no abandonen el trabajo, que cuando yo pegue la vuelta, que será pronto, les prometo un mes de jarana en toda regla.

Así aquella inmensa ala de caballería regresó á su correspondiente pago, saboreando aquella fiesta descomunal cuya magnificencia se sospechaban, conociendo el gusto con que sabía armarlas el patroncito.

Rosas regresó, pues, á su casa, donde era esperado con una verdadera ansiedad.

Iban á cumplirse dos años que faltaba de ella, así es que era esperado con febril impaciencia.

La familia y todas las relaciones de esta que eran numerosísimas, esperaban su llegada, reunidas en los espaciosos salones, iluminados con cuanta vela pudo colocarse.

Juan Manuel comprendió que el traje de paisano que vestía disgustaría á sus padres y que no era á propósito para presentarse ante tanta gente.

Así es que enfiló á su cuarto, haciéndoles prevenir que iba á cepillarse un poco el polvo del camino.

Pero su cuarto fué inmediatamente invadido por padres y hermanos, que se disputaban el placer de abrazarlo.

Cambiado su traje, en cuya operacion lo ayudaron don Leon y doña Agustina, Rosas fué introducido á las salas.

Su presencia produjo un grito unánime de admiracion.

El jóven volvia mas hermoso aún de lo que habia salido.

Su rostro tostado por el sol de la pampa, le daba una expresion mas varonil y atrayente; y su larga cabellera de dorados rizos, encerraba majestuosamente el óvalo purísimo de aquel semblante artístico.

Entre quienes su aparicion metió mas bulla fué entre las muchachas que, como se dice entre ellas, se lo querian comer con los ojos.

Mientras se daba la última mano á la mesa, pues era ya la hora de cenar, los concurrentes rodearon á Juan Manuel, haciéndole un sin fin de preguntas que el jóven no sabia cómo responder.

Don Leon no podia ocultar el orgullo que la presencia de su hijo hacia afluir á sus ojos.

Doña Agustina estaba embebida en su contemplacion.

El físico de Juan Manuel era como para enorgullecer á una madre.

La cena fué espléndida y animada teniendo Juan Manuel que hacer el gasto de la conversacion, pues no habia concluido aún de satisfacer una pregunta, cuando le dirijian media docena mas.

Tanto las damas como los caballeros, estaban entretenidísimos, con los relatos campesinos que hacia el jóven, con tal belleza de colorido, que les parecia estar contemplando lo que narraba.

Y hubiera permanecido hasta el amanecer si la impaciencia de doña Agustina en quedar sola con su hijo, no hubiera hecho notar, aunque de una manera disimulada, lo avanzado de la hora.

Después de las caricias consiguientes á dos años de separacion, Juan Manuel hizo presente á sus padres el cansancio de que era presa.

Fué, pues, conducido á su pieza por la misma doña Agustina, suspendiéndose toda conversacion hasta el siguiente dia.

La colacion le fué llevada al lecho por sus mismos padres, que entablaron con él un diálogo mas íntimo y animado.

Fué entonces que les dió cuenta de sus grandes planes y de las utilidades pasmosas que podria obtener.

—Nuestros paisanos son rudos y de pocas alcances en materia de especulaciones, les decia.

Siguen haciendo lo que vieron hacer ahora un siglo, sin que se les ocurra jamás introducir la menor modificacion.

Abandonadas á ellos las estancias, serian dentro de doscientos años lo mismo que son hoy, y eran cien años atrás.

En el campo se necesita un hombre vivo é inteligente, de una actividad incansable y de una labor continua.

Y se estendió en largas consideraciones sobre la importancia que debia tener la agricultura, practicada en tierras tan fértiles y del inmenso beneficio que obtendrian las haciendas cuyos dueños dispusieran de inmensos alfalfares para invernarlas.

—Nosotros hemos creído, repuso don Leon, por las pruebas que has dado, que tú eres el hombre que reunes las condiciones que has enumerado.

Por eso hemos pensado y decidido ponerte al frente, no solo de la Atalaya, sino de todos nuestros establecimientos, de que serás único administrador.

Estamos persuadidos que en dos años mas doblarás nuestros capitales, y podrás ser dueño de una fortuna seria, amasada con tu trabajo personal.

El trabajo del campo es rudo y penoso, hijo mio, continuaron, pero á fuerza de fatiga es que se llega al descanso y al bienestar.

—Yo estoy muy orgulloso, contestó Juan Manuel, de la confianza que ustedes depositan en mí, y sabré corresponder á ella como es debido.

Pero ante todo, quiero hacerles una prevencion.

En mis observaciones y estudios sobre la ganaderia, he visto y comprendido que el gran defecto de todas las estancias, es la manera de gobernarlas.

Los capataces son varios, por que unos están en este ó aquel puesto, otros gobiernan tantos peones, y otros lo son de las tropas que se hacen.

De esto resulta que cada cual tiene iguales atribuciones al otro, las órdenes no se cumplen ó se modifican, sin que haya una cabe-

za principal, que ordene y haga cumplir las órdenes.

Para manejar una estancia como es debido y sacar de ella los resultados que yo me propongo, es preciso, que haya una sola cabeza á la que todos estén sometidos.

De otro modo no se podría adelantar ni un paso de la rutina perjudicial que se sigue hasta hoy.

Yo me pondré al frente de las estancias si ustedes me dan plenos poderes para obrar.

De otro modo no lo acepto por que con el régimen actual no hay prosperidad posible.

—Se te dará todo lo que tú quieras, repuso don Leon, ayudándote en todo lo que esté á nuestro alcance.

Ya nos has hecho entrever de lo que eres capaz y estamos contentos y conformes.

Rosas estaba enteramente satisfecho, pues acababa de obtener como estanciero, los plenos poderes que mas tarde habia de pedir y obtener como gobernante.

En seguida les empezó á narrar sus impresiones y el género de vida que habia llevado en la estancia.

Inútil es decir que durante toda su conversacion, tuvo un esmero especial en no dejar escapar una palabra ni una accion que revelara lo gaucho que se habia hecho.

Sabia que á sus padres les disgustaria profundamente sorprenderle el menor signo ó palabra que hubiera trascendido á fogon.

Y temeroso de que no fuera á concluir de contajarse y echaran por tierra todos los planes que tenian formados.

Por el momento, pues, era preciso ocultar

á viva fuerza que bajo su aspecto severo pudieran oler el chiripá.

Se convino entonces en que don Leon y doña Agustina harian venir á Buenos Aires á todos los capataces, para que estos fueran haciendo entrega á su hijo de todos los campos y haciendas que estuvieran á su cargo.

Entre tanto Juan Manuel permaneceria en la ciudad, paseando, hasta que todo quedase arreglado, para partir en seguida á hacerse cargo de los establecimientos.

Rosas no pudo menos que sonreir al contemplar los cambios que en la política y en el gobierno se habian operado en su ausencia.

De estos cambios don Leon no le habia hecho conocer ningun detalle, temiendo que su carácter noble é impetuoso lo hubiera hecho venir y afiliarse á alguno de los bandos políticos.

Cuando se encontró con aquellos mismos amigos que lo invitaron á la revolucion que él consideraba prematura, estos le preguntaron su opinion sobre las ventajas obtenidas.

— Son bellas, muy bellas, fué su respuesta, pero la anarquía y la guerra civil se las vá á devorar.

Yo no veo sinó ambiciosos por todas partes, ávidos de honores y mando.

Las revoluciones se sucederán unas á las otras, y sabe Dios el fin que tendrá el virreinato estinguido.

Rosas fué clasificado de visionario entonces, pero los acontecimientos vinieron mas tarde á darle la razon.

DOS TRAVESURAS FAMOSAS

Los dos tocayos

Juan Manuel Rosas hizo entonces estrecha relacion con don Juan Manuel Bayá, antiguo y honorable corredor que habrán conocido la mayor parte de nuestros lectores.

Don Juan Manuel Bayá era un jóven distinguidísimo, que contaba apenas unos veinte ó veinte y dos años.

Con una educacion brillante, Bayá habia viajado ya por las principales capitales de la Europa, regresando para asumir la tutoria de sus interesantes hermanas.

Además de su educacion, Bayá se hacia notable por su carácter liberal y aquella desen-

voltura que imprime el roze de la sociedad europea y que entonces llamaba la atencion mas que ahora.

Estas condiciones de carácter y modo de ser de Bayá, le habian creado una endemónica reputacion entre las señoras antiguas, rígidas hasta la exajoracion.

Bayá pasaba entre ellas como un calavera, como un campeador de fruta pintona, cuya sociedad era peligrosa para las muchachas mas recatadas.

Buen mozo, de elegante figura y de trato esquisito, Bayá reunia todas las condiciones

necesarias para despertar amor en el corazón de una joven.

Perdónennos los señores Bayá este recuerdo jovial, que nada afecta la honorable memoria de su señor padre.

Juan Manuel Bayá gustaba furiosamente de Manuela Rozas, hermana de Juan Manuel, que era entonces una niña preciosa, hasta el punto, según él mismo decía, de darse un par de estocadas con el mismo diablo.

Vivia en la misma cuadra que la familia de don Leon, y con este motivo tenía frecuente ocasión de cambiar un par de miradas con su hermosa dama.

Manuelita por su parte, lejos de ser indiferente á las miradas de Bayá, lo esperaba al paso, ya en la ventana, ya en los patios, y ya con una mirada, ya con un ademán, le hacia comprender que su amor era correspondido.

Su tocayo Juan Manuel que comprendió el juego, se declaró padrino de aquellos amores, lo que estrechó mas la amistad de los dos tocayos.

Rosas lo introdujo á su casa presentándolo como su mejor amigo.

Don Leon, que en medio de todo, era un hombre de mundo y de clara inteligencia, recibió al joven con toda la franqueza que el era característica.

Además de sus méritos personales, Bayá era presentado por Juan Manuel con el título de su mejor amigo, y esto era ya una recomendación insuperable.

No sucedió lo mismo con doña Agustina, para quien Bayá era un calavera formidable, que habia cometido el gran desacato de pasear la Europa, y lo que era peor todavía, ser completamente libre y dueño de sus acciones.

Empezó, pues, á pintar á Bayá, ante su hijas, como un hombre peligroso y un novio imposible bajo todo concepto.

Bayá comprendió al momento que tenia en doña Agustina un terrible enemigo, pero no se arredró.

Qué enamorado abandona el campo ante la mirada pinchante de su presunta suegra?

El estaba seguro del amor de Manuela, tenía el apoyo de su tocayo y el aprecio de don Leon, y creía que con estos elementos podria contrarrestar la oposicion de doña Agustina.

Pero esta habia sido una enemiga mas difícil de vencer de lo que parecia.

Cuando la señora se apercibió de los progresos que el travieso Bayá habia hecho en el corazón de su hija, tuvo un acceso de sorda ira.

Pero no dijo una palabra y resolvió hacer se la que nada habia visto.

Pero empezó desde aquel dia á huir de la sociedad del joven, ya yéndose á paseo con las niñas, ya negándose á recibirlo bajo diferentes pretextos.

Bayá comprendió que la batalla se empeñaba, y comunicó á su tocayo lo que sucedia.

—No te aflijas, le dijo este, ya remediaremos el mal.

Lo que hay aquí en plata, es que mamita protege al inglés Bond que tiene sus pretensiones sobre Manuela.

Espantando al inglés todo queda arreglado.

Y mientras se discurría el mejor medio para obtener este resultado, Bayá se entregó á hacer el amor por contrabando.

Como Rosas lo habia dicho, visitaba entonces la casa con pretensiones á marido de Manuela, el caballero Bond, médico inglés, persona distinguida y de fortuna.

Doña Agustina habia visto en él un buen partido y se habia propuesto ayudar á Bond en su conquista.

Pero como sucede siempre, Manuela se mostró indiferente y glacial con Bond, para hacerlo renunciar á sus planes, mientras que su amor á Bayá crecia, aumentado por la misma privacion de verlo y hablarlo libremente.

La estrategia que empleó doña Agustina para combatir aquellos amores, es la que peores resultados dá, y sin embargo es la que adoptan todas las señoras.

—Bayá es un calavera, un grosero, feo, ridículo y sin cabeza, repetía á cada instante á los oídos de su hija.

Y esta que palpaba la injusticia de los cargos, para realzar los meritos del inglés, acrecentaba su amor por el primero, mientras el segundo se le hacia cada vez mas intolerable.

Bayá y Manuela siguieron teniendo sus confidencias de contrabando, ya por medio de señas ó de cartas que hacian llegar á sus manos, por diversos medios.

Doña Agustina quiso cortar radicalmente aquellos amoríos y concertó un enlace entre Manuela y Bond.

Bayá buscó á su tocayo y le contó lo que le pasaba.

—Pues vamos á ver si espantamos al inglés, repuso Rosas, único medio de vencerlo, pues por el lado de mamita no le vea remedio á la cosa.

En esos dias habian traído del Rincon de Lopez, un precioso petico, destinado á Gervasio que era el menor de los hermanos.

El petico primorosamente cuidado, era conducido al primer patio todas las tardes, para que allí lo montara el niño y diera una vuelta

conducido por un criado, pues siendo entero solia dar unos brinquitos y corcobos, á pesar de su mansedumbre.

En aquel mismo patio se sentaban á conversar por las tardes todos los de la familia y las numerosas visitas tanto de hombres como de mujeres, que concurrían á la casa.

Escusamos decir que Mr. Bond era infaltable.

Gervasio montaba su peticito á la vista de todos y ayudado por don Leon bajo una unánime ponderacion tanto al ginete como al petizo.

—Pues señor, dijo Rosas á Bayá un dia, se presenta la ocasion de una travesura que tal vez dé buen resultado.

Esta tarde te espero en la azotea y verás ejecutado mi plan.

Bayá no se hizo esperar a la cita.

Pasando de azotea en azotea, salvó la distancia que habia de la suya á la de Rosas, donde encontró á Juan Manuel que ya lo esperaba.

—Mira y calla, le dijo su tocayo, despues me darás tu opinion.

Y tendidos de barriga ambos, se pusieron á observar el patio.

La familia estaba reunida ya con algunas visitas.

El peticito, atado á una argolla puesta á propósito en la pared, esperaba que vinieran á ensillararlo para dar su invariable paseo.

Bond vino mas tarde de lo que tenia costumbre, y despues de saludar á todos, que eran gentes de confianza, se puso á acariciar la cabeza del precioso animalito, ponderando sus formas diminutas y esbeltas, mientras clavaba sus ojos en el cándido semblante de Manuela.

Juan Manuel no perdió tiempo, se tomó de la cornisa de la azotea y echó su cuerpo afuera.

Tomó sus medidas para no errar el golpe que meditaba, y se dejó caer de piernas abiertas sobre el petizo, en medio del espanto general.

Bond, al ver de improviso aquel ginete que bajaba de las nubes, quedó atontado por mas de medio minuto.

El pobre animalito no pudo resistir el peso de aquel ginete que caia sobre él desde tan grande altura y cayó al suelo con las patas quebradas.

Rosas, cuya mente habia sido hacer corcobear el petizo en medio del patio, atropellando á Bond, al ver su golpe frustrado, aprovechó la confusion del primer momento.

Salió por las orejas del petizo y cayendo sobre el atónito inglés, rodó con él largo trecho del patio prendido a sus largas canillas.

El espanto del primer momento se volvió un estallido de risas.

La hilaridad mas franca habia seguido al asombro.

Y era Manuela la que reia con mas placer. Sospechando lo que podia ser aquello, le vantó a la azotea sus hermosos ojos y se puso encendida de placer al divisar a Bayá.

Despues que Rosas vió que Bond estaba bien revolcado y ¡bien ridículo, se desprendió de sus largas piernas y se puso de pié.

—Es el golpe mas original, dijo.

Salió a la azotea para darles una broma y he caido cuando menos lo pensaba.

La casualidad de estar el petizo debajo de mí, precisamente, me ha salvado de una muerte segura.

Pero como diablos me he encontrado rodando prendido al señor Bond?

Hé aquí lo no me puedo explicar.

Esta explicacion fué aceptada a falta de otra, mientras que Bond seguia siendo el blanco de la risa de todos, con excepcion de doña Agustina, espíritu sutil que habia comprendido la verdadera causa de lo sucedido.

Mr. Bond afrontó aquella chacota con una flemma verdaderamente inglesa.

Se limpió lo mejor que pudo, pero no se retiró hasta la hora habitual, a pesar de que a cada momento se renovaba la aventura y los presentes prorumpian en estrepitosas carcajadas.

Y era siempre Manuela la que mas reia y la que miraba a Bond de una manera mas hiriente.

Ignoramos lo que de esto pensó el grave inglés, pero lo que sí sabemos es que no abandonó el campo.

Al otro dia y a la hora acostumbrada se presentó al patio.

Su presencia recordó la aventura, y las risas empezaron de nuevo, pero todo fué indiferente para él.

Esta travesura fué la primer prueba que dió Rosas de la modificacion que las costumbres del campo habian hecho en su carácter.

Nunca se habia visto en él una broma que no fuera fina y delicada.

Doña Agustina se la recriminó mas tarde, pero él sostuvo siempre que todo habia sido obra de la casualidad.

Bayá empezó á ver morir sus esperanzas pero no quiso abandonar el campo hasta no quemar el último cartucho.

Doña Agustina trató por su parte de apresurar el casamiento, á pesar de la aversion de su hija por Bond.

Su velo de desposada seria para ella como una mortaja del corazon, pero esto no entraba en las cuentas de su señora madre.

Véamos ahora la segunda travesura de Ro-

sas, que acentúa mas todavía la influencia que la vida del campo y la sociedad del paisano habia ejercido en su espíritu.

En sus paseos con Bayá, Juan Manuel Rosas habia conocido á la jóven Encarnacion Ezcurra, hija de don Juan Ignacio de Ezcurra y de doña Teodora D'Arguibel.

Encarnacion de Ezcurra era entonces (1811) una hermosa niña de diez y seis años, que aunque de una familia respetable, no era de las mas opulentas, ni aún de las mas acomodadas.

La familiase componia de doña Maria Josefa, la mayor, doña Encarnacion, don Felipe y algun otro que no recordamos en el momento.

Juan Manuel quedó prendado de los ojos de doña Encarnacion, ojos criollos incomparables en su expresion y de un negro intenso, que contrastaba admirablemente con la blancura de su cútis fresco y terso.

Juan Manuel era un mozo de abrir brecha en cualquier corazon de mujer, ya lo hemos dicho, así es que no le fué difícil meterse en el de la jóven Encarnacion, con armas y bagajes.

Acompañado de su inseparable tocayo se presentó en la casa y desde el primer momento se dedicó á cortejar á la niña.

Las familias de Rozas y Ezcurra eran amigas.

Juan Manuel que era un partido codiciado por las mas copetudas, fué recibido de una manera cordial y con especiales muestras de la mas íntima complacencia.

Don Felipe tenia tambien sus pretensiones y esperanzas en la señorita Gregoria Rozas, doble motivo para que Juan Manuel fuera halagado y atendido de todos modos.

Encarnacion, que con solo verlo se habia prendado del hermoso jóven, al escuchar su palabra dulce y persuasiva, se sintió enamorada por completo.

Habia entonces en Buenos Aires, como las ha habido siempre y las hay hoy mismo, gran cantidad de niñas encantadoras.

Cualquiera de ellas hubiera mirado como el mas grande de los triunfos femeniles, una distincion ó un galanteo de don Juan Manuel.

Pero fuese que el casamiento no entrara en sus proyectos, fuese que no habia hallado aún la mujer que conmoviese su corazon, jamás se habia acercado á una de ellas con otra frase que no fuera un cumplimiento de estricta etiqueta.

Qué poder habian tenido sobre aquel corazon indiferente los ojos de Encarnacion, que lo habia conmovido y despertado por completo á la vida del amor?

Ella no era de las mas hermosas, no era de las mas distinguidas ni de las mas ricas.

Cuál era entonces el prestigio mágico que desenvolviera ante aquel jóven, á quien no se conocia, el menor interés por mujer alguna?

Algunos suponen que fueron sus ojos verdaderos luceros engarzados en párpados humanos, aunque otros afirman que el amor, de Rosas, nació en el notable talento de doña Encarnacion.

El hecho es que Rosas se sintió dominado por un amor intenso y voluntarioso, declarando que Encarnacion seria la compañera de su vida.

La noticia de los amores de Juan Manuel cayó como un bombazo entre las familias que habian tenido sobre él sus pretensiones matrimoniales.

Unas se limitaron á devorar en silencio su despecho, mientras las mas caian como una avalancha sobre la reputacion de la inocente niña, cuyo único delito era haber conmovido con su belleza, el corazon del bizarro y hermoso jóven Rosas.

La familia de Ezcurra miró con sumo placer aquellos nacientes amores, cosa que no sucedió en la de Rosas.

Doña Agustina queria para su hijo la mujer mas noble, mas bella y mas rica de la América y por consiguiente no podia mirar sin un profundo disgusto aquella preferencia.

Desde el principio empezó á contrariar á Juan Manuel y á combatirle aquella pasion, declarándole que nunca daria su consentimiento para semejante enlace.

Rosas, voluntarioso por naturaleza, al verse contrariado se encaprichó mas, y declaró á su tocayo que en cuanto cumpliera veinte años, se casaria con la jóven.

—Y si la señora no te deja? preguntó este.

—Si me ha de dejar, pues se convencerá que la cosa no tiene remedio y que toda oposicion seria inútil.

Y con esta resolucion inmutable siguió viviendo en lo de Ezcurra.

A Rosas le gustaba hablar con entera libertad á su amada, para decirle todas aquellas trivialidades si se quiere, de dos novios, pero que son un poema sencillo lleno de un encanto arrobador.

Pero en vano buscaba la ocasion propicia, nunca podia lograrla, y tenia que conformarse con tomar parte en la general conversacion, limitándose á emplear con su amada ese lenguaje del alma que tan fielmente interpreta y comunica la mirada.

Doña Maria Josefa era el dedo malo de aquellos amores, el pájaro Argos que no los perdía de vista un minuto, complaciéndose en interrumpirles la frase mas inocente.

Encarnacion sufría con paciencia aquella vigilancia que no merecia, pero Juan Manuel,

se mordía su sedoso bigote, maldiciendo entre sí aquella arpa voluntaria, que se constituía en el lechuzón de sus amores.

Doña Maria Josefa, cuya perversidad fué proverbial despues, conocia las torturas que ocasionaba al jóven, y por lo mismo se complacia en amargarle sus mas alegres noches, no dejándolo hablar una palabra con entera libertad.

Rosas llevó á su tocayo como único remedio de contrarestar el espionaje de doña Maria Josefa.

Mientras este la entretenia con mil diversas travesuras, él podia entregarse sin reserva á manifestar sus mas íntimos sentimientos.

Pero bien pronto la feroz Argos comprendió el juego y fueron ya inútiles todas las travesuras de Bayá.

En cuanto entraba Rosas y tomaba asiento al lado de Encarnacion, doña Maria Josefa se instalaba entre los dos y era ya inútil pensar en dirigirse la menor palabra.

Rosas decidió entonces pedir auxilio á su inagotable inventiva y arbitrar el medio, no solo de vengarse de aquella testigo insoportable sino para escarmentarla y ponerla fuera de combate.

—Voy á pegarle un susto, dijo á su tocayo una noche, que creo me librará de ella.

Bayá que conocia el génio de su amigo, no dudó que el susto seria alguna travesura por el estilo de la jugada á Bond.

Esa tarde compraron unas gruesas de cohetes colorados, que prepararon los dos tocayos con un poco de pólvora sacada á unos cartuchos de fusil, con los cuales improvisaron un par de bombas.

Con aquella preciosa carga envuelta entre su traje, se presentó esa tarde Juan Manuel Rosas, á casa de su amada.

Como el alumbrado era malo y la luz atraía los mosquitos, generalmente no habia en las salas otra luz que la de la luna y á falta de esta la claridad de las estrellas.

El verano era muy caloroso y además de las ventanas,—se abrian todas las puertas.

Esta semi oscuridad vino á favorecer á Rosas en sus planes.

A penas hubo tomado asiento al lado de Encarnacion, doña Maria Josefa acercó su silla, dedicó á Rosas sus mas almibaradas frases, mientras dejaba caer sobre los dos en mirada mas pinchante y curiosa.

Juan Manuel se mostró con ella mas amable que nunca.

Con pretexto de levantar el pañuelo que se le habia caido, colocó bajo la silla de doña Maria Josefa, el famoso paquetito de cohetes y bombas, de papel y pólvora, sin que ninguno de los presentes se apercibiera de ello.

Su tocayo Bayá estaba como si lo hicieran cosquillas, esperando el momento del cataclismo.

Como ambos tenian en la casa una confianza sin límites, solian permitirse ciertas familiaridades.

Bayá sacó un cigarrillo y pasó otro á su tocayo, que nunca fumaba, pero que aseguró que para distraerse estaba contrayendo aquel maldito hábito.

En seguida echaron fuego con el yesquero y cada cual encendió su aromático cigarrillo.

La conversacion era animadísima, por que Juan Manuel, en el interés de mantenerla asi, referia mil historias á cual mas picante y entretenida.

Doña Maria Josefa estaba esa noche sumamente complacida, por que Rosas se dirigia especialmente á ella, olvidado al parecer de Encarnacion, al extremo que aquel sátiro llegó á persuadirse que podria suplantar á la hermana.

Entre tanto el travieso Rosas, sin que nadie pudiera notarlo y manteniendo la conversacion en un pié mas interesante, deslizó bajo la silla la mano en que tenia el cigarrillo y puso fuego á la mecha de algo don, preparada de manera que durara como un minuto antes de incendiar los cohetes.

Estaban todos pendientes del cuento que referia, cuando estalló la primera bomba, la segunda, y en seguida comenzó el repiqueteo de los cohetes.

Entretenidos por la charla nadie habia visto el fuego, que ocultaban por otra parte las ropas de doña Maria Josefa.

Al ruido infernal de los cohetes siguió un grito espantoso lanzado por las damas, acompañado de una carcajada que los dos tocayos no fueron dueños de contener.

El espanto mas temeroso cundió en todos los presentes, á quienes aquello sorprendia de una manera completa.

Las señoras echaron mano á sus ropas sin saber lo que les pasaba, y empezaron á disparar aterradas, creyendo cada una de ellas que bajo su silla iba á estallar otro infierno.

Es que la broma empezaba á tener consecuencias que Rosas no habia previsto y que podian haber sido fatales.

Las bombas de papel y pólvora regularmente cargadas, habian comunicado el fuego á las ropas de doña Maria Josefa, que se vió envuelta en un torbellino de llamas.

Aquí fué la de todos los diablos. Mientras los mas corajudos la abrazaban para sofocar el fuego, otros corrian en busca de frazadas mojadas, y el resto se contentaba con dar descomunales voces de auxilio.

El barrio se puso en conmocion, los vecinos empezaron à llegar apresuradamente sin poder atinar con lo que sucedia y la manzana entera fué un alboroto infernal.

Felizmente el fuego de las ropas fué prontamente sofocado por el mismo Rosas, que finjiendo abrazarla le daba grandes puñetazos en las costillas, sin dar tiempo à que llegaran las frazadas, y la cosa no paso de un susto terrible, acompañado para doña Maria Josefa de un par de ampollas en los brazos y uno que otro chamuscon en los talones, que era la parte de su cuerpo que mas en contacto habia estado con lo que llamaron mina.

Pero el vecindario seguia en completo alboroto, y la casa era un hervidero de gente que iba en busca de noticias para transmitir à los corrillos que empezaban à formarse en la vereda.

Para los de la casa, una vez que pasó el susto, fué indudable que aquello no podia haber sido mas que una travesura de los visitantes.

Pero quién era él?

A quién poder echar de ello la culpa?

Tal vez à alguno se le ocurrió que aquello no podia venir sinó de Juan Manuel ¿pero cómo lanzar una inculpacion de esa clase sobre el nóvico de Encarnacion?

Habria sido romper un enlace sancionado por la familia, perjudicando además los intereses de don Felipe.

—Ha sido una broma desgraciada, que el que la ha dado no pensó en sus consecuencias dijeron, y la cosa quedó así por el momento.

Doña Maria Josefa recriminó à Rosas su proceder duramente, pues ella no tenia duda de la intencion de aquella broma y de su autor.

Pero este se disculpó galantemente, aunque dejó caer sobre su sayon una mirada llena de sarcasmo y de provocacion.

Era una mirada que significaba francamente esta amenaza.

—Ya ves de lo soy capaz.

Sigue mortificándome y la segunda será peor.

Cuando se retiró Juan Manuel, doña Maria Josefa dirijió todo el estallido de su ira sobre su hermana, acusándola de haber sido la instigadora de aquella perversidad.

Pero la inocencia de esta estaba latente y no pudo ejercer venganza alguna, à pesar de los deseos que tenia.

Por que doña Maria Josefa era mala por índole y por inclinacion.

Mas adelante tendremos motivo de ocuparnos de ella con mayores detalles, pues el lector sabe la odiosa parte que le cupo en los veinte años de dictadura.

Entretanto Juan Manuel salia frotándose las manos y felicitándose de su travesura ocurrida.

—Te apuesto mi cabeza, decia à su tocayo à que no me vuelve à molestar mas.

La cosa ha sido un poco grosera, es verdad, pero esa no fué mi intencion, aunque le infundiré mas respeto y temor en lo sucesivo.

Y en seguida hacia la mas cosquillosa caricatura de los visajes y gestos de doña Maria Josefa, cuando sintió el chamuscarrete en los talones.

—En el primer momento, decia en medio de una sonora carcajada, me pareció uno de aquellos ratones que empapábamos de aguardiente, en el colegio y les prendiamos fuego!

Y segun los que conocieron à la víctima de esta aventura, la comparacion debe haber sido exacta.

Juan Manuel volvió el otro dia à casa de Ezcurra, y siguió yendo todas las tardes como siempre.

La broma habia sido un remedio eficaz como pocos.

No solo doña Maria Josefa no se presentó en la sala durante una semana, sinó que cuando lo hizo, tuvo buen cuidado de colocarse lo mas lejos posible del jóven.

Desde entonces pudo este hablar à solas con doña Encarnacion, sin que aquellos ojos de lince y aquellos oidos de humeona helaran sobre su lábio la mas ardiente palabra de amor.

Y fué entonces que combinó el plan cuyo resultado debia ser un enlace con su enamorada Encarnacion.

Bayá por su parte habia enterrado en su corazon su última esperanza.

Aquel corazon noble y honrado gimió en silencio, y aquel espíritu fuerte dobló por primera vez la cabeza sobre la mano.

A pesar del apoyo de Juan Manuel, y à pesar del cariño é interés que le demostraron doña Mariquita y doña Andrea, la mas noble y delicada y de todas las de Rozas, doña Agustina fué inflexible.

No solo declaró que mientras ella viviera Manuela no se casaria con Bayá, sinó que impuso à esta el matrimonio con Bond.

Bayá resolvió entonces espatriarse, y seguir viajando, para distraer el recuerdo de aquel primero y purísimo amor.

Y al anuncio de su próxima partida, la familia de Rozas le preparó una comida.

Por que el hecho de no querer que se casara con Manuela, no importaba cortar la relacion del jóven.

—Con que te vas en efecto? le preguntó Rosas que creia que el anuncio del viaje era un aparato.

-Si, me voy, replicó Bayá tristemente, para no volver mas.

-Pero no seas tonto, con esperar nada se pierde.

-Es inútil, contestó aquel corazon hidalgo, tengo el firme propósito de no casarme sino en la mayor armonia en la madre de mi esposa.

Respeto mucho los lazos que atan el hijo al padre y no me casaré jamás contra la voluntad de los padres de aquella que yo mismo destino para madre de mis hijos.

Mi espíritu es fuerte, amigo mio y no son los golpes de la suerte los que lo han de doblar.

-Pero te vés así no mas, sin siquiera hacer una travesura al loco Bond?

-Eso si que no, por mi vida!

Caiga sobre el inglés, traducido de cualquier manera, todo el peso de la desventura que hoy siento.

Siquiera llevaré el consuelo de haber tomado un desquite, por frívolo que sea.

Los dos tocayos aguzaron el majin y pensaron una broma capaz de hacer hervir la sangre al mas flemático de los hijos de Jhon Bull.

La misma tarde en que tenia lugar la comida de despedida, se hallaban reunidos en el patio de la casa de don Leon, sus tertulianos mas íntimos, entre los que se contaba Bond y el señor don Felipe de Ezcurra.

Los dos tocayos sostenian la conversacion mas entretenida, salpicada con esa sal y pimienta criolla que levanta cada cardenal como un leon....trece.

De repente Rosas se puso de pié y golpeando cariñosamente el hombro de su tocayo le dijo.

-El último partido á la pelota!

Quiero ganártelo para que me recuerdes mas, dada tu vanidad de jugador.

-Lo perderás, dijo Bayá, por que ante semejante público no me dejo vencer.

Como todo era preparado de antemano, se trajo una gran pelota de cuero, bastante dura y pesada y establecieron las condiciones del

partido, nombrándose jueces á Bond y Ezcurra que aceptaron en el acto.

En aquel patio espacioso como una plaza de armas, principiò el partido en medio de la general alegria.

Ambos eran igualmente ágiles y diestros.

Estaban en lo mas interesante del segundo tanto, cuando Mr. Bond lanzó una maldicion enérgica y llevó sus manos al ojo derecho.

La pelota, lanzada con una fuerza herética, habia chocado contra aquel ojo *haciéndole ver las estrellas*.

Otra maldicion mas formidable siguió á la primera y Bond quitó las manos de su ojo, poniéndose en la mas decidida posicion de box.

Sucede que Rosas habia lanzado la pelota sobre el inglés, como por un movimiento casual.

Y Bayá, como dominado por la pasion de jugador habia seguido la pelota, y por arrearla, habia dado un terrible puñetazo sobre el carrillo de su rival.

Recibido el segundo golpe, los dos jugadores se precipitaron sobre el inglés, presentándole sus mas sentidas excusas y lamentando aquella doble fatalidad.

Pero ya Bond tenia su ojo como una enorme trufa, y su carrillo con un cardenal que parecia papa.

Tales fueron las excusas, que no habia mas remedio que aceptarlas, so pena de quedar en el mas terrible ridículo.

Así Bond se dió por satisfecho y Bayá y Manuela cambiaron una mirada, en que estaba todo relatado.

El inglés no pudo tomar parte en la comida y Bayá tuvo el placer de dirigir la palabra á la mujer querida, libre de aquellos dos ojos como una lanzada.

Al otro dia tomaba el camino de Chile.

Ya volveremos a hallarlo el año 40 y 42.

Sigamos ahora á Rosas en su plan de enlace, en este plan curioso y en las diversas aventuras que precedieron á él, aventuras que no deben echarse en olvido.

El gaucho porteño

Rosas comprendió que no podia contrariar á su señora madre, y que en caso de hacerlo, era aquel el peor momento, pues podia descalabrar sus planes de administracion.

-Dos años vuelan, mi querida, dijo á Encarnacion.

Deja que en ese tiempo crie las álas que necesito y yo te juro que nos casaremos á pesar de todo.

-Pero yo no quiero que por causa mia rompas con tu familia, respondió doña Encarnacion con el rostro bañado en lágrimas.

Si yo te quiero, te quiero feliz y no desgraciado hasta el punto que un dia puedas llorar á maldecir mi amor.

—No temas nada, yo te lo aseguro.

Nos hemos de casar con el beneplácito de todos y todos hemos de ser felices,

Con estas garantías doña Encarnacion habia quedado tranquila, arrullada por el inmenso amor que le pintaba Juan Manuel.

El dia de la entrega llegó y don Leon llamó á su escritorio á Juan Manuel, donde se hallaban reunidos los capataces de los diversos establecimientos.

Cada uno de ellos habia llevado un estado minucioso de las existencias de cada estancia, estado que don Leon leyó en alta voz, imponiendo á su hijo de las cifras que arrojaban.

Despues de revisados todos, Juan Mannel dijo que iria á cada establecimiento á recibirse de todo, poniendo su conforme á los estados que no tuvieran que observar y corrigiendo los demás.

Así se fijó su viaje para la entrante semana.

Aquellos ocho dias fueron destinados esclusivamente á doña Encarnacion y a las nocturnas serenatas.

Doña Maria Josefa, ya por temor al jóven, ya por que comprendiera que se habia de casar y tomar un desquite de todas sus maldades, se pasó al enemigo con armas y bagajes.

Don Juan Manuel, por su estratajema de los cohetes, tuvo un aliado donde antes solo habia tenido un enemigo mortal.

Doña Maria Josefa no solo habia cesado de atormentarlo con sus curiosidades, sinó que era la que mas trabajaba para proporcionarle sus entrevistas mas intimas.

Y tanto hizo hasta que conquistó por fin el aprecio de su futuro cuñado.

Los dos nóvios arreglaron un servicio para sus correspondencias, que debia darles el mejor resultado.

—Yo mandaré con frecuencia un peon, que te entregará mis cartas, le dijo Juan Manuel, y esperará hasta que tu lo despaches.

No te afijas, pues, y reposa tranquila sobre la promesa de mi fé.

En seguida fué á ver á sus padres, pues al dia siguiente debia efectuar el viaje.

A última hora quiso sondar á su señora madre, para cerciorarse de las esperanzas con que pudiera contar respecto á su enlace.

—Si quieres que vivamos tranquilos, repuso doña Agustina severamente, no me hables mas de eso.

Tú eres acreedor á un enlace mas brillante, por que estás rodeado de todas las ventajas para hacerlo.

Ambicionado para tí la mujer mas deslumbrante como fortuna, como hermosura y como familia.

Deja que yo te guie hijo mio por ese camino, que cuando vuelvas ya te tendré arreglado lo que necesitas.

—Pero mi madre, si tengo empeñados mi corazon y mi fé!

—Qué sabes tú, tonto!

Esas son impresiones que bien pronto se borran.

Ya verás, ya verás el porvenir que te prepara tu madrecita.

Rosas creyó oportuno no insistir por aquel momento, y abrazó estrechamente á su hermosa madre.

Don Leon no participaba á este respecto de las teorías de su consorte.

—Déjalo hija que se haga el gusto, le decia.

No hay enlace como el que se hace á impulsos del corazon.

Los casamientos de conveniencias suelen acarrear desventuras irremediables.

No es rica su nóvia? no te parece hermosa? no es de una familia respetable?

Demasiado rico es él, para partir lo que tiene con la mujer que le guste.

Que sea esta buena, virtuosa y casta, que ya es demasiada fortuna.

—Calla y déjame hacer á mí, replicaba doña Agustina, que yo entiendo mas estas cosas.

Los jóvenes á este respecto se aturden y nosaben lo que hacen.

Ya verás si me agradece la mujer que yo le busque.

Juan Manuel sonreia al escuchar á sus padres, á quienes queria y respetaba.

Tenia hecha su resolucion inmutable de casarse con doña Encarnacion y comprendia que una discusion entonces no conduciria á nada.

Firme en sus propósitos, se despidió de sus padres y á la madrugada montó á caballo acompañado de los capataces.

La Atalaya fué el punto elegido para su primer escursion.

Allí permaneció tres ó cuatro meses, para arreglar todo, pasando en seguida al Rincon de Lopez donde ya se tenian noticias de sus proezas y de su próxima llegada como patron.

Los peones y capataces se habian pasado la voz, y en el Rincon de Lopez era Rosas tan conocido como en la Atalaya.

En cuanto salió de la ciudad, se puso chiripá y demás prendas criollas que llevaba en la balija, haciendo un San Juan con sus ropas aristocráticas.

Detrás de él marchaban unas carretas que habia fletado y que conducian algunos cascos

de bebida y otras provisiones que llevaba para las fiestas prometidas.

La noticia de la llegada de Rosas puso en movimiento todo el paisanaje.

Diez leguas antes de llegar á la Atalaya, se encontró con el paisanaje que venia á recibirlo con mil demostraciones de júbilo.

A la algazara y griteria, se unia el estruendo de los cohetes, que los paisanos habian agotado en todas las pulperias de los alrededores.

Por que la llegada del patroncito representaba para ellos el colmo de todas sus aspiraciones y felicidades.

La fiesta se puede decir que empezó desde que los paisanos avistaron al patron, á quien acompañaron en triunfo hasta la estancia.

Allí esperaba el resto de la peonada, y las mujeres que habian venido desde los puestos mas lejanos.

Ese dia se carneó con cuero y el nuevo patron decretó quince dias de holganza para todas las peonadas de su dependencia.

Y la fiesta fué en realidad para todas las peonadas de las estancias vecinas, pues qué peon hubiera querido trabajar durante aquellos quince dias?

A la siesta seguian las carreras, corridas de sortija y de pato.

Estas se suspendian para hacer lugar á la payada y la cancion por cifra.

Y á esta seguia el baile, pero que baile!

Las guitarras no paraban un momento hasta muy avanzada la mañana, en que almorzaba la gente para entregarse al reposo de la siesta, que duraba hasta la caida del sol.

El paisano de entonces era muy diverso de lo que es hoy endia.

Las luchas civiles no lo habian convertido todavia en un *Juan Sin Patria*, en un pobre pária cuyos mas sagrados derechos y libertades son una palabra que borran á su antojo el juez de paz ó el comandante militar.

Las levas no lo arrancaban de sus hogares ó del lado de sus patrones y su trabajo era preferido al del extranjero.

La autoridad de campaña no lo habia convertido en un votante á palos, ni le decretaba palizas "por andar mañeriando y con istorias".

Era dueño de su hogar y de su fortuna, sin haber tenido que echarse al camino, convertido en un Moreira para defender ambos cosas.

El paisano era un hombre noble, inocente, bravo hasta la exajeracion.

Habia que recorrer grandes distancias para trasladarse de una estancia á otra, y el viajero hacia noche en medio del campo, con la misma tranquilidad que lo hubiera hecho en su propio aposento.

Por que no se conocia un solo ejemplo de robo á mano armada, ni de asesinato.

Espíritus nobles y gentiles, en medio de su inocencia, salvaje si se quiere, no hubiera habido un solo gaucha capaz de cometer una villanía.

Quería con la pasion que odiaba y en ambos casos no trataba de ocultar sus pensamientos.

Acostumbrados á la servidumbre y á la reserva de sus patrones;

Habitados ya á la diferencia de gerarquías que habia establecido el señor, tan rígido en aquellas épocas, el paisano se habia conformado á su posicion triste y aislada, plegando su espíritu bajo el peso de aquel azote del destino, que no alcanzaba á comprender.

Así es que siempre guardaba un resentimiento mudo pero profundo, hácia el hombre del pueblo, que lo miraba con una indiferencia y desprecio á que no se consideraba acreedor.

Aquellos hombres, vírgenes bajo todos respectos, se vieron tratados por Rosas con un cariño á que no estaban habituados.

Aquel patron aristocrático y noble se igualó á ellos y con ellos compartió desde el trabajo hasta el placer, adoptando su traje y sus costumbres.

Y aquel hombre cuya superioridad en inteligencia y fortuna la comprendian perfectamente, se les mostró superior en todo lo demás, desde el lazo hasta el corazon.

Y amaron profundamente á aquel hombre que á pesar de aquella superioridad asombrosa, no tenia a menos de hablarles al rededor del fogon, como cualquier gaucha, y les estrechaba la mano como á un igual.

Era el primer pueblerito que se mostraba mas hombre y mas gaucha que ellos mismos y llegaron á tener por él algo como una adoracion apasionada.

No habia sobre la tierra, para ellos, un hombre comparable con el patron Juan Manuel.

Al ver este el número fabuloso de peones que se habia reunido para recibirlo y el regocijo que estallaba en todos los semblantes, comprendió á su vez todo lo que habia ganado en el corazon de aquella gente.

Y su pensamiento cambió de rumbo.

—El hombre que lograra levantar tras sí, se dijo, diez mil hombres como estos, que reunen á la bravura del leon la fidelidad del perro, seria en este pais lo que quisiera!

Quién sabe si con ellos no se podria cambiar en un segundo la faz del pais.

Es un elemento vigoroso, con el cual se podria uno pasear triunfante por toda la Provincia entera,

Y quedó así largo tiempo absorto en sus

ideas y en la contemplacion de aquellos hombres que le pertenecian por completo.

Aquellas fiestas fueron las primeras que se hubieran presenciado en la campaña.

Las carretas con provisiones llegaron y se consumieron hasta la última cebadura de mate.

Rosas permaneció tres meses en la Atalaya, organizando los nuevos trabajos de agricultura.

Y una vez que todo estuvo listo y juzgó que su presencia no era allí necesaria, empezó á preparar su viaje al Rincon de Lopez, para dar nuevo impulso á aquel establecimiento, el mas importante de todos.

Solo con la promesa de su pronto regreso, logró calmar al paisanaje que queria seguirlo á aquel punto, como lo hubiera seguido hasta la loma del diablo, si allí se hubiera ido.

Entonces recién se convenció Rosas del ascendiente que tenia sobre aquellas masas y el gran partido que de ellas se podia sacar.

Los capataces no sufrieron el menor cambio pues á ninguno removió del puesto que ocupaba.

Como se los habia dicho anteriormente, para ellos no significaba todo aquello mas que un cambio de patron.

Y por Dios que habian ganado en el cambio, puesto que Rosas les demostró desde el primer momento, que no solo entendia mejor que nadie el negocio de campo, sino que introdujo mejoras que les dejó con la boca abierto.

Arreglado así aquel establecimiento, Rosas marchó al Rincon de Lopez, despues de haber enviado su segundo chasque á doña Encarnacion, como se lo habia prometido.

Rosas tuvo que enojarse con los paisanos, pues todos querian acompañarlo.

Tuvo que echar suerte para elegir los seis peones que debian acompañarlo en el viaje y volver á prometer de la manera mas formal que pronto pegaria la vuelta.

En el Rincon de Lopez era esperado desde hacia mas de dos meses, pues ya los capataces habian vuelto con la noticia de que el nuevo patron no tardaria en llegar.

Era aquel un establecimiento de campo plantado con toda la proligidad de que era capaz el desgraciado don Clemente Lopez de Osornio.

Allí las haciendas eran numerosas y las arboledas magníficas.

El trabajo era mas metódico, aunque adolecia de la rutina que se ha seguido siempre en el campo, hasta hace muy poco tiempo, en que los estancieros dedicaron un especial cuidado al refinamiento de las razas.

Rosas notó desde el primer momento que aquella estancia podia dar utilidades deslum-

brantes, verdaderamente, y se dedicó en cuerpo y alma á su organizacion.

Conocido allí de mentas, por lo que habian oido á otros paisanos, el paisanaje lo rodeó bien pronto atraído por su fabuloso prestigio.

Y quedaron maravillados al encontrarse con un patron mas gaucho que todos ellos.

Rosas empezó á practicar las mismas estratagemas que tanto prestigio le habian dado en la Atalaya.

Se puso á domar á la par de los mejores, como á enlazar y tocar la guitarra.

Compartió con ellos desde los trabajos mas rudos hasta el mate alrededor del fogon y como en la Atalaya, la fama de sus gauchadas atrajo al Rincon de Lopez las mejores peonadas, que querian cunchavarse con un patron tan hombre.

Rosas notó desde la aversion y resentimiento que el gaucho profesaba al hombre del pueblo, y lo fomentó al principio sin darse cuenta de lo que hacia y sin objeto esplicable.

Y queriendo solo hacerse un gaucho en costumbres y trabajos de campo, su espíritu fué participando algo del contacto de aquellos hombres, y perdiendo insensiblemente todo su perfume de nobleza.

Y se identificó de tal manera que bien pronto empezó á participar hasta de las ideas de los paisanos, contra la ciudad y sus habitantes.

Sin embargo de esto, Rosas trataba de cultivar su natural y notable inteligencia con los libros que de la ciudad habia llevado.

Y sin desatender sus negocios y el cultivo del corazon del paisano, siguió paso á paso los movimientos políticos que como un vértigo se sucedieron en el pais.

Desde allí mantenía frecuente correspondencia con doña Encarnacion, que lo instruía minuciosamente de lo que sucedia en la ciudad.

En seis meses de labor constante y de fatiga, organizó completamente el manejo del Rincon de Lopez.

Introdujo allí tambien la agricultura para emplear los brazos que se le ofrecian.

Y poco despues se encontró que estos le faltaban para dar el impulso que él habia soñado realizar.

Entonces los indios eran amigos en su mayor parte.

Trataban con el gobierno que los mantenía en paz á fuerza de dádivas, pues no podia contenerlos de otro modo, y muchas de aquellas tribus se diseminaban en las estancias buscando trabajo.

Rosas trajo al Rincon de Lopez gran número de indios que dedicó á todos los traba-

jos, mezclándolos con las peonadas, y se apercibió también que aquel era otro elemento formidable del que se podía sacar algún partido.

Quién podría con el hombre que lograrse arrastrar los paisanos y los indios unidos?

Era preciso atraerse aquel elemento y á esto puso toda su dedicacion.

Se puso en contacto con los principales caciques, á quienes se atrajo por medio de dádivas y promesas de amistad.

Entre algunos de aquellos caciques, Rosas era conocido por el hijo de aquel cautivo por quien se pagó tan buen rescate.

Sabian que eran suyas todas aquellas estancias, siendo de notarse que jamás en sus invasiones, hicieron en ellas el menor daño.

Rosas maniobró con tanto talento y perspicacia, que al poco tiempo los indios aquellos eran tan suyos como los mismos gauchos.

El cacique Negro, sobre todo, que era entonces el mas prestigioso de toda la pampa, llegó á tomarle un cariño escepcional.

Lo que su hermano Juan Manuel decia, era lo que debia ser, hasta el punto de muchas veces lo nombraban juez para resolver sus mas intrincadas cuestiones.

Y como estas eran siempre motivadas sobre propiedad de animales, Juan Manuel las arreglaba de una manera única.

Fallaba que los animales en cuestion debian entregarse á uno de los que los disputaban.

Pero acto continuo regalaba al otro igual cantidad de animales á los que habia perdido por su fallo.

Así llegó á tener un prestigio incalculable entre toda la indiada del Sur, pues sus mentas pasaban de toldo en toldo, como habian pasado de rancho en rancho.

Y su estancia del Rincon de Lopez, parecia el centro de operaciones de un gefe importante.

Rosas no tenia cargo alguno que dimanara del gobierno.

Para los hombres del gobierno era un sér oscuro y desconocido.

Y sin embargo á su voz podian reunirse con facilidad mil hombres que le pertenecian en cuerpo y alma.

Las utilidades del Rincon de Lopez superaron aquel año, como las de la Atalaya, á los mas atrevidos cálculos.

Ante ellas quedaron deslumbrados don Leon y doña Agustina.

En aquel solo año las estancias habian producido tanto como en los últimos cinco años juntos, sin contar el notable aumento

en los rodeos y majadas y lo que Juan Manuel habia regalado á indios y paisanos.

Por que el gaucho que se presentaba á Rosas pobre y con deseos de trabajar, este le daba cincuenta vacas y su majadita de ovejas, como plantel de un puestito.

Así es que aquel jóven llegó á ser la providencia de los paisanos, que como tal lo miraron.

Arreglado el Rincon de Lopez, Juan Manuel se vino á dar un paseo al pueblo y á ser él mismo portador de una gran cantidad de dinero, producto de las tropas que habia realizado.

Esto era al fin del año 12, lo que quiere decir que habia pasado mas de un año entregado completamente á las fatigas del campo.

Tanto sus padres como sus hermanos lo recibieron con el mayor alborozo, tributándole elogios de toda clase, y prometiéndole los primeros, que al año siguiente le darian una fuerte habilitacion, para que, al mismo tiempo que cuidara la de todos, fuera labrando su propia fortuna.

Lo llenaron de regalos de todo género, insatándole que se quedara unos meses á descansar en la ciudad.

Rosas aprovechó la alegria de sus padres y quiso hacer algo en beneficio de su enlace con doña Encarnacion.

Con un tacto esquisito, dirigió sus primeras insinuaciones en el espíritu de doña Agustina.

Pero á las primeras palabras esta se le alzó con el santo y la limosna.

—No hablemos de esto le dijo, pues mientras dependa de mi voluntad, no lo consentiré por nada de este mundo.

Y echó en seguida uno de esos discursos en que tan fuertes son las señoras, tendente á probarle que no debia tener mas mujer que la que ella le buscara.

A este respecto doña Agustina era por demás rara.

No convenia aquella alianza con su hijo Juan Manuel, y sin embargo mantenía una relacion cordial y estrecha, puede decirse, con la familia de Ezcurra.

Desengañado por este lado, Juan Manuel buscó el apoyo de don Leon que se mostraba mas inclinado á dar su consentimiento.

Pero don Leon no queria contrariar á su esposa en este asunto, así es que pocas esperanzas pudo darle.

—Sin embargo, le dijo, yo trataré de convencer á Agustina, aunque me parece cosa difícil.

Puedes estar seguro, de todos modos, que haré por convencerla á favor de tus deseos, todo lo que me sea posible.

Rosas comprendió que don Leon no queria

contrariar á su esposa, asíes que nada podia esperar por aquel lado tampoco.

Resuelto á llevar á cabo su casamiento mas ó menos tarde, puso al servicio de sus planes su rica imaginacion, que vino á sujerirle el mejor espediente.

El hubiera podido casarse aun contra la voluntad de sus padres, pues su calidad de administrador de toda la fortuna de estos, lo hacia completamente libre.

Pero amaba y respetaba á sus padres y queria antes de llegar á un medio estremo, tratar de lograr su efan de la manera mas conciliadora que le fuera posible.

Fué á ver á Encarnacion y le propuso un medio un poco violento pero que tal vez salvara la situacion y arrancara á doña Agustina su consentimiento.

La jóven mas enamorada que nunca por las mismas dificultades que se oponian á su enlace, y que temia que estas concluyeran por enfriar la pasion de Juan Manuel, consintió en hacer lo que Rosas le pedia.

El plan aunque violento para la jóven, ofrecia buenas probabilidades, conociendo el carácter y moral austero de doña Agustina.

El se reducía en que Encarnacion escribiera á Rosas una carta exijiéndole el cumplimiento de sus promesas, por que su situacion era insostenible, y llegaria un momento en que no pudiera ocultar mas su secreto.

Rosas haria de modo que la carta llegara casualmente á manos de doña Agustina, y esperarían por donde estallaba la tormenta.

Para una niña como doña Encarnacion, era cosa amarga la confesion de una falta que no existia, mucho mas cuando aquella falsa confesion era un golpe de muerte asestado á su porvenir si el plan fracasaba.

Pero tenia por Rosas un amor idólatra y veia en aquella carta la realizacion de sus ensueños mas queridos.

La escribió, pues, con temblorosa mano, y la entregó á Juan Manuel, que le prometió reservarla hasta el último estremo y cuando no le quedara mas que este recurso.

Así sin querer disfrutar del descanso que sus padres le ofrecieron, y con el pretexto de ser el tiempo de las cosechas, regresó á la Atalaya, prometiendo á Encarnacion que de un modo ó de otro, á la vuelta se casaria.

Los dos enlaces

El primero de Marzo de 1813, se presentó Juan Manuel en casa de sus padres, cuando estos menos lo esperaban.

—He realizados pingües utilidades en el Rincon de Lopez, les dijo, y he querido ser yo mismo el portador de ellas.

Efectivamente, se habian hecho grandes tropas en las estancias de Rosas, y se habian vendido productos de agricultura y cuerambre por valor de mas de catorce mil patacones.

Entonces las operaciones de campo se hacian de una manera muy diversa á lo que se hace hoy dia.

Los troperos iban á las estancias, apartaban las haciendas y pagaban al contado al administrador ó capataz del establecimiento.

De modo que Juan Manuel era portador de una hermosa suma, sonante y contante, que traia en sus maletas.

Don Leon y doña Agustina, sobre todo, quedaron maravillados, sobre todo al oír á su hijo estas palabras.

—A pesar de los ganados vendidos y á pesar de esta suma, tengo actualmente mas cabezas de las que recibí.

El que fuera á visitar cualquiera de los es-

tablemientos que administro, juraria que de allí no se ha sacado una sola cabeza hacemas de dos años.

Y esto era la verdad.

A pesar de las ventas realizadas, y los regalos de hacienda que hacia Juan Manuel, los inmensos rodeos habian aumentado en un diez por ciento.

Orgullosos con estos resultados que se debian á él únicamente, Juan Manuel se presentaba mas entonado y con mas aplomo, sin perder por esto un átomo del respeto que siempre habia tenido á sus padres.

Era la primera vez que este se presentaba delante de ellos de chiripá, bota de potro y demás adornos de este pintoresco traje.

Don Leon no pudo reprimir un movimiento de disgusto, preguntando á su hijo por qué habia adoptado traje tan villano.

—Es mas cómodo para el trabajo, padre mio, respondió.

Con nuestros vestidos es imposible entregarse á aquellos ejercicios.

Y con colores llenos de vida pintó á sus padres lo que era una yerra y una domada.

Doña Agustina se ponía pálida ante los peligros que encerraban tales trabajos, pero

esperimentaba un justo orgullo al ver á su hijo hecho un hombre tan completo.

Rosas quiso aprovechar en favor de sus amores el buen humor y alegría en que se hallaban sus padres, á consecuencia del objeto de su venida.

Pero á las primeras palabras doña Agustina le impuso silencio.

Comprendió que insistir seria para tener un disgusto y cambió de conversacion.

Con pretexto de ir á proveerse de ciertas prendas, salió á la calle, seguido de los peones que lo habian acompañado y fué la primera vez que paseó por ellas con traje de paisano.

Se detuvo en la plaza de la Victoria hoy, donde estaban las morenas con sus *faturas*, y obsequió á sus peones con el contenido de las tipas, pagando él todo el gasto.

Estos estaban electrizados con semejante patron, que no solo no tenia á menos el usar su traje, sino que los convidaba y comia con ellos delante de todo el mundo.

Esto sí que se llamaba ser gaucho.

Es que Rosas, queriendo avivar el antagonismo que tenia el paisano por el hombre del pueblo, habia concluido por sentirlo él mismo.

Y todo aquello lo hacia mas por humillar á sus relaciones, segun creia, que por ganar se el querer de los paisanos, que ya le pertenecia.

En su apero no habia mas lujo que el de trenzados primorosos que él mismo habia.

Vestia chiripá de seda de vivos colores, poncho pampa, bota de potro con gran espuela y pocos botones en el tirador.

Su mismo rebenque no tenia la menor viruela.

Era un simple talero, envuelto en una delicada trenza de tientos de potro.

Cualquiera de sus capataces gastaba mas lujo que él.

Pero su hermosura completamente acentuada ya por la edad y el trabajo, se destacaba magnífica dentro de aquel traje típico, atrayendo sobre sí las miradas de cuantos lo hallaban al paso.

Entre las muchachas, sobre todo, Rosas metió una verdadera algarabía.

Todas se asomaban á las ventanas, en apretados grupos, para verlo pasar.

Y la que menos murmuraba un ¡qué monada! que daba calor.

Montado en un magnífico caballo entero, espléndido en brios como en formas, ora aquel en realidad un ginete interesante.

Y en este traje hizo su primer visita á Encarnacion, que quedó deslumbrada ante su espléndido gaucho.

Despues de la conversacion general con la familia, en un momento que pudo hablar sin testigos á su novia, le manifestó que habia resuelto venir á cumplirle su promesa, y que de un modo ó de otro, no volveria al campo sinó casado, aunque ella quedaria en casa de don Leon.

—En último caso, voy á hacer uso de la carta, agregó, lo que te aviso para que estés prevenida á todo.

Despues de esta entrevista que fué corta, por que su familia queria tenerlo á sulado el mayor tiempo posible, regresó al lado de sus padres, resuelto á despejar la situacion á todo trance.

La carta aquella de que pensaba hacer un uso eficaz, era una carta lacónica pero expresiva, dictada por el mismo Rosas, que conocia á punto fijo los sentimientos mas explotables de su señora madre.

Un miembro de la familia de Rosas, á quien debemos muchos datos preciosos de esta parte de su vida, nos transmitió el testo de aquella carta, que con escasa diferencia era como sigue:

“Juan Manuel.

“Mi situacion se hace insostenible ya por mas tiempo.

“Si no cumples tu palabra inmediatamente, me habrás espuesto a la verguenza pública y te habrás deshonorado tu mismo hiriendo de muerte el corazon de tu Encarnacion.”

Como se vé la carta estaba calculada á hacer ceder en el acto á doña Agustina.

Juan Manuel tuvo un momento expansivo con don Leon, dejándole entrever que aquel enlace era forzoso de tal manera, que le pidió influjera con doña Agustina para que estadiere su consentimiento.

—Haré lo que me pides, respondió el noble padre, pero nada puedo asegurarte.

En estas cosas es preciso uniformar las voluntades, sin violencia y suavemente.

Tal vez Agustina consienta, desde que dices que es una cosa imperiosa.

Rosas pidió á don Leon no dijera nada hasta la noche, pues él queria predisponer en su favor á su señora madre.

Ée fué al aposento de esta y con una dulzura exquisita, le manifestó que él no se casaria jamás contra su voluntad, y que si no le daba su consentimiento para hacer su esposa á Encarnacion, iba á labrar su desgracia.

Doña Agustina volvió á oponerse, pero con una dulzura maternal.

No podia por otra parte responder de diferente manera al lenguaje cariñoso de su hijo.

Juan Manuel se retiró á sus piezas, fingiendo un abatimiento que estaba lejos de sentir, pues ya entrevia un triunfo completo.

—Antes de cenar, señora, le ruego que vaya

á mi cuarto, porque quiero darle un par de razones mas, que tal vez la convenzan.

—No me convencerás dijo la señora sonriendo amorosamente á su hijo, ni tendrás razones que puedan contrarestar las mías.

Sin embargo iré.

A la caída de la tarde, Rosas preparó el golpe que meditaba.

Sobre el pequeño escritorio que tenia en su aposento, puso un manojo de papeles indiferentes al asunto.

Pero en el suelo y delante de la silla, dejó caer aquella carta tan hábilmente calculada, plegada en pequeños dobleces, como para despertar mas la femenil curiosidad de doña Agustina.

En seguida se fué al fondo de la casa á arreglar un caballo de paseo, para que cuando fuera aquella, se encontrara sola en la pieza.

Así sucedió en efecto.

Al oscurecer, doña Agustina se dirigió á la pieza de su hijo.

Y como supo por un peon de mano que este tenia como asistente, que se hallaba en el fondo, lo mandó llamar y entró.

Lo primero que hirió sus ojos, fué el pequeño billete tan cuidadosamente plegado, y lo levantó con ánimo de ponerlo sobre el escritorio.

Pero al tenerlo en la mano sintió picada su curiosidad doble, de madre y de mujer.

Qué mujeres no conoce una carta femenina!

Y qué madre no tiene una curiosidad cariñosa de conocer los pequeños secretos del corazón de su hijo!

Doña Agustina, tal vez con el solo ánimo de convencerse que no se habia equivocado y que la carta era de mujer, la desdobló buscando rápidamente la firma.

Y al hallar la de Encarnacion devoró en un segundo el contenido de aquella carta.

Y su espíritu sufrió una sacudida violentísima.

Por que doña Agustina era una noble dama, que no podia mirar con indiferencia una situación análoga.

Al encontrarse con aquella revelacion inesperada, sintió decaer toda su energia y sus mejillas se empararon en llanto.

Estas eran las razones que sin duda iba á darle su hijo Juan Manuel, para obtener su consentimiento.

Dobló cuidadosamente la carta que guardó en el seno, temerosa de que su hijo la sorprendiera y esperó tratando de que su semblante no traicionara las emociones que experimentaba su espíritu.

Rosas tardaba intencionalmente para dar tiempo á doña Agustina á que se impusiera

bien de la situacion y buscar un pretexto para sacarle el cuerpo á la conferencia que habia provocado.

El peon volvió al largo rato, diciéndole de parte de su hijo que perdonara que no acudiera en el acto, pues estaba vendando una herida que se habia hecho su caballo favorito pero que pronto acudiría.

Juan Manuel se presentó juntamente con la vieja servidora que venia á avisar que la cena estaba en la mesa.

—Mucho te has hecho esperar, dijo la señora sonriendo, para borrar el último gesto de su semblante espresivo.

Ahora no es justo que hagamos esperar á tu padre.

Luego ó mañana me darás tus famosas razones.

Juan Manuel, en cuanto entró, se apercibió rápidamente que la carta no estaba en el suelo, comprendiendo que la señora la habia leído y disimulaba.

—Buen augurio, pensó.

Y dando un beso á doña Agustina, se manifestó conforme con aquel parecer, tomándola del brazo y acompañándola al comedor.

De allí regresó nuevamente con el pretexto de lavarse para sentarse á la mesa.

En vano buscó la carta, no la pudo hallar por ninguna parte, prueba indudable de que doña Agustina la habia guardado.

Como si ni siquiera se sospechara que doña Agustina era dueña de aquel secreto, asistió á la cena con su habitual alegría y buen humor.

Buen humor que aumentaba la visible preocupacion de doña Agustina.

Pues suponía que esta preocupacion no podia dar otro resultado que su consentimiento.

Concluida la cena y despues de recibir la bendicion de órden, los hermanos se levantaron de la mesa y Juan Manuel se retiró á su pieza, a vestirse para salir.

Cinco minutos despues volvía al comedor, y buscaba con agitacion algo que hubiera perdido cerca del asiento que ocupó, en la mesa.

—Qué buscas? preguntó la señora.

—Nada, respondió como turbado.

Un papel que tal vez haya dejado caer en el fondo cuando estuve curando el caballo.

Y salió del comedor precipitadamente.

Doña Agustina llamó á don Leon á la salita reservada, para tener con él una conferencia sobre la carta hallada tan milagrosamente.

La revelacion aquella habia sido para la noble señora una puñalada en el corazón.

Noble y delicada, no se le escapaba que su hijo tendria que reparar aquella falta, y esto

venia á trastornar todos sus planes de familia.

Cómo obligar á Juan Manuel á romper un compromiso de aquella magnitud?

Y era preciso proceder sin pérdida de tiempo si se quería ocultar la falta tan lacónicamente confesada.

Doña Agustina refirió á su esposo como habia hallado la carta, y se la pasó para que se impusiera de su contenido.

Con toda la gravedad de situacion semejante, don Leon leyó la carta y quedó sombriamente meditabundo.

—Qué crees que puede hacerse para salvar esta situacion? preguntó doña Agustina.

Es preciso buscar un remedio al mal por todos los medios á nuestro alcance y dejar bien parado á nuestro hijo.

—Esto no tiene mas remedio honorable, señora, repuso don Leon, que un casamiento inmediato.

—Es que esto contraria todos mis planes y mis esperanzas, exclamó la señora llorando de despecho.

—Desgraciadamente no hay otra salida.

Juan Manuel es un caballero y esto no tiene término medio.

O sigue siéndolo, ó se convierte en un miserable.

Aunque nosotros nos opusiéramos con toda nuestra autoridad, lo que es imposible, él, estoy seguro que no cederia, prefiriendo nuestras iras á su deshonor que seria el nuestro.

Quiero creerlo así, por que sinó fuera este su modo de pensar, no tendria un adarme de la sangre de los Rozas ni de los Osorio.

—Entonces? gimió doña Agustina.

—Que se case, pero antes quiero oir su parecer, pues necesito conocer á este respecto el corazón de mi hijo, íntimamente.

Doña Agustina se reconoció vencida y se conformó con aquella situacion irremediable.

Aceptó en su corazón aquella nueva que se le metia en él, á pesar de todo, y no miró ya el enlace con tanta repugnancia.

Las familias de Rozas y Ezcurra, habian mantenido una amistad estrechísima antes de los sucesos de 1810.

Sin ser tan pudiente la segunda como la primera, el cariño de ambas era igualmente íntimo.

Mas tarde la familia de Ezcurra se arruinó, pero no por esto sufrió lo mas mínimo la amistad que las unia.

Acontecimientos de otro orden eran los que habian de producir, sinó una ruptura, por lo menos un enfriamiento entre aquellas dos familias.

Quando los sucesos de 1810, la familia de Rozas se declaró abiertamente patriota.

Ya hemos visto la estrecha amistad que tenian don Leon y el general Liniers y como Juan Manuel sirvió á las órdenes de aquel desgraciado gefe.

La familia de Ezcurra, por el contrario, quedó siendo realista, ó goda, como se les llamaba á estas.

Las godas y las patriotas se miraban como enemigas, como que no eran otra cosa.

Y así los Ezcurra y los Rozas cesaron en su intimidad, aunque no llegaron á cortar la relacion.

Y una prueba de ello era que don Felipe frecuentaba la casa de los Rozas, diariamente, como que para la sociedad no eran un misterio sus amores con la gentil Gregoria.

—Casándose Juan Manuel con Encarnacion, objetó la señora, no habrá pretexto para oponerse á los proyectos de Felipe, y tendremos dos casamientos.

—Tengamos veinte, replicó don Leon, que no tomaba parte en estas cosas, dejando que cada cual se casara con quien quisiese.

La cuestion es atender este grave asunto, que para lo demás hay tiempo.

—Vamos á llamar á Juan Manuel, dijo entonces la señora.

—Sí, pues es mejor que esta misma noche quede todo arreglado.

Así levantaremos un enorme peso del corazón de aquella desventura.

Y en seguida enviaron á llamar á su hijo.

Juan Manuel que esperaba impaciente aquel llamado, se presentó en seguida, fingiendo una nueva escena que habia preparado para remarcar la cosa.

Se presentó, pues, con el semblante alterado, el crespo cabello en desórden y con el aire del mayor abatimiento.

—Qué te sucede hijo mio? preguntó alarmada doña Agustina, creyendo que alguna desgracia hubiera acontecido.

—Perdon mis padres, dijo el jóven, precipitadamente y simulando la mayor turbacion.

Vengo á ver que quieren ustedes, y si no es urgente me retiro en seguida.

—Pero qué te sucede?

—Sucede, mi madre, que he perdido un papel que encierra un secreto que no me pertenece y quisiera hallarlo á todo trance.

Estoy seguro que lo he perdido en casa, por que esta mañana lo tenia y hoy no he salido.

Pero en vano he revuelto todos los sitios en que hoy estuve, y no lo he podido hallar.

—Tan interesante es, hijo mio, que así te alarma su pérdida?

Preguntó doña Agustina sonriendo como solo saben hacerlo las madres en ciertas situaciones de la vida.

—No solo es interesante y grave, madre mia, sino que él encierra un secreto que no me pertenece y cuya divulgacion pondria en la picota á personas que estimo.

Con vuestro permiso entonces mis padres, me retiro.

Y fué á salir de la habitacion sin aguardar la respuesta, cuando lo detuvo la voz severa de don Leon.

—Es inútil que usted busque mas esa carta, mi amigo, dijo severamente, por que ella está en mi poder.

Y enseñó al jóven la carta que aún conservaba en la mano.

Tan natural y expresivo fué el movimiento de asombro que hizo Rosas, que nadie hubiera sospechado que era aquella una escena perfectamente meditada y preparada.

—Con qué usted conoce esa carta? exclamó.

Y bajó su hermosa mirada como si cediera al peso de la verguenza.

—No soy yo quien la alzado, agregó don Leon, como queriendo disipar la sombra de un reproche que pudiera hacerle su hijo.

Es su señora madre quien me la ha traído.

—Casualmente llegó á mis manos, dijo esta y sin querer la he leído.

—Han mordido el anzuelo! pensó sin duda Juan Manuel.

Véamos el resultado.

—Qué piensó usted hacer ahora? preguntó don Leon, empleando toda su severidad—necesito saberlo.

—Desde que ustedes conocen mi secreto, balbucó Rosas, no tengo por qué ocultar mas mi situacion tirante.

Pensaba rogar á ustedes agregó con cierto aplomo, me dieran su consentimiento para remediar el mal causado.

—Usted sabia que su señora madre se oponia á este enlace.

—Pero ya no era posible retroceder lo andado.

—Y si nosotros seguimos negando el consentimiento que usted pide, qué hará usted entonces?

Preferirá acaso romper con nosotros?

—Libreme mi Dios de semejante ingratitud, repuso Juan Manuel mirando á su padre fijamente.

Pero ante mi honor que es el de ustedes mismos, y su voluntad que respeto y acato, siempre tendré una salida digna.

—Y cuál es ella? preguntó don Leon poniéndose de pié.

—Un pistoletazo sobre el corazon.

El golpe no podia ser mas teatral.

Ante aquella respuesta el padre se sintió profundamente conmovido.

Miró á doña Agustina de una manera particular y tendiendo al hijo su mano le dijo:

—Eres un noble carácter y un hidalgo corazon.

Me enorgullezco de tener semejante hijo y no solo te otorgo mi franco consentimiento, sino que te anticipo el de Agustina tambien.

Rosas no pudo contener un movimiento de júbilo, el único sentimiento franco que dejaba escapar aquella noche.

Estrechó cariñosamente la mano que le tendia el noble don Leon, y fué á abrazar estrechamente á doña Agustina.

—Anda hijo mio, anda á dar á tu futura tan dichosa nueva, pues quiero que le ahorres todas las horas de amargura que faltan para el mañana.

Pero ya era tarde, no era propio golpear á aquellas horas una casa de familia y preciso fué esperar hasta el otro dia.

Juan Manuel se consideraba completamente dichoso.

Ya hemos dicho que amaba á Encarnacion con la espontaneidad de un corazon ardién-te y con el desgo que enjendra la contradiccion.

Como no podia salir á dar cuenta á su novia de aquel feliz suceso, se entretuvo algunas horas conversando con sus padres sobre su sonriente porvenir.

—Con el talento que tienes para los negocios de campo, le decia don Leon, y la habitacion que te daremos, puedes labrarte una fortuna propia, al mismo tiempo que cuidas nuestros intereses, que son los de todos ustedes.

El enlace es preciso efectuarlo cuanto antes, por que así lo exige la situacion.

Queda á tu exclusiva voluntad fijar la fecha.

—Yo necesito estar en el Rincon de Lopez del 20 al 25, repuso Juan Manuel despues de meditar un momento.

Así es que aunque quisiera dilatar mi casamiento hasta el 30, que cumplo los veinte años, me seria imposible.

Tengo, pues, que apresurarlo lo mas posible, si es que quiero pasar una semana al lado de mi esposa.

—Y por qué no la llevas á la estancia?

—Es vida demasiado salvaje para una niña.

Este era solamente un pretesto, de que se valia Rosas, para ocultar su verdadera intencion, que era no poner ninguna traba á la vida divertida que pasaba en el campo.

Hubiera sido condenarse á la esclavitud de

la familia, rompiendo con su amplia libertad de patron y de patron tan joven.

Encontraron sus padres muy justa la observacion, y entre los tres se fijó para el casamiento la noche del 16 de Marzo—ocho dias despues.

Se convino además que Rosas traeria su esposa á la casa paterna, donde se les prepararia un apartamento.

El joven asintió á todo y se despidió á horas muy avanzadas.

Inútil es decir que no pudo conciliar el sueño en el resto de la noche.

Los nuevos deberes que iba á echarse encima, el placer de verse por fin dueño de la mujer que amaba y el buen resultado que diera su famoso plan, todo contribuia á quitarle el sueño.

Esto último sobre todo, le causaba alguna zozobra, pues como era natural, la mentira de la carta quedaria en evidencia á medida que pasara el tiempo sin ningun incidente matrimonial.

Pero era inútil mortificarse el espíritu por cosas que no tenian remedio.

Dejó que los sucesos se presentáran á su tiempo y se levantó con la luz del alba como tenia de costumbre.

Para engañar su impaciencia y esperar mas tranquilamente la hora á que la familia de Ezcurra se levantara, ensilló su espléndido caballo, y cruzó la vecindad como un torbellino, en direccion á Palermo.

Quién le hubiera dicho entonces que aquel seria su mas sombrío escenario!

Cuando regresó y pasó por lo de Ezcurra, el movimiento exterior de la casa le indicó que la familia debía estar en pié.

Ató su caballo, cubierto de sudor y espuma á uno de los postes de la vereda y penetró en la casa al compás de sus sonoras nazarenas.

Por que desde que Rosas vino de la estancia en aquel viaje, no habia abandonado un solo dia su traje de paisano, á pesar de las bromas de sus amigos.

Solamente para sentarse á la mesa se lo quitaba, por que don Leon no queria verlo vestido de aquella manera.

Apenas sintieron el conocido ruido de sus espuelas, salió á recibirlo casi toda la familia, pues de toda ella era querido y agazajado.

—Qué milagro tan temprano! exclamó doña Teodora.

Qué novedad de bulto lo ha hecho dar este madrugon?

—Usted lo ha dicho, pues me trae una novedad de gran bulto.

—Les traigo nada menos que la noticia de que me caso.

Aquellas palabras cayeron como una bomba entre hombres y mujeres.

Todos conocian los proyectos del joven, mas ó menos, como sabian la oposicion tenaz que hacia doña Agustina.

No estaban preparados para semejante revelacion y vacilaron si Encarnacion seria ó nó la elejida.

Esta, que era la única que estaba en autos de lo que pasaba, se puso densamente pálida y dió vuelta el semblante para ocultar su emocion, lo que intrigó mas aún á la familia.

—Les doy la noticia tan temprano, continuó Juan Manuel, por que me caso muy pronto, el 16.

De esta manera quedo listo para poder irme á la estancia del 20 al 25.

—Celebro mucho, dijo la señora Teodora tragando saliva y sin saber lo que le pasaba.

—Y quién es la afortunada que se lleva tan buen mozo?

—Ahí verán ustedes: quien menos lo esperaba, contestó Rosas, queriendo prolongar la angustia que entreveia, para que la noticia causara mas sensacion.

—Pero vamos á ver, quién es ella? preguntó á su vez doña Maria Josefa con acento agudo.

—Por mi parte y mientras sus padres no se opongan, replicó Juan Manuel abarcando á todos con una mirada jovial y cariñosa, he elejido á la buena Encarnacion ¿qué les parece?

Y mientras la noticia producia un efecto magistral, se dirigió gravemente á don Juan Ignacio y á doña Teodora, diciéndoles.

—Me otorgan ustedes el honor de desposarme con la señorita Encarnacion?

Nadie fué capaz de responder una sola palabra.

La felicidad se veia pintada en todos los semblantes, pero ninguno acertaba á dominar su emocion.

Juan Manuel tuvo que repetir su pregunta, para desatar la lengua de aquellos padres, que en el momento menos pensado veian colmadas sus esperanzas, pues aquel enlace era la ansiada felicidad de su hija, á la par que un mundo de nuevas esperanzas para el apasionado don Felipe.

Y mientras todos se entregaban á la manifestacion de la alegria que experimentaban, don Juan se acercó al joven y le dijo seriamente.

—Y tus padres qué dicen de esto? has pedido su consentimiento antes de dar este paso?

—Ya lo creo que sí! cómo iba á comprometerme sin haberlo alcanzado?

Ellos son los que han fijado el día y los que están mas contentos.

Para los Ezcurra, que conocian el carácter tenaz de doña Agustina, aquel paso atrás dado por ella, tenia que llamarles la atención.

Pero no era del caso ni el momento oportuno para averiguarlo.

Así es que el señor Ezcurra se limitó á responder.

—Siendo esto así y estando Encarnacion conforme no tengo que oponer.

Por el contrario, declaro francamente que es un matrimonio que me hace feliz.

La señora manifestó lo mismo y cada uno de los restantes dió al jóven un estrecho abrazo.

Este se acercó á Encarnacion que estaba profundamente turbada y tomándole las manos permanecié con ellas entre las suyas un largo rato.

La niña estaba turbada hasta las lágrimas.

Aquella era la felicidad de toda su vida, pero una felicidad comprada con una vergüenza, aunque finjada.

Cómo haria para arrostrar serena la mirada de don Leon y doña Agustina, que habian dado su consentimiento creyendo en aquella afrenta?

—No te atlijas, murmuró á su oido Juan Manuel.

Alza la altiva frente que aunque tu guardes silencio, el tiempo pondrá en evidencia la mentira y tu virtud.

La jóven, que no habia pensado en este poderoso desmentido, despejó el semblante mostrándose mas serena y risueña.

Desde aquel momento todo fué para la familia de Ezcurra, bullicio y alegría.

Rosas se consideró como de la familia y empezó á disponer las cosas á su antojo.

—Hoy, dijo, me quedo á almorzar con ustedes y quiero que se eche la casa por la ventana.

Y dió en seguida sus órdenes para que se hiciese un almuerzo á la altura del acontecimiento que queria celebrar.

Toda la servidumbre de Ezcurra se puso en movimiento, aumentada por algunos de Juan Manuel que este mandó buscar á su casa.

Y se improvisó un almuerzo criollo, pero de primer orden.

En aquellos tiempos no se comia como hoy.

Los platos de la cocina moderna eran desconocidos, pero en cambio se bebia mucho mejor.

No se introducian cocimientos nocivos disfrazados de vino, y solo se consumía el bueno y puro vino de Mendoza y San Juan.

La calle de Maipú se llamaba entonces de los mendocinos.

Por que era en su largo trayecto donde paraban las grandes árrias que conducian el vino y demás productos de aquellas provincias.

En la calle de los mendocinos no se veian mas que negocios de vinos, tabletas, patay, y no tropezaba el comprador con sér viviente que no fuera provinciano.

Pero provincianos de aquellas épocas, verdaderos hermanos que pisaban nuestras calles como camaradas leales y no como conquistadores insolentes.

La servidumbre de Ezcurra hizo pues una excursion á la calle de los mendocinos y el almuerzo quedó completo.

Solo tomó parte en él la familia y aquellas relaciones muy íntimas, que se resolvieron á perder la tradicional siesta, por tomar participacion en la general alegría.

Entonces si que se echó la casa por la ventana!

El almuerzo duró hasta las seis, en medio de una franqueza verdaderamente fraternal.

A esa hora se levantó Rosas, diciendo que se iba por que tenia que hacer.

—A la noche vuelvo, dijo, acompañado de mi familia que formalizará mi pedido.

Que no se vaya ninguno, por que tenemos que bailar hasta el día.

Como era de práctica entonces, Juan Manuel Rosas volvió á la noche acompañado de sus padres, quienes pidieron para él la mano de Encarnacion.

Pero aquí fué la grande!

No bien habian concluido de otorgarla, manifestando su alegría, cuando los Ezcurra hiciéron á los Rozas, á boca de jarro, igual solicitud.

Querian para su hijo Felipe, la mano de la señorita Gregoria.

Hubo sus cumplidos, sus ceremonias y sus exclamaciones.

Pero tanto don Leon como doña Agustina asintieron en la cosa, prévia esta fórmula meludible:

—Siempre que Gregorita consienta en ello. Felipe terció en la conversacion y pidió que se fijara para su boda el mismo día que debia efectuarse la de Rosas.

Y así se otorgó, "siempre que la niña fuera gustosa".

En el acto, tanto Felipe como Juan Manuel, salieron en busca de sus relaciones el uno y de sus hermanas y hermanos el otro.

Porque segun declararon, era preciso armar aquella noche una jarana descomunal.

Así es que aquella noche hubo en lo de Ez-

carra una reunion tan inmensa, que apenas cabia en la casa.

Con los Rozas y los Ezcurrea solos, habia para armar un baile.

Qué seria si se agregan las relaciones de ambas familias!

La reunion no pudo ser mas espléndida.

Como todas eran relaciones íntimas, se estaba en la mayor franqueza y familiaridad, que es el secreto de la alegría en ciertas reuniones.

La cena fué un banquete y el baile duró hasta las ocho de la mañana.

Rozas estaba hecho el diablo.

Trajo una guitarra, y se reveló como un cantor primoroso y un bailarín inimitable.

Como que tenia la práctica de cuatro años de jaleo!

El asombro de los circunstantes llegó al colmo, cuando lo vieron preludiar un triste, que lloraba solo, y dedicar à su novia unas cuatro décimas, como cuatro elejias.

Todos ignoraban que Rozas fuera tan famoso guitarrero y tan soberbio cantor, como ignoraban que fuera el primer ginete del Sud y el mas apuesto gaucho de todas las estancias que administraba.

El dia disolvió por fin aquella reunion, con gran disgusto de los concurrentes, que hubieran deseado pasar así una semana por lo menos.

Juan Manuel, como los demás, se retiró à su casa en compañía de sus padres y hermanos.

Desde aquel dia todo fueron preparativos en las dos familias.

En la de Ezcurrea se arreglaban las habitaciones que debian de ocupar don Felipe y su señora, mientras en la de don Leon se arregla ba un apartamento lujoso, con todo el brillo y las comodidades que podian proporcionarse en ese tiempo las familias pudientes.

Y segun cuentan las damas de aquella época que aún viven, el aposento que se le preparó à Rozas, era un primor de lujo y buen gusto.

Don Leon habia mandado hacer à su hijo para la ceremonia, un espléndido traje, pues este, con el cuento de la estancia y del chiripá, habia desouidado por completo su guarda-ropa.

El deseado le llegó por fin, y la casa de

don Leon de Rozas se abrió à sus relaciones, con toda la magnificencia y lujo de aquellos tiempos, en que las piezas mas vulgares del servicio eran de plata labrada.

Puede decirse que todo lo que de noble y distinguido encerraba Buenos Aires, asistió al casamiento de Rozas.

Se dió un banquete suntuoso, cuya mesa fué abandonada para la ceremonia religiosa, y vuelta à ocupar mas tarde.

El baile fué tan animado, que el mismo don Leon, à pesar de su seriedad proverbial y la pulcra doña Agustina, tomaron parte en el mas cumplido de los minués.

Rozas vestia el traje de rigurosa etiqueta que le regaló don Leon, y se mostraba orgulloso de la compañera que habia elegido.

Nos cuenta una señora de aquella época, algo de curioso, que transmitimos al lector en la misma forma que se nos relató.

Muchas personas que asistieron à aquel casamiento espléndido como fiesta, y que viven aún, sabrán si es ó no cierto.

Antes de concluir el baile, Rozas se despojó de su traje de etiqueta, y se presentó en la sala de chiripá y bota de potro.

Algunos, los mas, tomaron esto como una espiritualidad, de mal gusto, si se quiere.

Pero el hecho es que al dia siguiente guardó el traje en su ropero, y no usó mas que el traje de gaucho, que vistió hasta que empezó à figurar de una manera notable.

Eran las doce del dia siguiente cuando concluyó el baile.

Se habia bailado doce horas seguidas, sin que la alegría y la animacion fueran interrumpidas un solo momento.

Encarnacion pasó à sus lujosos apartamentos entrando à formar parte de la familia, sin que por esto se alterase en lo mas mínimo el órden de la casa.

Rozas permaneció à su lado hasta el 25 de Marzo, en que ensilló su fiere à la madrugada, y se ausentó para el Sur, donde formó el gran núcleo de indios y paisanos con que asaltó mas tarde el poder, poder de bien luctuosa memoria!

Es desde esta época de donde realmente arranca la parte mas interesante y agitada de su vida funesta.

Veamos la pasmosa habilidad que para la intriga empezó à desplegar recién entonces.

Crece el prestigio

Regresó Rosas á las estancias que administraba y se dedicó por completo á aumentar los capitales que se le habian confiado, al mismo tiempo que aumentaba su gran prestigio entre el gauchaje y los indios.

De cuando en cuando solia hacer sus escursiones á los toldos del temido cacique Negro, que le habia cobrado un cariño de que los indios no son nada pródigos.

E iba siempre acompañado de un buen par de parejeros que le regalaba con todo desinterés, y pequeñas tropas de haciendas que repartia entre los capitanejos é indios mas influyentes.

La agricultura recibió tal impulso en sus estancias que los mas ricos hacendados empezaron á querer imitarlo, por los brillantes resultados que tuvo.

Muchos de ellos lo buscaron tratando de hacer sociedad con él.

Pero siempre contestaba que nada tenia puesto que solo era un administrador de los intereses de sus padres.

Los gauchos tenian por él no ya cariño, sino una idolatria ciega.

No habia casamiento de que no fuera padrino, padrinzos que le costaban sendas cabezas de ganado.

No ocurría desgracia en rancho alguno, ó poblacion, por lejana que fuera, que no es tendiera sobre ella su mano generosa, derramando sobre ella un raudal de beneficios.

Y su fama empezó á estenderse por toda la campaña Sur, y su prestigio á aumentar de una manera poderosa.

Los paisanos concluyeron por temer y respetar mas "al patron", como se le llamaba en todo el Sur, que al mismo gobierno.

Su estancia era el amparo del desvalido, el refugio del pobre, y la guarida en que el perseguido por la autoridad, hallaba siempre un decidido amparo y una proteccion eficaz.

Así, al mismo tiempo que lo querian, los gauchos empezaron á temerlo.

El habia organizado sus peonadas de tal manera, que en sus mismas estancias castigaba las faltas de una manera suave primero, y enérgica y cruel mas tarde.

Al gaucho ladron, escasísimo en aquel tiempo, y borracho, lo castigaba con severidad extrema.

El que andaba huyendo por muertes cometidas, ú otra falta que no fueran las primeras,

no solo lo amparaba, sino que hasta llegó á disputárselo á la autoridad misma.

Al principio sus castigos mas duros se reducian á suspender el trabajo al que queria corregir, ó privarlo de su proteccion, hasta llegar poco despues á darles humazo, como se hace con las hormigas.

Para esto habia construido un cuarto de madera, con ese único destino.

Y era tal el respeto y temor que le tenian los paisanos, que sufrían aquellos castigos como la cosa mas natural y merecida.

A ninguno de ellos se le ocurrió jamás desconocer el derecho con que le eran aplicados.

Y Rosas llegó á tener sobre ellos tal poder y autoridad, que los hubiera puesto en armas contra el mismo gobierno, si así lo hubiera querido.

El mando que en ellos ejercia, empezaba á sujerirle ideas que jamás alimentara y que entonces halló muy realizables.

La vida brutal del campo estaba modificando su espiritu de una manera harto sensible.

Si corazon iba perdiendo poco á poco sus prendas mas nobles y condiciones mas interesantes, mientras el mando absoluto sobre aquellas pobres gentes, endurecia su carácter, demasiado fuerte y violento entonces.

Pero hasta en el modo de ejercer ciertas maldades, tenia tal tino, que no por ellas le perdia un átomo del cariño que le profesara aquel á quien iban dirigidas.

El contacto de la sangre, en las faenas de campo, y el mal trato que se dá en ellas á los animales, desde la marcacion hasta la carneada, le habian vuelto inhumano, borrando en su corazon hasta el último átomo de sensibilidad que hubiera tenido.

Ver destrozarse un animal ó verlo degollar por el delito de haberse cansado, eran ya para él cosas muy naturales y lógicas.

La misma inferencia podia observarse en él cuando veia destrozarse á puñaladas á dos paisanos que dirimian así una cuestion de juego ó una disputa de amor.

Y él, que dos años antes los hubiera separado reprendiéndolos con su palabra mas ágría, los miraba con la mayor tranquilidad, haciendo, cuando mucho, un cumplimento al vencedor.

Sus padres seguian deslumbrados por el

brillo de los resultados obtenidos, tanto en hacienda como en sementeras.

Lo habian interesado en todos los negocios para premiar sus desvelos y alentarlos á que siguiera en aquel camino.

Queriendo hacerse el gaucho para dominar á los paisanos, habia concluido por serlo él mismo de la manera mas completa, participando no solo del modo de ser de aquellos, sino hasta de sus preocupaciones mas triviales.

Cuando el patron amanecía mal humorado, se veia á los peones no abandonar un momento el trabajo.

En cambio, cuando estaba de buenas, les sacaban, segun su expresion gráfica, hasta la pepa del alma.

Qué peon suyo no tenia, regalada por él, una punta de yeguas y un rodeo de cincuenta cabezas?

Del Rincon de Lopez á la Atalaya y de esta estancia á la otra, pasó el primer año que siguió á su casamiento, organizando todo, de una manera admirable, y dando trabajo á grandes pronadas.

A principios de 1814, recibió una carta de su familia, llamándolo.

Doña Encarnacion estaba próxima á ser madre y deseaba tenerlo á su lado en el temido trance.

Juan Manuel preparó su hermosa tropilla y reunió todos los beneficios pecuniarios de las estancias, para llevarlos á sus padres.

Con ellos pensaba aumentar el ascendiente que le habia dado con don Leon y doña Agustina, su espléndida administracion.

Dejó al frente de las estancias á los capaces mas hábiles, con minuciosas instrucciones á todos respectos, y se vino á la ciudad acompañado de media docena de paisanos.

Fué aquel un dia de duelo para sus numerosas peonadas.

—No se aflijan que pronto pego la vuelta, les dijo y se vino á la ciudad, jugueteando entre los espléndidos caballos que componian su lujosa tropilla.

Y sus peones se conformaron, fiados en la pronta vuelta, pues sabian que el patron cumplia al pié de la letra su mas insignificante promesa.

Rosas llegó á tiempo de ver nacer á su hijo Juan, cabeza destituida de toda inteligencia.

Este hombre torpe y sin ninguna educacion segun sus parientes mas cercanos, pasó sin dejar un solo rasgo digno de ser consignado en esta historia.

Juan Manuel, como se lo habia sospechado, concluyó de deslumbrar á sus padres con la suma de que era portador, al extremo que

estos no hallaban frase suficientemente expresiva para ponderarlo.

Doña Encarnacion se consideró feliz con el recién nacido.

Ya tendria en que distraer las largas ausencias de su esposo.

Los pocos dias que permaneci6 este en Buenos Aires, los empleó en estudiar, aunque á vuelo de pájaro la situacion del pais.

Tendió su vista de águila por el horizonte político y sintió por segunda vez que la ambicion golpeaba fuertemente á su deseo.

Se encontró con que los cabildos y los gobiernos se sucedian unos á otros, sin tener la mitad de su prestigio.

Y al contemplar los elementos y el orden de cosas, sonrió y dijo sentenciosamente.

—Con la mitad de mi-gauchos echaria yo esto abajo en menos de cuatro horas.

Y no estaba lejos el dia en que, al frente de ellos, habia de venir triunfante hasta la Plaza de la Victoria!

Lleno de estupendas ilusiones, regresó á las estancias, deseando dar mas vuelo aún á su creciente prestigio.

Su fantasia iba poblada de sueños de poderío sin límites y de ambicion nunca saciable.

A tal punto iba empapado de estas ideas de grandeza que mediante un gran esfuerzo de voluntad logró contener la impetuosidad de su carácter, mostrándose mas bueno que nunca.

—Ya llegará tiempo de apretar, decia.

Y cuando contemplaba aquel inmenso núcleo de paisanos que salia á recibirlo, se convencencia cada vez mas de su poder, deseando aumentarlo á toda costa.

Y fué tal la influencia que llegó á tener en el Sud, con paisanos é indios, que el mismo gobierno empezó á alarmarse de aquella especie de señor de horca y cuchillo que se levantaba á sus espaldas.

Las luchas sangrientas por que pasaba el pais para repeler los últimos vestigios del servilismo y los enormes sacrificios que se hacian con este objeto, pasaron indiferentes para él.

Mientras los patriotas se diezaban por cubrir de gloria el nombre de la nascente nacionalidad argentina, él permaneci6 encerrado en sus estancias, concretandose á ser el Dios de los gauchos.

Su vida en el campo era una estraña mezcla de labor y fiestas.

No pasaba una sola semana, sin que armara un par de bailes que hacian época en la campaña.

Por que á los bailes que el patron armaba, concurría el paisanaje de ambos sexos, en quince y veinte leguas á la redonda.

Quién era aquel que pudiera quejarse de pobreza, una vez que la había hecho conocedor del patron?

No habian concluido de detallar sus desventuras, cuando Rosas los mandaba que apartasen de los rodeos tal ó cual cantidad de hacienda, que se les contramarcaba y regalaba en seguida.

Estas dádivas disgustaban profundamente à los viejos servidores de don Leon.

Pero quién se atrevia à hacerle la menor observacion?

Hubiera sido esponerse nécia é inútilmente al estallido de su cólera, tan fácil de despertar.

Y callaban aunque à muchos de ellos se les caian las lágrimas al ver la facilidad con que se desprendia de importantes troncos de hacienda.

De la misma manera que se habia impuesto al paisanaje, empezó à imponerse à los indios, à quienes hacia valiosos regalos y despertaba la admiracion, haciéndoles presenciar sus proezas.

Y estos regalos eran los que mas resentian à los antiguos servidores de don Leon.

Para comprender mejor à los indios y entenderse con ellos mas fácilmente, Rosas aprendió la lengua, que llegó à hablar en poco tiempo al extremo de confundirse su acento con el de un salvaje.

Para ello le sirvió de maestro el indio Manuel, lenguaráz en los toldos del cacique Negro.

Llegó Juan Manuel à tener tal prestigio entre los indios, que en las diversas invasiones que trajeron estos, capitaneados por el referido cacique, no tocaron un solo animal de su marca ni de sus establecimientos.

Todos le llamaban mi hermoso Juan Manuel, y le consultaban hasta sus mas insignificantes tratados con el gobierno.

Y Rosas llegó à ser el verdadero cacique de esas tribus, que lo miraban como un género y un aliado, pues así él se los habia dicho.

Muchas veces demoraron una invasion ó un cambio de toldos por que él se hallaba ausente.

Y entonces suspendian el negocio "hasta que venga mi hermano Juan Manuel.

Una sola persona en el Sud era capaz de de contrarrestar la influencia de Rosas con los indios.

Este era el acaudalado estanciero don Francisco Ramos Mejía, que compró los inmensos campos de Mari Huincul al mismo cacique Negro.

De esta persona nos ocuparemos mas detenidamente en los siguientes capítulos.

Por otro lado, la influencia de Rosas era incontrarrestable.

Fué con estos elementos que preparó su tremenda dictadura.

En ese mismo año [1814] hizo otro viaje à Buenos Aires, para traer personalmente las nuevas utilidades y dar cuenta à sus padres del fabuloso pié de progreso en que estaban sus establecimientos.

Viendo entonces que el traje de paisano era el que apesar de todo habia adoptado Juan Manuel, doña Agustina le regaló una camiseta primorosamente bordada por ella, mientras don Leon le presentaba un rebenque, cuyo cabo de plata incrustado en oro era un verdadero objeto de arte.

Fueron los dos objetos que el jóven recibió con mayor agradecimiento, ofreciendo no separarse nunca de ellos, sobre todo del rebenque que era cosa mas duradera.

Y permaneció en casa de sus padres y espasa hasta principios de 1815, época en que regresó al Rincon de Lopez.

Allí tuvo al llegar un disgusto sério, que terminó con la espulsion del mas antiguo de los capataces, servidor del tiempo en que vivia el señor Lopez de Osornio, por cuya razon era muy considerado.

Parece que, à pesar de órdenes espresas de Juan Manuel, el capataz se habia negado à que el cacique Negro apartara doscientas vacas en el rodeo.

Aquel viaje de regreso lo hizo entre todo género de fiestas y demostraciones

El paisanaje salia à recibirlo en pandillas, por que en cada pueblo que pasaba se armaban grandes bailes en su honor.

Y à todos asistia con igual placer, tratándolos con una afabilidad que les tenia el juicio dado vuelta.

Despues de la despedida del capataz, con la que sentaba todo el poder de que se habia revestido en la administracion de las estancias, obsequió à sus peones con una fiesta campestre, cuyas fantásticas descripciones pasaron à los pueblos del Oeste y Norte.

Cada peon tenia derecho de invitar à cuanto amigo ó amiga tuviera.

De modo que es fama que en el Rincon de Lopez se reunieron en aquella fiesta mas de dos mil personas.

Así es que solamente la carneada de cada dia, era de quince ó veinte animales vacunos, que se carneaban con cuero.

Rosas tomó parte, venciendo à los mas hábiles en todos los ejercicios à que se entregaban durante la fiesta, desde domar al potro mas chúcaro, hasta echar la mas interesante partida de taba.

En los bailes era inútil disputarle la competencia, por que ninguno cepillaba como él un malambo, ni echaba la relacion de un ga- to con mas gracia y mas ají.

En lo único que Rosas no descolló fué en la bebida

Tenia horror á la bebida y no se acercaba una copa á los lábios, sinó allá por muerte de un obispo.

Concluidas aquellas interminables fiestas, Rosas se dedicó á los trabajos del establecimiento, con mas empeño que nunca.

Otro de los antiguos capataces, hombre viejo é inseparable del espulsado por el patron, se retiró prestando que estaba muy viejo y ya el trabajo se le hacia demasiado pesado.

Pero en realidad era por no abandonar á su compañero de medio siglo.

A pesar de ser los capataces mas prácticos y que mas número de peones manejaban, no se echó de ver su ausencia.

El patron se multiplicaba en todas partes, atendiendo á todo con una actividad incalculable.

Y á pesar de la manera ejemplar como trabajaba, no cambió en nada su modo de vivir.

No faltaba al mas humilde velorio, que con su presencia y la comitiva que lo seguia se volvía alegre y lleno de animacion.

Y cuando no tenia noticia de que los hubiese en parte alguna, los armaba en su estancia, con un lujo, que parecía esperaba recibir á las personas de la mas distinguida sociedad.

Y eran todos gauchos y paisanas de los mas humildes.

Con todas ellas bailaba hasta pelarse los talones.

Con la una por hermosa, con la otra por fea, con aquella por desgraciada y la de mas allá por pobre.

Así es que todas tenian que hacer y agradecerle, quien una atencion, quien un cumplimiento y quien un regalo.

Por que de estas fiestas Rosas salia, generalmente, sin mas pilchas que la camiseta y el rebenque que le dieron sus padres.

Las demás, desde el sombrero hasta las espuelas, las habia repartido entre el paisanaje, que las recibia como las reliquias de un santo.

En las grandes poblaciones del Rincon de Lopez, iban á refugiarse los perseguidos por las autoridades de campaña.

Y quién los sacaba del amparo del patron?

Su vida, como hemos dicho, no se alteró en lo mas mínimo.

Seguia llevándola despues de casado, lo mismo que cuando era soltero, sin la mas mínima variacion.

—No me muevo de las estancias hasta fin de año, habia dicho, por que quiero que al ver las utilidades que yo llevaré, se caigan de espaldas de puro asombro.

Y no omitia esfuerzos para que aquel año las utilidades fueran dobles que las anteriores.

Entre tanto por la ciudad y en la misma casa de sus padres se le estaba armando una tormenta que no debia tardar en estallar y que iba á ser la causa de un cambio radical de su vida.

Una tormenta en el corazon

Los dos capataces que habian salido de la estancia, vinieron directamente á casa de doña Agustina, que los queria con veneracion.

Eran viejos servidores de su padre, y esta sola consideracion habria bastado para que ella los conservara á su lado mientras vivieran.

Doña Agustina recibia á la vez dos golpes á cual mas violento y récio.

El primero era la pena que experimentaba, al ver despedidos por su hijo, aquellos servidores leales que la habian visto nacer, en- jendrando en ella un cariño que habia ido creciendo á medida que pasaba el tiempo.

El segundo era para la noble señora mas duro que el primero.

Juan Manuel conocia las atenciones, y cariño que ella tenia siempre para aquellos dos antiguos servidores, y sin embargo los arrojaba al medio del campo, sin preocuparse de la pena que tal medida iba á causar en ella.

Y cuál era la causa de aquella medida cruel y aspera?

La lealtad de aquellos buenos servidores, que no habian consentido que un indio miserable fuese á apartar doscientas cabezas de sus mejores haciendas.

Con qué derecho su hijo disponia del -no dal fiado à sus manos, para repartir así nada menos que entre los indios?

Doña Agustina, llorando de despecho mandó que aquellos hombres quedaran en su casa y llamó á su esposo para poner en su conocimiento la inesplicable conducta de Juan Manuel, para que este lo llamara al órden y le obligara á reponer los capataces.

Don Leon que no tenia por ellos tan gran cariño y que palpaba los brillantes resultados de la administracion de su hijo, oyó la queja de doña Agustina, sin la vehemencia con que esta habia escuchado la de los capataces.

—No podemos meternos en esto, hija mia, le observó aquel hombre recto.

Juan Manuel ha recibido de nosotros ámplios poderes para proceder en los establecimientos que él administra, única condicion que nos puso.

Pedirle que reponga esos capataces, es pedirle que decline de su autoridad y mostrar á los demás empleados, subordinados á él, que aunque él tome ciertas medidas, hay alguien que tiene el poder de enmendarlas y desaprobarlas.

Esto es imposible, pues conozco á Juan Manuel y por nada de este mundo aceptaria la posicion ridicula en que lo quieres colocar.

Tú puedes interceder con él, no me opongo, pero no podemos proceder contra él desahaciendo lo que él hizo, menos, sin conocer las razones que á proceder así lo impulsaron.

—Es que esas razones son una nueva acusacion contra él, repuso con cierta acritud doña Agustina.

Él ha despedido al capataz, por que no permitió que un indio miserable apartase doscientas cabezas de las mejores haciendas.

—Quién sabe el objeto que tenia nuestro hijo al ordenar que hicieran ese aparte?

Puede ser, y es lo presumible, que aquello no haya sido mas que una especulacion que le quintuplicara el valor de esas cabezas.

Tú sabes la cantidad de indios que trabajan con él y los habrá querido contentar así.

Sobre todo, el motivo que ha tenido para despedir al capataz, es el haber este desobecido una órden especial suya, que mandó permitieran aquel aparte.

Es verdad que pudo haber procedido con mas blandura, castigando al capataz de otra manera pero no por eso la falta es menos grave.

Ya sabemos que don Leon habia sido militar muchos años, así es que todas estas

cuestiones las miraba bajo el punto de vista de la disciplina y el respeto colectivo.

—Adónde iríamos á parar si un oficial tolerase la insubordinacion en un sargento, en atencion al cariño ó á sus antiguos servicios?

Al siguiente los soldados pasarian sobre sus órdenes y este oficial, con aquella debilidad habria enterrado la autoridad de su empleo.

Es el mismo caso y francamente yo no tengo nada que observar.

Tú puedes proteger á esos hombres por los medios á tu alcance.

Pero reponerlos en sus empleos seria matar la autoridad de Juan Manuel, y autorizar á que las peonadas se opusieran á cualquier órden que les pareciera mal.

Doña Agustina escuchaba solamente á su pasion, como todas las mujeres, y á pesar de todo, insistia en que aquellos hombres fueran repuestos en sus empleos.

No queriendo darse por vencida ni ceder á las justas razones de su esposo, doña Agustina se retiró á sus piezas, dispuesta á empeñar otra batalla al dia siguiente, segura en que al fin habia de salir victoriosa.

Al otro dia muy temprano hizo llamar á los capataces, para tratar de aclarar este punto.

—Cuál era el objeto que tenia su hijo al hacer semejante regalo?

Y se encontró con un trago mas amargo del que podia esperar.

Los dos leales servidores la impusieron de talladamente, de la vida que su hijo llevaba en la estancia.

Aquel regalo de doscientas cabezas era una miseria al lado de otros que su hijo hacia con suma frecuencia.

—Tiene una facilidad pasmosa, le decian, para desprenderse de las cosas.

Él no solo regala á los indios, sino al primer paisano que llega inventándole una situacion miserable.

En el tiempo que ha estado en el Rincon de Lopez, agregaban, el patron lleva ya regaldas mas de mil cabezas.

Cualquier paisanita que le halaga el amor propio con una sonrisita ó una guiñada, pone puesto, y qué puesto! con las vacas y ovejas que le dá el patron.

Y si ella tiene familia, cuente su merced con que toda la familia queda igualmente protegida.

Si no fuera por esto los rodeos de las estancias serian una maravilla.

Pero llega á tal extremo la pasion de regalar que tiene el señor don Juan Manuel, que si asiste á un baile, sale sin mas prenda que el rebenque.

Todas las ha regalado entre la concurrencia.

Y en seguida aquellos dos hombres impusieron á doña Agustina, la vida de desorden que llevaba su hijo.

Las grandes fiestas que daba al paisanaje en las estancias, fueron descriptas con gran exajeracion, pues todo su interés estaba en que Juan Manuel fuera separado de la administracion de las estancias, para volver ellos.

Así es que las carneadas con cuero fueron exajeradas en lo posible y el número de las pipas de vino y caña consumidas en estas fiestas, fué triplicado.

—Si esto sigue así, concluyó el mas viejo de los dos, dentro de poca la fortuna de cualquier paisana, será mucho mayor que la de su merced misma.

Cuando el capricho por alguna de ellas le dura largo tiempo, cuente su merced con que puede poner estancia, no digo puesto.

Por que á las vacas se siguen las puntas de yeguas, á estas las ovejas y á las ovejas la lana y la cerda.

Y toda esta cantidad de hacienda importa lo que su merced no puede figurarse.

Doña Agustina estaba profundamente indignada.

Le habian tocado el bolsillo y habia saltado como un resorte.

Ya hemos manifestado que doña Agustina era agarrada y no podia escuchar la relacion de aquel despilfarro sin sentir una desesperacion creciente.

Aquel mismo dia habló con don Leon, refiriéndole todos aquellos hechos inauditos.

—Si no queremos que nos arruine en poco tiempo, exclamó, es preciso quitarle terminantemente el derecho de regalar nuestras vacas.

De otra manera tendremos que arrepentirnos mas tarde.

—Pero es que tampoco nos podemos fiar del informe que dán los capataces ofendidos, sin escucharlo á él.

Yo veo los enormes beneficios que nos trae Juan Manuel, asegurándonos que queda además un aumento de tanto ó cuanto por ciento del capital efectivo en animales existentes el año anterior.

O Juan Manuel es un brujo que hace tales milagros despues de regalar miles de cabezas, ó esos hombres mienten y exajeran, ó nuestro hijo nos engaña para obrar con mayor impunidad.

De todos modos es preciso que venga para escucharlo y saber lo que dice.

Antes no me resuelvo á tomar la menor medida.

—Pues entonces hagámosle un chasche llamándolo.

—Jamás le haré esa ofensa, vive el cielo!

Hacerlo venir, nada mas que para que responda á la acusacion de empleados que ha despedido?...

Vamos Agustina, hija mia, esos truanes e han engañado con sus fábulas hasta el punto de hacerte perder tu habitual buen juicio y claro discernimiento.

El no debe tardar en venir, por que se acerca el fin de año; será cuestion de un dia mas ó menos.

Entre tanto, Rosas conocia por cartas de su esposa, que algo grave sucedia en la familia.

Encarnacion habia observado la frecuencia con que sus suegros hablaban larga y sijilosamente, desde la llegada de los capataces y el empeño que tenia doña Agustina en hacerlos reponer,

Y habia escrito largamente á Juan Manuel, participándole lo que sucedia.

Ella ignoraba por completo las confidencias hechas á doña Agustina, y por consiguiente nada habia podido decir al respecto.

Si Rosas lo hubiera sabido, hubiera venido á la ciudad reventando sus mejores caballos.

Doña Agustina entre tanto habia hecho de la cosa cuestion de vida, incomodando diariamente á su esposo, en el sentido de separar á Juan Manuel de su puesto importante.

Pero don Leon permanecia inflexible, y firme en su primer resolucion de esperar á que su hijo viniera.

Y todas las noches tenian á este respecto sus conferencias, que empezaban á dejenerar en altercados mas ó menos enojosos.

Siempre insistiendo doña Agustina y siempre negándose don Leon á hacer llamar á su hijo.

—Cuando él venga tal vez sea tarde ya, exclamaba la señora.

Quizá haya á estas horas dispuesto de cuanto tenemos, en beneficio de sus festejantas y de los haraganos que lo rodean.

—Tú ves visiones Agustina, tu ves visiones.

Ya verás como todo no pasa de una perversa calumnia, de esta gente grosera, al fin y al cabo, capaz, por ejercer una venganza contra nuestro hijo.

Por nada de este mundo añadió, afrentaré á mi hijo querido con una sospecha ó con un injuria sobre su honradez proverbial.

Ya verás como sin necesidad de preguntarte nada, él nos detalla lo sucedido con toda la honradez de su espíritu elevado.

A pesar de esta reflexion severa, doña Agustina no dejó de molestar á su esposo, todas las noches, tratando de influir en su espíritu para que hiciera venir á Juan Manuel, con cualquier pretesto y dejar los establecimientos como antes.

A lo que don Leon se opusomas sériamente que nunca.

-Quieres decir que estás dispuesto á dejar que ese calavera nos arruine?

-No seas tan vehemente hija mia, y esperemos.

Rosas entre tanto, apurado por las cartas de Encarnacion, apresuró sus operaciones cuanto le fué posible y se puso en camino para la ciudad.

Para que sus padres pudieran palpar los adelantos hechos en su administracion, habia

preparado unos estados llenos de prolijidad, detallando las existencias de que él se habia recibido, y el notable aumento que habian tenido, fuera de las utilidades rendidas.

Con estos papeles y grandes sumas de dinero, se vino á la ciudad dispuesto á rechazar cualquier pedido que se le hiciera sobre reposicion de los dos capataces.

Y llegó en un momento que no podia ser mas oportuno.

Sin hacerse anunciar, ni haber participado su pronto viaje, se coló de rondon en la casa paterna, para sorprender de una manera tan agradable á sus habitantes.

Y llegó á las piezas de doña Agustina, sin que lo viera nadie, y casualmente en momentos que esta sostenia con don Leon, una verdadera querrela.

La tempestad

Aquel dia los capataces habian cargado la mano en sus revelaciones y la señora estaba irridadísima.

Aquella vida licenciosa y aquel derroche continuo de intereses valiosos, levantaba una verdadera tempestad en su espíritu mezquino.

Ella no detenía su pensamiento en la manera prodijiosa con que Juan Manuel habia levantado los intereses á él confiados.

No se detenía un momento á meditar en los caudales que habian producido las estancias en aquel corto tiempo, á cuyo lado, lo que Rosas podia regalar era un grano de arena.

Para ella no existía mas que aquel derroche escandaloso, que estaba dispuesta á cortar de cualquier modo.

Rosas se detuvo en la antesalita, estrañando el tono ágrío de aquella conversacion.

Y escuchó atentamente, comprendiendo que él era el tema.

Era casualmente cuando la conversacion llegaba á su parte mas grave.

-Es necesario tomar una medida enérgica que corte el mal de raiz, decia doña Agustina.

Yo no puedo consentir que por una debilidad de carácter se vaya al suelo una fortuna que es la de nuestros hijos.

-Pero es que yo no veo ese peligro, replicaba don Leon mansamente.

La administracion de Juan Manuel nos ha dado grandes utilidades y la hacienda de

las estancias ha aumentado á una cifra enorme.

Que él regale unas cuantas vacas no quiere decir que nos arruine.

Cuando él que es tan previsior lo hace, tendrá sus razones de conveniencia.

-Es que los regalos de grandes puntas de hacienda, no son simplemente á los indios y gauchos pobres, como pensamos.

Sus dádivas mas escandalosas, los trozos de hacienda mas hermosa, van á poder de las mozuclas y gauchas que lo engañan y á quienes entretiene á costa de nuestra fortuna.

-Es preciso fijarse, dijo don Leon, usando por primera vez de alguna firmeza.

Es preciso fijarse que estos son cuentos de dos hombres á quienes ha despedido, y que es natural quieran vengarse de alguna manera.

Seria preciso escuchar lo que nuestro hijo hijo nos diga en su descargo.

-Seria inútil, pues no se habia de atrever á confesar la verdad.

El dispone para pagar sus mujercuelas, de una fortuna que no le pertenece, y yo no puedo consentir en nuestra ruina.

Por lo menos mandemos allí á Prudencio ó Gervasio que lo acompañen, á ver si así se detiene en generosidades tan perjudiciales.

Rosas escuchaba aquel diálogo y se ponía la mano sobre el corazon para contener los latidos, temiendo fueran á oirse en la pieza vecina.

Tremulo de indignacion y de dolor al escuchar que sus propios padres dudaban de su honra immaculada, habia momentos en que creia soñar, y necesitaba sacudirse de los cabellos para convencerse de que aquello era una realidad.

Cómo, sus padres, que veian crecer aquella fortuna bajo un hábil manejo, dia por dia y hora por hora;

Cómo, sus padres que no habian hallado palabra con que ponderarlo, lo escarnecian ahora, creyéndolo un derrochador, sin mas fundamento que la declaracion de dos miserables.

Aquel golpe fué terrible para el jóven, que sintió reto en un momento todo su porvenir y sus sueños mas hermosos.

Porque él ya no podia quedar un momento mas al frente de la fortuna de sus padres, desde que estos habian dudado de su integridad y de su honor.

Era la primera espina que Rosas encontraba en su camino, y que abria una herida profunda en su corazon recto.

La indignacion secó las lágrimas que el dolor habia hecho asomar á sus hermosos ojos.

Y tratando de dar a su semblante una expresion mas tranquila, penetró á la habitacion donde hablaban sus padres.

Era la primer vez de su vida que lo hacia sin pedir permiso.

Al ruido de sus espuelas, los padres volvieron la mirada y se encontraron frente á su hijo que permanecia delante de la puerta, en ademán severo pero tranquilo.

—Como, tú aquí? preguntó don Leon alegremente, pues la presencia de su hijo le hacia olvidar todo.

No te esperábamos.

—Sí señor, he venido á traer una fuerte suma de dinero y al mismo tiempo a informarles a ustedes del estado próspero de los establecimientos.

Veo que no podia haber llegado en momento mas oportuno y me felicito de ello.

Y avanzó hasta la mesa á la cual se hallaban sentados sus padres.

Doña Agustina se sintió poderamente conmovida ante la actitud tranquila del jóven y la nobleza impresa en todas las líneas de aquella hermosa fisonomia.

A juzgar por sus palabras, comprendia que Juan Manuel habia escuchado la mayor parte de la conversacion y se arrepintió aunque tarde, de las expresiones duras que habia vertido.

—Qué casualidad! dijo Juan Manuel, con una jovialidad harto finjida.

Es tan asombroso el aumento que ha habido en las haciendas, desde que están a

mi cargo, que queria que ustedes pudieran apreciarlo cifra por cifra.

Al efecto, este último mes me habia ocupado en levantar un estado prolijo de todo, que traigo conmigo y que prueba lo que dejo dicho.

Así es que todo está listo para hacer la entrega inmediata á la persona que ustedes nombren para sustituirme.

Al decir estas palabras era tal la emocion que vibraba en su voz, que doña Agustina se sintió conmovida hasta las lágrimas.

Hubiera hecho cualquier sacrificio por borrar de la memoria de su hijo, los reproches que le habia hecho.

—Tengo mi conciencia tranquila, continuó el jóven y mi delicadeza y mi honor quedan tan limpios como antes, aunque mis padres hayan dudado de él.

Es cierto que yo he regalado alguna hacienda, pero sin perjuicio de una fortuna que he sabido centuplicar con el sudor de mi frente.

Yo no arruino á mis hermanos, madre mia, y si he hecho aquellos regalos, ha sido por conveniencia de los mismos establecimientos.

De esta manera me aseguraba que los indios no vendrian nunca a robar a nuestros campos, y aseguraba con una miseria la lealtad de los paisanos cuyo honrado trabajo ha contribuido en gran manera á la prosperidad de esos bienes que se me acusa de derrochar.

Pero, hay algo que me duele mas que todo y que me humilla de una manera vergonzosa, continuó, deteniendo con un aceman la palabra en el lábio de doña Agustina.

Mi señora madre ha dudado de mi honor, sin otro fundamento que la delacion de dos miserables despedidos por mí.

Qué, la conciencia de mi honradez no estaba mas arriba que todo eso?

Y la voz del jóven temblaba de indignacion y de coraje.

Era la primer vez que recibia una injuria, y aquella debia ser mas íntima, cuanto que era inferida por sus padres y tenia que devorarla con su verguenza.

Don Leon estaba lívido como un cadáver.

Comprendia que la indignacion de su hijo era justa y experimentaba un dolor agudo al escuchar su palabra severa y noble.

Doña Agustina estaba conmovida é impresionada.

—No es bueno proceder tan lijero, dijo al fin don Leon con palabra insegura.

Agustina se ha dejado impresionar por la relacion absurda y exajerada de esos dos hombres, pero todo no pasa de un acoloramiento momentáneo, que no tendrá la menor consecuencia.

—No hagas caso hijo mio de lo que puedes haber oido, añadió doña Agustina, todo ha sido a causa de una mala impresion.

—Es inútil señora mi madre, dijo Rosas con soberbia altivez.

Una sola vez se duda de mi honor, señora mi madre, por que no doy lugar à que se dude dos veces.

Usted ha creido que yo derrocho sus intereses, hasta el extremo de temer la ruina.

Yo voy à demostrar lo contrario ahora mismo, y en seguida à hacer entrega de mi administracion à mi hermano Prudencio, ó à quien ustedes indiquen.

Nunca creí que mis padres dudaran de mi honor, pero una vez que esto ha sucedido, no puedo permanecer un minuto en un puesto donde mi honor padece.

—No, vive Dios! exclamó don Leon resueltamente.

Tú seguirás al frente de las estancias, por que eres una persona hábil y honrada como nadie.

Basta, pues, de escenas violentas y no se hable mas del asunto.

—Todo es inútil señor.

Desde hace un momento he dejado de ser administrador de las estancias, y no habrá nada en el mundo que me obligue à desistir de esta resolucion.

Doña Agustina comprendió recien todo lo que habia herido à su hijo, se levantó y lo estrechó en sus brazos.

—Quédate hijo mio, le dijo sollozando.

Si no, voy à creer que no me quieres y que me guardas rencor.

—Libreme Dios de perder el cariño y respeto que à mis padres debo!

Pero libreme tambien de autorizar una mancha en mi honor.

Los amo y los respeto como siempre, pero no insistan mas, por que mi resolucion es irrevocable.

No vuelvo mas à las estancias sinó para entregarlas.

Tal vez esos capataces que han traido el cuento administren mejor que yo.

Una escena patética tuvo lugar entonces.

Doña Agustina, llorando tiernamente, rogó à su hijo que no insistiera en su determinacion, y concluyó por pedirle perdon de la duda que habia abrigado un momento.

Don Leon quiso convencerlo con todo género de razones, concluyendo por mandarle que permaneciera en su puesto, pero Rosas fué inflexible.

Era la primer vez de su vida que mostraba a sus padres toda la firmeza de aquel carácter inquebrantable.

—Les ruego que no insistan mas, terminó, pues todo será inútil.

Pídoles humildemente que escuchen la lectura de los estados que casualmente he traido y me indiquen la persona à quien debo hacer entrega de todo.

—Está bien señor, dijo don Leon perdiendo la paciencia al ver que todo era inútil—lea usted.

Juan Manuel, con una calma estraña à la situacion por que debia pasar su espíritu, dió lectura à aquellas cuentas minuciosas.

Por ellas se veia que todas las haciendas habian triplicado en número.

Los sembrados abarcaban grandes áreas de campo, y además de esto, las utilidades eran pingües.

Daba pena realmente perder la administracion de una persona tan apta.

—Es necesario convencerse de que estas no son simples cifras, dijo cuando concluyó de leer las cuentas.

Los animales que en ellas figuran, están en los campos y podrá contarlos uno à uno la persona que me vá à reemplazar.

Don Leon creyó que aquella lectura habia calmado algo la excitacion de su hijo.

Así es que cuando terminó volvió à hacerle todo género de reflexiones, para que no abandonara las estancias, pero fué todo inútil.

Aquel carácter firme no cedió ni ante el ruego ni ante la palabra severa y amenazante.

Convencido don Leon que nada inclinaria à su hijo à la conclusion que ambicionaba, aparentó conformarse con la situacion, pensando que tal vez dentro de unos dias, el resentimiento hubiera pasado y fuera mas fácil vencer à su hijo.

—Bueno, le dijo, dentro de unos dias irá Prudencio à hacerse cargo de todo, y podrás hacerle la entrega como quieras.

—Muy bien señor, mañana mismo regreso al Rincon de Lopez, donde espero à mi hermano.

Dejaré aqui los peones que he traido para que lo acompañen hasta allá.

Antes de partir debo pedirles à ustedes un último servicio.

Ruégoles que manden à Prudencio, mañana mismo, si es posible.

Yo voy à esperar dos dias en el Rincon de Lopez, pero si en ese tiempo no ha ido, haré entrega à dos de los capataces mas inteligentes, y podrán hacerle el traspaso.

No quiero ausentarme de allí sin obtener un recibo conforme con los estados que les acabo de presentar.

Recien entonces don Leon y doña Agustina

se convencieron que la resolución era inmutable.

Como la entrevista había sido larga, cuando Rosas concluyó su última palabra, empezaba á amanecer.

El tiempo había pasado para ellos con increíble rapidéz.

—Como yo me voy esta mañana, poco tiempo me queda para permanecer aquí.

Así es que si ustedes me lo permiten, voy á ver á Encarnacion.

Este fué un rayo de esperanza para los padres.

Tal vez lo que ellos no habían conseguido lo conseguiría el amor de la esposa, y en cuanto Rosas salió de su cuarto, trataron de vencerla.

Pero aquella última esperanza salió fallida también.

Tal era la indignación del jóven, que Encarnacion no se atrevió á decirle una palabra.

Rosas le había contado lo sucedido entre él y sus padres, añadiendo.

—Yo me voy ahora á las estancias para entregárlas.

A mi vuelta te vendré á buscar para que vayas á habitar la casa de tu familia, pues yo no vuelvo mas aquí.

Así es que cuando recibas una carta mía, seguirás al pié de la letra las instrucciones que ella contenga.

Encarnacion que adoraba á Juan Manuel y que respetaba como una orden su menor deseo, no tuvo una sola palabra que oponer, conformándose á todo.

Rosas salió de las piezas de su esposa y se fué á su cuarto de soltero que aun conservaba en el mismo estado que antes de casarse.

Allí estuvo todo el día ocupado en recojer una cantidad de papeles y mirar mueble por mueble, como si quisiera darles el último adios.

Allí un mundo de recuerdos se agolpó á su memoria y permaneció largas horas como arrobado en la contemplación de aquellos objetos, que habían sido sus compañeros de veinte años.

La señora lo mandó llamar á la mesa, á la hora de comer, pero se rehusó, diciendo que le dolía la cabeza.

A la oración ensilló su caballo que dejó en la puerta y volvió á entrar á su cuarto.

Abrazó con una última mirada todos los objetos en él encerrados, arrojó sobre su cama el poncho que lo cubría y salió enjugando una lágrima.

Al pasar por las habitaciones de doña Agustina, se quitó la camiseta, aquella camiseta que ella misma le había bordado, y después de acariciarla con una mirada, la abandonó sobre un pequeño confidente.

Rosas pasó por todas las piezas, menos por el comedor, donde se hallaba reunida la familia, y siguió hasta la puerta de la calle, allí se desprendió de la última prenda que importaba para él un recuerdo querido.

Se quitó de la muñeca aquel magnífico rebenque que le regalara don Leon y lo colgó al llamador de la puerta.

Parecía que quería desprenderse de todo lo que entañara para él, todo su pasado y toda la felicidad que á sus padres debía.

Y después de mirar la casa paterna con una última y profunda mirada, acaso preñada de lágrimas, saltó sobre su pingo y se alejó á media rienda.

El judío errante

Rosas regresó al Rincon de Lopez, á esperar que fuera uno de sus hermanos para recibirse de todo, pues su propósito era inquebrantable.

Entre tanto, reunió en una tropa todos los animales que le había regalado su padre como habilitación, y se preparó á venderla.

Necesitaba hacerse de recursos en dinero para trabajar y atender sus necesidades y las de su familia, pues desde aquel momento la creía desligada de sus padres.

A la noticia de que Juan Manuel dejaba la administración de las estancias, todo el

gauchaje se levantó como un solo hombre para pedirle que se quedara.

—No puedo quedarme porque mi administración no satisface, les dijo.

Vendrá otro á reemplazarme y ustedes podrán seguir trabajando con él lo mismo que conmigo.

El que venga los ha de ocupar porque los necesita.

Entre tanto y si la fortuna me ayuda, yo volveré por aquí, pero á poblar una estancia mía y entonces podrán quedarse á mi lado para siempre.

Ahora es preciso conformarse con este revés de la suerte y esperar mejores tiempos.

Ahora lo que yo quiero es vender esa tropa, porque necesito dinero; ya vendrán mejores épocas.

Los paisanos dieron vuelta sus tiradores y arrancaron los patacones de sus abotonaduras para ofrecerlos al patron.

Pero este no les quiso aceptar ni un medio.

Conociendo á fondo el carácter generoso y leal del paisano, temió que pudieran resentirse porque no aceptaba aquella dádiva.

Así es que tuvo que hablarles de una manera seria y cariñosa.

—No les tomo ahora el dinero, les dijo, porque no lo necesito, pero esto no quiere decir que no se los pida mañana.

Yo he de recurrir á ustedes, que son mis amigos, antes que á mi propio padre, pero fío en Dios que no habrá necesidad.

Vendo esas cabezas porque no quiero conservar nada que me recuerde esta estancia.

Ahora, el que me las quiera comprar, me hará un buen servicio.

Con la misma buena voluntad que se habían precipitado á darle cuanto tenían, los paisanos trataron de complacerlo.

Cada uno de ellos, con arreglo á sus medios, empezó á comprarle parte de aquella hermosa tropa que vendia en la mitad de su valor real.

Porque siendo los paisanos los compradores, Rosas queria dejarles el buen recuerdo de una venta liberal.

Y quien veinte vacas, quien cincuenta y quien cien, aquel mismo dia quedó vendida su hacienda, que la formaban unas ochocientas cabezas mas ó menos.

Era cuanto Juan Manuel necesitaba por el momento, para realizar los proyectos que habia formado.

Ya no esperaba mas que la llegada de uno de sus hermanos, para entregar la estancia y ausentarse de allí.

Entre tanto los paisanos seguian cayendo de todas partes, para convencerse de aquella triste nueva.

Parecia que un acontecimiento doloroso se hubiera producido en el Sur.

Los paisanos no hablaban mas que de la partida del patron como la mas amarga desventura que pudiera sucederles.

Los rostros mas enérgicos y varoniles, se veian conmovidos hasta las lágrimas, y donde quiera que se juntaran dos paisanos era para darse el pésame.

Fué entonces que Rosas pudo apreciar todo el poder de su influencia, sintiendo dilatarse su espíritu al recojer el fruto de sus afanes.

Sin embargo, el encanto en la vida se habia roto para él.

La primer espina que se enterraba en su corazon, la primer gota amarga que sentia sobre los labios, le hizo romper con todos sus proyectos y todas sus esperanzas.

Aquel inesperado disgusto con sus padres hizo gravitar sobre su espíritu la desilusion mas completa.

—Si los padres pagan así, pensaba, no han de pagar mejor los extraños!

Y se propuso entregarse completamente á su naciente familia, pensando el camino donde podria hallar para ella el sustento necesario.

Todos sus sueños de grandeza rodaron con aquel primer desencanto, para no renacer jamás.

Abandonado de los suyos y sin mas amparo que el que el mismo pudiera prestarse. creia sucumbir á su situacion.

Pero él ignoraba que ese mismo abandono doblaria sus fuerzas, y que del hombre ennoblecido por el trabajo honrado podia nacer el génio de la fortuna.

El, que no habia conocido nunca una necesidad, porque siempre vivió en la abundancia, veia su presente como una montaña.

Pero esa misma necesidad debia poner en accion sus fuerzas intelectuales y hacerle ver un recurso de vida poderosa, lo que antes creyó un átomo miserable.

Y vendia aquellas vacas que antes miró con desprecio, para hacerse de prontos recursos, y sin pensar tal vez que aquella era la base de su fortuna fabulosa.

Porque Rosas no solo era un hombre de empresa, sino un verdadeto génio para el negocio de campo.

En vano trató de pasar alegremente entre sus peones aquellos dos últimos dias.

En vano quiso distraer con la guitarra y la bulla aquel pesar que lo anonadaba.

Todo fué inútil para enganar su tristeza.

La duda de sus padres se levantaba en su espíritu como una sombra compacta, y sentia en su corazon, siempre nueva y siempre dolorosa, la herida abierta por aquella duda.

Y viendo reunidas á su alrededor aquellas grandes peonadas que él habia formado á fuerza de fatiga y desvelos, creyendo llegar con ellas á la cumbre de la fortuna, sentia húmedos sus ojos por las primeras lágrimas que vertia en su vida.

Su espíritu fuerte y de raro temple, se sobrepuso por fin á la situacion.

Tomó alientos en su propia desventura y se dispuso á correr aquella borrasca al amparo de los cielos.

Su hermano no se presentaba y se resolvió

á entregar el establecimiento al capataz mas apto.

Reunió las haciendas y demás existencias y con una proligidad asombrosa y un órden irreprochable, entregó todo bajo el mas formal recibo.

Los paisanos contemplaban toda esta operacion con un silencio de muerte.

Cuando esta terminó y Rosas se dispuso á marchar, tuvo lugar una escena verdaderamente conmovedora.

—Nosotros hemos trabajado con usted y le pedimos nos arregle la cuenta hasta aquí, pues ninguno de nosotros se queda.

No volvemos á hacer aquí el mas miserable tiro de lazo por todo el oro del mundo.

Cuando usted vuelva, patron, al grito caeremos como una tabla.

Pero no trabajamos mas en el Rincon de Lopez, aunque tuviésemos que comer huevos.

Rosas no pudo contemplar sereno aquella demostracion de cariño.

Trató de convencerlos que debian seguir trabajando allí hasta que él volviera, para estar en disposicion de ayudarlo, pero todas sus palabras fueron inútiles.

Fué preciso arreglarles la cuenta y conformarse con aquella retirada en masa.

Rosas montó á caballo para alejarse y no tuvo valor para despedirse de aquellos hombres que, hasta el último momento le habian dado pruebas de su lealtad y cariño.

Los paisanos, tristes y silenciosos, montaron tambien á caballo para acompañarlo.

No se sentian con el valor necesario para verlo partir.

Y aquella marcha, de la que solo se sentia las pisadas de los caballos, parecia un cortejo fúnebre.

No se veia una sola fisonomía, en la que no estuviera impreso el dolor mas intenso.

Así se trasladaron hasta la Atalaya, sin haberse cambiado una sola palabra entre patron y peones.

Allí se produjo la misma escena del Rincon de Lopez.

Allí no hubo á quien hacer entrega de la estancia por que el mismo capataz se negó á recibirla.

—Si el patron se vá, dijo, yo no me quedo un segundo mas.

Y Rosas tuvo que hacer valer toda su influencia para que la estancia no quedase sola y permaneciera el capataz hasta que don Leon mandara alguno á recibirla.

Cuando llegó el momento de la partida, los peones de la Atalaya se unieron á los del Rincon de Lopez y formaron una gran columna de duelo que lo acompañó sin pronunciar una sola palabra.

Y lo hubieran acompañado así hasta la misma ciudad si á cierta altura no se hubieran detenido á despedirlos.

—Es necesario que nos separemos, les dijo, ya que así lo dispone el destino.

Pueden estar seguros, sin embargo, de que mi ausencia no será larga.

Yo volveré muy pronto á poblar por aquí, y entonces los buscaré uno por uno.

Entre tanto, adios, y no me olviden.

Y puso su caballo al galope.

Se habia alejado ya una larga distancia, y los paisanos embargados aún por la emocion, no sabian que contestar.

Cuando alzaron la vista, nublada por el sentimiento, ya no lo hallaron delante.

Solo se escuchaba apenas el eco del galope de su caballo.

Y dando media vuelta se dirijieron lentamente á su pago.

Rosas regresó á la ciudad y se dirijió á la casa de Ezcurra.

Desde allí escribió á don Leon una larga carta, en la que le daba cuenta detallada de lo que habia hecho.

Don Leon no habia querido mandar á recibir las estancias, creyendo que su hijo despues de meditar las cosas consentiria en quedarse, pero fué preciso ceder ante la evidencia.

—Librado á mi destino, le decia Juan Manuel, y teniendo que esperarlo todo de mí mismo, salgo de Buenos Aires para fijar el punto de mi residencia.

Entre tanto, les ruego manden aquí á Encarnacion, pues antes de partir deseo hablar con ella.

Pido á ustedes su bendicion para mí, concluia, pues el hecho de haber ustedes dudado de mi honor, en nada afecta el cariño y respeto que yo les tengo.

Aquel era un duro golpe para don Leon, que amaba entrañablemente á Juan Manuel.

Creyó que este talvez se rindiera á la severidad y no le contestó una palabra, aunque previno á Encarnacion que su esposo la llamaba.

—Es necesario que lo trabajes é influyas en su ánimo para que vuelva con nosotros y olvide una ofensa que en el hecho no existe.

Solo doña Agustina, cuyo carácter fuerte y altivo conoce el lector, no le mandó decir media palabra.

Encarnacion se trasladó acompañada de su hijo, á casa de sus padres.

La pobre jóven lamentaba hondamente aquel disgusto con sus suegros á quienes queria como hija, pero estaba resuelta á res-

petar la voluntad de su marido y no hacerle la menor indicacion.

Rosas la recibió con la noticia de que se ausentaba al Entre-Rios y á la Banda Oriental.

—Quiero reconocer aquellos campos, le dijo, por que yo he de establecerme y quiero ver cuales ofrecen mayores ventajas para la ganaderia.

Encarnacion no tuvo una palabra que observar.

Rosas pasó unos quince dias en casa de Ezcurra y de allí se fué á la Banda Oriental.

Iba realmente á reconocer los campos, á convencerse cual ofrecia mayores ventajas para plantear un establecimiento.

Antes de irse, llamó á sus suegros, á quienes entregó el producido de su pequeña hacienda, salvo una escasa cantidad que reservó para sus gastos mas indispensables.

—Desde hoy, les dijo, Encarnacion vivirá con ustedes.

Cuando yo vuelva todos vivirán conmigo.

La subsistencia de ustedes corre demi cuenta, así es que nuestra vuelta á la familia no les será gravosa de ningun modo.

Ya sabemos que la familia de Ezcurra vivia con escasez y no podia tomar á ofensa aquella determinacion de Rosas.

Y efectivamente, desde aquel dia todos vivieron del trabajo de Juan Manuel, que fué la fortuna de todos.

Esto vino á enfriar nuevamente las relaciones entre los Rozas y los Ezcurra.

Encarnacion quedó en casa de estos, mientras Juan Manuel, con el corazon oprimido aún, se ausentaba á Montevideo.

Y apenas llegó, sin detenerse en la ciudad, se puso á recorrer los campos, visitando uno á uno sus departamentos.

Estudiaba cuidadosamente la manera como allí se trabajaba en las estancias, y hacia apuntes minuciosos de todo lo que le llamaba la atencion, con las modificaciones que su inteligencia le sujeria.

En vano dió vuelta toda la campaña oriental, no encontró un solo establecimiento que estuviera á la altura, no ya del Rincon de Lopez, pero ni de la misma Atalaya, que era de segundo orden.

Parece que los campos aquellos no fueron de su agrado, pues pasó á Entre-Rios, asegurando que la República Oriental no era aparente para la ganaderia.

Los campos de Entre-Rios tenian fama entonces, como la tienen ahora, de ser de primer orden para establecimientos rurales.

Existian grandes cantidades de hacienda, que rivalizaban con las mismas de Buenos

Aires y las estancias eran hermosas y bien pobladas.

Rosas estudió sus campos y pastos, con la misma prolijidad que habia estudiado los de la Banda Oriental.

Halló en el gaucho entreriano mucha analogía con el porteño, lo que fué para él un aliciente.

El paisano de Entre-Rios era un peon inteligente, con menos pereza que el nuestro y con mas elementos á su disposicion.

Halló que las aguadas eran inmejorables, pero los pastos eran inferiores.

—Parece, pensó, que para la ganaderia y los establecimientos rurales de importancia, no hay nada que se aproxime al Sur de la Provincia de Buenos Aires.

Pero apesar de esta primera impresion, siguió visitando todos los campos y todas las estancias.

Siempre con su traje de gaucho porteño y su aspecto bello y noble, Rosas cautivó al paisano entreriano, como habia cautivado al porteño.

En cuanto llegaba á una estancia, con sus domadas, sus enlazadas ó sus reuniones de guitarra, la ponía en verdadera revolucion.

Allí no habia idea de un paisano tan paisano y tan señor y los gauchos lo rodeaban como á un ser fantástico que no volverian á contemplar en su vida.

Los dueños de las estancias le hacian mil proposiciones para que se quedara el mayor tiempo posible, llegando muchos de ellos á hacerle ventajosas propuestas que él no desechó del todo, pues aún ignoraba el camino que tomaría.

Al ojo práctico del estanciero, no se escapaba que aquel hombre seria una verdadera adquisicion para cualquier establecimiento de campo.

Rosas dió vuelta así todo el Entre-Rios, dejando una amistad en cada estancia y un recuerdo profundo en cuantas peonadas trató.

Y pasó seis meses en aquella hermosa provincia, sin que su capital hubiera disminuido en un centavo.

El paisano de Entre-Rios era tan hospitalario y tan soberbio en su generosidad como el gaucho porteño.

Rosas se ausentó del Entre-Rios, llevando los mejores recuerdos, pero siempre con la idea de que no habia nada superior al Sur de Buenos Aires.

No quiso regresar sin visitar con la misma detencion algunos departamentos de Rio Grande y otras provincias brasileras.

Le habian ponderado aquellos campos como los mejores, y queria cerciorarse por sí mismo

Pero en ellos iba á tener que luchar con un gran inconveniente.

Y este era una aversion poderosa, una especie de ódio instintivo contra los brasileros.

Odio injustificable, si se quiere, pero profundamente arraigado en él.

Poco tiempo, pues, permaneció en el Brasil, á pesar de los agazajos de que fué objeto, por parte de aquellos hombres tan cultos y tan obsequiosos.

Regresó á Buenos Aires, resuelto á trabajar en su campaña, aunque fuera de peon de estancia.

Habituado ya á la vida independiente, sentia su espíritu con bastante fuerza para emprender un vuelo decisivo.

Pensaba labrarse una fortuna por su solo esfuerzo y sin ajena ayuda, y esta idea sola le daba aliento suficiente para luchar contra todas las adversidades de la vida.

Siendo administrador de la fortuna paterna, habia visto muchos levantar cabeza, de simples acarreadores de ganado, á quienes él mismo habia protegido, dándoles pequeñas tropas á plazos cómodos.

—Por qué no he de hacer lo mismo? se dijo.

Con buen golpe de vista y manejando las tropas personalmente, se puede doblar muy pronto el capital, contando con las buenas relaciones que yo tengo.

Y con una fé profunda en el porvenir, se resolvió á salir al campo como acarreador de ganado y acopiador de frutos, así que sus medios se lo permitieran.

Permaneció un par de meses al lado de su esposa, durante cuyo tiempo solo una vez estuvo á visitar á sus padres, pues no queria pensar que su resentimiento asumia un carácter de venganza.

Durante el último tiempo que habia faltado, los establecimientos habian sufrido una caída bastante seria, por cuya razon

siempre lamentaron la separacion de Juan Manuel.

Hablando del porvenir, Rosas les manifestó con franqueza el camino que iba á tomar en lo que sus padres no estuvieron conformes, desde el primer momento.

—No seas rencoroso, le dijeron.

Vuelve al Rincon de Lopez, que es donde tienes un porvenir mas brillante y fácil.

—No resucitemos cosas viejas, replicó Rosas palideciendo, pues sentia revivir en su corazon aquella amarga duda que el tiempo habia adormecido.

No quiero recordar mas aquello, por que siento reabrirse en mi alma, aquella herida incurable.

—No vuelvas como administrador, dijo don Leon, sinó como sócio nuestro.

—No puedo señor, contestó con entereza.

No me pertenezco ya, por que tengo un compromiso pendiente.

—Pues acepta entonces una habilitacion nuestra.

Nosotros no podemos consentir que salgas al campo como un miserable cualquiera, á ganar la subsistencia de la manera mas penosa.

—Quiero deber mi fortuna esclusivamente á mi mano, respondió Rosas.

Permitanme hacerlo así y no traten de que cambie de resolucion, por que seria inútil.

Así lo comprendieron aquellos y cedieron al capricho del jóven, creyendo que por este medio volverian á traerlo al hogar.

Cuán engañados estaban!

Todavía no conocian á fondo aquel carácter voluntarioso.

Rosas se despidió de sus padres y volvió á la casa de Ezcurra de donde se ausentó á la mañana siguiente para poner en práctica su pensamiento, descabellado para los demás, pero para él, perfectamente lógico.

Veremos sus resultados.

El acarreador de ganado

Rosas se dirigió al Sur, que como sabemos, eran los campos de su predileccion.

Con el poco dinero que tenia, y el enorme crédito de que gozaba, hizo su primera tropa, magnífica tropa que eligió personalmente entre los mejores rodeos.

Y conchavando diez peones, pues la tropa era numerosa, la trajo él mismo á los corrales

del Miserere, donde diez años antes habia estado como ayudante del general Liniers.

A los dos ó tres dias habia realizado la tropa con espléndidas utilidades.

En el acto, y sin bajar á la ciudad, regresó al campo, pagó los animales que habia comprado con su crédito y formó otra tropa mas nu-

merosa, que la primera, que realizó con igual facilidad y mejores resultados.

Aquel primer dinero ganado con un trabajo tan rudo, le produjo un placer inexplicable.

Remitió à su esposa la mitad de aquel beneficio y se volvió al campo à hacer su tercera tropa.

Empezaba à acreditarse de tal manera, que aquella tropa la tenia vendida ya, aún antes de salir à hacerla.

Entre tanto en el campo habia empezado à correr la voz de que se habia puesto de acarreador de ganado, en cuyo negocio le iba admirablemente.

Así es que cuando hizo su tercer salida en busca de hacienda, no solo se encontró con infinidad de peones que lo buscaban, sino con chasques que le hacian los estancieros mas ricos, poniendo à su disposicion sus rodeos.

Con todas estas facilidades, Rosas vió abierto à su paso el camino de la fortuna.

Tomó una buena cantidad de peones y empezó à hacer tropas mas numerosas y mas frecuentes, calculando que, cuando él realizaba una, la otra venia ya en camino, conducida por sus capataces.

El negocio aquel empezó à producirle buenas cantidades de dinero, y à ensanchar su crédito de una manera ilimitada.

Con un simple pagaré, y aun sin él hubiera podido llevar mil animales de cualquier rodeo.

Entonces ya no se mataba tanto en el trabajo.

En cada tropa que traia y vendia permanecia en la ciudad tres ó cuatro dias, que compartia entre la familia y otras distracciones.

La fortuna que le sonreia y sus frecuentes permanencias en el campo, volvieron à adormecer en su corazon el disgusto que à ese estado lo habia conducido.

Y volvió a pensar entonces en el prestigio que habia tenido entre indios y gauchos, volviendo à desear estar en contacto con ellos.

Y empezó nuevamente à hacer valer su influencia entre los pocos paisanos que lo rodeaban entonces.

Cuando venia à la ciudad, lo hacia siempre acompañado de quince ó veinte de sus peones troperos à los que hacia partícipes de todos sus placeres.

Sin podérselo explicar él mismo, tal vez, habia recojido en su espíritu toda la antipatía que tenia el paisano por el hombre del pueblo, antipatía que trataba siempre de aumentar en el corazon del paisano, aumentándola en el suyo propio.

Así se le veia pasear por las calles mas

centrales, de chiripà y bota de potro, rodeado de esos peones y mirando con desprecio y hasta de una manera provocativa à los jóvenes que hallaba en su camino.

Sus peones aplaudian estas hombradas del patron, que rompía por ellos con toda una sociedad.

Siempre rodeado de sus peones se dirigió à la plaza principal, hoy de la Victoria, donde estaban las bandolas y toda clase de vendedores.

Allí hacia alto con su comitiva, à la hora de la siesta, generalmente, y acometia la *fatura*, de las morenas, compuestas de mazamorra, buñuelos con almibar, y demás cosas criollas.

Y con la pierna cruzada sobre la cabecera del recado, como uno de tantos, se le veia comer taza trás taza de mazamorra.

Entre mil compadras y dichos que festejaban de una manera frenética los tertulianos de aquel mercado orijinal, se le veia quedar allí, mientras en las tipas de las morenas habia algo que consumir.

Al oír el lenguaje de que hacia uso en tales circunstancias, nadie hubiera sospechado que aquel era el aristocrático discípulo de don Javier Argerich.

Parecia uno de tantos carreteros ó peones que lo rodeaban.

Cuando se cansaban de comer toda aquella variedad de *fatura* y los peones trataban de pagar cada cual su gasto, él los contenia con un ademán que no admitia réplica, y pagaba el gasto de todos, regalando el resto à los negros, que aunque eran el blanco de sus epigramas algo pesados, hubieran deseado tenerlo por allí todos los dias.

A veces echaba pié à tierra al lado de la carreta bajo la cual habia alegre reunion de guitarra ó de algun juego, y formaba parte de la rueda dejando con un palmo de narices à los que de mas gauchos querian tirarla.

Esto habia concluido por darle un prestigio enorme entre aquel público especial, rara mezcla del hombre de ciudad y el de campo, que no es ni el gaucho ni el compadre, pero que de estos dos tipos tiene todo lo malo, y nada de lo bueno.

Muchas veces hacia alguna de las suyas, atropellando las bandolas con su caballo para alarmar à sus dueños.

Pero aunque siempre pasaba entre ellas sin hacer el menor daño, otras veces volteaba dos ó tres, rompiendo cuando contenian.

Entonces pagaba el daño causado, siempre en mas de lo que se le pedia, y el mismo que se habia creído perjudicado era el primero en romper los aplausos y los vivas.

Como era natural, cuando aquellos peones

regresaban á las estancias, referían á sus compañeros todas las hazañas llevadas á cabo por el patron exajerándolas á su modo.

Y el prestigio del jóven crecía de una manera prodijiosa.

—No tiene mas amigos que los gauchos, decían, por que es mas gaucho que todos.

Los mocitos del pueblo le tienen rábia y lo critican hasta sacarle lonjas del cuero, pero él no hace el menor caso.

Pasea entre nosotros como si anduviera entre la mejor mozada, y cuando siente que la crítica es muy perversa, se contenta con decir en alta voz, para que lo oigan:

—“Sin embargo, todos ellos juntos no valen lo que el mas inútil de mis peones.”

Así es que los que nunca habian estado en la ciudad con Rosas, trataban de meterse de cualquier modo en la primer tropa, para poder presenciar todas aquellas hombradas.

Era la calle de las Torres, Rivadavia hoy, el verdadero teatro de sus travesuras.

Así como la calle de los Mendocinos estaba toda ocupada por comercio de las provincias, en la calle de las Torres no habia otra clase de negocios que esos grandes almacenes de cosas de campo, semejantes a los que existen en la calle de Buen Orden.

Se vendian allí las prendas mas necesarias al hombre de campo, desde el sombrero hasta el rebenque, y aquellos efectos que los indios venian á cambalachar por caña, azúcar y yerba.

En muchos de ellos se veian tambien prendas de plata, en gran variedad, ante las que quedaba estasiado el hombre de campo.

En la plaza Lorea paraban las carretas que venian de *pajuera* y los troperos se alojaban en las dos ó tres posadas que habia en ella, especie de tugurios espantosos de los que hoy no hay ni remota idea.

Esta era la calle predilecta de Rosas para pasear con sus peonadas y hacer sus compras en los negocios de que hemos hablado.

Al prestigio que tenia en la campaña, se agregó el que se habia creado entre los compadres de las orillas y toda especie de chusma que lo trataba.

Su crédito como acarreador era ilimitado.

Ya hemos dicho que sus tropas en su mayor parte, las vendia aún antes de salir á hacerlas.

Los primeros seis meses que dedicó á este trabajo, obtuvo utilidades pasmosas.

Podia vivir con cierto lujo, á pesar de que desde que empezó á trabajar, casi todo su caudal lo empleó con la familia de Ezcurra, que habia cobrado gran cariño.

Un dia que se preparaba á marchar afue-

ra á traer nuevas tropas, lo atajó su amigo y compañero de infancia, don Juan N. Terrero, jóven que, disponiendo de un buen capital, queria plantear un establecimiento de campo.

El sabia la inteligencia de Rosas para esta clase de negocios, como la conocian todos los hacendados de la época y le hizo brillantes proposiciones.

Esto demoró el viaje de Rosas, comprendiendo que aquella sociedad podia ser la base de una fortuna rápida.

Pero tropezó con una dificultad, y era que no podia igualar el capital que le ofrecia el jóven Terrero.

—No te aflija esto, le dijo el jóven, demasado capital es tu inteligencia y conocimientos prácticos.

Yo pongo el dinero y tú te encargas de plantear el establecimiento y hacerlo prosperar.

Aceptadas estas condiciones y elegido el campo, Rosas se puso en campaña, y se fué Cerrillos, estancia que, en poco tiempo debia ocupar el primer rango, como establecimiento de campo.

Rosas no se limitó en ella á la cria de ganado y á las sementeras, como en el Rincon de Lopez, sinó que estableció un pequeño saladero, el primero que hubo en el pais.

En cuanto el gauchaje se apercibió que Rosas poblaba una estancia, se descolgó á su campo en tan crecido número, que él mismo quedó asombrado de su prestigio y del cariño que le tenia el paisanaje.

Tanto el Rincon de Lopez como la Atalaya quedaron sin un solo peon, al extremo de que, para parar rodeo, habia que ofrecer doble jornal.

Rosas se encontró en pocos dias con una peonada tan numerosa, que no pudo dar trabajo ni á la mitad.

—Por el momento, les dijo, no tengo tanto trabajo como para ocuparlos á todos.

Pero espero que en dos meses mas, en los Cerrillos habrá trabajo para mil peones.

Tengan paciencia mis amigos, y aguántense donde están por un par de meses mas.

Los paisanos no quisieron moverse de allí bajo ningun principio.

—Esperaremos aquí el trabajo, le dijeron por que no es el interés lo que nos trae.

Estaremos sin sueldo mientras no haya trabajo, pues no queremos movernos del lado del patron.

Y diariamente llegaban á la estancia dos tres ó mas paisanos, que se instalaban allí para no moverse mas.

Rosas, dedicado con todo el poder de su voluntad á la prosperidad del nuevo establecimiento, hizo arar y sembrar grandes áreas de

campo, en lo que ocupó todos aquellos brazos.

Y los Cerrillos dejaron atrás bien pronto al Rincon de Lopez, empezando á producir fuertes sumas de dinero, además del aumento prodigioso de las haciendas.

Despues del primer año de un trabajo incesante y sin descanso, los Cerrillos empezó á marchar por sí solo.

Era el establecimiento de campo de mas importancia y el que mas utilidades daba.

Rosas no habia cambiado un átomo en sus costumbres.

Su generosidad proverbial para el desvalido no disminuyó en nada.

Por el contrario, si antes era pródigo, entonces lo era mucho mas, por que manejaba intereses propios y disponia á su albedrio de la voluntad de su sócio, que jamás le hizo el menor reproche.

—Si yo tuviera un capital fuerte, solia decir á Terrero, en poco tiempo haríamos la primer fortuna de la América.

El saladero, aunque pequeño y falto de elementos para trabajar en grande escala, daba resultados que superaban á todo cálculo.

Atraido por estos resultados maravillosos don Luis Dorrego se agregó á la sociedad, llevando un fuerte capital destinado al saladero.

Con este capital Rosas dió al establecimiento tal empuje, y el saladero tomó tal incremento, que en poco tiempo mas el capital se habia doblado y las máquinas no daban abasto para satisfacer los pedidos.

Eran tan numerosas las peonadas ocupadas en el saladero, las sementeras y la estancia, que con ellas hubiera podido formarse un cuerpo de ejército, de una lealtad á toda prueba.

Entre tanto la ciudad seguia siendo un verdadero bochinche político.

Los gobiernos se sucedian unos á otros, moviéndose con las mismas dificultades y entre los mismos escollos.

El caudillaje empezaba á levantarse en el interior, amenazando á la provincia de Buenos Aires, que era la mas rica y la mas próspera.

Santa Fé la invadia continuamente poniendo á saco sus haciendas en el Norte, y el gobierno carecia de los elementos necesarios para atender á todas partes.

Rosas, á pesar de su laborioso trabajo en el campo, aunque no tomaba parte en él, no perdía de vista el movimiento político.

Reunia siempre sus peonadas al rededor del inmenso fogon, y cada vez se fijaba mas en su espíritu sutil esta idea:

“El hombre que domine por completo estas

masas, se hará de un poder inconmovible.”

Y soñando en esta clase de poder, buscando siempre el apoyo en aquel elemento, los atrajo así mas de lo que hasta entonces lo habia hecho.

Los Cerrillos, respecto al gaucho perseguido, fueron lo que antes habia sido el Rincon de Lopez.

El albergue y refugio de todo el que andaba mal con la justicia.

Aquella gente no tenia mas gobierno, mas juez de paz, mas amparo, ni mas padre que Juan Manuel.

Y su tino era especial para manejarlos.

Al mismo tiempo que un cariño á toda prueba, tenian por él un gran respeto.

Sufrían los castigos que el patron les imponia sin dejar oír la menor protesta.

Y cuidado que estos castigos solian ser terribles, sobre todo cuando se trataba de corregir algun robo, para lo que era intransigente.

El cuarto de los humazos volvió á instalarse en los Cerrillos, y es fama que mas de un paisano murió de resultas de un humazo pasado de punto.

Sus costumbres gauchas no las abandonaba por ninguna consideracion.

Cuando venia á la ciudad, lo hacia de chiripá y bota de potro, *compadreado* con el precio que decia inspirarle el hombre de pueblo.

Y como la ciudad lo sofocaba, no permanecia en ella mas que el tiempo necesario para concluir el negocio que lo habia traído, regresando en seguida á los Cerrillos.

Para valerse del gauchaje como un elemento poderoso, Rosas comprendió que necesitaba militarizarlo á su manera, de modo que no reconocieran mas jefe ni mas poder que él mismo.

Y á esto dedicó toda la atencion que pudo robar á sus negocios.

Empezó por formarse una escolta, con el pretexto de hacer la policia de sus campos, escolta que armó á sable y carabina, para la que adoptó un traje colorado, que mas tarde debia hacerse tan funestamente célebre.

Y los demás gauchos empezaron á llamarla la escolta de los colorados, nombre que se le quedó, y con el cual la llamaba el mismo Rosas.

Valiéndose de sus conocimientos militares, como oficial de Migueletes, dió á aquella escolta una educacion militar que pocas tropas la tenian entonces.

Poco á poco, y segun las armas que podia conseguir, iba aumentando la referida escolta con hombres que elegia entre sus peonadas, como los mas bravos y leales.

Suavemente y sin que de ello se apercibiera los mismos peones, la escolta fué una com. pafia y mas tarde un escuadron capaz de entrar en pelea con el mismo Lucifer.

Ya no fué, pues, la escolta, sinó simplemente los colorados de Rosas.

El gaucho es militar por naturaleza, ama el servicio, por que ama el peligro y la vida azarosa del soldado.

Los gobiernos y los contingentes, los años de recargo en el servicio y las movilizaciones eternas, sin ninguna recompensa, lo han acobardado hasta hacerlo matrero.

Pero entonces el gaucho no era perseguido, no se le habia declarado carne de cañon ni Juan Sin Patria, y servia con entusiasmo, por que sabia que concluida la patriada para lo que se le habia pedido su contingente de sangre, volvia al hogar donde gozaba de todos los derechos del hombre libre y del ciudadano.

Su mujer y sus hijos estaban donde los dejó y la autoridad no habia saqueado sus pocos intereses.

Si hoy el gaucho huye de las levadas y del llamado de la autoridad como de su peor enemigo, entonces volaba presuroso, con caballo de tiro, á presentarse á ella para servir á la patria.

Amaba la vida militar y sabia que *militando* por la patria se hacia acreedor, por lo menos, á la consideracion pública.

Así aquellos hombres prestaban con gran placer aquel servicio militar á que con tanto tino los sometia el patron.

Toda la parte que le cupo en las cuantiosas utilidades de su sociedad con Terrero y Dorrego, fuera de lo que gastaba en el lujoso sostén de su familia, la empleó Rosas en equipar aquel soberbio escuadron, á quien dotó de una organizacion perfecta.

El año 18, Rosas no tenia ya un escuadron sinó un regimiento de colorados, compuesto de hombres bravos á toda prueba y de una lealtad para con él incorruptible.

Todos estaban armados con sable y carabina y vestian el llamativo uniforme colorado.

Los que no formaban parte del regimiento andaban locos por que el patron los diera de alta, y este, que no queria otra cosa, llegó á tener tantos soldados como peones.

Cuando el gobierno tuvo conocimiento de estas nuevas, ya Rosas era una reconocida entidad militar en el Sur de Buenos Aires, y una entidad que no necesitaba para nada el apoyo del gobierno, puesto que mantenia por sí solo los elementos de que se habia rodeado.

Queriendo atraerse á sí aquella poderosa cooperacion, nombró á Rosas comandante del regimiento 5º, autorizándolo para su organi-

zacion y haciendo mas tarde á su jefe comandante general de campaña.

Rosas se vió rodeado de este poder que pasaba á ser oficial, desde que el gobierno lo autorizaba y engrosó las filas del regimiento 5º, con los mejores elementos que existian y de que disponia á su antojo.

Pero á pesar de estos nombramientos, no quiso aún pedir al gobierno el mas miserable apoyo pecuniario.

Tenia su orgullo en mantener á su costa el el regimiento y equipar las nuevas altas con que lo engrosaba.

Y no por estos sus soldados dejaban de ser sus peones, pues con ellos atendia los manejos de la estancia y de los saladeros.

De vez en cuando solia hacer sus manobras de combate dividiendo en dos su regimiento.

Pero tenia el buen tino de que nunca una mitad obtuviera ventaja sobre la otra, para mantenerlos con fuerte espíritu de cuerpo.

Cuando el combate estaba algo intrincado, tomaba el mando de una de las mitades y hacia sentir su superioridad sobre la otra.

Pero acto continuo tomaba el mando de la otra, é inmediatamente la superioridad se inclinaba de aquel lado.

Esto lo hacia Rosas para que el soldado se habituara á mirar siempre la victoria del lado que él estaba y le cobrara aquella confianza que hace un leon de cada soldado, al lado del jefe que la inspira.

Así aquellos peones soldados, sabian que valian, pero que aquel valer no lo constituian ellos solos, sinó el supremo talento y pericia del patron.

—Con el patron á la cabeza, decian, no nos sujeta ni el mismo mandinga con un ejército de diablos.

Rosas se habia habituado de tal modo al mando absoluto, que no hubiera recibido de nadie la menor observacion.

Para mejor gobernar su gente y estar mas íntimamente en sus espíritus, hacia oficiales de sus mismos peones.

De esta manera la tropa le pertenecia ciegamente y no metia entre ella ningun elemento extraño.

Era duro en sus castigos, para mantener una disciplina rigida, pero fuera del servicio y personalmente, era generoso y desprendido.

Además de sus sueldos, á aquellos gauchos mas pobres y que mas familia tenian, les regalaba continuamente pequeños grupos de hacienda, con los que los paisanos iban formando sus puestitos.

Poco les suponía entonces dar la vida por aquel hombre, cuando dejaban asegurado el porvenir de la familia y al lado de un protector como aquel.

Es que Rosas habia sabido inculcar y mantener viva esa creencia.

Cuando algun paisano sufría un accidente en su servicio, que lo imposibilitaba para el trabajo por algun tiempo, la familia estaba segura que nada le faltaria.

Pues no solamente la socorria con dinero todo el tiempo que duraba la imposibilidad de su peon, sinó que la traía á su campo y le daba los elementos de vida para el porvenir, ya dándole vacas ú ovejas.

Esto probará la grande astucia y fina inteligencia de que estaba dotado aquel hombre funesto.

Por esto en un caso de peligro ó de apuro el paisano no se fijaba en las recompensas ó dádivas que pudiera darle el gobierno, sinó en quedar bien con su patron.

Por que para ellos no habia mas poder, ni mas gobierno, ni mas nada, que el patron Juan Manuel, que era el único que los habia de sacar de cualquier pantano.

Y la estancia prosperaba de un modo fabuloso, y eran verdaderamente deslumbrados los resultados de los saladeros.

Los paisanos querian á toda costa formar parte del regimiento de colorados por que en él se creian invencibles.

Rosas empezó entónces á trabajar con los indios de una manera mas seria.

Quería atraérselos y catequizarlos hasta disponer de ellos como disponia del gaucho.

Pero esto le iba á costar un trabajo mas serio, pues tendria que luchar con la influencia de don Francisco Ramos Mejía, dueño de la gran estancia de Mari Huincul. El señor Ramos era una persona estimable bajo todos conceptos.

Habia comprado aquellos campos al cacique Negro, mediante grandes cantidades de hacienda vacuna y yeguariza, estableciendo en ellos poblaciones de gran importancia.

El señor Ramos necesitaba muchos peones para las labores de su gran estancia, pero habia tropezado con dos inconvenientes.

Era el primero que sus estancias quedaban muy retiradas y espuestas á los malones de los salvajes.

El otro consistia en que todas las peonadas habian converjido á la estancia de los Cerrillos, de donde no salian ni con palabra de casamiento, segun la expresion criolla.

El señor Ramos se vió privado de peones y para formarlos tuvo que recurrir á los indios.

El señor Ramos se entendió con el cacique Negro, que tenia por él un profundo respeto, y sus lanzas pasaron á formar entre las peonadas de Mari Huincul.

El señor Ramos era un hombre de carác-

ter suave, pero firme al mismo tiempo, de modo que en poco tiempo, se captó el cariño y respeto de los indios, de quienes fué un decidido protector.

Ocupados los gobiernos con las continuas luchas á que lo provocaban los caudillos del interior, desatendian por completo el cuidado de las fronteras, prefiriendo vivir en paz con los indios.

Estos por su parte, poco hostilizados, no tenian tanto odio al cristiano, é invadian muy de tarde en tarde.

Era Ramos quien los ayudaba en sus tratativas de paz, obteniendo para ellos las mayores ventajas que podia comprometiéndolo su influencia y valer con el gobierno.

Si Rosas hubiera seguido en el Rincon de Lopez, indudablemente que los indios le hubieran pertenecido como le pertenecian los gauchos.

Pero ausente de su teatro, las indiadas se habian recostado á Ramos, en quien hallaron al hombre necesario.

Cuando Juan Manuel pobló los Cerrillos, los pocos paisanos que tenia lo abandonaron buscando su incorporacion y se quedó con indios para todos trabajos.

Con indios recojia sus haciendas, con indios esquilaba y con indios hacia las tropas que enviaba á Buenos Aires.

Estos habian concluido por mirarlo como otro cacique, llamándolo el padre Francisco.

Como el señor Ramos los aconsejaba siempre que no invadieran, por que era el único medio de conservar las ventajas obtenidas en los tratados, ellos siempre le ocultaban cuando iban á traer una invasion, y hasta esperaban para hacerlo, que él se viniera á la ciudad.

Entonces invadian á mansalva, pues no habia tropas que se opusieran á sus depredaciones, pero por nada de este mundo se permitian tocar un animal del padre Francisco.

El cacique Negro habria castigado esta falta de lealtad con todo el rigor de que era capaz.

Así las indiadas de aquel indio terrible, campaban en la propiedad del señor Ramos, sin causarle el daño mas insignificante.

Este á su vuelta los reprendia severamente reprobando aquellos robos cometidos sin necesidad, pero la cosa no tenia ya remedio y era preciso aceptar lo sucedido.

Peor hubiera sido romper con ellos pues no hubiera remediado nada, y solo hubiera ganado enajenarse la buena voluntad de los salvajes, quedarse sin peones, y esponer sus haciendas al pillaje de aquellos bandidos.

Las haciendas de Rosas quedaban espues

tas de la misma manera que las otras, á los malones de los indios.

Pero los colorados eran una buena garantía.

Para robar en sus campos los indios habrían tenido que reconcentrar el mayor número de lanzas posible y dar una batalla sangrienta, de éxito negativo.

Para qué esponerse á este peligro, si tenían todas las otras estancias para robar impunemente?

Rosas por su parte hubiera podido llevar una invasión poderosa al mismo cacique Negro y ahogarlo con sus elementos.

Pero su idea no era destruir aquellas indiadadas sinó atraérselas y dominarlas por completo.

Con esta táctica se libraba de un peligro y se rodeaba de nuevos y poderosos elementos.

Su propósito era llegar á dominar algun día con aquellos salvajes que le pertenecían en cuerpo y alma, é imponerlos á la civilización.

La lanza de los indios y el sable de los colorados, eran dos cosas que podrian llevarlo instantáneamente al desenlace que tanto anhelaba.

Al conocer este prestigio poderoso, Rosas comprendió que tenía que luchar con el señor Ramos, para arrebatarlo y se preparó á ello, pero de un modo solapado y poco leal.

Comprendió que si se dirigía á los indios para sobreponerse á Ramos, sería esponerse á descubrir su juego, sin obtener un resultado seguro.

Conocía á fondo al indio y sabía prácticamente que estos comerían á dos carrillos sin dar nunca contra el padre Francisco.

Era preciso elegir otro terreno mas seguro y de resultados mas positivos.

Y no se le ocurrió otro medio que el de dominar á Ramos.

Difícil era la cosa, pero no imposible.

Para quebrar aquel poder totalmente y atraer los indios á los Cerrillos no se presentaba mas medio que la ausencia de Ramos.

A este propósito se dedicó Rosas, sin abandonar el contacto de los indios ni dejar de hacer sus regalos al cacique Negro, que viendo su poder y sus soldados, empezó á llamarle el cacique Blanco.

El señor Ramos vió que Rosas quería atraerse los indios, pero hombre franco y leal, pensó que aquello no era mas que con el propósito de ponerse á cubierto de los malones.

—Rosas no quiere que le roben sus haciendas,

decía, y quiere hacerse prestigioso entre los indios.

Es el camino mas hábil que puede adoptar.

El influia por su parte cuanto podía para que Juan Manuel, estrechara relaciones con el cacique.

Con sus regalos, la antigua relacion que tenía y la ventaja de hablar la lengua, pronto atrajo á sus campos las lanzas del cacique Negro, á las que obsequiaba con buenas pipas de caña y todo género de regalos.

Pero ya hemos dicho que á él no le bastaba tener con los indios una influencia y prestigio partible con el señor Ramos.

Necesitaba quebrar la de este á todo trance y apoderarse por completo de aquel elemento.

En su primer viaje a la ciudad vino a ver al gobierno en cuyo espíritu sembró la primer semilla de una intriga páfida é innoble si se tiene presente la lealtad con que Ramos lo habia servido.

Se quejó amargamente de los malos manejos de aquel, asegurando que era el único culpable de los malones é invasiones de los indios.

—Ramos, decía, es el bombero que los indios tienen entre nosotros.

Es en sus estancias donde campan y preparan sus invasiones.

Y el escándalo llega á tal punto, que no solo les indica los parajes que han de invadir, sinó que parte con ellos el botín de la rapiña.

Por eso se vé, agregaba, que nunca se llevan un solo animal de su marca, y que las poblaciones de Marí Huincúl son tan respetadas como las del mismo cacique Negro.

Es preciso que el gobierno ponga sus medios para evitar este comercio indigno, pues de lo contrario los demás estancieros tendremos que hacernos justicia.

El gobierno dió crédito á la intriga y llamó al señor Ramos, á quien apercibió esperadamente por su proceder tan incalificable.

Este trató de justificarse con la lealtad que le era característica, pero luchaba con un enemigo temible, no solo por su posición oficial, sinó por que siendo un poder tan grande en el Sur, el gobierno lo necesitaba, y atendería cualquier indicacion suya.

Como el señor Ramos ignorara de donde podia partir aquel golpe desleal y ruin, se limitó á rechazarlo, asegurando que era una creencia infundada, y contando como habia adquirido el prestigio que con los indios tenía, para justificar que estos, en sus invasiones, respetaran su propiedad.

Rosas no se limitó á hablar con el go-

bierno, sinó que propaló entre sus vecinos, las mismas razones que habia dado.

Y como su palabra era creida y mucha la envidia que habia levantado Ramos con la prosperidad de sus negocios, Juan Manuel halló éo y un éo poderoso.

El señor Ramos sintió el golpe, tanto mas, cuanto el gobierno no creía sus razones de descargo y empezó á maniobrar para que el cacique Negro, no viniera con tanta frecuencia á su campo, lo que venia á apoyar el juego de Rosas, que decia al indio.

—Es por que ese hombre no es leal.

Ha de jugar á dos caras con ustedes hasta que les haga una trastada.

Necesita los indios por que no tiene peones y por eso los contempla.

Pero el dia que no los necesite mas ya verán que mal pago les dà.

El indio es desconfiado por naturaleza, por que él mismo jamás obedece á otro móvil que al de la conveniencia, asi es que á Rosas no le fué muy difícil hacer que los indios desconfiaran del padre Francisco.

—Además, les decia, él los sirve ahora para que ustedes no lo invadan y de esta sospecha yo estoy libre, pues ya ven ustedes que tengo como defender mis haciendas.

Esta política pérfida, como se vé, pero habilísima, mostraba ya toda la perfidia de que aquel carácter era susceptible.

Las quejas al gobierno se repitieron, no solo ya por Rosas, sinó por otros individuos que él mandó y aleccionó con el mismo propósito.

Era preciso tomar una medida enérgica, atendiendo no solo á la justicia sinó á la necesidad, de tener contento al caudillo del Sur.

Por aquella época nació Manuelita, y Rosas con este motivo, se demoró algun tiempo al lado de su familia.

Cuando volvió á los Cerrillos habia tenido lugar una fuerte invasion que despobló las estancias de los alrededores.

Los únicos que no habian sufrido por la razones que conoce el lector, eran Rosas y Ramos.

—Es preciso aprovechar el despecho de los doloridos, pensó, y mandó en queja al gobierno á los mas perjudicados.

Por supuesto, que aquellos indicaban á don Francisco Ramos como autor principal y cómplice de aquel malon, uno de los mas fuertes que trajeron los indios.

El gobierno hizo llamar á Ramos y lo convencino duramente, haciéndolo responsable de aquellos sucesos escandalosos.

—Es preciso que esto tefmice de una vez, le dijeron, pues el gobierno se verá forzado á tomar medidas.

Ramos no ignoraba de donde partia toda aquella intriga, pero no podia atinar con su causa ó el fin que con ella se proponia aquel enemigo gratuito.

—En qué que puedo yo incomodar aquel hombre? pensaba.

Pero por mas que meditaba no podia dar en el clavo.

Era aquél un misterio indescifrable.

Ramos empezó á verse hostilidad por el gobierno, comprendió la desconfianza que contra él empezaban á abrigar los indios y dejó que á ese paso, pronto tendria que salir de Buenos Aires, si no queria sufrir perjuicios mayores.

Y este fué el fin de aquel antagonismo tan inmotivado y de los celos que despertó en el espíritu de Rosas su ascendiente sobre los indios.

Hostilizado por el gobierno y sin poder justificarse ante sus vecinos que creian á puño cerrado los rumores tan hábilmente fraguados, Ramos empezó á poner en manos de capataces de su confianza sus establecimientos, para que una órden de destierro no lo tomara de improviso, obligándolo á abandonar sus valiosos intereses.

Poco tiempo despues, como lo habia temido, don Francisco Ramos se vió obligado á salir de Buenos Aires, para no volver en mucho tiempo.

Y Rosas quedó por este medio dueño por completo de los indios, á los que empezó á manejar á su antojo.

Y de tal manera se apoderó de ellos, que formó con las lanzas del cacique Negro, y otros indios de diversas tribus, de que se habia rodeado, la terrible vanguardia de sus colorados.

Rosas no llevó, pues, sus hostilidades hasta los establecimientos de Mari Huincúl.

Habia logrado ampliamente el objeto que se propuso, y poco le parecia lo demás.

Tenia para con los indios una influencia ilimitada y esto le bastaba.

Estaba seguro de poder formar quinientas lanzas al lado de sus colorados convertidos en regimiento 5.º y no necesitaba mas.

Cuando Rosas se vió dueño absoluto de este poder militar que lo ponía en una posicion soberbia, ya se consideró un segundo go.º bierno.

Pero tuvo la fuerza de voluntad de ocultar sus propósitos, hasta de aquellos en quienes mas confianza tenia.

La obra que se proponia era larga y laboriosa.

No bastaba tener los colorados en que apoyarse.

Era necesario mostrar el poder de ese apoyo, lo que no era difícil, puesto que el go.º

bierno conocia el prestigio fabuloso que gozaba en todo el Sur.

Juan Manuel hizo entonces un viaje á la ciudad, destinado solamente á pulsar el estado político del país, hasta en sus menores detalles.

Y vió que este era un caos terrible.

Fracciones políticas mas ó menos numerosas se disputaban el poder, pero sin tener un apoyo decisivo.

Y con un golpe de vista soberano se convenció que el elemento á que él apoyara con sus colorados, seria el que triunfaria á pesar de todo.

El poder y la influencia de Dorrego vacilaban.

La silueta del general Martin Rodriguez se dibujaba en el horizonte, ofreciendo un gran campo al logro de sus miras.

Y regresó al campo, á su reino de los Cerrillos, diremos, dispuesto á esperar los acontecimientos y obrar segun ellos.

Desde aquel punto, no abandonó un momento la organizacion de sus colorados, en un verdadero pie guerra, cuidando de su armamento y de su disciplina.

Veremos el resultado feliz que obtuvo.

El bautismo de sangre

Rosas se dedicó con pasión, al perfeccionamiento de sus colorados, pues los acontecimientos se precipitaban momento por momento.

Empezó por montarlos en caballos colorados, elejidos en las mejores manadas y troppillas de los Cerrillos, completando su uniforme de esta manera:

Gorro colorado con grandes cintas azules y blancas, camiseta y chiripá punzó.

En cuanto á las armas, se puede decir que eran un arsenal, pues cada soldado llevaba sable, tercerola, puñal, bolas á la cintura y lazo á la paleta del caballo, reforma que, como hemos dicho, él habia introducido.

Al dotar á sus paisanos de las armas que usaba la caballeria, no habia querido privarlos del facon y las bolas, en las que el gaucho tiene mas práctica y mejor manejo.

Contento con la organizacion que habia dado á sus colorados y á los mismos indios de que se rodeó, decidió hacer un viaje á Santa-Fé, para ponerse en contacto con don Estanislao Lopez, famoso caudillo que estaba invadiendo continuamente el Norte de Buenos Aires y obligándolo al gobernador Dorrego, á mantener un ejército en expectativa.

Lopez, con un ejército poderoso y unido al ambicioso general Alvear que pretendia imperar en la Provincia, no solo mantenía en jaque á Buenos Aires, sino que nuestra campaña Norte era el teatro de sus rapiñas y ferocidades que siempre distinguieron á las tropas santafecinas.

Era San Nicolás, el Pergamino y Rojas los pueblos que aquellas tropas ponian á saco, comiendiendo en ellos toda clase de depredaciones.

Rosas esperó que Lopez regresara á Santa-

Fé, en unos meses de tregua y logró hacer con él una amistad estrecha y franca.

Lopez, hombre vivisimo y muy político, conocia el prestigio de Rosas en el Sur de Buenos Aires, sabia que era el único capaz de mover el gauchaje del Sur, y trataba de atraerlo á su amistad por todos los medios posibles, para quitar este poderoso contingente á Dorrego.

Así es que Rosas no solo hizo amistad íntima con el gobernador Lopez, sino con el célebre clérigo Amenabar de mala de aquella política y otras personas notables de Santa Fé.

Logrado su objeto, Rosas regresó á los Cerrillos á ponerse al frente de sus colorados, y á esperar los sucesos que se precipitaban.

El gobernador Dorrego acababa de enviar á Lopez su ultimatum, diciéndole que saliera inmediatamente del territorio de Buenos Aires, pues de otro modo se veria él obligado á espulsarlo, castigando los asesinatos y violencias cometidas por las tropas santafecinas.

Lopez, lejos de retirarse, campó con su ejército en Santos Lugares.

Dorrego entonces decidió salir al encuentro de Lopez y batirlo réciamente, á cuyo efecto mandó al general Martin Rodriguez comandante general de las milicias del Sur y al general Rondeau en el Norte.

Los pueblos del Norte ávidos de que fueran castigadas pronto las iniquidades cometidas por el ejército santafecino, empezaron á pro-nunciarse al llamado de Rondeau y Lopez tuvo que moverse, para no ser envuelto, hacia el Arroyo del Medio.

El coronel Dorrego entre tanto, municionó

varios batallones, de la ciudad, y forzando sus marchas todo cuanto le fué posible, empezó á picarle la retaguardia.

El general Alvear ciego por la ambicion, hasta el punto de aliarse á las tropas santafecinas, se atrincheró en San Nicolás, dispuesto á quemar su último cartucho, mientras recibia refuerzos de Entre Rios.

El general Rodriguez que habia recibido por su parte la orden de mover todo el Sur, comprendió que esto no podria hacerse sin comperse de acuerdo con Rosas, único capaz de aquella verdadera hazaña.

Rosas que estimaba á Rodriguez y le profesaba una amistad decidida, concurrió á su llamado, y le prometió que en un par de dias levantaria la campaña Sur hasta su último habitante.

Y así fué.

Rosas cumplió su promesa con un esceso de celo y una actividad de que no se le hubiera creído capaz.

Inmediatamente que se separó de Rodriguez, se volvió á los Cerrillos, y envió chasques hasta los puntos mas lejanos, llamando en su nombre á los paisanos.

Y era un encanto ver como aquellos hombres leales y bravos, caian á los Cerrillos como si se hubieran disputado el placer de llegar primero.

Los mas venian con tropilla y todo lo necesario para entrar en una patriada, los otros con caballos de tiro y los que no habian podido moverse de otro modo, venian solamente en el montado, seguros que en los Cerrillos tendrian cuanto necesitasen.

Rosas hizo echar al corral las manadas de su estancia y los ochenta y seis puestos que la rodeaban, y montó en sus caballos á mas de mil paisanos que habian venido solamente en el montado.

Dejó en los Cerrillos como administrador á don Jenaro Chaves, hombre de toda confianza, y marchó al encuentro del general Rodriguez á la cabeza de unos tres mil hombres, decididos á arrostrar con él toda clase de peligros y privaciones.

El general Rodriguez puso á las órdenes del bravo La Madrid gran parte de estas milicias y marchó con el resto buscando la incorporacion de Dorrego, como este se lo habia ordenado, á marchas forzadas.

Rosas iba orgulloso al frente de sus colocados, bautisados con el nombre de regimiento 5^o de caballeria de campaña.

Y era realmente encantador el aspecto de aquella tropa entusiasta!

Segun los hombres que sirvieron en aquella época, de los que aún viven algunos, cada soldado de aquellos parecia un general, penetrado de su indiscutible importancia.

Marchaban alegres y entusiastas convencidos de que donde ellos cargaran, decidirian la accion.

El espiritu de todos nuestros paisanos estaba sublevado contra las infamias de todo género cometidas por los tropas santafecinas, y era una patriada que hacian con todo su corazon.

No existia entre ellos ninguna pasion politica ni de partido.

Creian que la causa que abrazaban era una causa santa, y así debia de ser cuando el patron marchaba á campaña abandonando sus valiosos intereses en manos de un administrador que, aunque era un hombre de confianza, no valia á su lado la pitada de un cigarro.

Rosas habia sacado tambien de los Cerrillos una punta de indios que destinaba á ser su vanguardia, una mitad y una compañía de flanqueadores la otra, que marchaba al flanco derecho de su estensa columna.

Cuando Rosas se incorporó en San Vicente con tan brillante columna, fué objeto, por parte del coronel Dorrego, de sus mas ardientes felicitaciones, no solo por el magnífico aspecto de la tropa, como por la celeridad con que habia ocurrido al llamado del gobierno.

Aquellos ginetes de tan llamativo uniforme ginetes en caballos de un solo pelo, tenian todo el aspecto marcial é imponente de una tropa de primer orden.

Y nuestro gaucho es en realidad un soldado que reúne condiciones incomparables.

Sufrido como ninguno, se le vé siempre alegre y risueño, á pesar de las fatigas y la ausencia total de pago.

Por largas y penosas que sean las jornadas siempre se halla dispuesto á marchar donde le mandan, sin que se apague un momento de sus lábios, la luz de su sonrisa noble y bondadosa.

El dia de la pelea, olvida todas sus penurias pasadas y la fatiga que momentos antes postraba su cuerpo.

Salta, con mas alegria que nunca sobre el potro, esté ó nó ensillado, y espera, como el mejor premio á sus desvelos y afanes, el toque de carga, precursor del entrevero y el triunfo.

Este es el gaucho porteño, héroe y victorioso en todas las jornadas, desde Octubre de 1820, é Ituzaingó, hasta el Paraguay y la meseta de Barracas!

Nada lo detiene, como nada es capaz de arrancar el sable de su mano vigorosa.

Muere con la sonrisa en los lábios ó llega triunfante al punto que se le señala.

No hay fatiga ni desventura que pueda doblar su espiritu poderoso.

Y cuando su cuerpo cae postrado por las marchas y privaciones, se le verá enderezarse

como un resorte de acero y saltar á caballo al primer toque de corneta que indique una carga á sable.

Esta era la gente con que Rosas acudia al llamado del general Rodriguez, gente á cuya cabeza debia empezar á figurar aquel hombre fatal.

El general Rodriguez, como comandante en jefe de las milicias del Sur, despues de desprender una columna fuerte á las órdenes de La Madrid, del héroe La Madrid, se puso en marcha asumiendo el mando del resto de las fuerzas.

Rosas iba simplemente como comandante de los colorados, aunque Rodriguez que estimaba su claro talento, consultaba con él hasta sus menores medidas de seguridad.

Así siguieron hasta incorporarse al altivo Dorrego, que ardía en deseos de encontrarse con Lopez y su ejército de bandidos, como se llamaban las milicias del Norte.

Pero antes de dar una batalla decisiva con Lopez, era necesario tomar á San Nicolás, donde como hemos dicho, se habian refugiado Alvear y el aventurero Miguel Carrera, aliados del gobernador Lopez.

Dorrego, á pesar de la fama que como militar empezaba á adquirir Alvear, fama inesplicable por cierto, y de los elementos con que contaba, decidió caer sobre San Nicolás, lleno de fé en las tropas que mandaba.

Tomó él en persona el mando de su infanteria, escasa pero bizarra, dividió la caballeria en tres grandes regimientos al mando de La Madrid, Rosas y Rodriguez, siendo este el jefe superior de todas ellas y en la madrugada del 2 de Agosto, atacó la plaza de San Nicolás con un vigor inesplicable.

Alvear habia reunido por su parte todos sus elementos, contando con sostenerse, si no triunfaba, hasta recibir contingente que le prometian de Entre-Rios.

Pero iba á tener que luchar con un enemigo terrible, por que era compuesto de tropas entusiastas y admirablemente mandadas.

El ataque lo inició Dorrego, cargando con su magnífica infanteria, despues de media hora de fuego récio y nutrido.

En cuanto flaquearon un momento los defensores de la plaza, cargó sobre ellos como una tormenta la caballeria, trabándose un combate sangriento de arma blanca.

Era tal el denuedo con que se batieron los colorados, en aquel dia de estreno, que tanto Rodriguez como el mismo Dorrego, no podian menos que fijar su atencion en aquellos gauchos que habiendo arrojado la inútil tercerola y enainado el sable que les inco-

modaba, desmontaban de sus caballos y cargaban á las infanterias acantonadas en la plaza, cuchillo en mano.

Las bajas fueron muchas, como sucede siempre en los combates á arma blanca, pero el triunfo mas completo y magnífico fué alcanzado por las tropas de Dorrego.

Los defensores de la plaza, viendo que era inútil seguir combatiendo, pues con ello solo lograban sacrificarse estérilmente, se rindieron á discrecion.

El estreno de los colorados no pudo ser mas brillante.

El general Rodriguez felicitó á Rosas cordialmente por la notable organizacion y bravura de aquella espléndida tropa.

—Son mis peonadas de los Cerrillos, respondió este, y están habituados á hacer lo que se les manda, ya sea parar rodeo, ya desalojar al enemigo de una plaza, por fuerte que sea.

Esto no es nada, mi general.

Espero un dia mejor para mortrar todo lo que vale el 5^o regimiento.

Y los colorados, que escuchaban estas ponderaciones del patron, se llenaban de orgullo y vanidad.

Y no le llamaban si no el patron, hasta en sus vivas, por que siendo realmente en su mayor parte peones de sus estancias, se les hacia muy cuesta arriba y fuera de sus costumbres llamarle comandante.

El golpe sufrido por Alvear en San Nicolás, que huyó en seguida á Santa-Fé, acobardó á Lopez y lo hizo entrar en negociaciones de paz, que fueron aceptadas por Dorrego, que no tenia por objeto hacer una guerra sin cuartel á Santa Fé, sino simplemente obligar á Lopez que se retirara con su ejército de la Provincia de Buenos Aires.

Abiertas las negociaciones de paz, se concedió una tregua de tres dias, imponiendo Dorrego como vencedor sus condiciones á Lopez.

Que Lopez se retiraria inmediatamente á Santa-Fé, rompiendo con Alvear y Carrera, y que no volveria á invadir mas la Provincia de Buenos Aires.

Como Rosas tenia estrecha amistad con Lopez, fué él el encargado de hacerle aceptar estas condiciones, con las que el caudillo santafecino se mostró conforme.

Pero agregando una cláusula que realmente no se podia aceptar.

Lopez pretendia que se le indemnizaran todos los gastos hechos en aquella campaña, y que se le devolviera la division prisionera en San Nicolás.

Dorrego no podia aceptar de ninguna manera semejante cláusula y la rechazó terminantemente.

Lopez insistió y dijo que para evacuar al provincia necesitaba que se le garantizara el cumplimiento de esa cláusula, lo que concluyó de irritar á Dorrego y decidirlo á marchar contra el campo de Lopez, y obligarlo á dar una batalla decisiva.

Remontado su ejército con elementos que habia recibido de la ciudad, entre ellos dos batallones de infanteria, marchó hasta el Arroyo de Pavon, donde encontró las avanzadas del ejército santafecino, el dia 12 de Agosto, diez dias despues de haber tomado la plaza de San Nicolás.

Lopez era un caudillo valiente, que habia hecho su aprendizaje militar en el sitio y toma de Montevideo.

Tenia confianza en su numeroso ejército, se creia mucho mas militar de los que mandaban las tropas porteñas y estaba profundamente convencido de que el triunfo seria suyo.

Por eso se habia resistido á firmar los tratados sin aquella cláusula inaceptable, pero que podria imponerla despues de aquella batalla que creia suya.

Así es que al avistar al ejército de Dorrego, tendió su larga línea, pensando imponerlo con la vista de sus numerosas caballerias.

El ejército de Lopez era indudablemente superior en número, pero no en bravura ni en organizacion.

Estando al lado de Pavon, Dorrego tuvo que pasar el arroyo y tender su línea de aquel lado.

Una vez tendidas las líneas y plenamente convencido Lopez de su superioridad numérica, describió con sus caballerias un semicírculo, tratando de encerrarlo en él y destrozarlo en seguida.

Este es el golpe estratégico favorito de los indios, y que Lopez habia explotado siempre con buen resultado.

Pero ahora tenia que habérselas no solamente con tropas bravas y engreidas sino con caballerias que, como la de Rosas, habian hecho su aprendizaje precisamente en simulacros con los indios.

Dorrego habia desplegado sus infanterias en el centro, colocando á su izquierda y frente á la derecha de Lopez, á Rosas con sus colorados, y á su derecha, izquierda enemiga, á La Madrid y al general Rodriguez.

En cuanto el centro de Lopez estuvo á buen tiro, rompió con su infanteria un fuego terrible, que le dió las primeras ventajas de la jornada.

Y mientras con ella llevaba una carga decisiva á la bayoneta, envió un ayudante á Rosas con la orden de cargar y que arrollara lo que tenia á su frente—la derecha de Lopez.

Rosas cruzó á escape por delante de su línea de batalla, proclamando á los soldados con los ojos y tocó primero á la carga y después en seguida.

El quinto regimiento, de los colorados, se lanzó, sable en mano con un entusiasmo febril.

Bien pronto despues, de chocar, arrojaron los sables, y cuchillo en mano se entreveraron con las caballerias santafecinas, sembrando el campo de cadáveres y heridos.

La caballeria de Lopez no pudo resistir aquel choque.

Se hizo un remolino primero, dió media vuelta y se lanzó á escape en completa derrota.

Un viva inmenso atronó los aires partiendo de las tropas del general Rodriguez, que habian estado á la expectativa, observando la carga llevada por los colorados.

Estos volvieron á empuñar el sable y comenzaron una persecucion tenaz, mandada por el mismo Rosas.

Esta no pudo efectuarse mas que por espacio de una legua, pues en ese trayecto la caballeria santafecina que tan garifa habia entrado en pelea, se hallaba completamente dispersa.

Cuando Rosas regresó trayendo mas de trescientos prisioneros, halló á Dorrego ocupando triunfante el campo de batalla.

La infanteria de Dorrego le habia destrozado y rendido el centro, al primer amago de carga, su izquierda, (de Lopez) lchando y en orden habia abandonado el campo.

Lopez deshecho, abandonó el Norte de Buenos Aires, y se retiró á Santa-Fé.

Dorrego se dispuso á seguirlo, para darle un golpe decisivo y concluir de una vez con esta guerra civil que tan cara costaba, y por la que tantos sacrificios se habian hecho.

Tanto Rosas como el mismo general Rodriguez se opusieron á que Dorrego, entrara á la provincia de Santa-Fé temiendo un descalabro que inutilizara los triunfos obtenidos.

Pero Dorrego estaba entusiasmado y queria perseguir á Lopez en su propia provincia, para concluir de deshacerlo.

Rosas, contando con Lopez, trataba de influir en el ánimo de Dorrego para que firmara una paz honrosa para ambas provincias.

Lopez estaba dispuesto á entrar en tratados y firmar una paz definitiva.

Pero Dorrego no aceptaba algunas de estas condiciones, y queria obligarlo, á todo trance á firmar los tratados que él habia confeccionado.

Todos los trabajos fueron inútiles y Dorrego insistió en invadir á Santa-Fé.

—Es una locura decia Rosas, algo exasperado.

Cualquier gobierno que lo suceda firmará la paz, y todos nuestros afanes habrán sido inútiles.

—Es una paz deshonrosa para Buenos Aires, y yo no la firmo, dijo Dorrego.

Invadiré á Santa-Fé, batiré á Lopez y obtendré entonces una paz que me convenga, sin tenerla que comprar con pagos ridículos de indemnizaciones.

Buenos Aires quiere y necesita la paz.

Pronto debe elegirse gobernador y este la firmará.

Dorrego creyó que él seria el gobernador electo, é inmediatamente envió una nota á Balcarce, gobernador interino, para que sin

pérdida de tiempo convocara al pueblo á elecciones.

Viendo entonces Rosas que todo seria inútil para obtener la paz y disuadir á Dorrego de entrar á Santa-Fé, pidió su separacion del ejército, lo que habia hecho y obtenido el general Rodriguez, dias antes.

Dorrego dió á Rosas licencia para venir á Buenos Aires, ordenándole que remontara el regimiento 5º diezmado en San Nicolás y Pavon y esperara sus órdenes.

Rosas se vino al Sur y empezó inmediatamente la remonta de sus colorados, con toda la actividad que le era característica, dispuesto, sin embargo de sus opiniones á obedecer el llamado de Dorrego,

El héroe de Octubre

En los combates de San Nicolás y Pavon, los colorados, habian sufrido muchas bajas, como que en los dos combates habian desempeñado un rol tan importante.

Rosas proclamó el resto de su tropa haciéndoles comprender los importantes servicios que con su bravura habian prestado y los obsequió con una gran fiesta campestre en los Cerrillos.

—Todavía nos queda el rabo por desollar! les decia, es preciso tener fé y constancia.

—Ya lo desollaremos! ya lo desollaremos, respondian los paisanos, ese y cincuenta rabos mas.

Y llenos de entusiasmo y alegres por las demostraciones de que eran objeto, se hallaban dispuestos á seguir con el patron en esa y mil patriadas mas.

Rosas, como siempre fué generoso con las familias de los que habian quedado en el campo, ya muertos, ya heridos.

Les repartió puntas de haciendas ya lanar, ya vacuna, á su eleccion, dándoles además dinero para atendieran sus necesidades mas apremiantes y se compraran luto.

Así á los que quedaban ó venian á engrosar las filas de los colorados, poco les importaba quedar ó no quedar panza arriba, como ellos decian.

Sabian que muriendo entre los colorados de Rosas, sus familias no habian de pasar miserias.

En pocos dias no solo estuvieron llenas las bajas del regimiento 5º, sino que tuvo que agregarle doscientas plazas mas, y aplazar

á otros por carecer de armas y uniformes suficientes.

Entre tanto el gobernador Balcarce habia convocado á elecciones para la junta que debia nombrar gobernador.

Los partidos se aprestaron a los trabajos para hacer triunfar tal ó cual candidato, siendo Dorrego el que con mas simpatias contaba.

Estaban en lo mejor de los trabajos, cuando se recibió, con asombro, la noticia de que Dorrego habia sido batido por Lopez.

Los temores de que las tropas santafecinas volvieran á invadir á Buenos Aires, se apoderaron de la poblacion.

Derrotado Dorrego no se contaba con elementos prontos para contener los desmanes de Lopez.

Rosas entonces, que se habia hecho el hombre de la situacion, escribió á Lopez diciéndole que no invadiera, y esperara la instalacion del nuevo gobierno para que se firmaran los tratados de paz, que tanto á Santa Fé como á Buenos Aires, convenian bajo todos respectos.

Dorrego se habia internado en Santa Fé, falto de los elementos necesarios.

Lopez habia reorganizado los suyos y cuando lo vió imposibilitado de moverse con éxito por falta de caballadas, lo batió deshaciéndole su escaso ejército ya.

Regresó Dorrego á reorganizar sus fuerzas, siendo su primer medida ordenar á Rosas que se le incorporara con todas las milicias que hubiera reunido, orden que recibió al

mismo que la contestacion de Lopez, concebida en estos términos:

—No invadiré la provincia de Buenos Aires hasta que se nombre nuevo gobierno, con el que espero obtener la paz deseada.

Y Rosas mostró á las personas influyentes esta carta, garantiendo que Lopez cumpliría esa promesa.

Era preciso, pues, elegir un gobernante que respondiera á esta aspiracion de todos: la paz con la provincia de Santa-Fé.

Todos se recostaron á Rosas, comprendiendo todo el poder de su influencia en la campaña.

Aceptaria Rosas á Dorrego?

—Acepto al que haga la paz con Lopez dijo por que he empeñado mi palabra de que se hará.

No habia, pues, que pensar en Dorrego, pues conocidas eran las decisiones de este en no hacer esa paz que aún ereia poder imponer con las armas.

Las personas de mayor influencia vinieron entonces á conferenciar con Rosas, preguntándole si apoyaria una lista que respondiera á la eleccion del general Rodriguez.

—El general Rodriguez hará la paz, dijo Rosas, y una paz decorosa para ambas provincias.

Apoyaré esa lista siempre que se me garantan que elegirán a Rodriguez.

Triunfó la lista de representantes apoyada por Rosas, y la junta nombró a don Martin Rodriguez gobernador y capitán general de la provincia de Buenos Aires.

Aquí fué el cataclismo!

Los dorreguistas que eran muchos y fuertes en la ciudad, se prepararon a resistir aquel nombramiento, aún a costa de una revolucion.

Y a gran prisa empezaron á reunir sus elementos.

Y mientras el general Rodriguez venia a tomar posesion de su alto cargo, Rosas reunió sus milicias y marchó a incorporarse a Dorrego en cumplimiento de la orden recibida.

Rodriguez no contaba con la ambicion de los querian conquistar el mando, aún á costa de la patria.

Los partidarios del general Soler y de Saratea, alzaron el poncho, y una vez en Buenos Aires el nuevo gobernador, desconocieron su nombramiento, y se levantaron en armas, dispuestos á resistir la nueva autoridad.

Despechados de colocar sus respectivos candidatos, se habian aliado, pretendiendo entregar el poder al coronel Dorrego, á pesar de la junta de representantes y del mismo general Rodriguez que habia asumido el mando

y se hallaba en el Fuerte, hoy Casa Rosada.

Inmediatamente mandó un chasque á Rosas, ordenándole como gobernador y capitán general de la provincia que, con todas las milicias que habia reunido, para proteger á Dorrego, viniera forzando sus marchas á Santa Catalina, donde debia esperar sus órdenes.

El 1º de Octubre á la noche, empezaron á reunirse en el Betiro, las fuerzas con que contaban los sublevados, que eran el batallón Fijo y el 2º y 3er. tercio de éivicos.

Una vez reunidos estos, teniendo á la cabeza á sus gefes, Gonzalez Salomon y el coronel Pagola, jefe del movimiento, formó este una columna, con la que salió á la calle, en direccion á la plaza de la Victoria, á los gritos de:

—Viva Dorrego!

Abajo Rodriguez y los directoriales!

El general Rodriguez que era un hombre bravo y dispuesto á hacer respetar la autoridad que investia, se hallaba en el Fuerte, como hemos dicho, preparado á todo evento.

Las únicas fuerzas que le permanecian fieles en la ciudad, eran un batallón de Agueridos y otro de Cazadores, con los que contaba sofocar cualquier tumulto.

Al efecto habia situado los cazadores bajo la Recoba Nueva, y los Agueridos delante del Fuerte, dando el frente á la que es hoy plaza 25 de Mayo.

A la columna mandada por Pagola, cuya composicion conocemos, se fueron agregando en el camino algunos grupos armados, de los comprometidos en el movimiento, los que la reforzaron de una manera considerable, dado el número de los leales al gobierno.

Los Cazadores que estaban bajo la Recoba, sintiendo los gitos de muerte que lanzaban los amotinados, se prepararon al combate resueltamente, de modo que cuando la columna del coronel Pagola llegó á la plaza, fué recibida por un nutrido fuego de fusileria, que los hizo vacilar un momento.

Pagola proclamó sus soldados, mostrándoles cuan fácil seria triunfar de los pocos elementos con que contaba Rodriguez, dió frente á los Cazadores y respondió el fuego con bastante entusiasmo y bríos.

Algunos grupos de partidarios armados venian tambien en proteccion á las tropas del gobierno, ocupando desde el primer momento las azoteas y casas inmediatas á las dos plazas, desde donde rompieron tambien un vivo fuego en apoyo de los Cazadores.

El combate se habia hecho general y encarnizado.

Por ambas partes se combatia con igual bravura y decision.

Los Aguerridos habian desprendido algunas compañías en apoyo de sus compañeros, contingente que volvió à hacer vacilar à las fuerzas de Pagola, creyendo que los que entran al combate de refresco serian superiores en número.

Pero Pagola se lanzó à lo mas récio de la pelea, comunicando à sus tropas su bravura, y despues de proclamarlas de una manera enérgica y lacónica, las llevó de nuevo al combate, bajo el fuego de los Aguerridos, en una brillante carga à la bayoneta.

El general Rodriguez seguia à su vez todos los episodios del combate, sintiendo la sangre que se derramaba, privando à la patria de tan valerosos soldados.

Cargado de firme por los cívicos y los hijos, tocó el turno de vacilar a los Cazadores, que empezaron a retroceder algo desmoralizados.

Pagola viendo flaquear al enemigo, cayó de nuevo con mas bríos, y despues de una resistencia corta pero terrible, los Cazadores, quitados en el combate, cedieron el campo, rindiéndose unos y dispersándose los que pudieron.

Pagola siguió adelante, con sus tropas embavecidas por la resistencia que acababan de vencer.

Los fuegos se habian apagado tambien en las azoteas vecinas, ya por falta de municiones, ya por que los que los sostenian presintieron la derrota.

Solo quedó frente à la columna de Pagola, disputándole el paso el batallon de Aguerridos.

El choque fué violento, por que aunque muy inferiores en número, los Aguerridos era un cuerpo que tenia ya una historia y una página gloriosa.

Pero el enemigo era demasiado fuerte y solo le quedaban las bayonetas, pues las municiones se les habian concluido.

Las compañías que habian acudido en sosten de los Cazadores, empezaron a replegarse al Fuerte, buscando el apoyo de los que allí estaban, que recibieron à los asaltantes con descargas que les produjeron numerosas bajas.

Pero con aquellos elementos solos, era inútil pensar en contener a un enemigo que venia victorioso y era superior en número.

El general Rodriguez, hombre práctico en estas cosas y que jamás perdia su sangre fria y aplomo, comprendió que allí no le quedaba mas que hacer, y montando a caballo salió en direccion a Santa Catalina, donde creia encontrar a Rosas, acompañado de una escolta de sus leales.

Queriendo no sacrificar mas inútilmente al bizarro batallon de Aguerridos, dió orden que no hicieran mayor resistencia y dejaran entrar al Fuerte a los asaltantes.

Los comandantes que mandaban los cuerpos de asalto, Epitacio y Dámaso del Campo, Salomon y Chilabert, tomaron posesion del Fuerte, despues de haber dispersado à los Aguerridos que entregaron las armas.

Los alrededores del Fuerte y de la plaza habian quedado sembrados de cadáveres.

Estos cadáveres fueron recojidos en la madrugada del 2 de Octubre, y arrojados en un hueco que habia al lado de la Catedral, donde hoy se halla el domicilio del arzobispo, y donde se enterraron los que buenamente se pudieron.

El coronel Pagola, dueño absoluto de la ciudad, en union a los miembros del Cabildo nombró al general Quintana comandante en jefe de los cívicos, mientras una gran multitud invadia el recinto del Cabildo, pidiendo la anulacion del nombramiento del general Rodriguez.

Los cabecillas de este movimiento comprendieron que la inaccion era su muerte.

El general Rodriguez en campaña, organizaria pronto buenos elementos y no tardaria en atacar la plaza para someterla a su autoridad.

Pagola y sus parciales enviaron un chasque a Dorrego dándole cuenta de los sucesos y haciéndole notar lo conveniente de su presencia.

Y el mismo Cabildo que habia vacilado inclinándose a los revoltosos, le mandó un oficio, diciéndole que acelerara sus marchas hacia la ciudad.

Y para quitarle aquel poderoso elemento, envió a Rosas una orden terminante, para que con las fuerzas que hubiera reunido, obedeciera la orden de incorporarse à Dorrego, que habia recibido dias antes.

Entre tanto y para precaverse de todo peligro, empezaron a organizar una línea de defensa en fuertes trincheras, que impidieran cualquier ataque y dieran tiempo a llegar a Dorrego con su ejército.

Creemos oportuno dar aquí ciertos detalles para que el lector pueda apreciar la importancia de aquel hecho de armas.

Las fuerzas con que contaban los revolucionarios, eran compuestas de esta manera:

Batallon de Cazadores al mando del coronel Vidal, con trescientos cincuenta hombres.

Batallon Fijo, coronel Benito Martinez, cuatrocientos.

Los Aguerridos, reorganizados y a órdenes del coronel Rolon, seiscientos.

Artilleria mandada por el coronel Manuel Ramirez, doscientos.

Los cuerpos de cívicos divididos en tercios, 1^o, 2^o, 3^o y 4^o contaban de mil quinientos hombres mas ó menos, pues el resto no habia acudido al toque de generala.

Estos tercios eran mandados por los comandantes Urien, Salomon, Montes de Oca y Alzaga, que mandaba los titulados pardos y morenos.

Con el segundo tercio de cívicos se estableció un canton con dos piezas de artilleria en la boca-calle de la plaza, Bolivar y Victoria y otro en la azotea del café de don Marcos, esquina que mira al colegio.

Los demás cantones cubiertos por el segundo tercio, se hallaban situados en el cuartel del regimiento de patricios, hoy Universidad, otro canton corrido en la casa tienda de Nevares, donde hoy está el palacio de la industria y otro canton de cien hombres en la casa de Quirno, teatro hoy de la Victoria.

El cuarto tercio, daba servicio en los siguientes cantones:

Boca-calle de la plaza, hoy casa de Oliveira, uno con 2 piezas de artilleria.

Otro en la azotea del famoso café de don Martincho, hoy café del Plata.

Otro en la casa de Obligado, frente á lo de Posadas.

Y otro fuerte de cien hombres con otras dos piezas, en la Catedral y San Martin.

El tercer tercio cubria todo el Norte, siendo su canton principal en el café Catalanes.

Los Aguerridos estaban en la calle San Francisco, hoy Defensa, ocupando un canton con dos piezas en el café de la Recoleta, donde estaban últimamente los tribunales.

Otro frente á Santo Domingo, en la casa que fué del general Quiroga, y un gran canton de escucha, fuerte de doscientos hombres, en la casa de Vietes, al lado del mercado del centro.

Dos piezas de artilleria de buen calibre, se hallaban colocadas en la calle de la Merced, Reconquista hoy, al lado del café del Coliseo, donde mas tarde se construyó el teatro Colon.

En la calle de Balcarce habia un gran canton, en una carniceria que mas tarde fué cuartel de la escolta de Rosas y actualmente Congreso Nacional.

Este canton se hallaba protegido por un caballo de friso, que no era otra cosa que un gran cilindro de madera, cubierto de enormes clavos de punta saliente, que se colocaba sobre dos pilares y se hacia girar por medio de dos grandes manubrios.

Estos llamados caballos de friso, eran máquinass que en esa época daban magníficos resultados.

Otro gran caballo de friso se hallaba colo-

cado en la calle 25 de Mayo, y en la parte del Retiro, Norte y Sud, estaba cortada la calle por una zanja y estacada.

El resto de las fuerzas se hallaba en la plaza.

Los batallones de línea (Fijo y Cazadores) estaban destinados á proteger los cantones, haciendo salidas en la direccion que se les indicara.

El general Rodriguez llegó á Santa Catalina creyendo hallar allí al comandante Rosas con sus milicias, pero este no habia llegado todavia.

Rosas se habia encontrado en el camino con la órden de Rodriguez, la de Dorrego y la del cabildo, vacilando un momento sobre cual debia obedecer.

Habia llegado al Puente de Marquez, aún indeciso, cuando lo encontró la segunda órden de Rodriguez, encareciéndole que doblara sus marchas, tratando de no perder un segundo, pues de otro modo quedaba seriamente comprometido el imperio de las leyes.

En vista de esta segunda y terminante órden, Rosas reunió á sus oficiales mas caracterizados, consultándoles el camino que debia tomar.

Todos fueron de opinion que se debia obedecer sin vacilar la órden de Rodriguez, pues era el gobernador y capitan general de la provincia legalmente nombrado.

Rosas se decidió entonces á venir á Santa Catalina, que era su deseo; demasiado comprendia la ansiedad con que lo esperaria el general Rodriguez.

Este habia logrado reunir mil hombres de toda su confianza, pero estas eran fuerzas con las que á penas podria iniciar su ataque á la ciudad.

En la madrugada del 3, se presentó por fin Rosas en Santa Catalina, seguido de sus célebres colorados en número de mas de mil hombres.

Desde aquel momento Rodriguez no dudó un momento de su triunfo.

El Sur de la ciudad estaba guarnecido por compadres y gente de las orillas, entre las que Rosas tenia un gran prestigio.

— Esos se vendrán conmigo en cuanto yo me presente, dijo, y podremos engrosar con ellos nuestras infanterias.

El gobernador Rodriguez se encontró así al frente de mas de dos mil hombres entusiastas, y deseosos de entrar en pelea.

El mismo dia 3 á la tarde, Rosas desprendió pequeñas partidas á reconocer los alrededores, mientras el ejército avanzaba hácia la ciudad, para estar listo á operar prontamente.

Como Rosas lo habia previsto, su columna no tardó en engrosarse con la guarnicion

de todos los cantones del Sur, que quedaron abandonados.

Los gefes y oficiales que los mandaban, eran todos amigos unos y protegidos otros de Rosas.

Así es que al saber que el gefe de los colorados se hallaba con el general Rodriguez, abandonaron sus posiciones seguidos de la tropa y se incorporaron.

En vista de esto el general Rodriguez, se vino hasta la Residencia, donde instaló su cuartel general.

Rosas avanzó hasta las plazas de Monserrat y Concepcion donde se retiró con sus colorados, esperando la orden de atacar.

El coronel Pagola entonces se limitó á cubrir y atender la línea de cantones, que hemos enumerado mas arriba.

Queriendo evitar en lo posible la efusion de sangre humana, Rodriguez envió un pliego al Cabildo, notificando que estaba dispuesto á hacer respetar su autoridad, por todos los medios á su alcance.

Pero que si la junta de representantes queria asumir otro rol y anular su nombramiento el obedeceria de la misma manera.

La junta, viéndose apoyada así por un buen cuerpo de ejército, resolvió confirmar el nombramiento del gobernador Rodriguez, mandando á las tropas de la plaza que se retiraran á sus cuarteles y esperaran allí las órdenes del señor gobernador.

El coronel Pagola, lejos de obedecer, proclamó sus tropas en la plaza, declarando á su vez que desconocia al tal gobierno y el derecho con que la junta pretendia imponerlo.

Y las tropas permanecieron leales á Pagola, desconociendo toda autoridad que no fuera el coronel Dorrego.

En vista de esto, el general Rodriguez encomendó al comandante Rosas trajera el ataque á la ciudad con todas las fuerzas de su mando, mientras él quedaba en la Residencia con un buen cuerpo de reserva compuesto de todas las infanterias.

En la madrugada del dia 5, el comandante Rosas preparó sus columnas de ataque, dando á cada gefe las mas minuciosas instrucciones sobre el trayecto que debian recorrer y los puntos que debian atacar y tomar.

Desde el 4 por la mañana se habia roto el fuego de parte á parte, teniendo lugar algunos encuentros, sangrientos sí, pero de ninguna manera decisivos.

Rosas lanzó una columna por la calle de Bolivar, enviando otra por la de Victoria, con órden de arrollar el canton situado donde hoy es el teatro, y seguir hasta la plaza.

Él tomó el mando de unos escuadrones de sus colorados y se lanzó por la calle de la

Defensa, á estrellarse con el canton frente á San Francisco.

En los dias anteriores y durante los combates parciales de que hemos hablado, se habian presentado á Rodriguez muchisimos soldados del primer tércio de cívicos, los que le habian dado minuciosos detalles sobre las fuerzas de la plaza y situacion de las trincheras.

De modo que el gefe de los colorados conocia el terreno donde iba á operar, como si él mismo lo hubiera preparado.

El combate de caballeria contra infanteria acantonada era sumamente desproporcionado y espuesto á un rechazo fatal.

Pero Rosas conocia bien á sus colorados y sabia que todo peligro desapareceria una vez llegado al canton.

Este ataque era tanto mas audaz y atrevido, cuanto sabian que habia dos cañones cuyas bocas barrian todo el largo de la calle Defensa.

Rosas á la cabeza de sus magníficos ginetes tomó la calle de Venezuela y doblando por Defensa se fué sable en mano y como un relámpago, sobre el canton defendido de la manera que ya conocen nuestros lectores, y situado frente á Santo Domingo, en la casa del general Quiroga.

Los colorados sufrieron mucho aunque avanzaron á escape, pero forzaron esta primera dificultad, pues sus defensores se retiraron al canton de la casa donde estaban los tribunales, perseguidos á sable limpio.

Las dos piezas de este canton empezaron entonces á barrer las calles, haciendo como es natural grandes destrozos en aquellos verdaderos leones.

Rosas comprendió que la inaccion era la muerte, y que no habia retirada posible, ante el fuego de fusileria que se le hacia y los disparos de las dos piezas.

Así es que tratando de ganar tiempo y apagar rápidamente los fuegos de aquel canton, mandó tocar á degüello.

Y los brillantes escuadrones, á pesar de aquella lluvia de muerte, se lanzaron á escape sobre el segundo canton, al grito de viva la patria!

La guarnicion creyó sujetarlos, con un nutridísimo fuego y acelerando en lo posible los disparos de cañon.

Pero todo fué inútil.

Aquellos ginetes asombrosos llegaron hasta la boca de los cañones, apagando sus fuegos y matando á sablazos los artilleros que los servian.

Entonces echaron pié á tierra y sacando sus cuchillos, empezaron á combatir de una manera terrible, irresistible.

Aquel ataque heróico, traído con un vigor asombroso y con una insistencia soberbia, tenia que dar brillantes resultados.

Los que no quisieron morir bajo el facon de los colorados, tuvieron que rendir sus armas ó replegarse á la plaza en completa dispersion.

Rosas siguió en direccion á la plaza, dejando la calle cubierta de colorados.

Por que aquel triunfo lo habia obtenido con numerosas y sensibles pérdidas.

Y cargó con tal impetuosidad que bien pronto doblaba por la calle de Cabildo, hoy Victoria, arrollando cuanto se le ponía por delante.

Cuentan los que presenciaron este combate, que es imposible batirse con aquel lujo de bravura y aquel desprecio del peligro.

Los que habian salvado de aquel rudo ataque siguieron ya de á pié, con el cuchillo en la mano y las bolas en la otra.

Rosas estaba ávido por conocer el resultado que hubiesen obtenido las otras dos columnas de ataque.

La de la calle de Bolivar se habia detenido frente al colegio, y hacia prodigios de todo género por forzar aquel canton defendido por los cívicos que lo servian con un gran encarnizamiento.

Rosas mandó un chasque á la Residencia, pidiendo refuerzos de infanteria, y trató de averiguar lo que habia sido de la columna que habia avanzado por la calle de la Victoria.

Esta era la que mas habia sufrido, por que era la peor mandada.

Habia forzado el canton del teatro de la Victoria, con grandes pérdidas, pero delante de la boca-calle del sud este de la plaza, se habia visto obligada á echar pié á tierra y cargar á cuchillo.

Cuando Rosas vió esto, mandó marchar de frente á aquellos escuadrones terriblemente quintados que habian entrado con él, y cargó á su vez aquellos cantones, por el flanco y la espalda.

La victoria no se hizo esperar mucho tiempo.

Cuando se combate de esa manera, el triunfo puede demorar un momento mas ó menos, pero siempre es seguro.

En aquellos mismos momentos se pasaba á las fuerzas del general Rodriguez, que ocupaba el Mercado Viejo, el batallon de Cazadores, con su gefe el comandante Manuel Correa, sin faltar un solo soldado.

Ya no era posible dudar del éxito de la jornada.

Las fuerzas que ocupaban los cantones del Congreso y otras de ese lado, se reconcentraron á la plaza volviendo á ocupar los canto-

nes de la calle de la Defensa, que cayeron nuevamente en manos de las fuerzas del gobierno.

El coronel Lamadrid que se habia incorporado á última hora, doblando por la calle de San Juan, hoy Alsina, cayó sobre dicho canton, al frente de un escuadron de caballeria.

Tomó las piezas á sable, y las dió vuelta haciendo con ellas mismas fuego hácia la plaza.

Quedaba en fuerte pié todavia el canton del Colegio, que era el que resistia con mas bravura, rechazando todas las cargas.

Pero los refuerzos de infanteria pedidos por Rosas empezaron á llegar encontrando el camino mas despejado y libre de enemigos.

Estas fuerzas tomaron por el lado Sud las azoteas de la manzana donde se hallaba situado, de manera que vino á quedar entre dos fuegos.

Todavía hicieron refuerzos heróicos, pero al fin tuvieron que ceder, y rendirse como los demás, despues de tentar todo género de esfuerzos.

Al caer la noche, se habian apagado los fuegos en todos los cantones, que cayeron en poder de los colorados y las tropas que á última hora tomaron parte en la accion y su desalojo.

La accion, pues, estaba terminada, y siendo la obra esclusiva puede decirse, de Rosas y sus colorados.

Cuando el fuego cesó por completo y solo se escucharon esos disparos perdidos, últimos écos de los combates, el comandante Rosas tocó llamada en la plaza de la Victoria, donde se reunieron en el acto sus colorados, es decir, los colorados que habian salvado de aquella lucha tremenda.

Rosas los hizo formar en batalla al rededor de la plaza, y los dirigió la palabra con frases sentidas y conmovedoras, que los paisanos escuchaban con enternecimiento, satisfechos de haber merecido las fecicitaciones de aquel gefe á quien tan ciegameamente amaban.

El general Rodriguez conmovido profundamente por la conducta de Rosas durante toda la accion, le dió un fuerte abrazo llamandolo su coronel, y saludando cariñosa y respetuosamente á aquellos nobles escuadrones con la cabeza descubierta.

—Con soldados como esos y mandados por hombres de este temple, agregó, no hay nada imposible.

Salud al valiente regimiento 5.º de caballeria de campaña!

Rosas ordenó que ninguno de sus colorados se moviera de la plaza bajo ningun pretesto, dejando una simple guardia de cuartel

para que se cumpliera aquella orden, retirándose á acompañar al general Rodriguez, que se dirigia al Fuerte, donde era esperado ya por las personas mas notables y numerosos partidarios.

Los demás cuerpos que habian tomado parte en el asalto, fueron enviados a alojarse en los diversos cuarteles de la ciudad, con la orden tambien de que ningun soldado saliera á la calle, para conservar el orden, evitando de esta manera, cualquier escena que pudiera empañar el brillo de aquella gloriosa jornada.

Aquella noche la plaza de la Victoria ofrecia un aspecto singular y alegre.

Los cadáveres que habia en ella y sus adyacencias fueron arrojados provisoriamente al hueco que hemos indicado ya, donde hoy es la residencia arzobispal, dejando la plaza completamente limpia.

En seguida cada soldado encendió un fogon mas ó menos grande, entregándose á aplacar el hambre de la manera que podia.

Desde el toque de diana no habian probado un solo bocado aquel dia, y estaban postrados por el hambre y la fatiga de tanto combatir.

Despues del triunfo

La plaza de la Victoria se habia convertido en una verdadera féria, que duró el tiempo que en ella camparon los colorados de Rosas.

La curiosidad por conocerlos, por verlos y hasta tocarlos, era grande.

El pueblo queria ver de cerca aquellos valientes que habian combatido con tanto denuedo y bizarría y que despues del triunfo se mostraban tan tranquilos y alegres, guardando un orden digno de tropas regulares de las mejor disciplinadas.

La sorpresa producida por la actitud de aquellos paisanos era tanto mayor, cuanto que todos creian que despues de tomar la ciudad, el paisanaje se entregaria al pillaje y saqueo mas desenfrenado.

—La embriaguez, pensaban, es inevitable en esta clase de soldados, despues de una victoria tan ruidosa.

Quién podrá contenerlos cuando son dueños absolutos de la ciudad?

Es que ninguno conocia el pié de disciplina y respeto á que aquellos soldados habian llegado bajo la organizacion de su gefe.

Así es que cuando pasó la primera noche sin que se produjera el menor escándalo, la confianza volvió á los ánimos, despertándose la curiosidad de conocer aquellos bravos, tan terribles en la pelea y tan respetuosos y sumisos en el triunfo.

Y como era natural, no podia menos que infundir un gran respeto y consideracion, el hombre que habia sido capaz de organizar aquellas tropas, dirijirlas en medio de la pelea encarnizada, y lucirlas mas tarde como modelo de disciplina y orden.

Aquella primer noche, todo en la ciudad fué fiesta y regocijo.

No habia entonces *high life*, y si la habia como era natural y legítimo, nadie hacia de ello alarde.

El pueblo verdadero y soberano no era un mito, como hoy en dia, y tomaba una parte activa en todo lo que al engrandecimiento de la patria se referia.

El general don Martin Rodriguez, fué así objeto de la mas viva simpatía por parte del verdadero pueblo que lo rodeó y lo victoreo con un entusiasmo conmovedor.

Rodriguez, modesto y humilde como todo hombre de verdadero mérito, declinaba todo el honor y gloria de la jornada en el coronel Rosas, á quien presentaba como héroe del gran movimiento.

Y Rosas, que ocultaba hábilmente el orgullo y vanidad que experimentaba, atribuia todo el éxito de aquel asalto formidable, á su denodado regimiento número 5 de caballería de campaña.

Los festejos y jarana duraron toda la noche, aunque los héroes de aquella jornada se retiraron á buena hora á reposar las fatigas de la batalla.

Rosas no quiso abandonar á sus colorados.

A pesar del magnífico alojamiento que le hizo preparar Rodriguez, á pesar de los emisarios que le mandó su padre, pidiéndole fuera á descansar á su casa, y á pesar de estar esperándolo con la ansiedad consiguiente su joven esposa, no quiso pasar esa noche mejor de lo que la pasarían sus compañeros de fatigas.

Se fué primero á saludar á sus padres, primer visita que les hacia despues de su disgusto.

Pasó luego á casa de la familia de Ezcurra donde estaba su esposa, y despues de corto

momentos que estuvo en compañía de doña Encarnacion y sus hijos Juan Manuel, y Manuelita, que tenia ya tres años, regresó á la plaza convertida en campamento de sus colorados.

Allí estuvo largo lasgo rato felicitando á las compañías que mas se habian lucido y tomando un mate en cada fogan.

En seguida hizo tender su recado en medio de la plaza y se entregó al descanso, como si estuviera en campaña.

Sus soldados recibieron con esto el mejor premio que podia dárselos.

Miraban carinosamente á su gefe, y esclamaban:

—Esto se llama querer á su tropa, y ser un criollo á toda prueba!

Para que haiga dos hombres como el patron!.....

Y durmió aquella noche sobre su recado, como podia haberlo hecho en la cama mas blanda y cómoda.

Es que era un hombre de un temple de arma excepcional, de una naturaleza singularmente vigorosa y habituado como estaba desde muy jóven á aquella vida original de nuestro gaucho.

En la plaza no hubo aquella noche mas servicio que una simple guardia de prevencion, mas por fórmula que como una medida de seguridad.

Bien sabia Rosas que habiéndolo él ordenado, no se moveria de la plaza un solo hombre, mas, desde que él estaba allí durmiendo con ellos.

Al otro dia, al toque de mediana, el coronel Rosas estaba de pié, para recibir personalmente el parte de la noche.

No habia una sola novedad que comunicarle, fuera del hecho triste triste de haber fallecido dos de sus bravos, á consecuencia de las heridas recibidas en el asalto.

Rosas mandó velarlos como si hubieran sido oficiales, y anotó sus nombres, en su cartera, junto con otros muchos.

Eran los apuntes que le servian mas tarde para la recompensa y socorros á las familias que quedaban en la indigencia.

Ya sabian los paisanos que aquella era una ley inconvencible en los Cerrillos.

El patron no abandonaba nunca á la familia de aquellos que habian caido á su lado.

Despues de la lista, envió comisiones á recorrer las calles donde habian combatido el dia antes.

Estas comisiones llevaban la órden de recoger todo cadáver que perteneciera á sus colorados, y llevarlo á la plaza con todo respeto y esmero.

Y una vez que todos fueron recojidos, se proporcionó las ambulancias necesarias, lle-

vándolos al cementerio, él mismo, al mando de su escuadron, que debia hacer los honores á aquellos héroes caidos tan gloriosamente.

Terminado este acto regresó á la plaza, que los soldados habian barrido y limpiado ya de tal manera, que segun la frase vulgar y exajerada, se podia comer en el suelo.

No habia mas contra-tiempo higiénico, que la cantidad de cadáveres arrojados al hueco de hemos hecho mencion, al lado de la Catedral, y que no fué posible sacar hasta mas tarde.

Rosas hizo formar su regimiento en la plaza á la órden de parada, y repartió un peso fuerte á cada soldado y dos á cada oficial, para que atendieran sus vicios.

Escusado es decir que esto lo hacia de su bolsillo particular, pues el gobierno aún no estaba para atender otra cosa que las necesidades mas urgentes de la guarnicion.

Temprano habia mandado á todos los cuarteles, las necesarias raciones de carne y lo que los soldados llaman viveres secos.

De modo que aquel peso venia á ser casi inútil, desde que él habia recomendado á su gente que no fuera á comprar bebida, y sabido es que una recomendacion suya era una órden para su tropa.

Una de nuestras viejas glorias militares que tenemos presente y nos pide reservemos su nombre, nos dá interesantes datos sobre la estadía de aquellas tropas en la plaza de la Victoria.

Las familias mas respetables y el comercio todo de la ciudad, hacia al 5º regimiento todo género de regalos, los que aceptaban con muestras del mas profundo agradecimiento, con escepcion de la bebida, que era devuelta por los oficiales, rogando no insistieran en hacerla aceptar, por que tenian órden del coronel de no recibirla.

Y esta órden se cumplió tan fielmente, que uno de los negociantes de la Recoba, entusiasmado por el espectáculo y algunas caricias que aquella madrugada le hizo el buen Baco, se presentó en la guardia de prevencion, armado de dos morrudos frascos de ginebra y pretendiendo convidar á todo el mundo.

—A la salud de los colorados! dijo, sacando el veneno á los frascos con un beso soberrano.

Y pasó las dos limetas para que circularan entre la tropa.

—Ni por un queso! dijo el sargento alegremente al contemplar la desfachatada fisonomia de aquel honesto adorador de Baco.

Todo que usted quiera, hermano, lo aceptaremos de todo corazon, pero bebida... el patron ha dicho que *necuacua!*

—Pues ahora yo mando mas que el patron,

replicó el matutino y entusiasta borrachito, y à su salud hay que vaciar estos dos frascos.

-No hay tu tia, volvió á replicar el jovial paisano—donde manda capataz el peon envaina.

El negociante insistió, é insistió anto, que à los soldados se les iban los ojos. ¶

El sargento entonces, para cortar toda discusion y quitar aquella tentacion de delante, tomó los dos frascos y los estrelló uno contra el otro.

El borrachito no se dió por vencido ante esta demostracion.

Abandonó el cuerpo de guardia, pero cinco minutos despues regresó trayendo en vez de dos, cuatro frascos de ginebra.

-Usted nos quiere hacer poner mal con el patron, dijo entonces el sargento poniéndose sério, váyase amigo por favor.

Pero aquel hombre insistió de una manera endiablada, en que se habian de destripar aquellos cuatro frascos de ginebra.

-Váyase por vida suya! volvió á exclamar el sargento en último trance, pero el negociante volvió á la carga y declaró que no se iba hasta no ver vacios los frascos.

El sargento entonces los tomó y los rompió uno por uno.

Y para evitar que volviera á la carga con otros mas, lo arrestó dando cuenta á su oficial.

Cuando volvió Rosas al campamento, pues aquello no era otra cosa, y tuvo conocimiento del suceso, se apersonó en el acto á la guardia de prevencion.

Allí estaba el preso, libre de la influencia del pernicioso Baco, pero firme como nunca en su pretension.

Cuando el coronel Rosas lo mandó poner en libertad, se le paró por delante diciéndole de la manera mas chusca:

-Yo no quiero irme de aquí sin haber visto estos buenos mozos apurar una frasquera de ginebra que yo pago, á la salud de su jefe.

Rosas no pudo contener su seriedad y tuvo que reirse ante tan singular pretension.

Y tales fueron los argumentos y entusiasmo del original invitante, que se vió en la necesidad de permitir que cada soldado tomara una copita.

Transada así la cuestion, aquel hombre original se retiró regresando en seguida con una frasquera de ginebra que se abrió en el acto, y con un frasco en una mano y la limeta en la otra, empezó à recorrer los fogones, ofreciendo à cada cual su racion convidada.

Como en cada fogon se despediera cehándose al coleteo él mismo una copa, resultó que

al final del reparto habia agarrado una mona que bien podia calificarse de Gorila ó Chimpanzé.

Fué tan soberbio el peludo, que tuvo que quedarse allí à dormirlo, en medio de la algazara de los soldados, que hicieron sociedad de ponchos y caronas, para prepararle la cama mas blanda en que jamás haya dormido borracho alguno.

Esta tranca duró 24 horas, condicion de toda tranca de ginebra, segun los hombres prácticos á este respecto.

Como los soldados andaban platudos, por que así no mas no se gastaba un peso fuerte en aquella época, la plaza de la Victoria era un enjambre de vendedores de toda *laya*.

Allí caia el mazamorrero, como el aceitunero, y la vendedora de *muñuelos* en almibar, tipo tradicional, perdido completamente como muchos otros.

Todavía no habian venido *la rija manana* y *larranca dulchi* á capotear á los criollos vendedores.

Y los soldados comian hasta vaciar la cesta, pagando religiosamente, sin que jamás hubiera á este respecto un altercado ó cambio de palabras.

Aquel campamento fué tradicional por el órden asombroso que en él reinó durante los dias que lo ocuparon los soldados del 5º, es decir, los colorados.

El gobernador Rodriguez habia organizado su gabinete, llamando á su lado á Bernardino Rivadavia y Manuel José Garcia.

La bandera de aquel gobierno eminente era la paz firme y duradera, para que el pais prosperara y se levantase del estado de postacion en que yacia.

Los que habian tomado parte en aquel movimiento revolucionario que tanta sangre costó, eran perdonados sin condicion alguna, por aquel gobierno que se inauguraba en medio del desquicio y desorganizacion mas grande por que haya pasado Buenos Aires y la República entera.

Habia en el gabinete una sombra pesada, que era lo que motivaba la permanencia de los colorados en la plaza de la Victoria.

Y esta sombra era el ejército de Dorrego. - El coronel Dorrego, decian en voz alta, viene con su ejército á cambiar por completo la situacion.

Con sus tropas depondrá al gobierno de Rodriguez, trepando él al poder, aunque sea sobre un nuevo monton de cadáveres.

Y los emisarios se sucedian unos á otros anunciando que Dorrego forzaba sus marchas y exajerando el número de soldados de su ejército.

Los dorreguistas rodeaban á este coronel tan patriota como virtuoso, aconsejándole que

siguiera ese esmiuo, desconociendo el gobierno de Rodriguez, y proclamándose el gobernador interino, hasta que se efectuara una nueva eleccion.

Pero todos esos consejos perversos se estrellaban en el Animo recto y sereno del vencedor de Puvon.

Sofocando sus propias aspiraciones y despreciando aquellos consejos, en cuanto llegó á Lujan, formó su ejército haciéndole reconocer al general Rodriguez, como gobernador y capital general de la provincia.

Y ese mismo dia envió un pliego á la junta, dándole cuenta de lo que acababa de hacer, y avisando que quedaba allí para esperar las órdenes de aquel gobierno que acataba.

Esta noticia tranquilizó todos los ánimos siendo ya innecesaria la presencia de aquellas tropas en la ciudad.

Los colorados fueron desde aquel momento el objeto de todo género de manifestaciones.

Los regalos llovian de todas partes, y aquel campamento seguia siendo el paseo diario.

Era tal el orden observado por los soldados, que despues de lista de diana, la plaza quedaba completamente limpia.

La partida de aquellos bravos se aproximaba, y era justa hacerles las demostraciones que habian conquistado con su bravura en el combate y el respeto en el campamento.

Rosas, lleno de orgullo, contemplaba todas aquellas manifestaciones, y aceptaba de lleno la aseveracion, de que él habia sido el salvador de las instituciones y de las leyes.

Si no hubiera sido por los colorados, decian los cumplimenteros, no estaria Rodriguez gobernando la provincia.

Y él aceptaba todo aquello, pues le convenia para las miras que crecian á cada momento en su espíritu, dejar sentado que era el único hombre capaz de cambiar la situacion, puesto que disponia de la campaña como de un solo hombre.

El gobernador Rodriguez lo autorizó entonces para que regresara á sus establecimientos valiosísimos por tanto tiempo abandonados y licenciara sus tropas, que como se sabe eran formadas sobre la base de las peonadas de los Cerrillos.

Rosas entonces, con esa sagacidad acostumbrada de que estaba dotado, pidió permiso al gobierno para dirigir la palabra al pueblo de Buenos Aires en una especie de proclama, y obtenida la autorizacion habló al pueblo por primera vez.

No publicamos aquel documento que pinta al hombre tal cual era, por que seria dema-

siado pesado para el carácter de nuestra obra.

En él se pintaba como la influencia de mas poder en Buenos Aires, asegurando que habia ocurrido al llamado del gobierno, por que sabia que era el único capaz de salvar aquella situacion difícil.

El pueblo tragó el anzuelo y festajó de todos modos al gran patriota que no habia vacilado en abandonar sus intereses para ocurrir al llamado del Gobierno, con tropas formadas, equipadas y sostenidas á su costa.

Rosas y sus colorados fueron así los héroes de toda clase de manifestaciones de simpatia.

Cuando los colorados abandonaron la plaza, fueron seguidos y acompañados por un inmenso pueblo, que los siguió y acompañó por las calles principales.

Rosas se dirigió al Sur de Buenos Aires, donde licenció sus tropas y sus peones, despues de obsequiados con un banquete eriollo en los Cerrillos, como no se ha vuelto á repetir jamás.

Rosas licenciaba aquellas tropas ejemplares, aunque sospechaba que bien pronto tendria que volverlas á reunir.

Pero sabia que á su llamado no faltaria un solo hombre, y era preciso conceder tambien un descanso tan largo como fuese posible á los que no habian tenido una sola mirada de desaliento para protestar de la fatiga y la batalla.

Al Gobierno de Rodriguez le faltaba por arreglar la cuestion principal: la paz con Santa-Fé, que preocupaba todos los ánimos.

Rosas, por la gran influencia que tenia con el Gobernador Lopez, era el único capaz de decidirlo á llevar adelante y concluir una negociacion pacifica que salvara el honor de ambas provincias.

Confiado con las promesas de Rosas, de que el nuevo Gobierno terminaria la paz, Lopez se habia mantenido á la expectativa, sin invadir, pero siempre amenazante.

El general Rodriguez, arregladas las cuestiones que habia provocado la revolucion, se resolvió á terminar rápidamente la cuestion con Santa-Fé, ya por un tratado de paz ventajoso para ambos, ya por las armas.

La provincia estaba fuerte, poderosos los elementos de que él disponia y estaba seguro de vencer al terrible caudillo santafecino, ya dominado por Rosas moralmente.

Rodriguez, queriendo tentar primero las vias pacificas, llamó á Rosas y le impuso de sus propósitos, haciéndole notar que era tiempo ya de que se firmaran los tratados de paz estipulados despues del asalto á San Nicolás.

El Gobierno de Córdoba por su parte, ha-

bia tomado una ingerencia activísima en pro de aquellos tratados.

Lopez aceptó desde un principio las bases de paz, en que se estipulaba no solo que no invadiria mas á Buenos Aires, sino que abandonaria á los aliados infames que tenia como el aventurero Carrera y otros.

Pero hubo una dificultad que casi hizo fracasar la negociacion y volver á la guerra de una manera mas cruda y sangrienta.

Solo Rosas con el dominio que habia adquirido sobre Lopez pudo salvar al país de aquella verdadera emergencia.

—La provincia de Santa-Fé, habia dicho Lopez, está pobre y miserable á consecuencia de la larga guerra.

Buenos Aires es rica y próspera, sobre todo en ganados.

Es preciso entonces que ayude á su hermana mas pobre con un auxilio de ganados que, por importante que sea, en nada la ha de perjudicar.

Rodriguez se negó redondamente á establecer en los tratados semejanse cláusula.

—Esto es deshonesto para Buenos Aires, dijo Rodriguez, que no puede desprenderse de una cantidad de hacienda crecida, en beneficio de aquellos que han estado poniéndola á saeco durante tanto tiempo.

Esto parece una paz impuesta á Buenos Aires, y francamente nuestra provincia no está en condiciones de que se le imponga.

No firmo, pues, tratados que lleven una cláusula deshonesto para provincia alguna, mucho menos para una provincia como Buenos Aires.

—Pues yo a nombre de Santa-Fé, repuso Lopez, no puedo firmar la paz sin esta cláusula esencial.

Nuestra provincia ha sido empobrecida por la guerra hasta quedar en condiciones miserables.

Qué importa á Buenos Aires unos miles de cabezas mas ó menos?

—Importa que todo esto es deshonesto para ella y que no se puede aceptar.

Buenos Aires por las mismas causas de la guerra, no está en condiciones de desprenderse de la gran cantidad de hacienda que se exigirá.

Rosas que estaba presente a la conferencia, se puso de pié, de repente y con voz firme y ademan altivo, dijo:

—Es preciso que desaparezca cualquier dificultad que haga imposible una paz tan necesaria.

No se haga cuestion de vacas cuando se

trata de salvar los intereses sagrados de la patria.

Yo me comprometo á entregar á Santa-Fé, en el plazo que se estipule, cincuenta mil cabezas de ganado de mi fortuna particular si no hay otro medio.

Tanto Rodriguez como Lopez, quedaron asombrados de un rasgo de patriotismo y desprendimiento tan notables.

La fortuna de Rosas era inmensa entonces.

Sin embargo no era de suponerse que se pudiera desprender de cincuenta mil vacas sin arruinarse.

Pero Rosas debia tener otra creencia, cuando así se comprometia jugando su crédito y su posicion.

Para tener una idea del crédito que este tenia, aun fuera de la provincia de Buenos Aires, basta conocer la contestacion que á su oferta dió el Gobernador Lopez.

—Ya las entregues el coronel Rosas, ya la provincia ó el Gobierno para mí es indiferente.

Si es él quien las va á entregar basta su palabra, si es la provincia ó su Gobierno, me basta su garantia.

—Yo entregaré las vacas ofrecidas de una manera ó de otra, replicó Rosas, á cuyo efecto firmaré el documento que se me exija.

Aceptada por Lopez la garantia de Rosas, no se volvió á hablar mas de aquel subsidio que habia hecho peligrar toda negociacion.

Pero quedaban á vencer, los escrúpulos del general Rodriguez, que creia que aquella condicion era deshonesto para Buenos Aires.

—Acepto todo, dijo por fin, cediendo á consideraciones que le hizo Rosas, pero esa cláusula no figurará en los tratados.

Se hará un documento por separado en el que se especificará el compromiso en la forma que se quiera.

Como Lopez lo que queria eran las vacas, importándole muy poco de la fórmula en que fueran entregadas, se avino a todo y firmó los tratados, haciéndose un documento á parte de aquella cláusula primordial.

Se puede decir que Rosas compraba á Buenos Aires una paz que habia necesitado, para librarla de las continuas invasiones que le traeria Lopez, invasiones que, á la larga, habian de costarle algunas cabezas mas de las cincuenta mil dadas.

Terminado aquello, el Gobernador Rodriguez empezó á ocuparse de los asuntos internos mas urgentes, entre los que figuraban en primera línea los indios.

Suprema astucia

Con aquel golpe de patriotismo, Rosas lo graba tres cosas distintas, que venian á con-
verjer á un solo punto.

Hacerse la persona de la situacion y preparar los elementos con que habia de trepar al poder, idea que empezó á germinar cuando palpó todo el prestigio de que disponia.

Con aquella actitud engañaba al pueblo de Buenos Aires de una manera brillante, deslumbraba al Gobernador de Santa Fé y al general Rodriguez, pero sobre todo al primero que empezaba á sentirse dominado por aquel hombre y se conquistaba en Santa Fé una simpatía poderosa.

El pueblo santafecino tendria que ver en él, solamente á un hombre tan rico y poderoso, que le hacia un regalo de cincuenta mil cabezas de ganado vacuno.

Como se desprende de este solo hecho, Rosas demostraba una astucia y una habilidad políticas que quedó probada mas tarde con sus veinte años de Gobierno enlutados.

Cuando se despidió de Lopez, este le ratificó todas sus pasadas promesas de amistad, agregando que el pueblo santafecino le era acreedor á su reconocimiento y que si algun dia era necesario, podria disponer de Gobierno y pueblo como un solo hombre.

Era lo que Rosas queria, así es que aceptó la oferta, disimulando en lo posible el íntimo placer que le causaba.

El resultado de esta paz comprada por Rosas para su provincia, fué de inmediatos y grandes resultados.

Allí sucumbió el poder de Ramirez, murieron las pretensiones de Alvear y el aventurero Carrera fué abandonado á su destino.

Rosas regresó á Cerrillos á dar impulso enérgico á sus establecimientos abandonados, y á cumplir de la mejor manera posible el compromiso enorme que acababa de contraer.

Aunque nada lo apuraba por que los plazos eran cómodos, él queria dar cumplimiento lo mas pronto posible, para demostrar que para él era la cosa mas fácil de este mundo, reunir cincuenta mil cabezas de ganado.

Los indios entonces, sin la presencia y apoyo de Rosas, y sin poder recurrir como antes, á don Francisco Ramos Mejía, empezaron á invadir de una manera terrible, al extremo de que los mismos Cerrillos habian perdido en esas invasiones como veinte mil cabezas de ganado.

—Me las volverán, dijo Rosas, si no es por

el ascendiente que tengo sobre ellos, será por medio de mis colorados.

Los indios no me conocen sino como un bueno y generoso amigo, y no está de mas que me conozcan como gefe del regimiento 5^o de colorados.

La pérdida de hacienda lo puso en un serio conflicto para el cumplimiento de su compromiso.

Pero Rosas no era hombre que se dejara acobardar por un contratiempo.

Inmediatamente hizo una tropa de quince mil cabezas, que envió a Lopez, asegurándole que pronto recibiria el resto.

Y despachó comisiones y emisarios por toda la campaña Sud, para que cada hacendado enviara la cantidad de hacienda que quisiera, para contribuir á aquel patriótico compromiso, pudiendo de este modo reunir y remitir, en corto tiempo, la segunda tropa.

El gobierno del general Rodriguez le prestó su poderosa ayuda, ordenando un prorrateo en toda la campaña, que puso á Rosas en condiciones de cumplir con esceso su compromiso, como así lo hizo, pues al pié del documento donde se halla estendido el recibido de Lopez, pueden leerse las siguientes líneas.

“Queda chancelado el compromiso, con un esceso de mas de cinco mil cabezas de ganado.”

Sus negociaciones con los indios produjeron un resultado asombroso, que no tiene ni tendrá repetición, visto el carácter por demás avaro de los indios.

El cacique Negro, mediante algunos regalos de valor, negoció y obtuvo de los indios la devolucion de un considerable número de cabezas.

Perolas invasiones se repetian con una frecuencia terrible, y el gobernador Rodriguez se decidió abrir una campaña sobre los indios para escañarlos, é infundirles un respeto que nunca habian sentido por el gobierno.

El general Rodriguez ordenó á Rosas que reuniera su regimiento 5^o y todas las milicias que le fuera posible, y marchará á guarnecer la frontera Sur por sus puntos mas espuestos, órden que obedeció el coronel Rosas con una celeridad digna de encomio.

Por órdenes posteriores, ocupó el Saladillo como campamento de sus milicias, y esperó

allí la incorporación del general Rodríguez, que le anunciaba pronto tendría lugar.

Rodríguez entre tanto, preparaba dos columnas de sus mejores tropas para abrir aquella campaña tan penosa, por el teatro en que iba á operar el ejército, y las condiciones de este enemigo tan bravo y astuto.

Se dice y se sostiene por lo general, que el indio es cobarde y ruín, que huye del peligro y solo invade cuando cree hacerlo impunemente.

Sin embargo parece que los hechos demuestran diariamente lo contrario.

Continuamente estamos viendo guarniciones de nuestras tropas veteranas y armadas á remington, avanzadas por indios que no cuentan por toda arma, mas que su chuzo miserable y uno que otro par de boleadoras.

Entonces que las armas de la tropa eran menos ventajosas y que eran tan lentas para manejar, los indios combatian desplegando mayor bravura y disputando muchas veces con ventaja, el terreno en que combatian.

Escusamos citar hechos que están muy frescos en la historia.

Rodríguez que era un hombre muy prudente y que conocia la clase de enemigo que iba á buscar, trató de formar una columna de cuerpos elegidos.

Tenia plena confianza en el resultado, por que contaba con los colorados y gauchos que habia juntado Rosas, capaces por sí solos de hacer la campaña.

Rodríguez dividió su ejército en dos poderosas columnas.

Una la puso bajo las órdenes del coronel Ortiguera, quien debia marchar hácia el S. O. á atacar á los Ranqueles, que eran los mas indómitos y los que nunca habian querido tratar.

El tomó el mando de la segunda columna, y marchó á incorporarse al coronel Rosas, en el Saladillo.

Era la primera vez que se iba á operar sobre los indios de una manera enérgica y seria, por que Rodríguez queria hacer un gobierno de garantías, empezando por asegurar las fronteras y las estancias espuestas al malon diario de los indios.

Rosas desde el primer momento se opuso á que Rodríguez llevara adelante sus planes, con respecto á los pampas, dándole razones muy atendibles.

—Los pampas, le decia, son muy fáciles de contener y engañar por medio de tratados que en nada perjudicarian al gobierno.

Y es mejor tenerlos así de amigos, por que son un poderoso elemento de trabajo.

En nuestras luchas civiles, tan frecuentes

por desgracia, es necesario despoblar las estancias de sus mejores peones.

Y es entonces que los indios amigos prestan su servicio inestimable, pues de otro modo las estancias quedarían abandonadas.

—Es preciso dominarlos por el terror y la fuerza, contestaba el general Rodríguez.

El indio es pérfido y desleal por naturaleza.

El hace la paz solamente para descuidarnos y poder invadir con impunidad cuando mas confiados nos tienen.

Es preciso ir á buscarlos á sus madrigueras cuando menos lo sueñen, y darles un golpe rudo para que vean el poder del gobierno ya que conocen su generosidad.

Rosas discutió con Rodríguez, sosteniendo sus argumentos, hasta donde le fué decoroso.

No es que él creyera que con los indios era mejor adoptar una política de paz, que de guerra.

Es que en el golpe que Rodríguez queria dar á los indios, veia una medida que le seria perjudicial formalmente, y queria evitarla á todo trance.

Los indios conocian perfectamente, bien á sus tropas y á él personalmente, desde una legua de distancia, y verian en aquel contraste, no la obra del gobierno, sino la obra de Rosas.

Derrotados y perseguidos, esperarían con esa paciencia peculiar al indio, que viniera una buena oportunidad, y llevar á cabo su venganza.

Y es seguro que los primeros efectos de aquella venganza serian los Cerrillos, fuera de duda.

Si por el contrario, Rodríguez era vencido, cosa posible, esa venganza se dejaria sentir inmediatamente.

Además, Rosas perderia con los pampas la influencia y prestigio que tanto le habia costado adquirir.

Sin embargo de todo esto tuvo que ceder, pues su negativa podria dar lugar, á que se interpretara de una manera poco favorable á su fama de hombre valiente y patriota que importaba mas por el momento.

A los indios podia volver á atraerlos, aunque con algun trabajo, convenciéndolos que él no habia tenido parte en la cosa, viéndose obligado á obedecer al gobierno.

Concluyó, pues, por conformarse á los acontecimientos y se dedicó á ayudar al general Rodríguez con la actividad é inteligencia que le eran características.

Pidió instrucciones al gobernador y marchó á la cabeza de los colorados, á quienes aquella empresa parecia un juguete.

Y era natural que con este desprecio miraran á un enemigo cuyas armas eran una chuzita y un par de bolas, los que habian apagado á filo de sable los fuegos de la artilleria de los cantones, tomando sus piezas á puñaladas?

Qué temor podia inspirarles aquel enemigo casi indefenso, á los héroes del 5 de Octubre en las calles de Buenos Aires?

Así se veía que aquellos milicianos marchaban alegremente, como si se tratara de una corrida de sortija ó una boleada de aves truces.

Por todos los puntos de la columna no se escuchaba mas que el alegre bordoneo de las guitarras y el rumor de los gatos, milongas y triunfos.

Así marcharon hasta el Arroyo de los Huesos, partido de Olavarría hoy, donde tuvieron que detenerse, pues los indios se dejaron ver como maiz frito, frase pintoresca que emplean nuestros gauchos para significar que hay muchos hombres.

Efectivamente, allí estaba el terrible cacique Negro, con una indiada numerosa que se preparaba á dar un malon en regla.

Rodriguez, con las milicias de Rosas, habia reunido unos mil cien hombres, capaces de batir triunfantes toda la pampa.

El cacique Negro no tenia allí mas que unas dos mil ó dos mil doscientas lanzas.

Cuando vió aquella columna que marchaba en son de guerra, el valiente cacique proclamó á sus indios, haciéndoles formar una larga línea de batalla, en ala.

Sin embargo, suspendió todo procedimiento, pues acaba de divisar á Rosas á la cabeza de sus colorados, y no creia posible que su hermano Juan Manuel viniera á pelearlo.

Viendo la actitud tranquila del indio, Rodriguez desprendió algunos soldados como á tomarlo, movimiento que fué perfectamente apreciado por el cacique Negro.

—Traidor! gritó este á Rosas, comprendiendo que aquellas partidas venian á tomarlo.

Siendo un traidor cobarde que nos has vendido.

Rosas habló en la lengua con el cacique tratando de explicarle lo que sucedia, pero el altivo cacique contestó con un desden inimitable.

—Sos un cobarde, un cristiano flojo, que nos has vendido ayudando á los cristianos para que nos peleen.

Traidor! traidor! no mas hermano Juan Manuel sinó enemigo Juan Manuel, enemigo cobarde y no leal.

A Rosas lo mortificaron mucho estas expresiones, pues indudablemente era la creen-

cia que tendria el indio, creencia de que iban á participar los otros indios.

Y cediendo al despecho y reconcentrada ira que le causaban aquellas expresiones donde estaba pintado todo el desprecio que por él sentia el indio, se preparó á la pelea.

El cacique Negro midió con una altivez brava todo el largo de su línea, disponiéndose á no ceder desde aquel momento ni una pulgada de terreno.

Y sabido es ya lo terrible que es el indio cuando se dispone á combatir.

Una prueba de ello es la "Pelea de San Carlos", que citamos por no recordar otras mas dolorosas.

El cacique Negro recojió en la rienda su magnífico caballo, y empezó á disparar de un extremo á otro de su línea, dirijiendo la palabra á los indios.

Y por Dios que tiene algo de imponente un espectáculo semejante.

El cacique que vá á mandar la pelea, hace caracolear su caballo al frente de su ala de batalla, y le dá riendas á toda carrera, proclamando á su tropa que lo escucha y lo mira con un recojimiento extraño.

Los indios á cada pausa del cacique, miran al cielo y hablan, blandiendo la lanza con un ademan de terrible pujanza, como si pidieran á Dios fuerza para su brazo y energía para su alma.

Cuando termina esta especie de invocacion el cacique vuelve á dar riendas á su caballo, y á cruzar por el frente de la línea, á toda carrera, lanzando una nueva proclama.

Y sus ojos feroces se van inyectando de sangre poco á poco y su fisionomía vá adquiriendo una expresion de canibal, comparable tan solo á la que deja ver la fiera en la contemplacion de una presa difícil.

Los indios vuelven á levantar al cielo sus brazos musculosos, como pidiendo fuerzas, y las lanzas son blandidas en el aire cada vez con ademan mas feroz.

Por fin todos se aquietan y el cacique, parando de golpe su caballo, enristra su lanza y se prepara al combate.

Rodriguez, como la mayor parte de sus tropas, habian quedado sorprendidos en la contemplacion de un espectáculo nuevo para ellos.

Tan absortos estaban, que si en aquel momento eargan los indios, hubieranles dado un mal rato.

Repuestos del asombro, Rodriguez recorrió con una mirada de águila la línea que habia tendido desde un principio, y esperó la carga que indudablemente le traerian los indios, para fusilarlos con una descarga de fusileria.

Pero los indios no se movieron. Esperaban tambien una carga de la caballeria enemiga.

Viendo que el enemigo no daba señales de ataque, el cacique Negro se adelantó á media rienda, y poniéndose al alcance de la palabra, les gritó:

—Carguen cobardes—carga traidor Juan Manuel para lancearte.

Unos cuantos tiros fué toda la respuesta que obtuvo el indio, tiros mal dirigidos, puesto que ni uno solo dió en el blanco.

Un inmenso clamoreo siguió á aquellas detonaciones en la columna de los indios, que lanzaron su formidable grito de guerra.

El cacique Negro volvió al frente de su indiada golpeándose la boca, y se lanzó frenético en una carga incontrastable.

Rodriguez, que no esperaba otra cosa, retiró su caballeria, é hizo avanzar su infanteria, en medio de un fuego graneado nutridísimo.

A pesar de que muchos iban cayendo durante la carga, muertos ó heridos, los indios lejos de detenerse, siguieron avanzando con creciente coraje.

Cuando llegaron á la infanteria, que se vió obligada á calar sus bayonetas, los indios guiados por el terrible cacique chocaron, y chocaron de una manera formidable.

Se sintieron crujir las tacnatas y los indios se entreveraron en medio de sus alaridos, retirándose en seguida para poder enristrar de nuevo sus largas lanzas.

Entonces Rodriguez mandó cargar á las caballerias, que se *lambian*, por hacerlo, y Rosas á la cabeza de sus colorados, cargó con una bizarria imponderable.

Los indios permanecieron firmes esperando aquella carga, por lo que el entrevero fué inevitable.

No fué ya mas posible enristrar las lanzas, ni servirse de los sables en aquella confusion terrible.

Y mientras los indios apelaban á las bolas, los soldados de Rosas soltaron los sables que quedaron colgando de las dragonas y sacaron las dagas.

La lucha entonces se tornó salvaje y encarnizada.

No parecian hombres sino animales salvajes, en todo el apogeo de su ferocidad.

Y mientras unos caian con el cráneo hundiéndose, otros redaban con las entrañas á fuerza, ó con el resto dividido de un golpe de daga.

Como los indios eran muy superiores en número á la caballeria de Rosas, Rodriguez retiró sus infantarias y las mantuvo formadas.

De este modo, si las caballerias tenian que retirarse para tomar algun descanso, él con-

tendria los indios á fusilazos, mientras atrás de sus infantes se rehacian los colorados.

Pero aquello no tuvo lugar.

El empuje de los colorados era violento, irresistible.

Sus dagas se movian como otras tantas maquinas de guerra, causando numerosas bajas.

Los indios aterrados por aquella manera de combatir y casi quintados, empezaron á remolinear, concluyendo por dar la espalda.

Aquí fué la fiesta!

Rosas reorganizó sus tropas sobre la marcha y se lanzó á la persecucion, como si llevara tropas de refresco.

Parecia que aquellos hombrés eran incansables para el combate.

Empezaron á acuchillar á los indios por la espalda, que huian en todas direcciones, dejando el campo sembrado de prisioneros y cadáveres.

Pronto no quedó un solo enemigo en el campo.

El general Rodriguez quedó allí con la infanteria, pues los colorados solos eran mas que suficientes para terminar aquella persecucion encarnizada.

El cacique Negro tuvo que huir con los indios que pudo salvar de aquel combate desastroso, abandonando un regular arreo que tenian cuando fueron sorprendidos y todas las tropillas, compuestas de caballos de primer orden.

Tan tenaz fué aquella persecucion de dos leguas, que los indios se dieron por bien servidos con haber salvado la vida y el montado.

Rosas acababa de mostrarles á los salvajes, que era un terrible enemigo, pero habia roto con ellos de una manera brusca y era seguro que los indios de un modo ó de otro, habian de vengarse de lo que el cacique Negro habia llamado una traicion de Juan Manuel.

El general Rodriguez creyó inútil su presencia en aquel ejército, pues Rosas y sus colorados eran bastantes para guardar aquella parte de la frontera, donde los indios habian sido acuchillados al extremo de creerse que en muchos años no volverian á aparecer.

Así lo comunicó al jefe del 5^o regimiento, añadiendo que con la infanteria iba á proteger y dar nervio á la division de Ortiguera, que debia hallarse segun todos sus cálculos á inmediaciones de la Sierra de la Ventana.

Pero este jefe no habia sido tan afortunado en su expedicion.

El poco prestigio de que gozaba por una parte y las privaciones de una campaña tan penosa por otra, acobardó á los soldados, que em-

posaron á desertarse mientras sus oficiales, se quedaban con pretexto de enfermedad.

Ortiguera se vió obligado á hacer alto para reorganizar aquel cuerpo de ejército, tan mal dispuesto á seguirlo y aquel alto le fué mas fatal aún que la marcha.

Las deserciones, lejos de disminuir aumentaron y en pocos dias aquel cuerpo de ejército quedó deshecho é incapaz para emprender la operacion mas insignificante.

Rodriguez retrocedió ante tal desquicio, y tuvo que conformarse con el triunfo del Arroyo de los Huesos, aplazando para despues su expedicion á los ranqueles.

El coronel Rosas regresó tambien á los Cerrillos y empezó á reconstruir su fortuna tan desatendida en estos últimos tiempos.

A pesar de este abandono, los Cerrillos era en su género, un establecimiento inmejorable y de una importancia fabulosa.

Solo en este campo tenia Rosas establecidos seis puestos importantes, cada uno de los cuales por su fuerte capital, era mas bien una estanzuela.

No por esto el gran caudillo del Sur abandonó sus miras políticas, como lo veremos en el siguiente capítulo, último de este primer libro.

Fué, por el contrario, á lo que dedicó mayor atencion y mayor tino, por que ya el campo era para él una cuestion secundaria.

Le servia para mantener y aumentar su prestigio todo lo que podia, haciéndolo estensivo hasta Santa Fé donde tenia grandes simpatías.

La última sableada

El gobierno del general Rodriguez quiso ser pródigo con este leal servidor, y lo fué de una manera ruidosa.

Es verdad que Rosas habia sido á su vez generoso hasta la exajeracion, comprometiendo su fortuna particular por la paz de Buenos Aires.

Pero el gobierno le recompesaba su generosidad con largueza.

El gobierno en vista de los desembolsos de Rosas, para equipar tropas á su costa, y contribuir con grandes cantidades de hacienda al afianzamiento de la paz con Santa Fé, mandó tasar la estancia del rey, para entregarla al jefe del 5º regimiento de caballeria de campaña, con todos sus útiles, haciendas y poblaciones.

Y usando de facultades que pidió y obtuvo de la legislatura, dió un decreto por el cual mandaba entregar la estancia del rey al benemérito coronel Rosas.

Este decreto, fechado en Marzo del 21, estaba concebido en términos sumamente encomiásticos para el que mas tarde debia ser declarado héroe del desierto.

Con este impulso de capital y los constantes esfuerzos de Rosas, los Cerrillos y otras estancias que empezó á poblar, tomaron un vuelo colosal.

El saladero tomó por su parte tal incremento, que el doctor don Luis Dorrego se separó de la sociedad, de la manera mas amistosa, creyéndose suficientemente rico.

El orden y honradez que se observaba en

los Cerrillos, era proverbial en toda la campaña, lo que valia á Rosas la estimacion y el cariño de todos los estancieros y administradores de establecimientos rurales.

Entonces no existian los alambrados, como no han existido hasta cinco ó seis años atrás.

Las haciendas se mezclaban, sobre todo en tiempo de seca, y de ahí provenian los apartes, á los que no se negaba ningun estanciero honrado, pero que eran una gran fuente de riqueza para los hombres de mala fé.

Tanto en los Cerrillos como en los demás establecimientos, lo ajeno se envejecia ó se alzaba de puro gordo.

Todo el mundo apartaba allí y se le daba rodeo cada vez que pedia, sin la menor dificultad, estuviera ó no estuviera Rosas cuando se pedia el rodeo.

Estando él, el rodeo asumia entonces un verdadero carácter de fiesta.

El mismo entraba al aparte ayudando á los peones y haciendo todo género de ganchadas de lazo y bolas.

Muchas veces hacia rodar un caballo en medio de la hacienda misma, para demostrar su indisputable habilidad de parador, lo que levantaba entre los gauchos un verdadero clamoreo de frenéticos vivas y aplausos.

Durante este tiempo, Rosas tuvo importantes propuestas de fuertes capitalistas, para poblar y administrar estancias en sociedad.

Pero siempre deshechó estas propuestas, diciendo que le faltaria el tiempo material

para atender una sola estancia mas de las que tenia á su cargo.

Una de estas propuestas, la mas importante de todas, por el gran capital con que se contaba, fué la que le hizo el célebre Ministro Inglés, señor Parish, propuesta que deshechó como las anteriores.

No hubo jamás ejemplo de un pleito, ni con él, ni con ninguno de los centenares de hombres que de él dependian.

Por el contrario, él era siempre el árbitro de las cuestiones que se suscitaban entre vecinos, los que lo llamaban á fallar muchas veces, hasta en asuntos testamentarios, fallo que era acatado como podria serlo hoy el de la Suprema Côte.

El ingeniero y pudiente hacendado, don Felipe Senillosa, logró seducirlo para establecer un saladero en grande escala, saladero que se estableció al Sur de Barracas, á una legua del Riachuelo y en el campo de Ramirez, denominado «Las Higuertas».

Lo colosal de esta empresa sedujo á Rosas, hasta el extremo de ser el establecimiento á que prestara mayor atencion.

Fueron de tal magnitud las faenas y matanzas que allí se hicieron, que los estancieros pequeños se alarmaron hasta el extremo de quejarse al Gobierno.

El Gobierno, en vista de las quejas y de las matanzas, creyó prudente suspender, como suspendió las faenas de aquel saladero, con el pretexto de que si se le dejaba funcionar un año, la provincia quedaria sin vacas.

Abandonado el saladero, Rosas, que ya estaba riquísimo, volvió otra vez a atender sus establecimientos y sus ambiciones de poder, de que empezaba a sentirse dominado.

Las matanzas de los saladeros y las escenas de crueldad que estas originaban y que él presenciaba, concluyeron de endurecer su corazon, de donde desapareció bien pronto todo sentimiento humano.

Gradualmente, y sin apercibirse de ello él mismo se hizo cruel y genial pero siempre con cierto tino.

Se dice que entonces empezó a dar pruebas de su perversidad sin segunda, soplando con fuelles a mismos soldados, y sometiendo a todo género de torturas.

Pero nosotros no creemos esto, porque no hay ningun dato sério que lo apoye.

Fué mucho despues, que Rosas empezó a dar pruebas de una ferocidad casi fantástica, por lo monstruoso de las formas de que las revestia.

Pero no apresuremos los hechos.

En la época a que hemos llegado, el coronel Rosas no pasaba de dar humazos ó colgar

de los brazos a sus peones, pero siempre para castigar algun robo.

Para el ladron no tenia piedad.

Castigaba el robo de la manera mas severa que podia, condicion de carácter que le duró hasta el fin de su dictadura, en cuya época solo castigaba ya esta falta, no por el simple hecho de cometerla, sino cuando era cometida sin su permiso ú órden espontánea.

Pero estos castigos no llegaron nunca hasta sus colorados, incapaces, segun él, de cometer la mas pequeña falta.

Los rasgos de su carácter perverso, empezaron a mostrar e entones, es cierto, pero de muy diversa manera.

Tenia en los Cerrillos una espléndida oría de gallinas, de las llamadas entonces gallipavos, y que hoy se venden con el nombre de Brahamas.

El cuidado de estos grandes y hermosos animales, era su entretenimiento favorito.

El mismo los daba de comer, las echaba cuando estaban cluecas, y las ayudaba a romper los huevos cuando creia que los pollitos no tenian fuerza suficiente para hacerlo.

Se miraba en sus gallinas, segun el dicho de los paisanos, alcanzando ya a un número crecidísimo.

La muerte de uno de estos animales habia costado a su autor un castigo terrible.

Una vez, uno de sus caballos favoritos, pisó unos cuantos pollitos que se cobijaban bajo el ala de una clueca, causando entre ellos varias muertes.

Pues sin miramiento alguno a los méritos sobresalientes del caballo, que eran muchos, lo mandó degollar, operacion que presencié él mismo.

Se cree que esta fué la primer prueba de barbarie que dió Rosas.

—El patron es muy bueno, decian los gauchos, pero no hay que tocarle una gallina.

Canejo! si esto hace con su caballo, que no hará con un cristiano!

Y aunque sus soldados se *lambian* por verse frente a un puchero de gallipavos, se contentaban con mirarlos y esclamar:

—A estos hay que tratarlos peor que a Gobierno.

Y estas mismas aves que constitnían su recreo mas agradable y cariñoso, fueron tambien víctimas de su génio tremendo y perverso.

Un dia habia marchado muy de madrugada a recorrer los puestos, sin dar de comer a las gallinas, operacion que se prometia hacer a su vuelta, para hacerla con mas descanso y gozar mas en ella.

Es narracion que nos hace un miembro de su familia, y que debe ser ciertísima.

Las gallinas, viendo que pasaba la hora

habitual de su almuerzo, vinieron hasta sus habitaciones con esa mansedumbre proverbial del animal encañonado con su dueño.

Entraron al escritorio cuya puerta quedó abierta, y en un segundo se treparon á los muebles, buscando á su amo indudablemente, ó á ver si pescaban el depósito de maiz.

Con sus pesquisas gallináceas, saltaron al escritorio, volcaron el tintero y escarbaron alegremente entre sus papeles.

Otras habían saltado sobre la cama, convirtiéndola en un verdadero mapa-mundi.

Uno de los peones á su servicio vió este destrozo y espantó las gallinas, cerrando la puerta, pero ya el mayor destrozo estaba hecho.

—No se ha de enojar el patron porque son sus galli-pavos, se dijo el paisano, y se retiró al fogon á tomar mate.

Cuando regresó Rosas, á la caída de la tarde, fué envuelto por una nube de gallinas y pollitos que iban á reclamarle el alimento de aquel dia.

Y parecia en sus volidos y carifiosos picotones, que querian hacerle una amarga reclamación por aquel olvido.

Rosas las espantaba suavemente con el poncho, dándoles en alta voz, toda la razon para proceder de aquella manera.

Entró á su escritorio acompañado siempre de ellas, para desensillarse, según su expresion favorita, cuando echó de ver el destrozo que le habían hecho.

El tintero volcado sobre una larga carta que escribió la noche anterior, lo irritó de una manera terrible.

Llamó á su peon de confianza y y le preguntó quien habia estado en el cuarto, y como este confirmara plenamente sus sospechas de que todo aquello era obra de las gallinas, tomó el rebenque que acababa de dejar sobre la cama y empezó á sacudirles una tunda en toda regla.

Las gallinas espantadas con aquel tratamiento nuevo, cometieron á huir al patio, cual con la pierna rota, cual deslomada, cual girando como un trompo á consecuencia de un lonjazo en la cabeza.

Los peones estaban aterrados con aquello, pues presumian que despues de concluir con las gallinas, empezaria la danza con ellos.

¿Qué no haria con ellos el patron, cuando así despernancaba y deslomaba á sus animales mas queridos?

Cuando hubo desahogado un tanto su cólera, de esta manera, llamó á cuatro de sus soldados, ordenándoles que en aquel mismo momento procedieran á torcer el pescuezo á las gallinas, hasta no dejar con vida una sola.

Fué necesario que repitiera la orden para que esta fuera creida.

Y los soldados, que en aquella matanza vislumbraban un tratamiento real para sus estómagos, procedieron con tal rapidez, que en menos de diez minutos, quedaron muertas las ciento y tantas gallinas que componian la hermosa cria.

Y como se lo sospechaban, tuvieron tal banquete de puchero de enfermo, que por poco revientan de una indigestion.

Fueron tales los trabajos de la estancia aquel año, que solamente en trigo y maiz, cosechó Rosas diez ochó mil fanegas, cifra que no tiene precedente en nuestra historia rural.

Viendo esta fabulosa prosperidad de sus establecimientos, Rosas quiso dedicarse un poco á su política sagaz y personal y se fué á dar sus paseos por Santa Fé, con el único objeto, como se comprende, de estrechar su amistad con el gobernador Lopez, caudillo de indisputable importancia por la cantidad y clase de elementos que movia.

Ya habia estrechado una amistad fraternal en los Cerrillos, con el doctor Manuel Vicente Maza, que iba á pasar allí sus temporadas con su antiguo amigo.

Maza era un hombre habilísimo para la intriga, y de una inteligencia clara y rápida, que Rosas resolvió esplotar desde el primer momento que lo trató.

El no estaba al corriente del manejo de ciertos resortes é intrigas, y necesitaba á su lado de un hombre de talento, y de mayor ilustracion que la suya, para servirse de él como de un instrumento.

Quién mejor que don Vicente Maza para ayudarlo en sus vastos y enredados planes?

Con esa astucia proverbial y fino esquisito de que estaba dotado, algo dejó entrever á Maza, para sondearlo, encontrando que este seria para él un consejero de primera fuerza.

Prometiéndose esplotar aquella mina en su oportunidad no tardía talvez.

Fué entonces que resolvió hacer una visita al gobernador Lopez y darle el último galope pues desde ya lo trataba como á caballo de la tropilla política que empezaba á formar.

Para el mejor logro de sus propósitos, hizo una tropa de mil cabezas elegidas entre la flor de sus haciendas y se puso en marcha para Santa Fé.

Lopez le hizo un recibimiento brillante, convocando al pueblo á grandes fiestas, en honor del autor de aquella paz que les habia valido cincuenta mil vacas.

Y los santafecinos acudieron apresuradamente al llamado del gobierno, por que Ro-

sas para ellos era no solo un gran caudillo, sino un hombre que podía hacer regalos de cincuenta mil vacas.

Habieron corridas de sortija, juegos campestres de toda clase y domadas de potro en todo lo cual descolló Rosas de una manera notable.

Los paisanos santafecinos estaban encantados con el hermoso y rico caudillo porteño, que se presentaba revelándoseles mas gaucho que el mismo Lopez que era su ídolo, y mas generoso y rico que un Creso.

Cuando Lopez supo que aquellas mil cabezas eran un regalo que le hacia su amigo, su admiracion no tuvo límites, y se le entregó por completo.

Y los paisanos que veian la estimacion que Lopez demostraba á Rosas y la admiracion que en aquel despertaban las prendas del caudillo porteño, sentian aumentar la suya, esclamando:

—Cómo será el hombre, cuando nuestro gobernador parece chiquito á su lado!

Con razon lo siguen sus gauchos y dan esas cargas como la que nos deshizo en Pavon!

Rosas permaneció un par de semanas en Santa-Fé alojado en la casa de Lopez, con quien trató una infinidad de cuestiones políticas.

El gobernador Lopez estaba subyugado por la superioridad moral é intelectual de Rosas.

Así es que se le entregó en cuerpo y alma, sin ningún género de reserva.

Le habia cobrado un gran cariño, lo que le hacia proceder en este caso con una buena fé excepcional en él.

Antes de ausentarse, Rosas quiso obsequiar al paisanaje santafecino con una fiesta parecida á las que daba en los Cerrillos, fiesta que dejó deslumbrados, no solo á los gauchos sino á los hombres de la mejor sociedad.

Hubo unacarne con cuero como para que asistiera todo el pueblo, pues se carnearon mas de cincuenta vacas, suficientes para alimentar con abundancia á dos mil quinientos hombres.

Rosas gastó además mil pesos fuertes, suma fabulosa en esa época, en aquellos accesorios indispensables como para bebidas de toda clase, mates, yerba y azúcar á discrecion.

A la noche hubo baile, un gran baile á campo y candil, del que fué el verdadero héroe.

Los paisanos no tenian idea de un bailarín de gatos como aquel, ni de un tocador de guitarra de tal fuerza.

Lo miraban como una especie de sol, pues á todas aquellas condiciones y prendas, se

agregaba la hermosura excepcional de Rosas, que á los treinta años habia llegado á su apogeo completo.

Rosas se vino así de Santa-Fé, trayéndose la voluntad mas decidida del gobernador Lopez, y dejando entre el paisanaje un recuerdo deslumbrador y la semilla de un prestigio que debia cosechar mas tarde.

A su partida lo acompañó una comitiva tan inmensa, que le hacia recordar á aquellas cabalgatas que le seguian, cuando se ausentaba del Rincon de Lopez y de la Atalaya.

Y tuvo que hacer un gran esfuerzo para arrancarse de aquella gente y poner su caballo á galope.

Cuando Rosas regresó á Cerrillos, un mes despues de su ausencia, se encontró con un acontecimiento que le produjo el mas terrible acceso de ira que haya jamás sentido, con escepcion del que experimentó en Caseros.

Los indios habian traído una invasion formidable, arrollando cuanto se les habia opuesto.

Las fuerzas de las fronteras habian tenido que guarecerse en las poblaciones, y los indios se habian venido hasta el Durazno, punto que apenas distaba unas quince leguas de la Capital.

Habia sucedido lo que él tanto temia.

Los indios tomaban un desquite en regla del desastre del Arroyo de los Huesos, y eran sus establecimientos los que mas habian sufrido, pues de ellos habian sacado los indios mas de veinte mil vacas.

Y lo peor de todo era que los indios se retiraban sin ser molestados, y en plena seguridad de que nadie les disputaria el inmenso arreo.

Habian invadido sabiendo que Rosas estaba ausente, único hombre á quien temian por ser el único capaz de ponerlos á vayas y pelearlos con ventaja.

Rosas entonces, dejando irradiar en su hermosa y azulada mirada un relámpago de ira, reunió á sus colorados y mandó citar á los gauchos, que empezaron á caer como siempre, en el acto, y con tropilla el que podía ó simplemente con caballo de tiro el mas pobre.

Al dia siguiente Rosas habia reunido mas de mil hombres, con los que marchó lo mas rápidamente que le fué posible, á incorporarse al coronel Arévalo, que se encontraba en Camarones, con alguna fuerza.

Reforzado de una manera tan vigorosa é inesperada, Arévalo se puso en seguimiento de los indios, que fueron alcanzados en el Arazá,

Allí los salvajes presentaron batalla, como lo habian hecho en el Arroyo de los Huesos y pelearon con un denuedo desesperante.

Pero todo fué inútil.

Allí estaban los colorados que conquistaron ese dia su mas notable página, y sus leales gauchos.

Cargados los indios con un vigor irresistible, bien pronto tuvieron que dar la espalda y esto fué su muerte.

Los colorados los acuchillaron de una manera tal que el que escapó ileso, pudo contarle como un verdadero milagro.

El combate duró mas de dos horas, por

que los indios eran numerosos y defendian el arreo que habian hecho, con creciente desesperacion.

Los colorados quedaron no solo dueños del campo, sino de una caballada numerosísima y mas de cuarenta mil vacas, entre las que se hallaban, sin faltar una, las robadas en los establecimientos de Rosas.

Terminada esta campaña corta, pero de resultados brillantes, Rosas regresó á los Cerrillos, á seguir el desenvolvimiento de sus planes.

Véamos como lo logró, en el segundo libro, cuya publicacion empezamos.

FIN DEL PRIMER LIBRO

